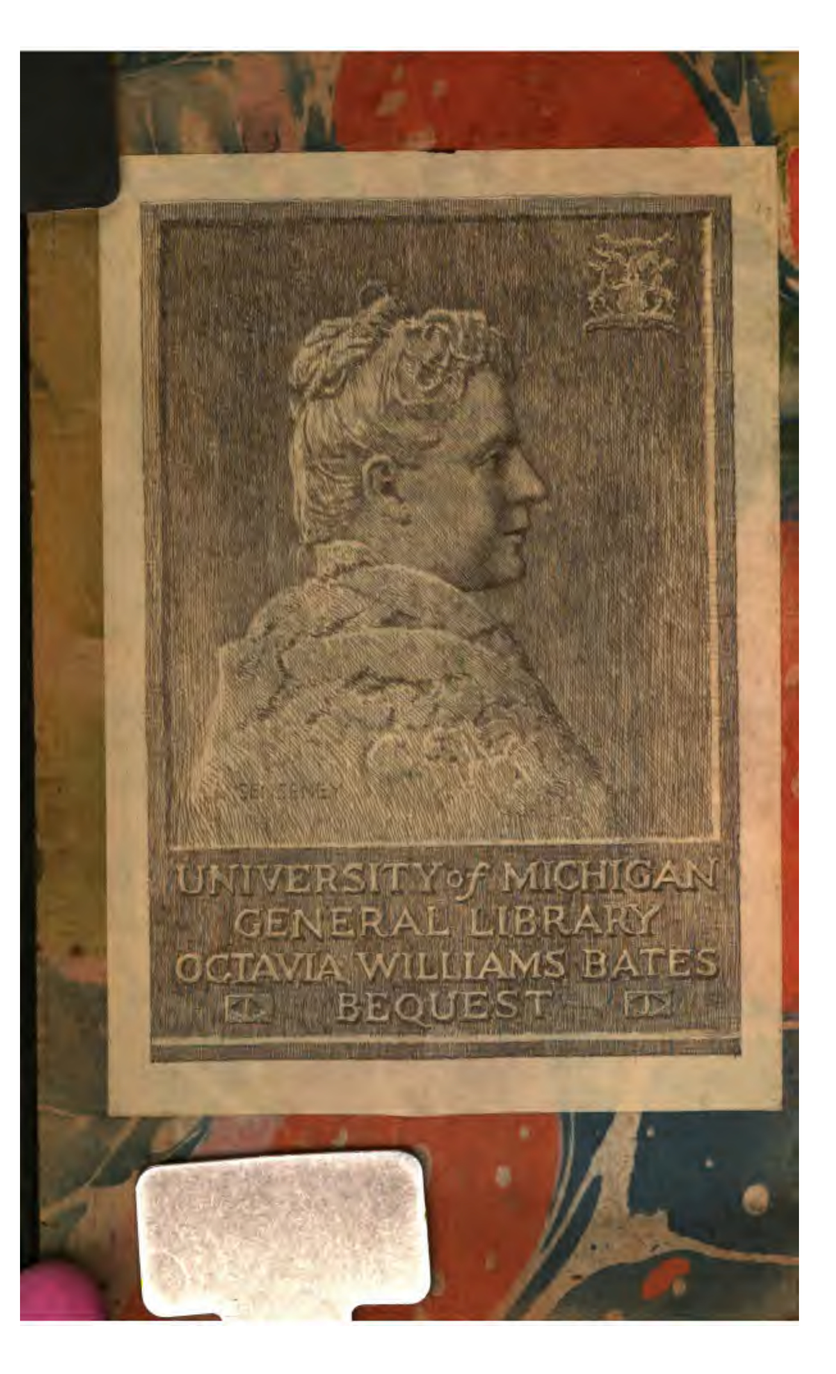
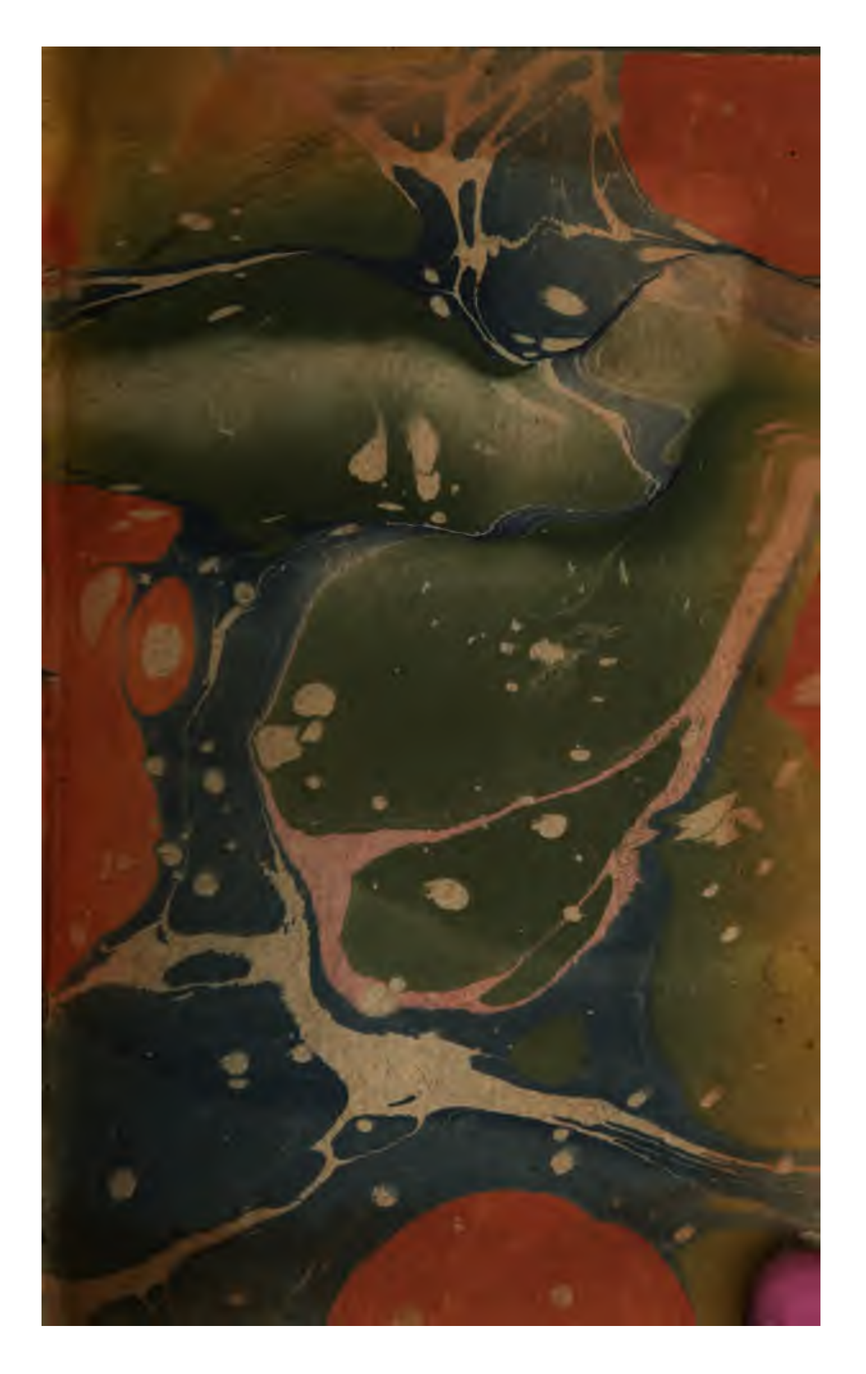

UNIVERSITY of MICHIGAN
GENERAL LIBRARY
OCTAVIA WILLIAMS BATES
BEQUEST



POESÍAS

SELECTAS CASTELLANAS,

DESDE EL TIEMPO DE JUAN DE MENA
HASTA NUESTROS DIAS.

RECOGIDAS Y ORDENADAS

POR D. MANUEL JOSEF QUINTANA.

TOMO II.

MADRID:
POR GOMEZ FUENTENEBRO Y COMPAÑÍA.
1807.

ROMANCERO.

PARTE I.

ROMANCES MORISCOS.

I.

Sale la estrella de Venus
Al tiempo que el sol se pone
Y la enemiga del dia
Su negro manto descoge:
Y con ella un fuerte Moro
Semejante á Rodamonte
Sale de Sidonia armado:
De Xerez la vega corre
Por dó entra Guadalete
Al mar de España, y por donde
De Santa María el puerto
Recibe famoso nombre.
Desesperado camina,
Que aunque es de linage noble,
Le dexa su dama ingrata
Porque se suena que es pobre.
Y aquella noche se casa
Con un Moro feo y torpe,
Que es Alcayde de Sevilla
Del Alcazar y la Torre.
Quexábase gravemente
De un agravio tan enorme,
Y á sus palabras la vega
Con el eco le responde.
Zayda, dice, mas ayrada
Que el mar que las naves sorbe,

Mas dura é inexôrable
Que las entrañas de un monte;
¿Cómo permites, cruel,
Despues de tantos favores,
Que de prendas que son mias
Agenas manos se adornen?
¿Es posible que te abraces
Á las cortezas de un roble,
Y dexes el árbol tuyo
Desnudo de fruto y flores?
¿Dexas un pobre muy rico,
Y un rico muy pobre escoges,
Y las riquezas del cuerpo
A las del alma antepones?
¿Dexas al noble Gazul,
Dexas seis años de amores,
Y das la mano á Albenzayde
Quando apenas le conoces?
Alá permita, enemiga,
Que te aborrezca y le adores,
Que por zelos le suspires,
Y por ausencia le llores.
Y que de noche no duermas,
Y de dia no reposes,
Y en la cama le fastidies,
Y que en la mesa le enojes:
Y en las fiestas y en las zambras
No se vista tus colores,
Ni aun para verle permita
Que á la ventana te asomes.
Y menosprecie en las cañas
Para que mas te alborotes,

El almayzar que le labres,
Y la manga que le bordes,
Y se ponga el de su amiga
Con la cifra de su nombre,
A quien le dé los cautivos
Quando de la guerra torne.
Y en batalla de Christianos
De velle muerto te asombres,
Y plegue á Alá que suceda
Quando la mano le tomes.
Y si le has de aborrecer,
Que largos años le goces,
Que es la mayor maldicion
Que pueden darte los hombres.
Con esto llegó á Xerez
A la mitad de la noche,
Halló el palacio cubierto
De luminarias y voces,
Y los Moros fronterizos
Que por todas partes corren
Con mil hachas encendidas
Y las libreas conformes.
Delante del desposado
En los estribos se pone,
Que tambien anda á caballo
Por honra de aquella noche.
Arrojado le ha una lanza,
De á parte á parte pasóle:
Alborotóse la plaza,
Desnudó el Moro su estoque,
Y por en medio de todos
Para Medina volvióse.

II.

Azarque ausente de Ocaña
Llora, blasfema, se aflige,
Y aunque ausente y olvidado,
Poco siente, pues que vive.
Jurando está por su amor,
Y por la espada que ciñe,
Que tiene en la guarnicion
Cintas de aquella á quien sirve,
De no volver á Toledo
Hasta que del Tajo al Tiber
Sus animosas hazañas
En las mezquitas se pinten.
Celidaxa de mis ojos,
¿Quién te habla, quién te escribe?
¿Á quién escribes y hablas,
Que mis memorias impide?
Siendo tú de sangre Real,
¿Cómo fué posible, díme,
Que tan presto quebrantases
La palabra que me diste?
Acuérdate, Mora ingrata,
Que paseando en tus jardines,
Por darme tu blanca mano,
Que tropezabas hiciste;
Y que alzándote del suelo
Hechas de ambar y de almizcle
Unas cuentas me entregaste,
Porque me mostraba libre.
Y al despedirte de mí,

Dando suspiros terribles
Me dixiste : ten ¡ Azarque,
Cuenta con que no me olvides.
Tu Rey entró de por medio,
No supe lo que me dixe,
Entró tu justa mudanza,
Que con la luna compites.
Que si va á decir verdad,
No hay Rey humano que obligue
A que no se acuerde el alma
De la memoria en que vive.
Con él te quedaste ufana;
Sin ti muriendo me vine,
A mí me abrasan tus zelos,
Y él tus abrazos recibe.
Contarásle por baldon,
Que pocas fiestas te hice,
Que malos motes saqué,
Porque mas tu gusto estime.
Quando diga si me amaste,
Yo apostaré que le dices,
Que tan infame baxeza
De tu valor no imagine.
Y que tu esquiva arrogancia,
Y tu condicion terrible
Apenas la vencen Reyes,
Quanto mas hombres humildes.
El tiempo lo trueca todo,
Yo me acuerdo que te vide
Tan regaladora mia,
Como del Rey á quien sirves.

III.

El Alcayde de Molina,
Manso en paz y bravo en guerra,
Con sus Capitanes todos
Llegó á la vista de Atienza,
De dó volvió victorioso
Sin daño y con grande pena,
De cautivos bautizados,
Y de Christianos banderas.
Entró por la puerta el Moro,
Y corriendo á media rienda
Á la orilla de su dama
Soberbio y contento llega.
Dos vueltas por ella dió,
Y al dar la tercera vuelta,
Desterrando sus temores,
Celinda salió á la rexa,
Diciendo furiosa y loca:
Si tú tuvieras vergüenza,
No corrieras por mi calle,
Ni paráras á mi puerta.
Mal haya Celinda Mora,
Tan determinada ó necia,
Que para vivir en paz
Se aficionó de la guerra.
Por ser tu alfange temido,
Mas que no por tu nobleza
Ofrecí á tu nombre solo
Lo que ves en tu presencia.
Sin considerar primero,

Que es claro que no concuerdan,
Con entrañas de diamante,
Entrañas que son de cera.
¿Qué importa que mis regalos
En paz y en amor te tengan,
Si al son del pífano ronco
En furia y ódio los truecas?
No niego yo que no acudes
Con voluntad á mis quejas,
Pero acudes con mayor
Al ruido de una escopeta.
Pues esas cosas estimas,
Justo es que esas cosas quieras,
Que pues en tanto las tienes
Menos soy yo que son ellas.
Cíñete tu corvo alfange,
Embrázate tu rodela,
Y llama tu fiel Acates
Que te lleve las saetas.
Sal á hacer escaramuzas
Por el monte y por la vega
En tu caballo tordillo,
Y en tu fronteriza yegua.
Tala los campos christianos,
Roba las christianas tiendas,
Desde el campo de Almazan
Hasta el monte de Sigüenza.
Dexa á Celinda del todo,
Pues tantas veces la dexas,
Y acude á tus obras vivas,
Pues que me haces obras muertas.
No te llamarán mis ojos,

Aunque viendo su miseria,
Llorarán sin ver los tuyos
Mi soledad y tu ausencia.
Esto dixó, y al momento
Cerró del balcon las puertas,
Sin tener lugar el Moro
De poderla dar respuesta.

IV.

No en azules tahelíes,
Corbos alfanges dorados,
Ni coronados de plumas
Los bonetes africanos,
Sino de luto vestidos
Entraron de quatro en quatro
Del malogrado Aliatar
Los afligidos soldados,
Tristes marchando
Las trompas roncas,
Los atambores destemplados.
La gran empresa de Fenix,
Que en la bandera volando,
Apenas la trató el viento
Temiendo el fuego tan alto,
Ya por señas de dolor
Barre el suelo, y dexa el campo,
Arrastrado con la seda
Que el Alferez vá arrastrando.
Tristes marchando, &c.
Salió el gallardo Aliatar
Con cien Moriscos gallardos

En defensa de Motril,
Y socorro de su hermano,
Á caballo salió el Moro,
Y otro dia desdichado
En negras andas le vuelven
Por donde salió á caballo.
Tristes, &c.
Caballeros del Maestre,
Que en el camino encontraron
Encubiertos de unas cañas,
Furiosos le saltearon;
Hiriéronle malamente,
Murió Aliatar malogrado,
Y los suyos aunque rotos,
No vencidos se tornaron.
Tristes, &c.
¡Ó cómo lo siente Zayda!
¡Y cómo vierten llorando
Mas que las heridas sangre,
Sus ojos aljofar blanco!
Dilo tú, amor, si lo viste;
¡Mas ay! que de lastimado
Diste otro nudo á la venda,
Por no ver lo que ha pasado.
Tristes, &c.
No solo le llora Zayda,
Pero acompáñanla quantos
Del Albaicin á la Alhambra
Beben de Genil y Darro.
Las damas como á galan,
Los valientes como á bravo,
Los Alcaydes como á igual,

Los plebeyos como á amparo.
Tristes marchando, &c.

V.

Batiéndole las hijadas
Con los duros acicates,
Y las riendas algo floxas,
Porque corra y no se pare;
En un caballo tordillo,
Que tras de sí dexa el ayre,
Por la plaza de Molina
Viene diciendo el Alcayde:
Al arma, Capitanes,
Suenen clarines, trompas y atabales.
Dexad los dulces regalos,
Y el blando lecho dexadle;
Socorred á vuestra patria,
Y librad á vuestros padres.
No se os haga cuesta arriba
Dexar el amor suave,
Porque en los honrados pechos
En tales tiempos no cabe.
Al arma Capitanes, &c.
Anteponed el honor
Al gusto, pues menos vale,
Que aquel, que no le tuviere,
Hoy aquí podrá alcanzalle.
Que en honradas ocasiones
Y en peligros semejantes
Se suelen premiar las armas
Conforme al brazo pujante;

Al arma Capitanes, &c.
  Dexad la seda y brocados,
Vestid la malla y el ante,
Embrazad la adarga al pecho,
Tomad lanza y corvo alfange,
Haced rostro á la fortuna,
Tal ocasion no se escape,
Mostrad el robusto pecho
Al furor del fiero Marte.
Al arma Capitanes, &c.
  A la voz mal entonada
Los ánimos mas cobardes
Del honor estimulados
Ardiendo en cólera salen,
Con mil penachos vistosos
Adornados de turbantes,
Y siguiendo las banderas
Van diciendo sin pararse:
Al arma Capitanes, &c.
  Qual tímidas ovejuelas
Que ven el lobo delante,
Las bellas y hermosas Moras,
Llenan de quejas el ayre;
Y aunque con femenil pecho
La que mas puede mas hace,
Pidiendo favor al cielo
Van diciendo por las calles:
Al arma Capitanes, &c.
  Acudieron al asalto
Los Moros mas principales,
Formandose un esquadron
Del vulgo y particulares;

Y contra dos mil christianos,
Que estan talando sus panes,
Toman las armas furiosos,
Repitiendo en su lenguage:
Al arma Capitanes,
Suenen clarines, trompas y atabales.

VI.

Recoge la rienda un poco,
Para el caballo que aguija
Medroso del acicate
Con que furioso le picas;
Que sin uso de razon,
Á mi parecer te avisa
De aquel venturoso tiempo,
Que tú, desleal, olvidas:
Quando ruabas mi calle,
Midiendo de esquina á esquina
Con tus corbetas el suelo,
Mis ventanas con tu vista.
¡Ó cruel á mi memoria!
Pues por ella me castigas,
Abrasando mis entrañas
Con esas entrañas frias.
¡Qué de prendas que fiaba
De tu voluntad fingida!
¡Qué de verdades me debes!
¡Y yo á ti, qué de mentiras!
Ayer temiste á mis ojos,
Hoy vences á quien temias;
Que amor y tiempo en mil años

No están iguales un dia.
Pensaba yo que en tu nombre
Mi esperanza fuese rica
En prendas de quien tú eres,
Y de quien son mis caricias.
¿A dónde enseñan engaños?
Por merced que me lo digas:
Defenderéme del tiempo,
Y de ti no tendré envidia.
Mas bien pudiera saberlo,
Si yo saberlo queria,
Quando escuché tus razones,
Y vi tus quejas escritas.
Disculpas pensabas darme,
No quiero que me las digas,
Para la dama que engañas
Será mejor que te sirvan.
Ya te cansas de escucharme,
Bien es ya que te despidas
De mi alma y de mis ojos
Como de mis zelosías.
Esto dixo al Moro Azarque
La bella Zayda de Olias,
Y cerrando su balcon
Dió principio á sus desdichas.
El Moro picó el caballo
Y hácia el terrero le guia,
Murmurando de su estrella,
Que á mil mudanzas le inclina.

VII.

Diamante falso y fingido
Engastado en pedernal,
Alma fiera en duro pecho,
Que ninguna fiera es mas;
Ligero como los vientos,
Mudable como la mar,
Inquieto como el fuego
Hasta hallar su natural;
Si las lágrimas que vierto
Fueran lenguas para hablar,
Injurias me faltarian
Para culpar tu maldad.
¡Qué injurias podré decirte!
Mas no te quiero injuriar,
Porque al fin quien dice injurias
Cerca está de perdonar.
Á todas dices que son
Las que contento te dan
Para tu gusto mentira,
Y que yo soy tu verdad.
Y con esto piensan todos
Que debo á tu voluntad
Quantos caminos emprendes,
Para que te deba mas.
Si como yo conociesen
Tu condicion natural,
Á otro blanco mirarian
Adonde tus flechas van.
Yo sé, traydor, que estas quejas

Muy poca pena te dan,
Porque al fin quien dice injurias
Cerca está de perdonar.
Cansada estoy, enemigo,
De sufrir y de llorar
Causa agena y propios daños,
Tu placer, y mi pesar.
Mis enemigos acoges,
Porque al fin conoces ya,
Que quando no puedan obras,
Palabras me matarán.
Sospechas dudosas fueron
Causa de todo mi mal,
Y zelos averiguados
Convaleciéndome van.
Al cielo quiero dar voces;
Pero mejor es callar,
Porque al fin quien dice injurias
Cerca está de perdonar.
Así Fátima se queja
Al valiente Reduan
En el jardin de la Alhambra,
Al pie de un verde arrayan.
El Moro que está sin culpa,
Aunque no sin pena está,
Asióle la blanca mano
Y así comienza á hablar:
Cesad, hermosas estrellas,
Que no es bien que lloreis mas,
Que si á mí me llamais piedra,
En piedras haceis señal:
Y no penseis que me agravio

De que injurias me digais,
Porque al fin quien dice injurias
Cerca está de perdonar.

VIII.

Mira, Zayde, que te aviso,
Que no pases por mi calle,
Ni hables con mis mugeres,
Ni con mis cautivos trates:
Ni preguntes en que entiendo,
Ni quien viene á visitarme,
Ni que fiestas me dan gusto,
Ni que colores me placen.
Basta que son por tu causa
Las que en el rostro me salen,
Corrida de haber mirado
Moro que tan poco sabe.
Confieso que eres valiente,
Que rajas, hiendes y partes,
Y que has muerto mas Christianos
Que tienes gotas de sangre:
Que eres gallardo ginete,
Y que danzas, cantas, tañes,
Gentilhombre, bien criado,
Quanto puede imaginarse:
Blanco, rubio por extremo,
Esclarecido en linage,
El gallo de las brabatas,
La gala de los donayres:
Que pierdo mucho en perderte,
Que gano mucho en ganarte,

Y que si nacieras mudo,
Fuera posible adorarte.
Mas por este inconveniente
Determino de dexarte,
Que eres pródigo de lengua,
Y amargan tus libertades.
Y habrá menester ponerte,
Quien quisiere sustentarte,
Un Alcazar en el pecho,
Y en los labios un Alcayde.
Mucho pueden con las damas
Los galanes de tus partes,
Porque los quieren briosos
Que hiendan y que desgarren.
Y con esto, Zayde amigo,
Si algun banquete les haces,
El plato de tus favores
Quieres que coman y callen.
Costoso fué el que hicistes,
Venturoso fueras, Zayde,
Si conservarme supieras,
Como supiste obligarme.
Pero no saliste apenas
De los jardines de Tarfe,
Quando hiciste de tus dichas
Y de mi desdicha alarde;
Y á un Morillo mal nacido
Me dixeron que enseñastes
La trenza de mis cabellos,
Que te puse en el turbante.
No pido que me la des,
Ni que tampoco la guardes,

Mas quiero que entiendas, Moro,
Que en mi desgracia la traes.
Tambien me certificaron,
Como le desafiastes,
Por las verdades que dixo,
Que nunca fueran verdades.
De mala gana me rio,
¡Qué donoso disparate!
Tú no guardas tu secreto,
¿Y quieres que otro lo guarde?
No quiero admitir disculpa,
Otra vez vuelvo á avisarte;
Esta será la postrera,
Que me veas y te hable.
Dixo la discreta Mora
Al altivo Abenzerrage,
Y al despedirle replica,
Quien tal hace que tal pague.

IX.

Dí, Zayda, ¿de qué me avisas?
¿Quieres que muera y que calle?
No des credito á mugeres,
No fundadas en verdades.
Que si pregunto en que entiendes,
O quien viene á visitarte,
Son fiestas de mi contento
Las colores que te salen.
Si dices son por mi causa,
Consuélate con mis males,
Que mil veces con mis ojos

Tengo regadas tus calles.
Si dices que estás corrida
De que Zayde poco sabe;
No supe poco, pues supe
Conocerte y adorarte.
Conoces que soy valiente,
Y tengo otras muchas partes;
No las tengo, pues no puedo
De una mentira vengarme.
Mas ha querido mi suerte,
Que ya en quererme te canses:
No pongas inconvenientes
Mas de que quieres dexarme.
No entendí que eras muger
Á quien novedad aplàce,
Mas son tales mis desdíchas,
Que ya aun lo imposible hacen.
Hánme puesto en tal estrecho,
Que el bien tengo por ultrage,
Y alábasme por hacerme
La nata de los pesares.
Yo soy quien pierdo en perderte,
Y gano mucho en ganarte,
Y aunque hablas en mi ofensa,
No dexaré de adorarte.
Dices que si fuera mudo
Fuera posible adorarme;
Si en mi daño yo lo he sido,
Enmudezco en disculparme.
¿Hate ofendido mi vida?
¿Quieres, señora, matarme?
Basta decir que yo hablé

Para que el pesar me acabe.
Es mi pecho calabozo
De tormentos inmortales;
Mi boca la del silencio
Que no ha menester Alcayde.
El hacer plato y banquete
Es de hombres principales,
Mas de favores hacerlo
Solo pertenece á infames.
Zayda cruel, hasme dicho,
Que no supe conservarte,
Mejor supe yo quererte,
Que tú supiste pagarme.
Mienten los Moros y Moras,
Y miente el villano Atarfe,
Que si yo le amenazára,
Bastára para matarle.
Este perro mal nacido,
Á quien yo mostré el turbante,
No le fio yo secretos
Que en baxo pecho no caben.
Yo he de quitarle la vida,
Y he de escribir con su sangre,
Lo que tú, Zayda, replicas,
Quien tal hace que tal pague.

X.

Si tienes el corazon,
Zayde, como la arrogancia,
Y á medida de las manos
Dexas volar las palabras,

Si en la vega escaramuzas,
Como entre las damas hablas,
Y en el caballo revuelves
El cuerpo, como en las zambras;
Si el ayre de los bohordos
Tienes en jugar la lanza,
Y como danzas la toca,
Con la cimitarra danzas;
Si eres tan diestro en la guerra
Como en pasear la plaza,
Y como á fiestas te aplicas,
Te aplicas á la batalla:
Si como el galan ornato,
Usas la lucida malla,
Y oyes el son de la trompa,
Como el son de la dulzayna:
Si como en el regocijo
Tiras gallardo las cañas,
En el campo al enemigo
Le atropellas y maltratas;
Si respondes en presencia,
Como en ausencia te alabas;
Sal á ver si te defiendes,
Como en el Alhambra agravias:
Y si no osas salir solo,
Como lo está el que te aguarda;
Alguno de tus amigos
Para que te ayuden saca.
Que los buenos Caballeros
No en palacio ni entre damas
Se aprovechan de la lengua,
Que es donde las manos callan.

Pero aquí que hablan las manos,
Ven, y verás como habla
El que delante del Rey
Por su respeto callaba.
Esto el Moro Tarfe escribe
Con tanta cólera y rabia,
Que donde pone la pluma,
El delgado papel rasga.
Y llamando á un page suyo,
Le dixo, vete al Alhambra,
Y en secreto al Moro Zayde
Dá de mi parte esta carta,
Y dirásle que le espero
Donde las corrientes aguas
Del cristalino Genil
Al Generalife bañan.

XI.

Así no marchite el tiempo
El abril de tu esperanza,
Que me digas, Tarfe amigo,
Donde podré ver á Zayda.
La forastera te digo,
Aquella recien casada,
La de los rubios cabellos,
Y mas que cabellos gracias.
Aquella que en menosprecio
De las damas cortesanas
Celebran los Moros nobles,
Con gloriosas alabanzas.
Voy por ella á la mezquita,

Por ella voy á las zambras,
Y aunque tan caro me cuesta
No puedo velle la cara.
Encúbrese de mis ojos,
Cierta señal que me agravia,
Y aunque mas, Tarfe, me digas,
No tengo zelos sin causa.
Despues que á Granada vine,
¡Nunca viniera á Granada!
Sale mi Alcayde de noche,
Y aun no viene á la mañana.
Enfádanle mis caricias,
Y estar conmigo le enfada,
No es mucho que yo le canse
Si en otra parte descansa.
Si está en el jardin conmigo,
Si está conmigo en la cama,
No solo las obras niega,
Mas me niega las palabras.
Si le digo, vida mia,
Me responde, mis entrañas,
Pero con una tibieza
Y un yelo que me las rasga.
Y mientras mas le regalo,
Como trae vestida el alma
De pensamientos traydores,
Enséñame las espaldas.
Si me enlazo de su cuello
Baxa los ojos, y baxa
La cabeza, y de mis brazos
Dá vuelta y se desenlaza;
Arrojando unos suspiros

Del infierno de sus ansias,
Que mis sospechas enciende,
Y mis contentos abrasa.
Si la causa le pregunto,
Dice que yo soy la causa;
Y miente, que allí me tiene
Ociosa y enamorada.
Pues decir que le he ofendido;
En infiernos de amor arda,
Si despues que le conozco
Me he asomado á la ventana,
Si he tomado mano agena,
Si he visto toros ni cañas,
Y si en parte sospechosa
Se han estampado mis plantas.
Y Mahoma me maldiga,
Si por guardarse en mi casa
La ley de su gusto sola
Las del Alcoran se guardan.
¿Mas para qué gasto tiempo
En darte cuentas tan largas,
Si el alcance que le he hecho
Tú lo sabes y lo callas?
No jures, que no te creo:
¡Aquella muger mal haya,
Que de vuestros juramentos
Redes para el gusto labra!
¡Qué traydores son los hombres!
¡Cómo sus promesas falsas,
Muerto el fuego, desparecen
Como escritas en el agua!
¡Ay Dios! que me acuerdo quando....

Aquí el aliento me falta,
Una congoja me viene,
Tenme, Tarfe, no me cayga.
Dixo llorando Adalifa
Zelosa de su Abenamar,
Y en brazos del Moro Tarfe
Se ha quedado desmayada.

XII.

Por la plaza de San Lucar
Galan paseando viene
El animoso Gazul
De blanco, morado y verde.
Quiere partirse gallardo
A jugar cañas á Gelves,
Que hace fiestas su Alcayde
Por las paces de los Reyes.
Adora una Abenzerraje,
Reliquia de los valientes
Que mataron en Granada
Los Zegries y Gomeles.
Por despedirse y hablalle
Vuelve y revuelve mil veces,
Penetrando con los ojos
Las venturosas paredes.
Al cabo de una hora de años,
De esperanzas impaciente,
Vióla salir al balcon
Haciendo los años breves.
Arremetió su caballo
Viendo aquel sol que amanece

Haciendo que se arrodille,
Y el suelo en su nombre bese.
Con voz turbada le dice:
No es posible sucederme
Cosa triste en esta ausencia,
Viendo así tu vista alegre.
Allá me llevan sin alma
Obligacion y parientes;
Volveráme mi cuidado
Por ver si de mí le tienes.
Dame una empresa en memoria,
Y no para que me acuerde
Sino para que me adorne,
Guarde, acompañe y esfuerce.
Zelosa está Lindaraxa,
Que de zelos grandes muere
De Zayda la de Xerez,
Porque su Gazul la quiere.
Y de esto la han informado
Que por ella ardiendo muere,
Y así á Gazul le responde:
Si en la guerra te sucede
Como mi pecho desea,
Y el tuyo falso merece,
No volverás á San Lucar
Tan ufano como sueles
Á los ojos que te adoran,
Y á los que mas te aborrecen.
Y plegue á Alá que en las cañas,
Los enemigos que tienes
Te tiren secretas lanzas,
Porque mueras como mientes.

Y que traygan fuertes jacos
Debaxo los alquiceles;
Porque si quieres vengarte,
Acabes y no te vengues.
Tus amigos no te ayuden,
Tus contrarios te atropellen,
Y que en hombros de ellos salgas
Quando á servir damas entres.
Y que en lugar de llorarte
Las que engañas y entretienes,
Con maldiciones te ayuden,
Y de tu muerte se huelguen.
Piensa Gazul que se burla,
(Que es propio del inocente),
Y alzándose en los estribos,
Tomarle la mano quiere.
Mientras le dice, Señora,
El Moro que me revuelve,
Á quien estas maldiciones
Le vengan, porque me venguen.
Mi pecho aborrece á Zayda,
De que la amó se arrepiente,
Malditos sean los años,
Que la serví por mi muerte:
Dexóme á mí por un Moro,
Mas rico de pobres bienes.
Esto que oye Lindaraxa,
Aquí la paciencia pierde;
A este punto pasó un page
Con sus caballos ginetes,
Que los llevaba gallardos
De plumas y de jaeces.

La lanza con que ha de entrar
La toma y fuerte arremete,
Haciendola mil pedazos
Contra las mismas paredes.
Y manda que sus caballos
Jaeces y plumas truequen,
Los verdes truequen leonados
Para entrar leonado en Gelves.

XIII.

De los trofeos de amor
Coronadas ambas sienes,
Muy gallardo entra Gazul
A jugar cañas á Gelves,
En un overo furioso
Que al ayre en su curso excede,
Y su pujanza y rigor
Un leve freno detiene.
Llegado á do están las damas,
En los arzones se mete,
Y en pie se pusieron todas
Bien ciertas que mas merece.
Entre ellas estaba Zayda;
De quien un tiempo doliente
Fué favorecido el Moro,
Aunque agora la aborrece.
Y como vido á Gazul,
Renovóse el accidente,
Y tanto quanto le mira
Mas le adora y mas le quiere.
Y así qual puesta en balanza

Dando el alma mil vayvenes,
Zelosa y arrepentida:
Diversas cosas revuelve.
Alminda que vido á Zayda
Que de nuevo se entristece,
Para divertir, la dixo,
Le descubra lo que siente.
Tomó Zafira la mano,
Y la plática suspende
El alboroto y estruendo
De los que á las cañas vienen.
Estaban ya las quadrillas
Dentró del cerco y palenque
Con berberiscas naciones
Y marlotas diferentes.
Al son de bárbaras trompas
Los caballos impacientes
Con relinchos y bufidos
Por medio la turba hienden.
Revuélvense unos con otros,
Y con ánimos valientes
Con leves cañas procuran
Ofenderse quanto pueden.
Duró gran rato la fiesta,
Pero fué como sucede,
Que todo á la fin se acaba,
Todo se acaba y perece.
Daba priesa el cano tiempo
Á Apolo, porque detiene
Su velocísimo carro
De su tardanza impaciente;
Y quando llegó al ocaso,

Su contrario que lo siente,
Con no menor movimiento
Bate las alas y viene.
Á cuya venida todos
Por medio el campo arremeten,
Y de su esfuerzo pagados
Mandaron cesar los Jueces.

XIV.

No es razon, dulce enemiga,
Si acaso me quieres bien,
Que por dar contento á Zayde,
Tan sorda á mi llanto estés.
¿Qué aspid de Libia, señora,
Te ha enseñado á ser cruél?
¿Quién te dió entrañas tan duras,
Que amorosas solian ser,
Que la gloria que en un año
Con pura aficion compré,
Quieres con alma traydora
Tiranizarla en un mes?
Dicenme que ese envidioso
La causa de mi mal es,
Y que son tus ojos fuentes
El tiempo que no le vès.
Pues no es justo, hermosa Laura,
Que con tan rico laurel,
Y á fuerzas de fe ganado,
Se adorne un traydor sin ley.
Vuelve con piedad los ojos,
Verás rendido á tus pies

Como se queja Floriardo
Por el rigor de un desden.
Con lisonjas me entretienes,
Y con engaños tambien,
Hete sido fiel en todo,
Y en nada me has sido fiel.
Pues ya mis quejas te enfadan,
¿A quién, tigre hircana, á quién
De mi dolor daré cuenta
Sino es á la causa de él?
Y si por pobre me dexas,
Y te mueve el interes,
Si has menester lo que valgo,
Tu esclavo soy, vendeme.

XV.

Reduan, anoche supe,
Que un vil Atarfe me ofende,
Y en un infierno insufrible
Trocada mi gloria tiene.
Que un pecho que fué diamante
En blanda cera lo vuelve,
Mis contentos en pesares,
Y en favores sus desdenes.
Tanto pudo su porfia,
Y mi ausencia tanto puede,
Que es ya lo que nunca ha sido,
Y yo no lo que fuí siempre.
¡Qué de abrazos que la debo!
¡Qué de suspiros me debe!
¡Qué ardiendo van de mi pecho,

Y se hielan en su nieve!
Gloria la daban mis prendas,
Y consuelo mis papeles,
Lo que mi lengua decia,
Eran inviolables leyes.
Pasó este tiempo dichoso,
Por ser dichoso, tan breve,
Y en mil pesares y enojos
Se trocaron mis placeres.
¡Quién tal creyera! olvidóme,
Y olvidado me aborrece
Por un Moro advenedizo,
Que no sé de quien desciende.
Huélgate, Mora enemiga,
Aunque á mi pesar te huelgues,
Entra ufana en Vivarrambla,
Donde mis penas te alegren.
Aquese infame Morillo,
Que aborrezco y favoreces,
Atale al brazo tu toca,
Para que las cañas juegue.
Que por Alá que has de verla
Teñida en su sangre aleve,
Y en la tuya la tiñera;
Mas soy hombre, y muger eres.
Por Mahoma, que estoy loco,
Mi sangre en las venas hierve,
La paciencia se me acaba,
Y mi jüicio se pierde.
Pero no me tenga el mundo
Por el Alcayde de Velez,
Ni me favorezca el cielo,

Ni la tierra me conserve,
El mas cobarde me mate,
Sin que tenga quien me vengue,
Si á esta ciudad, si á este infierno
Adonde mi honra muere,
No la escandalizo, y vengo
Mis agravios con la muerte
De ese Morillo cobarde,
Que es infame, y se me atreve;
Á quien quitaré la vida,
Y mil vidas, si mil tiene.
Resuelto estoy, Reduan,
De vengarme, ó de perderme;
Que un noble, si está ofendido,
Facilmente se resuelve.

XVI.

Al lado de Sarracina
Xarife está en una zambra
Hablando en su amor primero
De que fué la secretaria.
¿Sois vos, le dice la Mora,
Xarife aquel de Daraxa,
Aquel de fe templo, aquel
Monstruo de perseverancia?
Tres años ha, caballero,
Que os llora por muerto España;
¿Si muerto, cómo en el mundo?
¿Si vivo, cómo sin alma?
El enamorado Moro
Por satisfacer la dama
Ni en voz humilde ni altiva

Así su lengua desata:
El hilo de nuestras vidas
En mano está de las parcas:
Ellas le rompen y tuercen,
Que fuerza de amor no basta.
Si hubiera querido el cielo,
Que para mas mal me guarda,
Puerta han dado mis empresas
Á mas de un morir de fama.
Mas de una vez el Maestre
Midió conmigo su lanza,
Mas de un golpe de los suyos
Guarda por blason mi adarga.
En la traycion de Muley,
Y en la libertad de Zayda
Si no derramé la vida,
Fué culpa de mi desgracia.
Aunque fué (si bien se mide)
Cosa por razon guiada,
Que no es justo pueda el hierro,
Lo que no puede la rabia.
Ví triunfar á mi enemigo
De quien me venció sin armas,
Yo el cuello puesto en cadena,
Él su frente coronada.
Ví adornados sus trofeos
De mil laureles y palmas,
Y el ave de Ticio fiera
Cebarse de mis entrañas.
Entonces, entonces, muerte,
Á buena sazon llegáras,
Tuviera el sepulcro el cuerpo

Do tuvo su cielo el alma.
Muriera donde á lo menos
Supiera el mundo la causa,
Donde mis placeres, donde
Murieron mis esperanzas.

XVII.

Aquel valeroso Moro
Rayo de la quinta esfera,
Aquel nuevo Apolo en paces,
Y nuevo Marte en la guerra;
Aquel que dexó memoria
De mil hazañas diversas,
Antes de apuntarle el bozo
Por punta de lanza hechas;
Aquel que es tal en el mundo
Por su esfuerzo y por su fuerza,
Que sus mesmos enemigos
Le bendicen y le tiemblan;
Aquel por quien á la fama
Le importa que se prevenga
Para contar sus hazañas
De mas alas y mas lenguas;
Zulema al fin, el valiente
Hijo del fuerte Zulema,
Que dexó en la gran Toledo
Fama y memoria perpetua;
No amando, sino galan,
Aunque armado mas lo era,
Fué á ver en Ávila un dia
Las fiestas como de fiesta.

En viéndole, la gran plaza
Toda se alegra y se altera,
Que en ver en fiestas al Moro
Les parece cosa nueva.
En los andamios Reales
Los Adalifes le ruegan,
Que se asiente, aunque se temen,
Que á todos los escurezca.
Bendiciéndole mil veces
Su venida y su presencia,
Le dan las damas asiento
Dentro en sus entrañas mesmas.
Pero al fin Zulema en medio
De los Alcaldes se sienta,
Que lo fueron por entonces
De la mayor fortaleza.
Quando mas breve que el viento,
Y mas veloz que cometa
Del celebrado Xarama
Un toro en la plaza sueltan.
De aspecto bravo y feroz,
Vista enojosa y soberbia,
Ancha nariz, corto cuello,
Cuerno ofensible y piel negra.
Desocúpale la plaza
Toda la mas gente de ella,
Solo algunos de á caballo,
Aunque le temen, le esperan.
Piensan hacer muerte en él,
Mas fuéles la suya adversa,
Pues siempre que el toro embiste
Los maltrata y atropella.

No osan mirar á las damas
De pura vergüenza de ellas,
Aunque ellas tienen los ojos
En otra fiera mas fiera.
A Zulema miran todas,
Y una disfrazada entre ellas,
Que hace á todas la ventaja
Que el sol claro á las estrellas,
Le hizo señas con el alma,
De quien son los ojos lengua,
Que esquite aquellos azares
Con alguna suerte buena.
La suya bendice el Moro,
Pues gusta de que se ofrezca
Algo que á la bella Mora
De sus deseos dé muestra.
Salta del andamio luego,
Mas no salta, sino vuela;
Que amor le prestó sus alas
Como es suya aquesta empresa.
Quando vé que á un hombre el toro
Con pies y manos le huella,
Y siendo sujeto al hombre
Agora al hombre sujeta.
A pie se parte á librarle,
Y aunque todos le vocean,
No lo dexa porque sabe
Que está su victoria cierta.
Llega al toro cara á cara,
Y con la indomable diestra
Esgrime el agudo alfange
Haciéndole mil ofensas.

Retírase el toro atras,
Líbrase el que estaba en tierra,
Grita el pueblo, brama el toro,
Vuelve á aguardarle Zulema.
Otra vez vuelve á embestille,
Y mejor que la primera
Le acierta, y riega la plaza
Con la sangre de sus venas.
Brama, bufa, escarva, huele,
Anda al rededor, y patea,
Vuelve á mirar quien le ofende,
Y de temelle da muestra.
Tercera vez le acomete,
Echando por boca y lengua
Blanca y colorada espuma
De corage y sangre hecha.
Pero ya cansado el Moro
De verle durar, le acierta
Un golpe por do á la muerte
Le abrió una anchurosa puerta.
Levanta la voz el vulgo,
Cae el toro muerto en tierra,
Envídianle los mas fuertes,
Bendícenle las mas bellas.
Con abrazos le reciben
Los Azarques y Vanegas,
Las damas le envian el alma
A darle la enhorabuena.
La fama toca su trompa,
Y rompiendo el ayre vuela,
Apolo toma la pluma,
Yo acabo, y su gloria empieza.

XVIII.

Ocho á ocho, diez á diez
Sarracinos, y Aliatares
Juegan cañas en Toledo
Contra Alarifes y Azarques.
Publicó fiestas el Rey
Por las ya juradas paces
De Zayde, Rey de Belchite,
Y del Granadino Atarfe.
Otros dicen que estas fiestas
Sirvieron al Rey de achaques,
Y que Zelindaxa ordena
Sus fiestas y sus pesares.
Entraron los Sarracinos
En caballos alazanes,
De naranjado y de verde,
Marlotas y capellares.
En las adargas traian
Por empresas sus alfanges
Hechos arcos de Cupido,
Y por letra: *Fuego y sangre.*
Iguales en las parejas
Les siguen los Aliatares
Con encarnadas libreas
Llenas de blancos follages.
Llevan por divisa á un cielo
Sobre los hombros de Atlante,
Y un mote que así decia,
Tendrelo hasta que me canse.
Los Alarifes siguieron

Muy costosos y galanes
De encarnado y amarillo,
Y por mangas almaizales.
Era su divisa un nudo,
Que le deshace un salvage,
Y un mote sobre el baston,
En que dice: *Fuerzas valen.*
Los ocho Azarques siguieron,
Mas que todos arrogantes
De azul, morado y pagizo,
Y unas hojas por plumages.
Sacaron adargas verdes,
Y un cielo azul en que se asen
Dos manos, y el mote dice:
En lo verde todo cabe.
No pudo sufrir el Rey,
Que á los ojos le mostrasen
Burladas sus diligencias,
Y su pensamiento en valde.
Y mirando á la quadrilla,
Le dixo á Selin su Alcayde,
Aquel sol yo lo pondré,
Pues contra mis ojos sale.
Azarque tira bohordos,
Que se pierden en el ayre,
Sin que conozca la vista
A do suben, ni á do caen.
Como en ventanas comunes
Las damas particulares,
Sacan el cuerpo por verle
Las de los andamios Reales:
Si se adarga ó se retira;

Del mitad del vulgo sale
Un gritar, Alá te guie,
Y del Rey, un muera, dadle.
Zelindaxa sin respeto
Al pasar por rociàlle,
Un pomo de agua vertia,
Y el Rey gritó paren, paren.
Creyeron todos que el juego
Paraba por ser ya tarde,
Y repite el Rey zeloso:
Prendan al traydor de Azarque.
Las dos primeras quadrillas
Dexando cañas á parte,
Piden lanzas, y ligeros
Á prender al Moro salen:
Que no hay quien baste
Contra la voluntad de un Rey amante.

Las otras dos resistian
Si no les dixera Azarque,
Aunque amor no guarda leyes,
Hoy es justo que las guarde.
Rindan lanzas mis amigos,
Mis contrarios lanzas alcen,
Y con lástima y victoria
Lloren unos, y otros callen:
Que no hay quien baste
Contra la voluntad de un Rey amante.

Prendieron al fin al Moro,
Y el vulgo para libralle
En acuerdos diferentes
Se divide y se reparte;
Mas como falta caudillo,

Que los incita y los llama,
Se deshacen los corrillos
Y su motin se deshace:
Que no hay quien baste
Contra la voluntad de un Rey amante.
Sola Zelindaxa grita,
Libradle, Moros, libradle,
Y de su balcon queria
Arrojarse por librarle.
Su madre se abraza de ella,
Diciendo: loca ¿qué haces?
Muere sin darlo á entender,
Pues por tu desdicha sabes,
Que no hay quien baste,
Contra la voluntad de un Rey amante.
Llegó un recado del Rey,
En que manda, que señale
Una casa de sus deudos,
Y que la tenga por carcel.
Dixo Zelindaxa, digan
Al Rey, que por no trocarme,
Escojo para prision
La memoria de mi Azarque,
Y habrá quien baste
Contra la voluntad de un Rey amanté.

PARTE II.

ROMANCES PASTORILES.

I.

El tronco de ovas vestido
De un álamo verde y blanco
Entre espadañas y juncos
Bañaba el agua del Tajo,
Y las puntas de su altura
Del ardiente sol los rayos,
Y todo el árbol dos vides
Entre racimos y lazos:
Al son del agua y las ramas
Heria el céfiro manso
En las plateadas hojas
Tronco, punta, vides y árbol.
Éste con llorosos ojos
Mirando estaba Belardo,
Porque fué un tiempo su gloria,
Como ahora es su cuidado.
Vió de dos tórtolas bellas
Texido un nido en lo alto,
Y que con arrullos roncos
Los picos se estan besando.
Tomó una piedra el pastor,
Y esparció en el ayre vano
Ramas, tórtolas y nido,
Diciendo alegre y ufano:
Dexad la dulce acogida
Que la que el amor le dió

Envidia me la quitó,
Y envidia os quita la vida.
Pierdase vuestra amistad
Pues que se perdió la mia,
Que no ha de haber compañía
Donde está mi soledad.
Esto diciendo el pastor,
Desde el tronco está mirando
Adonde irán á parar
Los amantes desdichados.
Y vió, que en un verde pino
Otra vez se están besando;
Admiróse y prosiguió
Olvidado de su llanto:
Voluntades que avasallas,
Amor, con tu fuerza y arte
¿Quién habrá que las aparte
Si apartallas es juntallas?
Pues que del nido os eché,
Y ya teneis compañía,
Quiero esperar que algun dia
Con Filis me juntaré.

II.

De las africanas playas
Alexado de sus huertas
Mira el forzado hortelano
De España las altas tierras.
Mira las golosas cabras
En las peladas laderas,
Que apenas se determina

Si son cabras ó son peñas.
Tiende la envidiosa vista
Por las abundosas vegas
Y comarcanas cabañas,
Que casi á la par humean.
Miraba por Gibraltar
Las heladas rocas yertas
Azotadas de las ondas,
Y arrancadas de la arena.
Mira el estrecho cubierto,
Y las hervientes arenas,
Que le parece que braman,
Y por mil partes resuenan.
Ó sagrado mar, le dice,
Haz con mis suspiros treguas;
Perdona si ellos ó el viento,
Son causa de tu tormenta.
Pasame en esotra playa;
Que si en ella me presentas,
Te ofreceré un blanco toro
El mejor de mis dehesas.
No quiero que mis deseos
Vayan á tierras agenas;
Dá vida á un nuevo Leandro,
Que en tus manos se encomienda.
Esto diciendo el forzado,
En las blandas ondas se echa
Con los brazos á remar,
Hiende, rompe, rasga y huella.
Mas allá á la media noche
Quando los miembros le aquexan
Temeroso de su daño

Habló así á las ondas fieras:
Queridas y amadas ondas,
Pues determinais que muera,
Dexadme salir amigas,
Que yo os pagaré esta deuda.
Fuele el viento favorable,
Oyó fortuna sus quejas,
Y al nacer el rubio sol,
Hizo pie sobre la arena.
Dió gracias al mar piadoso,
Al viento, norte y estrellas,
Y con ceremonia humilde
Besó y adoró la tierra.

III.

Al dulce y sabroso canto
De las aves placenteras,
Ya recaudaba la aurora
La escura nube desierta,
Quando un pastor desdichado
De ningun sueño recuerda,
Porque quien cuidados tiene,
¿Cómo es posible que duerma?
Y por hacer compañía
A las aves que se quejan
De algun agravio de amor,
Así tambien se querella:
Ingrato amor, Silvia ingrata,
Ciego amor, hermosa fiera
Mas que las selvas doblada,
Y mas que las selvas bella;

Quien te dió de Silvia el nombre
Bien dixo, pues que la selva
Las fieras bestias produce,
Osos y tigres alverga.
Tú dentro tu pecho hermoso
Desden y crueldad encierras,
Fieras mas duras y esquivas
Que tigres y que otras fieras.
Pues estas suelen moverse
Á mansedumbre y clemencia,
Mas á tu rigor no pueden
Vencer mis dones y ofertas.
¡Triste! que quando te envio
Flores hermosas y nuevas,
Tú las desdeñas quizá
Porque en ti las hay mas bellas.
Y si escogidas manzanas
Te llevo, tú las desechas,
Quizá porque mas hermosas
Las de tu seno se muestran.
¡Triste! que quando te ofrezco
La dulce miel la desprecias,
Quizá por ser mas sabrosa
La que tus labios encierran;
Pero si no puedo darte
Otros dones de mas cuenta,
Y aquestos en ti se hallan
Con mas dulzura y belleza;
Á mí mesmo te he entregado,
Y aun este don menosprecias,
Que en otro tiempo estimaste,
Mas al fin todo se trueca:

Con esto acabó el pastor,
Para no acabar sus quejas,
Hasta que acabe la vida,
Ó la razon que hay en ellas.

IV.

Presta la venda que tienes,
Amor, á la bella niña
Para que cubra los ojos,
Con que dá muerte y dá vida.
Los mas libres corazones
Prende con sola una vista,
Los mas soberbios sujeta,
Y los mas firmes derriba.
Y aunque muriendo viva,
Goza de gloria el alma que cautiva.
Si no quieres de tus flechas
Gozar solas las cenizas,
Y que de tus tiernos brazos
Te quite el arco y se rinda,
Déxale la venda y huye,
De ella te oculta y te libra;
Que no hay quien hoy se le escape
De quantos sus ojos miran.
Y aunque muriendo, &c.
No hay zagal en el aldea
De noble ó de baxa estima
Que la señal de su hierro
No trayga en su rostro escrita.
De lo que las almas sufren
Salen al rostro las pintas,

Y por los ojos descubren
Lo que los suyos lastiman,
Y aunque muriendo, &c.

En tanto que la tormenta
Del ayrado mar se amansa,
Y que se enjugan las redes
Y mi barquilla descansa;
Al son de las olas fieras,
Que en estas peñas se quebravan,
A cuyos golpes se mueven
Mas que á mis males mi ingrata;
Quiero hacer un discurso
De mi vida lastimada,
Y cantar con voz de cisne,
Si es verdad que el cisne canta.
Agora pises la arena,
Soberbia y hermosa Glauca,
Desdeñando la tormenta
Còmo desdeñas mi alma;
Agora con tus amigas
Sobre las redes sentada
Cuentes de los pescadores
Las enamoradas ansias;
Escucha las que padezco,
Hermosa ingrata, á tu causa,
Que bastarán á ablandarte
A no ser de piedra helada.
Apenas supo la lengua
Articular las palabras

Quando sembré por el ayre
Mis quejas y tu alabanza.
Y tú sabes bien que apenas
Eché las redes al agua,
Quando me enredé en tus hebras
Que son redes de esta playa.
Crecieron en mi los años,
Y subieron las desgracias
Al peso de mis desdichas
Que fueron siempre pesadas.
Nunca las puertas de Oriente
Abrió tan hermosa el alva
Quando saca de alhelíes
Las bellas sienes ornada,
Que á los ojos de tu Albano
No le hicieses tú ventaja
Con salir ella á dar luz,
Y tú á lastimar entrañas:
Ni jamás llegó la noche
Envuelta en sus negras alas,
Que de mis llorosos ojos
No quedases obligada.
Para obligarte á querer,
Mil exemplos hay que bastan,
No solo en los pescadores,
Mas en las silvestres plantas.
El mirto quiere á la oliva,
Y la palma ama á la palma,
La yedra y la vid al olmo
Con tiernos brazos le abrazan.
Sola tu, homicida mia,
Que tienes de roca el alma,

Á los golpes amorosos
Ni te humillas ni te ablandas,
No hay piedra en estas riberas
En cuyas duras entrañas
No estén por mi mano escritos
Los nombres de Albano y Glauca.
No hay piedra en ella tan dura
Como tu condicion brava,
Pues me dan el acogida
Que en tus entrañas me falta.
Desterráronme desdichas,
Que siempre son mis contrarias,
Cadenas ciñen el cuerpo,
Y tus desdenes el alma.
En la fé que te tenia
He vivido sin quebralla,
Que no desatan prisiones
Los nudos que atan el alma.
Pero si aquí me acabaren
Mis ausencias y tu saña
Dexando á mis enemigos
En las manos la venganza;
Á ti, desdeñosa mia,
Quiero suplicar que vayas
Á hallarte en mis exêquias;
Pues de ellas fuiste la causa.
Y con un suspiro mudo,
Con una lágrima falsa
Sobre el helado sepulcro
Houres la ceniza helada.
Esto está diciendo Albano
En tanto que el mar se amansa;

Que con enrizado cerro
Las estrellas amenaza.

VI.

Por un dichoso favor,
Que ayer me atreví á pedir,
De zelos me hacen morir
Estando muerto de amor.
Vivia tan avariento
Mi deseo que buscaba
Quando en un contento estaba
Otro segundo contento:
Entendieronme el humor,
Y porque aprenda á pedir,
De zelos me hacen morir
Estando muerto de amor.
Esto cantaba Riselo
Despues de haber escuchado
Las quejas de un ruiseñor
Que llora y está cantando.
Maldice sus pensamientos
Porque volaron tan alto,
Maldice memorias tristes
Nacidas de agravios caros:
Maldice el verde laurel
Que en aquel siglo dorado
Ciñó sus dichosas sienes
Riberas del Tormes claro:
Maldice la grama verde
Que paciera su ganado,
Maldice el cencerro nuevo

De su conocido manso.
Maldice una corderuela
Á quien ha querido tanto
Que la crió en su zurron
Llevandola siempre en brazos:
Y maldice á quien amase
Favor alguno negado,
Que si amor anda desnudo
Es porque el vestido ha dado.
Por su Narcisa lo dice,
Que en la villa y en el prado
Por tasa le da los gustos,
Y los zelos no tasados.
Fuese tras esto el pastor
Huyendo de su cuidado,
Pero luego le alcanzó,
Y volvió á penar doblado.

VII.

Por los jardines de Chipre
Andaba el niño Cupido
Entre las rosas y flores
Jugando con otros niños:
Qual trepa por algun sauce
Presumiendo buscar nidos,
Qual cogiendo el fresco viento
Por coger los paxarillos.
Qual hace jaulas de juncos,
Qual hace palacios ricos
En los huecos de los fresnos
Y troncos de los olivos.

Quando cubiertas de abejas
Halló el travieso Cupido
Dos colmenas en un roble
Con mil panales nativos,
Metió la mano el primero
Llamando á los otros niños,
Picóle en ella una abeja,
Y sacóla dando gritos.
Huyen los niños medrosos,
El rapaz pierde el sentido,
Vase corriendo á su madre
A quien lastimado dixo:
Madre mia, una avecita
Que casi no tiene pico,
Me ha dado mayor dolor
Que pudiera un basilisco.
La madre que lo conoce
Vengada de verle herido
De quando la hirió de amores
De Adonis, que tanto quiso;
Medio riendo le dice:
De poco te admiras, hijo,
Siendo tú, y esa avecita
Semejantes en el pico.

VIII.

Noche templada y serena,
Que como madre piadosa
Das á mis quejas silencio,
Entre los vivos tú sola;
Oye despacio y no temas;

Pues no menos que tu sombra
Rezelan mis ojos tristes
La venida de la aurora.
En tanto que á estas murallas,
Do mi enemiga reposa,
Dan asalto mis suspiros
Y combaten mis congojas.
¡Cuitado del que llora
A lenguas mudas, y paredes sordas!
No duermas, fiera enemiga,
Segura de tu victoria,
Que no hay victoria segura
Donde hay fortuna dudosa.
No soy tan flaco contrario
Que mi razon mucha ó poca,
A contrastar no bastára
La tigre mas espantosa.
¡Cuitado del que llora, &c.
Goza, cruel, tu sosiego,
Que esta mi voz temerosa
Poco te ofende en quejarse
Si con su daño te gozas.
Den voces por mí las piedras,
Llamándote rigurosa;
Que si de serlo te precias,
Tus enemigos te honran:
Y si por yerro me vieres,
Haz que de verme te asombras,
Que si el pecado es cobarde
Con razon vives medrosa.
¡Cuitado del que llora
A lenguas mudas, y á paredes sordas!

IX.

Apolo con su laurel,
Y el Dios Marte con su roble
Corona de plumas y armas,
De sabios, y fuertes hombres,
La memoria de su padre
Tan glorioso entre españoles,
Y la fama que le espera
Con sus eternos loores,
Todos llaman á la guerra
Á Lisardo, ilustre joven,
Que está durmiendo seguro
Sobre la yerba de un bosque.
A la guerra, dice el rio,
Que junto á sus plantas corre;
Las aves sobre los sauces,
Los ganados en los montes.
Parece que todos juntos
Al son de los atambores,
Dicen á la guerra, guerra,
A la guerra, mozo noble.
Despierta metiendo mano,
Ya voy, ya parto, responde:
Y encontró que era cayado
Lo que imaginaba estoque.
No importa, dice el mancebo,
Que aqueste pellico pobre
Riveras del Tajo tiene
Espadas para los hombres.
Sobre tu vega famosa
Tengo yo famosas torres,

Envidiadas por ventura
De los que mandan las Cortes.
Adonde las voces suenan,
A caminar se dispone;
Quando siente que le tiran
Llamándole por su nombre.
Volvió los ojos ayrados,
Y vió los de Alcida, donde
Llorando perlas, hacia
Oriente la tierra entonces.
¿A dónde te vas sin mí,
O capitan de traydores?
Pero Lisardo le dice:
No te lastimes, amores;
Que voy á ver una garza,
Que volaba, y despertóme.
Pues llevame allá contigo,
Primero que se remonte;
Que yo te tendré la flecha,
Mientras tú la cuerda pones.
Quemaráte el sol, mis ojos,
Envidioso de tus soles;
Por detenerte, las zarzas
Herirán tus pies si corres.
No importa, le dice Alcida,
Porque ya el sol me conoce;
Y tú me sueles decir,
Que quando me vé, se esconde.
Y otra vez me aseguraste
Huyendo tus ocasiones,
Que á las zarzas, por dó iba,
Mudaban mis pies en flores.

Mas Lisardo le replica:
Á la guerra voy, amores,
Apolo, Marte, y la Fama
Me llaman, que bien los oyes.
Alcida entonces turbada
Su rubio cabello rompe,
Diciendo, enemigo mio,
Allá vayas, y no tornes.
Mas vete en paz á tu guerra,
Que á buen seguro te acoges,
En llevar el alma mia
Por defensa de los golpes.
Mal podrán mis tiernos años
Detener tus pies veloces,
Y mas si llevan en ellos
Mis obras, y mis razones.
Llegó Belardo en aquesto,
Y con algunos pastores
Sobre el pellico de seda
Le vistieron armas dobles.

X.

Una estatua de Cupido,
Que al templo de unos pastores
De dios de amor le servia,
Siendo dios de sinrazones;
Colgaba el pastor Belardo
De la alta rama de un roble,
Que quiere, que lleve el fruto
Á su dureza conforme,
Desciñéndose la honda

De un arroyo piedras coge,
Y resonando los valles,
La dorada imágen rompe.
Ahí te quedarás, le dice,
Persecucion de los hombres,
Maestro de hacer agravios,
Inventor de trayciones;
Aspid fiero que se cria
Dentro de los corazones,
Que su propia sangre bebe,
Y de sus entrañas come,
Locura en que dan las almas,
Alegre mal y bien pobre,
Enfermedad sin remedio,
Que con él se aumenta al doble.
Padre de zelos y olvido,
Ladron de puertas y torres,
Afrentador de linages,
Ingeniero de traydores.
Mejor estarás ahí,
Donde te echen maldiciones,
Que no en los sacros palacios
Adonde necios te adoren.
La estatua solo te afrento
Por si á los cielos te acoges,
Para que viéndote infame,
De allá te arrojen los dioses.
En esto vió que baxaban
Al valle algunos Pastores,
Y contándoles el caso
Les ruega que le perdonen.
Por mi parte, dixo Albanio,

No hayas miedo que me enoje,
Que allá me tiene diez años
De mi vida los mejores.
Sinrazon es, dixo Alcino,
Que entonces amaba á Floris,
Sacar al dios de su templo,
Y deshonralle en el monte.
El amor en sí no es malo,
Mire el hombre lo que escoge;
Que si sus ojos le engañan,
Es justo que ellos le lloren.
Mientras ellos argüian,
Se fué acercando la noche,
Y Filis con otras damas
Baxó de secreto al bosque.
Llegó piadosa á Cupido,
Y de la rama quitóle;
Como aquella que tenia
Mayores obligaciones.
Que no es bien, dixo llorando,
Que por un villano torpe
Un dios tan bello se afrente,
Y que de infame le noten.
Este hizo á mi hermosura
Celebrada en todo el orbe,
Y que ya en mi edad postrera
Descanso y oro me sobre.
Con esto muy triste Filis
De la soga desatóle,
Haciéndole sepultura
Entre jazmines y flores.

XI.

Continuacion del anterior.

¿Quándo cesarán las iras
De tus injustos desdenes,
Cobarde enemiga mia,
Que no perdonas y puedes?
Yo confieso que venciste:
¿Qué Alcides piensas que vences
Sino á un hombre que te llama,
Siendo flaca, muger fuerte?
¿Quándo riberas del Tajo
Miraré del sol la frente,
Sin que me queme tu lumbre
Porque de mí no te vengues?
Cansada tengo la noche
De llamarla para verte,
La ventura de ayudarme,
Y la luna de esconderse.
Yo que no me contentaba
Con tus brazos muchas veces,
Ya me consuelo, enemiga,
Con ver tu calle, y volverme.
Los hierros de tu ventana
Quiere amor que adore y bese,
A devocion de tu alma
De quien su dureza aprenden.
¡O larga desdicha mia!
Mas no es razon que me queje,
Bien es yerro que te adore,

Quien anduvo errado siempre.
Estas piedras son testigos,
De que cubierto de nieve
Me halló mil veces el sol,
Antes que el tuyo saliese.
Y agora por no aguardar
A que tu nieve me queme,
Paso el puerto temeroso
De que á tu puerta me quede.
Para que no me conozcan
Has mudado las paredes,
De quien era yedra amada,
Mientras estabas ausente.
Quizá porque escrito estaba
El nombre que tú aborreces;
Que lo borrado en el alma,
En las paredes ofende.
Quando, ingrata, me querias
No habia quien no truxese
Los dos nombres en la boca,
Que ahora enfadan la gente.
Y así enfada el tiempo mismo,
De que no puede vencerme,
Aunque yo lo canto, y digo,
Que tu hermosura me vence:
Que mientras fueres hermosa,
No dexaré de quererte,
Y seráslo siempre, ingrata,
Porque pene eternamente.
Vengaste tu estatua, amor,
Afloxa el cordel, no aprietes
Ofensor mártir del alma,

Dexa el cuerpo que no siente.
Tu estatua colgué de un roble;
Todo se sufre á quien pierde;
Viva Filis, venció Filis,
Vive amor, Belardo muere.
Con esto orilla del Tormes
Sus aguas llorando crece
El mas verdadero amante,
Y el mas agraviado siempre.

XII.

Quando las sagradas aguas
Del ancho y sagrado Betis
Con la multitud de barcos
Con dificultad parecen;
Quando entoldadas las popas
De juncia y de ramas verdes
En el agua escaramuzan
A pesar de sus corrientes;
Quando mil alegres cantos,
Que los sentidos suspenden,
Interrumpen á los vientos,
Y enamoran á los peces;
Quando en las torres mas altas
Mil luminarias parecen,
Y qual veloces cometas
Atraviesan los cohetes;
Entonces, mi Jacinto, amor me tiene
Sin ti, sin mí, sin libertad, sin verte,
Envidiosos de mi bien
Fortuna y amor me tienen,

El uno en prision el cuerpo,
El otro el alma en sus redes.
En vez del ligero barco
Entoldado de laureles
Tengo un triste calabozo,
Do mis pensamientos remen.
El agua por do navega,
Es la que mis ojos vierten;
Que aunque á mi fuego no basta
Basta para que me anegue.
Y del implacable fuego,
Que en mis entrañas se enciende,
Qual los cohetes veloces
Salen suspiros ardientes.
Ecos de suspiros tristes
Son mis canciones alegres:
Tal estoy que quando el cielo
Su favor al mundo ofrece,
Entonces, mi Jacinto, amor me tiene
Sin ti, sin mí, sin libertad, sin verte.

XIII.

Escóndete en tu cabaña,
Serrana, y cierra la puerta,
Que viene sin venda el ciego
Desde la Corte á la aldea.
Ningun Serrano se escapa,
Ni Serrana en toda ella,
Si él con la vista le alcanza,
Que no le hieran sus flechas;
Y en haciendo la presa,

El arco y alas bate con presteza.
No tiene fuerza el azero,
Ni aprovecha resistencia;
Que trae puntas de diamante,
Y en el arco cuerda nueva:
Y si una vez él te tira,
Guardate, Serrana bella,
Que en blanda cera convierte
Pechos de bronce y de piedra:
Y en haciendo la presa, &c.
El mas bravo corazon
Con el mas humilde mezcla;
Y con bravo pecho abate
Las cervices mas enhiestas.
Es cazador tan seguro,
Que quien mas huye su diestra,
Con mas presteza le alcanza,
Y mas presto de él se venga;
Y en haciendo la presa, &c.
Zagala, págueste el cielo,
Dixo la Serrana bella,
El aviso, y en tus cosas
Dichoso suceso tengas.
Ya conoce aqueste pecho
Con tiempo sus falsas tretas;
Mil veras mezcla con burlas,
Y entre las burlas mil veras:
Y en haciendo la presa, &c.
Del centro de mis cuidados
Robó la mas rica prenda,
Arrojada en el olvido
Con guerra de falsas presas.

Dentro en mil memorias vivas
Están las cenizas muertas;
Paga al fin como traidor;
Quien le sirve poco medra;
Y en haciendo la presa,
El arco y alas bate con presteza.

XIV.

Peñas del Tajo deshechas
Del curso eterno del agua,
¿Cómo el de los ojos mios
Un pecho tierno no ablanda?
Bien parece que se rie
Entre vosotras la ingrata,
Que me ha desterrado el cuerpo,
Y me ha perseguido el alma.
Gozosa Filis se goza
De quien me destruye y mata
Como si el vencer un muerto
Diese victoria tan alta.
Humilde sufriendo estoy
El cuchillo á la garganta,
Y con ser sentencia injusta
No le replico palabra.
Mis agravios me dan voces,
Para que tome venganza;
Yo acállolos, con decirles
Que poca vida me falta.
Aconséjoles que sufran,
Y respóndenme que osáran
Si como ella tiene el pecho,

Tuviera yo las entrañas.
¿A quién se humilla el leon?
Quién con ser fiera le agravia?
Y á mí me mata de zelos
Una muger enojada.

XV.

Quien dixese que la ausencia
Causa olvido en quien bien ama,
Mi firmeza lo desmiente,
En quien verá que se engaña.
Ausente en el Tajo vivo,
Y allá me tiene mi alma
En sus fértiles riberas
La salobre Guadiana.
Crecen mas con el ausencia
Mi fuego y mi confianza;
Que la memoria importuna
Mas mi sentido levanta.
Ayuda la soledad
Entre estas sierras ingratas
A mis voces y á mi llanto,
A mis quejas y á mis ansias.
Solo con voz mentirosa
Me responden y me engañan,
Formada en hondas cavernas
Y entre peñas erizadas.
Si amor digo, amor responden,
Si alma digo, dicen alma,
Si Tirsi, responden Tirsi,
Y si la llamo, la llaman.

Amanecerá tu sol,
Hará Mayo mi esperanza,
Á mis prados ya sin flores,
Y á mis agostadas ansias.
Entonces los falsos ecos,
Y con ellos las montañas
Callarán y serán mudos,
Ó rebentarán si hablan.
Viendo entonces yo mis glorias
En aquel dia que aguardan,
Por entre confusas voces
Daré la vuelta á mi patria.
Rompiendo montes inciertos
Dificultades contrarias,
Iré á tus brazos, Señora,
Por mil sendas no pisadas,
Vendraste tú á mí corriendo
De gozo y gritos bañada,
Mirarás firme mis ojos,
Miraré alegre á tu cara.
Colgaráste de mi cuello,
Penderé de tu garganta,
Haremos los dos alegres
Una vida de dos almas.
Ansí cantaba Menalio,
Dándose triste esperanza,
Respirando de sus penas,
Porque quien llora descansa.

XVI.

Soledad que aflige tanto,

¿Qué pecho habrá que te sufra?
Libertad preciosa y cara,
Mal haya quien no te busca
Por una parte paredes,
Por otras rejas tan juntas,
Que ni el sol por ellas entra,
Ni las penetra la luna.
En los balcones candados,
En las puertas llaves duras,
Y dura la condicion,
Que nos cierra y que nos culpa.
El invierno en lo sombrío,
En verano en las estufas,
Medio encantados los ojos,
Y la lengua casi muda,
De pesares todo el año,
De placer hora ninguna,
Soledad que aflige tanto,
¿Qué pecho habrá que te sufra?
A los discretos nos niegan,
Y quando necios nos buscan,
Nos sacan á que nos muelan
Con razones importunas.
Eternos son nuestros males,
Nuestros bienes de fortuna:
Libertad preciosa y cara,
Mal haya quien no te busca.
Aquesto cantaban
A sus almohadillas
Dos niñas labrando
Pechos de camisa,
Cerrólas su madre,

Fuese por la villa
A dar parabienes,
Y á consolar viudas.
¿Qué ha visto en el tiempo,
Dixo la mas chica,
Señora, que cierra
Lo que no solia?
¿Quién canta de noche?
¿Quién habla de dia?
¿Quién hay que nos lea?
¿Quién que nos escriba?
Estrechura tanta
Plegue á Dios no sirva,
De que el sufrimiento
Desespere aprisa.
En corrillos andan
Todas las vecinas
Sembrando sospechas,
Cogièndo malicias.
El gusto pasado
Se trocó en acibar,
La soltura en carcel,
En llanto la risa.
A lo que es recato
Llamarán caida,
Que ha dado el honor
Ligera y altiva.
Madre la mi madre
Miedo guarda viña,
Mas hace quien ruega,
Que no quien castiga.
Si la planta nace

De suyo torcida,
Tarde la enderezan
Varas que la arriman.
Escuchais consejas
De dueñas valdias,
Que en la Iglesia pasan
Cuentas y mentiras.
Y sobre nosotras,
Vuestras enemigas,
Pareceis nublado,
Que atruena y graniza.
Yo de mi cosecha
Me soy Teatina,
Medrosa de engaños,
Y esperanzas tibias.
No echeis tantas llaves,
Porque no se diga,
Que no hay que fiar
De quien no se fia.

XVII.

Escuchad, las que de amor
La falsa ley adorais,
Y vereis en mis desdichas
Su gloria y cielo infernal.
Mal digo, no me escucheis,
Que si de veras amais,
En amantes corazones
El desengaño es mortal.
Un basilisco adoré
Cárcel de mi libertad,

Que mataba con los ojos,
Y daba vida en matar.
Enamoréme qual niña,
Supe como vieja amar,
Que amor sus iguales busca,
Y en las almas no hay edad.
Díle el alma de mi pecho
Lo mas que le pude dar,
Que el niño amor, como es dios,
Nunca menos que almas da.
Quísome mas que á sus ojos,
Yo le gané en la mitad;
Mas si es igual el amor,
Nunca es la ventura igual.
Engañóme con palabras,
Que no faltarán jamas:
Mas quando se carga mucho,
Son fáciles de quebrar.
Dexóme como tirano,
A otra sirve, y quiere mas:
Las que amais, mirad si es pena,
Si acaso podeis mirar.
Dos años contenta estuve
Sin temor de aqueste afan,
Que quando se goza el bien,
Nunca se recuerda el mal.

XXVII.

Deten tu curso, fortuna,
De perseguirme te cansa;
Que para tan fieros golpes

Tan fieros golpes no bastan.
Mas si nací sin ventura,
Y sujeto á tus mudanzas,
Sin remedio á mis desdichas
Anda con su rueda vária.
Solo el tiempo me consuela,
Que tiene ligeras alas,
Y nada en él permanece,
Porque al fin todo se cansa.
Y así aunque me falta el bien,
No he perdido la esperanza;
Que el mal temprano ó tarde
Por mas que me atormente, ha de acabarse.
Corre, fortuna enemiga,
De mis bienes descuidada,
Sube á todos en tu cumbre,
Y á mí hasta el centro me baxa.
Triunfa á priesa de mis males,
Riete de mis desgracias,
Enmudece en mi provecho,
Y para mi daño habla.
Dame disgustos sin cuenta,
Y ponme á los gustos tasa;
Que yo en el tiempo confio;
Y así, aunque el bien me falta,
No he perdido del todo la esperanza.
Dicen que ve muchas penas,
El que tiene vida larga;
Mas yo bien poco he vivido
Y en tan poco he visto hartas.
Nada sino penas tengo,
Las glorias de mí se apartan,

Hallo en cosas ciertas dudas,
Sonme las propias contrarias.
Mas de la recia tormenta
Salgo asido como á tabla,
Del tiempo que es mi defensa,
Porque al fin todo lo acaba:
Y así, aunque el bien me falta,
No he perdido, &c.

Tengo un noble pensamiento,
Que me defiende y me guarda;
Si me derriban desdichas
En sus hombros me levanta:
De ordinario está conmigo,
Nunca de mi pecho falta,
Memorias tristes me cercan,
Y él solo las desbarata.
Alégranme en mis tristezas,
Pero no lo estimo en nada,
Sino que le ayude el tiempo,
Porque al fin todo lo acaba;
Y así, aunque el bien me falta, &c.

A orillas de Manzanares
Un ausente de su patria
Esto á su fortuna dice,
Que con él ha sido avara.
Y entre suspiros y quejas
Se volvió á mirar el agua,
Y cesando el llanto tierno
Le dixo aquestas palabras:
El curso llevas ligero,
Corres apriesa, y no paras
Pero acabaráte el tiempo,

Que el tiempo todo lo acaba.
Y así, aunque el tiempo me falta,
No he perdido del todo la esperanza:
Que el mal temprano ó tarde
Por mas que me atormenta, ha de acabarse.

XIX.

Enemiga de mis glorias,
Hártate de mis agravios;
Que mas sufrimiento tengo,
Que rigor tu pecho ingrato.
Tu hermosura me ha vencido;
Pero no tus desengaños,
Que quanto mas me aborreces
Mas en tu yelo me abrasas.
¿Cómo puede ser posible
En mí y en ti tal milagro,
Que tú me mates el alma,
Y que yo te adore tanto?
Por ser de mi fe testigos
Estas paredes de marmol,
Ya con mi llanto deshechas
Solo con ellas descanso:
Pero si viviste dentro
Seránme testigos falsos,
Que encantas con la belleza
Como otro Orfeo cantando.
Mi remedio está en la muerte,
Pero mi vida en tus manos;
Que porque jamás descanse
Vive mi muerte á tu cargo.

Pues no te cansa olvidarme,
No puedo cansarme amando,
Aborréceme riendo,
Que yo te amaré llorando.
Y en esta eterna porfia
Eternamente vivamos,
Porque no triunfe la muerte
De dos extremos tan altos.

PARTE III.

ROMANCES HEROYCOS.

1.

Belleza de Elena.

Desde una soberbia torre
De aquellas que al fuerte alcazar
De la inexpugnable Troya
Sirven de adorno y de guarda;
Los mas ancianos varones
Sobre cuyos hombros carga
Todo el peso de la guerra
Que es mayor que el de las armas;
Estaban mirando un dia
Una reñida batalla
Que fuera del ancho muro
Troyanos y Griegos traban.
Ven que de una parte y otra
La tierra en su sangre bañan,
Y que alaridos y polvo

Hasta el cielo se levantan.
Que unos se encuentran furiosos
De tal suerte, que las astas
En piezas al ayre suben,
Y ellos á la tierra baxan.
Que otros firmes en la silla
Ponen mano á las espadas,
Y dan y reciben golpes
Hasta dar tambien las almas:
Que los caballos sin dueño
Relinchan, corren y saltan,
Y á muchos de los de á pie
Atropellan, hieren, matan:
Y que dentro en la Ciudad
Las miserables Troyanas
Cuyos maridos pelean
En defensa de la patria;
Con ansia mortal se afligen
Rostro y cabellos maltratan,
Y los ojos en el cielo
Le piden justa venganza.
Hijas por sus padres lloran
Por sus hermanos y hermanas,
Cuyas lamentables voces
Lastiman duras entrañas.
Todo es confusion y estruendo,
Alaridos, golpes, rabia,
Al fin como en cruda guerra
Del tirano amor causada.
Viendo tan triste tragedia
Los que tristes la miraban,
Y de ver buen fin teniendo

Poca ó ninguna esperanza;
Bañan lágrimas sus ojos,
El dolor su pecho rasga,
Y á voces llaman la muerte
Que los libre de ver tantas.
Un rayo á Júpiter piden
Contra la que ha sido causa
De una guerra tan prolixa
Por hermosa y por liviana.
En esto vieron que Elena,
Principio de estas desgracias,
Á la misma torre sube
Á ver los males que causa.
Y viendo que su hermosura
Es mas divina que humana,
Pues con ser tal la de Venus,
Le hace notable ventaja;
Juzgándola poderosa
Para rendir libres almas,
Sin que desden aproveche
Ni otras prevenciones valgan;
Á una voz dicen llevados
De una fuerza extraordinaria
Que tiene en sí la belleza
Contra quien fuerzas no bastan;
¡Dichoso el que en esta guerra
Alcanza ventura tanta,
Que por tu defensa muere
Para que viva su fama!
Si yerros de amor nacidos
Es justo el perdon que alcanzan;
¿Quién á Páris se le niega

Siendo su ocasion tan alta?
Grecia y Troya en esta empresa
Ambas estan disculpadas,
Con razon te pide aquella,
Y ésta con razon te guarda:
Los que teniendote ausente
Con injuriosas palabras
De ti al cielo dimos quejas,
Presente le damos gracias.
No caygamos de la tuya,
Que si tanto nos levantas,
Ni Marte podrá ofendernos
Ni ser fortuna contraria.
Diosa de hermosura, vive,
Y con tu vista regala
A este Troyano pueblo
Que te defiende y te ampara.
Esto diciendo, advirtieron
Que el Rey Priamo los llama
Para oir los no creidos
Pronósticos de Casandra.

II.

Al Rey Rodrigo.

Quando las pintadas aves
Mudas estan, y la tierra
Atenta escucha los rios
Que al mar su tributo llevan;
Al escaso resplandor
De qualquier luciente estrella,

Que en el medroso silencio
Tristemente centellea;
Teniendo por mas segura
De trage humilde la muestra,
Que la acechada corona
Ni la envidiada riqueza;
Sin las insignias reales
De la magestad soberbia,
Que amor, y temor de muerte
Junto á Guadalete dexa;
Bien diferente de aquel,
Que antes entró en la pelea
Rico de joyas, que al Godo
Dió la victoriosa diestra;
Tintas en sangre las armas
Suya alguna y parte agena,
Por mil partes abolladas,
Y rotas algunas piezas;
La cabeza sin almete,
La cara de polvo llena,
Imágen de su fortuna
Que en polvo se ve deshecha;
En Orelia su caballo
Tan cansado ya, que apenas
Mueve el presuroso aliento,
Y á veces la tierra besa;
Por los campos de Xerez,
Gelvoé llorosa y nueva,
Huyendo va el Rey Rodrigo
Por montes, valles y sierras.
Tristes representaciones
Ante los ojos le vuelan,

Hiere el temeroso oido
Confuso estruendo de guerra.
No sabe donde mirar,
De todo teme y rezela,
Si al cielo, y teme su furia,
Porque hizo al cielo ofensa;
Si á la tierra, ya no es suya,
Que la que pisa es agena.
¿Pues que, si dentro en sí mismo
Con sus memorias se encierra?
Mayor campo de batalla
Dentro el alma le apareja;
Y entre sollozo y suspiros
Así el Rey Godo se queja:
¡Desventurado Rodrigo!
Si esto en otro tiempo hicieras,
Y huyeras de tus deseos
Al paso que agora llevas;
Y á los asaltos de amor
No mostráras la flaqueza,
Tan indina de hombre Godo,
Y mas de Rey que gobierna,
Gozára su gloria España,
Y aquella fuerte defensa
Que ya por el suelo yace,
Y el color cambia á las yerbas.
Amada enemiga mia,
De España segunda Elena,
¡Ó si yo naciera ciego!
¡Ó tú sin beldad nacieras!
Maldito sea el punto y hora
Que al mundo me dió mi estrella,

Pechos que me dieron leche
Mejor sepulcro me dieran.
Pagára á la tierra el censo,
Y en su soledad durmiera
Con los Cónsules y Reyes,
Ó con los plebeyos de ella.
Quitárale á la fortuna
Carro en que triunfar pudiera,
Y un Rodrigo para España
Materia de tantas quejas.
Traydor Conde Don Julian,
Si uno solo es el que yerra,
¿Por qué tan injustamente
Hiciste comun la pena?
No ofendí yo al Africano,
¿Por qué Africano te venga?
¡Oh si este agudo puñal
Rasgára tus falsas venas!
Mas iba á decir Rodrigo;
Pero las palabras medias
Las arrebató el enojo,
Y entre los dientes las quiebra.
Y diciendo á Dios España,
Que el Bárbaro señorea;
Junto su Orelia querido
La luz enemiga espera.

III.

Roldan, y Bernardo del Carpio.

El invencible Frances,
Fuerte Senador Romano,
Aquel que al bravo Agrican
Le venció y tornó Christiano;
Y ganó del fiero Almonte
El rico cuerno preciado,
Con que hizo desafios,
Que al mundo puso en espanto;
Aquel que en Albraca solo
Venció todo un campo armado
Y nunca siendo vencido
Venció las hadas y el hado;
Qual suele mostrar mas luz
La luz que se está acabando,
Está en la guerra postrera
Postrera fuerza mostrando.
Y no le basta el orgullo,
La buena espada y caballo,
Que lo ha el Señor de Brava
Con el que nació en el Carpio.
El qual habiendo ya hecho
De sangre Francesa un lago,
Y que al fin de aquella empresa
Estaba el Roldan gallardo;
El gran sobrino de Alfonso
Furioso busca al de Carlos:
Hállale en sangre teñido,

Y él viene en ella bañado.
Los mas bravos corazones
Que humano pecho ha encerrado,
Juntos á batalla vienen
Con fuerza y ánimo osado.
Para verla se suspende
La del uno y otro campo,
Entre la esperanza y miedo
Los corazones temblando.
El cielo que á Orlando espera,
Fortuna que se ha cansado,
Dan y quitan la victoria
De un Frances á un Castellano.

IV.

Detente, buen mensagero,
Que Dios de peligros guarde,
Si acaso eres Alvanés
Como lo muestra tu trage;
Y dime de aquel tu dueño
Que perdido en Roncesvalles,
Los Moros de Zaragoza
Presentaron á Amurates.
¿En qué entretiene los dias
De la mañana á la tarde?
Aunque todo le es de noche
Para quien vive en la carcel.
Y dime, si está muy triste,
Que no es posible que baste
Su valor y su paciencia
Para destierro tan grande.

Y si es verdad, como dicen,
Que libertad quieren darle,
Para que vuelva otra véz
Á cautivar libertades.
Que despues que aquí se trata
Su libertad y rescate,
Dos mil albas han salido,
Y nunca la suya sale.
No sé que tiene de bueno,
Que en toda Alemania y Flandes
No hay muger que no le adore,
Ni hay hombre que no le alabe.
Siendo su sangre tan buena,
Que nadie iguala su sangre,
Vale mas él por sí solo,
Que por su nobleza vale.
Yo soy á quien no conoce,
Y quien de solo miralle
Matar los toros un dia,
No hay gusto que no me mate;
Y con saber que en viniendo
Ha de acabar de matarme,
Ruego á Dios que presto sea
Aunque él me remedie tarde.
Ése cautivo, Madama,
Que fué de los Doce Pares,
Le responde el mensagero,
Cerca está de rescatarse.
Bravas galas se aparejan
De vestidos y plumages,
Para de España salir
Y entrar en Francia galanes.

Pero no espero, Señora,
Vuestro remedio ni aun tarde,
Que aunque ahora libre el cuerpo,
Tiene el alma en otra parte.
Muchos tiempos ha que adora
Á la hermosa Bradamante,
Tan justamente perdído,
Que llama gloria sus males.
La Francesa que esto oyó
Sin que mas razon aguarde,
Cerró la ventana, y fuese
Rompiendo á voces los ayres.

V.

Regalando el tierno vello
De la boca de Medoro,
La bella Angélica estaba
Sentada al tronco de un olmo.
Los bellos ojos le mira
Con los suyos pïadosos,
Y con sus hermosos labios
Mide sus labios hermosos.
¡Ay Moro venturoso,
Que á todo el mundo tienes envidioso!
Convaleciente del cuerpo
Estaba el dichoso Moro,
Y tan enfermo del alma,
Que al cielo pide socorro.
Enternecida á las quejas
Angélica de Medoro,
Le cura con propia mano,

Y queda sano del todo.
¡Ay Moro venturoso,
Que á todo el mundo tienes envidioso!
 Á las quejas y dulzuras,
Que los dos se dicen solos,
Descubriéndoles el eco
Orlando llegó furioso;
 Y viendo á su yedra asida
Del mas despreciado tronco,
Pone mano á Durindana
Lleno de zelos y enojo.
¡Ay Moro venturoso,
Que á todo el mundo tienes envidioso!

VI.

Aquí gozaba Medoro
De su bella deseada,
A pesar del Paladino
Y de los Moros de España:
Aquí sus hermosos brazos
Como yedra que se enlaza,
Ciñeron su cuello y pecho,
Haciendo un cuerpo dos almas.
Estas palabras de fuego
Escritas con una daga
En el marmol de una puerta
El Conde Orlando miraba;
Y apenas leyó el renglon
De las postreras palabras,
Quando con voces de loco
Echó mano á Durindana,

Y dando sobre las letras
Una y otra cuchillada,
Con el encantado acero
Piedras y centellas saltan.
Que de palabras de amor
No solamente en las almas,
En las piedras entra el fuego,
Y de ellas sale la llama.
La columna dexa entera,
Como lo está su esperanza,
Que confiesa ser mas firme,
Que no el valor de sus armas.
Entrando la casa adentro,
Vió pintada en una quadra
La amarilla y fiera muerte,
Que á los pies de un niño estaba.
Conoció que era el amor
En las flechas y la aljaba,
Y unas letras que salian
De las manos de una dama.
Lo que decian repite,
Como quien no entiende nada,
Que en males que vienen ciertos
Es gloria engañar al alma.
Las letras dicen : *Medoro,*
El grande amor de tu esclava
Ha de vencer á la muerte,
Que aun muerto vive quien ama.
No tiene el Conde paciencia,
Que alborotando la sala,
Despedaza quanto mira,
¡De amor injusta venganza!

VII.

Don Pedro el Cruel.

A los pies de Don Henrique
Yace muerto el Rey Don Pedro
Mas que por su valentía
Por voluntad de los cielos.
Al envaynar el puñal
El pie le puso en el cuello,
Que aun allí no está seguro
De aquel invencible cuerpo.
Riñeron los dos hermanos
Y de tal suerte riñeron,
Que fuera Cain el vivo
A no haberlo sido el muerto.
Los exércitos movidos
A compasion y contento,
Mezclados unos con otros
Corren á ver el suceso.
Y los de Henrique
Cantan, repican y gritan,
Viva Henrique.
Y los de Pedro
Clamorean, doblan, lloran
Su Rey muerto.
Unos dicen que fué justo,
Otros dicen que mal hecho,
Que no es Rey cruel, si nace
En tiempo que importa serlo.
Y que los yerros de amor
Son tan dorados y bellos,

Quanto la hermosa Padilla
Ha quedado por exemplo.
Que nadie verá sus ojos,
Que no tenga al Rey por cue
Mientras como otro Rodrigo
No puso fuego á su Reyno.
Los que con ánimos viles
Ó con lisonja, ó por miedo
Siendo del bando vencido,
Al vencedor siguen luego;
Valiente llaman, á Henrique,
Y á Pedro tirano y ciego,
Porque amistad y justicia
Siempre mueren con el muerto.
La tragedia del Maestre,
La muerte del hijo tierno,
La prision de Doña Blança,
Sirven de infame proceso.
Algunos pocos leales
Dan voces pidiendo al cielo,
Justicia pidiendo al Rey,
Y mientras que dicen esto;
Los de Henrique, &c.
Llora la hermosa Padilla
El desdichado suceso
Como esclava del Rey vivo,
Y como viuda del muerto.
¡Ay Pedro! que muerte infame
Te han dado malos consejos,
Confianzas engañosas,
Y atrevidos pensamientos!
Salió corriendo á la tienda,

Y vió con triste silencio
Llevar cubierto su esposo
De sangre y de paños negros.
Y que en otra parte á Henrique
Le dan con aplauso el cetro;
Campanas tocan los unos,
Y los otros, instrumentos.
Como acrecienta el dolor
La envidia del bien ageno,
Y el ver á los enemigos
Con favorable suceso;
Así la triste Señora
Llora y se deshace, viendo
Cubierto á Pedro de sangre,
Y á Henrique de oro cubierto.
Echó al cabello la mano
Sin tener culpa el cabello,
Y mezclando perlas y oro,
De oro y perlas cubrió el cuello.
Quiso decir, Pedro, á voces,
Villanos, vive en mi pecho;
Mas poco la aprovechó;
Y mientras lo está diciendo;
Los de Henrique, &c.
Rasgó las tocas, mostrando
El blanco pecho encubierto,
Como si fuera cristal
Por donde se viera Pedro.
Desmayóse ya vencida
Del poderoso tormento,
Cubriendo los bellos ojos,
Muerte, amor, silencio y sueño.

Entre tanto el campo todo
Aquí y allí eran corriendo,
Vencedores y vencidos,
Soldados y caballeros.
Y los de Henrique, &c.

VIII.

Desafío del Cid. *

Non es de sesudos homes
Ni de infanzones de pro
Facer denuesto á un fidalgo,
Que es tenudo mas que vos.
Non los fuertes barraganes
Del vueso ardid tan feros
Prueban en homes ancianos
El su juvenil furor.
Non son buenas fechorias
Que los homes de Leon
Fieran en el rostro á un viejo,
Y no el pecho á un infanzon.
Cuidáras que era mi padre
Del Lain Calvo sucesor,
Y que no sufren los tuertos
Los que han de buenos blason.
¿Mas cómo vos atrevisteis
Á un home, que solo Dios,
Siendo yo su fijo, puede
Facer aquesto, otro non?

* Este y los siguientes están sacados del Romancero del Cid.

La su noble faz ñublasteis
Con nube de deshonor,
Mas yo desfaré la niebla
Que es mi fuerza la del sol;
Que la sangre despercude
Mancha, que finca en la honor,
Y ha de ser, si bien me lembro,
Con sangre de malhechor.
La vuestra, Conde tirano,
Lo será, pues su furor
Os movió á desaguisado
Privandovos de razon.
Mano en mi padre pusisteis
Delante el Rey con furor,
Cuidá que lo denodasteis,
Y que soy su fijo yo.
Mal fecho ficisteis, Conde,
Yo vos reto de traydor,
Y catad si vos atiendo,
Si me causarás pavor.
Diego Laínez me fizo
Bien cendrado en su crisol;
Yo probaré en vos mis fuerzas,
Y en vuesa mala intencion
No vos valdrá el ardimiento
De mañero lidiador;
Pues para me combatir
Traygo mi espada y troton.
Aquesto al Conde Lozano
Dixo el buen Cid Campeador,
Que despues por sus fazañas
Este nombre mereció.

Dióle la muerte y vengóse,
La cabeza le cortó,
Y con ella ante su padre
Contento se afinojó.

IX.

Quexas de Doña Ximena.

Sentado está el Señor Rey
En su silla de respaldo,
De su gente mal regida
Desavenencias juzgando:
Dadivoso y justiciero
Premia al bueno y pena al malo,
Que castigos y mercedes
Hacen seguros vasallos.
Arrastrando luengos lutos
Entraron treinta fidalgos,
Escuderos de Ximena,
Fija del Conde Lozano,
Despachados los maceros,
Quedó suspenso el palacio,
Y así comenzó sus quejas
Humillada en sus estrados.
Señor, hoy hace tres meses
Que murió mi padre á manos
De un muchacho, que las tuyas
Para matador criaron.
Quatro veces he venido
A tus pies y todas quatro
Alcancé prometimientos,
Justicia jamás alcanzo.

Don Rodrigo de Vivar
Rapaz, orgulloso y vano
Profana tus justas leyes,
Y tú amparas un profano.
Tú le zelas, tú le encubres,
Y despues de puesto en salvo,
Castigas á tus Merinos,
Porque no pueden prendallo.
Si de Dios los buenos Reyes,
La semejanza y el cargo,
Representan en la tierra
Con los humildes humanos;
Non debiera de ser Rey
Bien tenido, y bien amado,
Quien fallece en la justicia
Y esfuerza los desacatos.
Mal lo miras, mal lo piensas;
Perdona si mal te fablo,
Que la injuria en la muger
Vuelve el respeto en agravio.
No haya mas, gentil doncella,
Respondió el primer Fernando,
Que ablandarán vuestras quejas
Un pecho de acero y marmol.
Si yo guardo á Don Rodrigo,
Para vueso bien le guardo,
Tiempo vendrá que por él
Convirtais el gozo en llanto.
En esto llega á la sala
De Doña Urraca un recado;
Asióla del brazo el Rey,
Donde está la Infanta entraron.

X.

Contestacion entre el Cid, y el Abad Bermudo.

Fablando estaba en el claustro
De San Pedro de Cardeña
El buen Rey Alfonso al Cid
Despues de Misa una fiesta:
Trataban de las conquistas
De las mal perdidas tierras
Por pecados de Rodrigo,
Que amor disculpa y condena,
Propuso el buen Rey al Cid
El ir á ganar á Cuenca;
Y Rodrigo mesurado
Le dice de esta manera:
Nuevo sois, el Rey Alfonso,
Nuevo sois Rey en la tierra:
Antes que á guerras vayades
Sosegad las vuesas tierras.
Muchos daños han venido
Por los Reyes que se ausentan,
Y apenas han calentado
La corona en la cabeza.
Y vos no estais muy seguro
De la calumnia propuesta
De la muerte de Don Sancho
Sobre Zamora la Vieja;
Que aun hay sangre de Bellido,
Magüer que en fidalgas venas,
Y el que fizo aquel venablo,

Si le pagan, hará treinta.
Bermudo en lugar del Rey,
Dice al Cid: si vos aquejan
El cansancio de las lides,
Ó el deseo de Ximena,
Id vos á Vivar, Rodrigo,
Y dexadle al Rey la empresa,
Que hombres tiene tan fidalgos,
Que no volverán sin ella.
¿Quién vos mete, dixo el Cid,
En el Consejo de Guerra,
Frayle honrado, á vos agora,
La vuesa cogulla puesta?
Subid vos á la tribuna,
Y rogad á Dios que venzan,
Que non venciera Josué
Si Moysés no lo ficiera.
Llevad vos la capa al coro,
Yo el pendon á las fronteras,
Y el Rey sosiegue su casa
Antes que busque la agena;
Que no me farán cobarde,
El mi amor y la mi queja,
Que mas traygo siempre al lado
Á Tizona que á Ximena.
Home soy, dixo Bermudo,
Que antes que entrára en la Regla
Si no vencí Reyes Moros,
Engendré quien los venciera;
Y agora en vez de cogulla
Quando la ocasion se ofrezca
Me calaré la celada

Y pondré al caballo espuelas.
Para fugir, dixo el Cid,
Podrá ser, padre, que sea,
Que mas de aceyte que sangre
Manchado el hábito muestra.
Calledes, le dixo el Rey,
En mal hora que no en buena.
Acordarsevos debia
De la jura y la ballesta.
Cosas tenedes el Cid,
Que farán fablar las piedras,
Pues por qualquier niñería
Faceis campaña la Iglesia.
Pasaba el Conde de Oñate
Que llevaba la su dueña,
Y el Rey por facer mesura
Acompañóla á la puerta.

XI.

Reconvencion de Alfonso VI. al Cid.

Si atendeis que de los brazos
Vos alce, atended primero,
Si no es bien que con los mios
Cuide subiros al cielo.
Bien estais afinojado,
Que es pavor veros enhiesto,
Asiento es asaz debido
El suelo de los soberbios.
Descubierto estais mejor,
Despues que se han descubierto

De vuesas altanerías
Los mal guisados sucesos.
¿En qué os habeis empachado,
Que dende el pasado invierno
Non vos han visto en las Cortes,
Puesto que Cortes se han fecho?
¿Por qué, siendo Cortesano,
Traeis la barba y cabello
Descompuesta y desviada
Como los padres del yermo?
Pues aunque vos lo pregunto,
Asaz que bien os entiendo,
Bien conozco vuesas mañas
Y el semblante falagüeño.
Quereis decir que cuidando
En mis tierras y pertrechos
No cuidades de aliñarvos
La barba y cabello luengo.
Al de Alcalá contrariasteis
Mis treguas, paz y concierto,
Bien como si el querer mio
Tuviérades por mi vueso.
Á los fronterizos Moros
Diz que teneis por tan vuesos
Que os adoran como á Dios;
Grandes algos habreis dellos.
Quando en mi jura os hallasteis
Despues del triste suceso
Del Rey Don Sancho mi hermano,
Por Bellido, traydor muerto;
Todos besaron mi mano
Y por Rey me obedecieron;

Solo vos me contrallasteis
Tomándome juramento.
En Santa Gadea lo fice
Sobre los quatro Evangelios
En el balleston dorado,
Teniendo el quadrillo al pecho.
Matárades á Bellido,
Si ficierais como bueno,
Que no ha faltado quien dixo
Que tuvisteis asaz tiempo.
Fasta el muro lo seguisteis,
Y al entrar la puerta adentro;
Bien cerca estaba quien dixo,
Que non osasteis de miedo.
Y nunca fueron los mios
Tan astutos y mañeros,
Que cuidasen que Don Sancho
Muriese por mis consejos.
Murió, porque á Dios le plugo,
En su juicio secreto,
Quizá porque de mi padre
Quebrantó sus mandamientos.
Por estos desaguisados
Desavenencias y tuertos,
Con título de enemigo
De mis reynos vos destierro.
Yo tendré vuesos Condados
Fasta saber por entero
Con acuerdo de los mios
Si confiscárvoslos puedo.
No repliquedes palabra;
Que vos juro por San Pedro

Y por San Millan bendito,
Que vos enforcaré luego.
Estas palabras le dixo
El Rey Don Alonso el sexto
Inducido de traydores,
Al Cid, honor de sus Reynos.

XII.

Respuesta del Cid.

Tengovos de replicar
Y de contrallarvos tengo,
Que no han pavor los valientes,
Ni los non culpados miedo.
Si finca muerta la honra
A manos de los denuestos,
Menos mal será enforcarme
Que el mal que me habedes fecho.
Yo seré en tierra humildoso
A guisa de vueso siervo,
Que teniendo los mis brazos
Cuido alzarme sin los vuesos.
Cúbranse, y non vos acaten
Los ociosos falagüeños,
Que maguer yo no lo soy,
Me puedo cubrir primero.
Dos vegadas hubo Cortes,
Desde antaño por invierno;
Diz que por la pro comun,
Ó por los vuesos provechos.

Vos en Leon las ficisteis,
Pero yo en los campos yermos,
Faciendo las mias, desfice
Del contrario los pertrechos.
Lo fecho en Alcalá vedes
Non lo que fué primero,
Y es mal juzgador quien juzga,
Sin notar todo el proceso.
Folgá que el Moro de allende
Respete mis fechos buenos,
Que si non me los respeta
Non vos guardarán respeto.
Asaz me semejas blando,
Porque de tiempo tan luengo,
De apretarvos en la jura
Vos duele el escocimiento.
Mentirá el que me achacáre
Del traydor Dolfos el tuerto
Que sabedes lo que fué,
Y lo que no fué en el reto:
Además, que sin espuelas
Cabalgué entonces por yerro.
Vencen pesadas falsías
Al noble y sencillo pecho:
Y pues gasté mis haberes
En prez del servicio vueso,
Y de lo que hube ganado
Vos fice Señor y dueño,
Non me lo confiscaredes
Vos ni vuesos compañeros,
Que mal podredes tollerme
La facienda que no tengo.

De hoy mas seré facendoso
Pues hoy de vos me destierro;
Y de hoy para mí me gano
Pues hoy para vos me pierdo.
Estas palabras decia
El noble Cid, respondiendo
A las querellas injustas
Del Rey Don Alfonso el sexto.

XIII.

Reconciliacion del Rey con el Cid.

Ceñid los membrudos brazos
Al cuello que bien os quiere,
Por ser asaz de tal dueño
Que el mundo otro par no tiene.
No rehuyais de abrazarme,
Que abrazos de home tan fuerte
Desentollecen mis tierras
Y las de Moros tollecen.
Facedlo, que bien podeis,
É cuidá no me manchedes,
Que aun finca en las vuesas armas
La sangre Mora reciente.
No atendais tuertos que os fice
Pues tan buen premio merecen,
Que no quise en mi servicio
Home á quien le sirven Reyes.
Si vos desterré, Rodrigo,
Fué porque á Moros que crecen,
Desterreis sus fechorías

Y las vuesas alto vuelen.
No vos eché de mi reyno
Por falsos que vos mal quieren,
Si porque en tierras agenas
Por vos mi valor se muestre:
De Albar Fañez vuestro primo
Recibí vuestro presente,
No en feudo vüeso, Rodrigo,
Sino como de pariente.
Las banderas que ganasteis
Á Sarracenos de allende
Por vuesa mandadería
En San Pedro las veredes:
La vuesa Ximena Gomez
Que tanto vos quiso siempre,
Porque la demaridé,
Mil pleytos contra mí tiene.
Non escucheis sus querellas
Quando á mí las enderece,
Que á las fembras mas astutas
Qualquier enojo las vence.
Atended en su presencia,
Que cuido que vos atiende
Mas ganosa de vos ver,
Que vos venides de verme.
Que si malos Consejeros
Facen oficios que suelen,
En cambio de saludarme,
Atenderedes mi muerte.
Non atendais, home bueno,
Así os valga San Llorente,
Y riñas de por San Juan

Sean paz que dure siempre.
Prended al cuello mis brazos
Que vuesos brazos bien pueden
Prender en paz vueso Rey,
Pues en guerra cinco prenden.
El Rey Don Alfonso el Sexto
Le dice esto al Cid valiente,
Que de lidiar con los Moros
Victorioso á su Rey vuelve.

XIV.

Las hijas del Cid.

Al cielo piden justicia
De los Condes de Carrion
Ambas las fillas del Cid
Doña Elvira y Doña Sol.
Á sendos robles atádas
Dan gritos que es compasion,
Y no las responde nadie,
Sino el eco de su voz.
El menosprecio y afrenta
Sienten, que las llagas non;
Que es dolor á par de muerte
En la muger un baldon.
Tal fuerza tienen consigo
La verdad y la razon,
Que hallan en los montes duros
Y en las fieras compasion.
A los lamentos que hacen
Por allí pasó un pastor,

Por donde no puso pies
Cosa humana si ahora no.
Danle voces que se acerque,
Y él non osa de pavor;
Que son hijos de inorancia
El empacho y el temor.
Por Dios te rogamos, home,
Que hayas de nos compasion,
Así tu ganado vaya
Siempre de bien en mejor.
Nunca le falten las aguas
En el estío y calor;
Las yerbas no se le sequen
Con la helada y con el sol.
Tus tiernos fiyuelos veas
Criados en bendicion,
Y peynes tus blancas canas
Sin dolencia y sin lesion,
Que desates nuestras manos,
Pues que las tuyas no son,
Como las que nos ataron
Con malicia y con traycion.
Ellas en estas palabras,
Don Ordoño que llegó,
En hábito de Romero
De órden del Cid su Señor.
Prestamente las desata,
Disimulando el dolor;
Ellas que lo conocieron
Juntas lo abrazan las dos.
Llorando les dice, primas,
Secretos del cielo son,

Cuya voz y cuya causa
Está reservada á Dios:
No tuvo la culpa el Cid,
Que el Rey se lo aconsejó;
Mas buen padre teneis, dueñas,
Que vuelva por vueso honor.

XV.

Querella del Cid contra los Condes.

Años hace, Rey Alfonso,
Que solo en vueso servicio
El arambre de tizona
Apenas lo he visto limpio,
Y que mi pobre Ximena
Nacida en contrario sino
Fué por mí sola de padre,
Como por vos de marido.
Ella en mi ausencia ha llorado
El medio lecho vacío,
Mientras que yo derribaba
Mil estandartes Moriscos.
Testigos tengo presentes,
Y vos Rey, sois buen testigo
Que he atropellado mas lunas
Que el sol ha durado siglos.
Fuí en mi juvenil discurso
Rayo en vuesos enemigos,
Como agora son mis canas
Terreros de mal nacidos.
Todo lo gobierna el cielo

Con su nivel y destino
Desde la tierra á su altura
Y desde el cielo á su abismo.
Al pavon le dió sus pies,
Al águila el corbo pico,
Y al leon la calentura
Porque estén menos altivos.
Dos fillas tengo, Señor,
Y porque robé al serviros
El tiempo del engendrarlas,
Las engendré con delito:
Agraviáronlas traydores,
Y por haberse atrevido
Aunque mi brazo pudiera,
Solo al vueso lo remito.
Dos alevosos cobardes,
Cuyos corazones tibios
Al temor hacen altares,
Y le ofrecen sacrificios;
Carrion les da tributo
Como la fama al olvido,
Y como yo me querello
De tal injuria ofendido.
Levante vuesa justicia
El peso con el cuchillo,
Que aunque suyo sea el peso,
El pesar ha de ser mio.
Si la justicia en las armas
Falló el natural abrigo,
Ya sirvo yo con las mias;
Faced justicia y castigo.

PARTE IV.

ROMANCES CORTOS Y LETRILLAS.

I.

Sol resplandeciente,
Que con luz dorada
Doras y matizas
Mi querida patria;
Tú que de jazmines,
Y de perlas sacas
El rubio cabello
Y la frente ornada;
Y el lecho oriental
De la esposa amada
Dexas viudo y solo
Lleno de esmeraldas;
Pues ahora sales,
Y dexas sus faldas
Del precioso aljofár
Que llora, bordadas;
Y el concierto dulce,
De los que bien aman
Alegre lo miras,
Y triste lo apartas;
Las torres soberbias,
Que ya fueron guardas
De amorosos hurtos
Victorioso asaltas:

Y el lecho que tiene
Dos cuerpos y un alma,
Que tiempo los junta
Y amor los enlaza;
Tú rompes sus treguas
Y escalas la casa,
Quando las dos bocas
Se beben las almas.
Alegras el mundo,
Y las aves cantan
De tu luz divina
Gloriosa alabanza.
Los montes de yelo,
Que al cielo se ensalzan
En cristales puros,
Te rinden sus parcas.
Y con rayos de oro
De las sierras altas
Desnudas la nieve,
Porque vean tu cara.
Al pie de una de ellas
Vive una Serrana
Mas helada que ellas,
Y que ellas mas alta.
En su blanco pecho
Hay como en montaña
Marmoles cubiertos
De la nieve blanca.
Cuidados produce,
Libertades mata,
Atropella glorias
Y huella esperanzas.

De verde vestida,
De belleza armada,
Persigue las fieras
Y prende las almas.
Así goces, sol,
Del oro y la plata
Que en las venas crias
De la rica Arabia;
Y el copioso censo
Que la mar te paga
De varias riquezas
En sus conchas varias;
Que si vieres hoy
Á mi amada ingrata,
Tus rayos ardientes
Su yelo deshagan.
Pero no podrá
Tu fuego ablandarla,
Porque con su fuerza
Es la tuya flaca;
Pues no han sido parte
Para deshelarla
De mi ardiente pecho
Las ardientes llamas.

II.

Del tiempo infinito
La imagen anciana
Contempla Riselo,
Y aquesto le canta.
Oye mis desdichas,

Inventor de usanzas
Que lo crias todo,
Y todo lo acabas.
De tus alas libres
Pinceles se sacan
Para el desengaño
Que es pintor de faltas.
Tu guadaña afilas
Entre las pizarras
De nuestros descuidos
Y de sus mudanzas.
Y luego con ella
Tan sin duelo talas
Arboles humildes,
Como altivas palmas.
Fugitivas sombras
De prisa señalan
Las noches que olvidas,
Los dias que gastas.
A la muerte entregas
Las desdichas largas,
Quando el curso tuyo
No pudo estorbarlas.
Por los males nuestros
Vagaroso pasas,
Por el bien apenas
El ayre te alcanza.
Del Indio remoto
Margaritas caras
Ciñeran tus sienes,
Lucieran tus alas:
Los metales ricos

Te dieran medallas;
Los pobres comunes
Eternas estatuas;
En tus aras vieras
Las jamas halladas
Prefieces ocultas
Y partos de Arabia;
El colmado cuerno
De sus abundancias,
Favor de la tierra
Tesoro del agüa,
Venerablemente
Amaltea sacra
Por mí le vertiera
En tus nobles canas;
Con tal que tu industria
Le diese á mi alma
Soltura en mi pecho
Prision en quien ama.
Para el pensamiento
No te pido nada,
Que yo le castigo
Si no me regala.
No será posible
Tiempo que me valgas,
Duros son mis yerros
Mas que tu guadaña.
Si la vida sobra,
Si la muerte falta,
Si penas consuelan,
Si consuelos cansan;
Que me otorgues quiero

Tus horas menguadas,
Y que de mi vida
Volando te vayas.

III.

La niña morena
Que yendo á la fuente
Perdió sus zarcillos
Gran pena merece.
Dierame mi amado
Antes que se fuese
Zarcillos dorados
Hoy hace tres meses.
Dos candados eran
Para que no oyese
Palabras de amores,
Que otros me dixesen:
Perdílos lavando,
¿Qué dirá mi ausente
Sino que son unas
Todas las mugeres?
Dirá que no quise
Candados que cierren,
Sino falsas llaves,
Mudanza y desdenes:
Dirá que me hablan
Quantos vàn y vienen,
Y que somos unas
Todas las mugeres.
Dirá que me huelgo
De que no parece

En Misa el Domingo,
Ni en mercado el Jueves:
Que mi amor sencillo
Tiene mil dobleces,
Y que somos unas
Todas las mugeres.
Diráme: traydora,
Que con alfileres
Prendes de tu cofia
Lo que mi alma prende;
Quando esto me diga
Diréle que miente,
Que no somos unas
Todas las mugeres.
Diré que me agrada
Su pellico el verde
Muy mas que el brocado,
Que visten Marqueses.
Que su amor primero
Primero fué siempre,
Que no somos unas
Todas las mugeres.
Diréle que el tiempo
Que el mundo revuelve
La verdad que digo
Verá si quisiere:
Amor de mis ojos,
Burlada me dexes,
Si yo me mudase
Como otras mugeres.

IV.

Blanca y bella niña
De los ojos bellos,
Huye los peligros
Del hijo de venus.
Los oidos tapa
A sus mensageros,
Como el aspid libio
Al sabio hechicero.
No digas : soy libre,
Resistille puedo;
Que muchas cautivas
Lo mismo dixeron.
Eres delicada,
Y él fuerte en extremo,
No están dél seguros
Los muros del cielo.
Mira como siguen
Su triunfo soberbio
Salomones sabios,
Davides guerreros.
Y el que solo mata
Los mil Filisteos
Un rapaz desnudo
Le corta el cabello.
Ante el carro suyo
En mil formas puesto,
Va el supremo Jove
Aherrojado y preso.
Danle las coronas

Vasallage y sueldo,
Y sus leyes siguen
Los que las hicieron.
Ciérrale la vista,
Que ella es el comienzo
Por donde á las almas
Camina su fuego.
Que amor, como Ulises
A los Polifemos,
La luz de los ojos
Les ciega primero.
Son los gustos suyos,
Quando los contemplo
Engañosas aguas,
Dorado veneno.
Míranse sus daños
Los ojos abiertos,
Sus dichas y glorias
Pasan entre sueños.
Vívora en el vientre
Son sus pensamientos,
Matan á la madre
Que los tuvo dentro.
Traen sus bienes alas,
Pártense ligeros,
Y sus males plomo
Para estar de asiento.
Mil placeres suyos,
Dixo un sabio de ellos,
A montar no llegan
Un solo tormento.
¿Pues qué si á tu alma

Martirizan zelos?
Librete amor, niña,
De tan duro infierno.
Coge el labrador
Del arado suelo
El fruto del grano,
Que escondió en su seno.
Si recibe trigo,
Trigo dá á su tiempo;
Y si flor, dá flores
El campo risueño.
Mal haya semilla
Que dá el fruto avieso,
Y mal haya fruto
Della tan ageno.
Acá sembrarás
Amor verdadero,
Cogerás olvido
De un ingrato pecho.
A la niña hermosa
Del rubio cabello
Una escarmentada
La dá este consejo.
Ella de ser libre
La hizo juramento,
Y amor que la escucha
Se queda riendo.

V.

Mal hayan mis ojos,
Madre, que los puse

En otros que abrasan
Negando su lumbre.
Fuérame yo, madre,
Al mercado un Lúnes,
Miento, Martes era,
Mil azares tuve.
Compróme mi Pedro
Un dorado estuche,
Echele mal grado
Cordones azules
Sin mirar en ello
Del mercado truxe
Con yerros dorados
Zelos que me apuren.
Topóme el hidalgo,
Aquel que le rugen
Mucho los gregüescos,
Y tañe laúdes.
Díxome, Serrana,
Los rayos ilustres
De tus bellos ojos
Mil bienes descubren.
Permite si mandas,
Que mi fe se apure,
Con las esperanzas,
Que en la tuya puse.
Habló tan ñublado,
Que aguardando estuve
Quando me mojáran
Sus preñadas nubes.
Respondíle á tiento,
En otras procure

Emplear sus galas,
Y en mí no se ocupe.
Asióme la mano,
Soltar no me pude,
Que me adormecieron
Sus palabras dulces.
Pedro que nos via
Maldades presume,
Que burlas en veras
Diz que no las sufre.
Llaméle yo triste,
Respondió, no busques
Voluntad villana,
Que la noble injurie.
De mis esperanzas
Ya llegó el Octubre,
No quieras Pastores,
Si atropellas Duques.
De mi vista, madre,
Con esto escabulle
El que en mis entrañas
Tan de asiento tuve.
¡Ay de mí que muero!
¡Ay que me destruyen
Sospechas de agravios,
Que hacer yo no supe!
Plegue á Dios, cuidado,
Pues tan mal me luces,
Que porque te acabes
Viva me sepultes;
Y al hidalgo malo,
Pues por él me arguyen,

Que cautivo muera
En Argel ó en Tunez.
Madre, la mi madre,
No es justo que duren
Mis ansias que tienen
Mortáles vislumbres.
Busquen los mis ojos
Quien su llanto enxugue,
Sin que lloren tanto,
Que mi vida enturbien.
¡Ay malvados hombres
De ingratas costumbres!
El mejor de todos
Muera de arcabuces.

VI.

Riñó con Juanilla
Su hermana Miguela,
Palabras la dice,
Que mucho la duelan.
Ayer en mantillas
Andabas pequeña,
Hoy andas galana
Mas que otras doncellas:
Tu voz son suspiros,
Tus cantos endechas,
Al alba madrugas,
Al gallo te acuestas:
Quando estás labrando
No sé en que te piensas,
Que al dechado miras,

Y los puntos yerras.
Dícenme que haces
Amorosas señas;
Si madre lo sabe,
Habrá cosas nuevas.
Clavará ventanas,
Cerrará las puertas;
Para que baylemos
No dará licencia.
Mandará que tia
Nos lleve á la Iglesia,
Porque no nos hallen
Las amigas nuestras.
Quando fuera salga,
Dirále á la dueña,
Que con nuestros ojos
Tenga mucha cuenta.
Que mire quien pasa,
Si miró á la reja;
Y á quien de nosotras
Volvió la cabeza.
Por tus libertades
Seré yo sujeta;
Pagaremos justos
Lo que malos pecan.
¡ Ay Miguela hermana,
Qué mal que sospechas!
Mis males presumes,
Mas no los aciertas.
Á Pedro el de Juana,
Que se fué á la sierra,
Aficion le tuve,

Y escuché sus quejas.
Mas visto que es vario
Despues de su ausencia,
De su fe fingida
Ya no se me acuerda.
Fingida la llamo,
Porque quien se ausenta
Sin fuerza y sin gusto,
No es bien que le quieran.
Ruégale tú á Dios,
Que Pedro no vuelva,
Responde burlando
Su hermana Miguela;
Que el amor comprado
Con tan ricas prendas,
No saldrá del alma
Sin salir con ella.
Creciendo tus años
Crecerán tus penas,
Y si no lo sabes
Escucha esta letra:

Si eres niña y has amor,
¿Qué te harás quando mayor?
Si al niño Dios te ofreciste
Desde niña, con la edad
Le darás mas facultad
De la que le prometiste:
Si pequeña te atreviste
En tenerle por Señor,
¿Qué te harás quando mayor?

Como estás hecha á querer
Desde que sabes amar,

En faltando á quien amar,
Te verás aborrecer:
Segun esto, podrás ver
Si eres niña y has amor,
¿Qué te horás quando mayor?

VII.

Elisa dichosa,
Haga larga el cielo
La corta madexa
De tus años tiernos.
Goza siglos largos
Ese rostro bello,
De la vista flecha,
Y de amor terreró.
Crezcan, niña hermosa,
De uno en otro extremo
Las trenzas doradas
Del vírgen cabello:
Si á la Iglesia fueres,
Compóngante versos,
Á quien rinda parias
Y se humille el viento.
Quando al bayle fueres,
Al son del pandero
Tu donayre encienda
Libres pensamientos.
Tenga tu ganado
Próspero suceso,
La lana en verano,

La leche en invierno.
Aquel que bien quieres
Goze de tu lecho
Con blandos abrazos,
Y amorosos besos.
Al son de los ramos
Esos ojos bellos
Reposen la siesta
Vencidos del sueño.
Quando salga el alba
De Apolo correo,
Encuentre tus soles,
Y tórnese dentró.
Tras todo, señora,
Vivas en el suelo
Mil siglos dichosos
A pesar del tiempo.
Niñez, hermosura,
Amores, extremos,
Las trenzas doradas,
La Iglesia, y el viento,
Abrazos, amores,
Ramos, ojos, lecho,
Alba, sierra, soles,
Sueño, siglo y tiempo
Todo me falte junto en éste suelo
Si no eres tú, dichosa Elisa, un cielo.

VIII.

Eran dos Pastoras
Libres de aficion,

Una blanca y rubia
Mas bella que el sol;
La una morena
De alegre color,
Con dos ojos claros
Que dos soles son.
Y viéndose libres
Del tirano amor,
Hacen burla de él
Entrambas á dos.
Dicen que no temen
Su furia y rigor,
Pues en mil encuentros
Nunca las venció.
Y viendo que en muchos
Las acometió,
Júzganlo por flaco
Y sin municion.
Cuenta la morena,
Que en una ocasion
La tiró mil flechas,
Y nunca la hirió.
Y que viendo el niño
Que no aprovechó,
Sus lazos y redes
De secreto armó.
Ella con sus ojos
Todo lo abrasó,
Y el niño corrido
La empresa dexó.
Dice la que es blanca
Que lo deslumbró.

Y que estando ciego
No tiene valor.
Y burlando de él,
Como así lo vió,
Quitándole el arco
Se lo desarmó.
La morena un dia
Esto me contó,
Y yo agradecido
Consejos les doy.
Y aunque para darlos
Me falta valor,
Fiado en su gracia
Soltaré mi voz.
Pastoras hermosas,
Pues el cielo os dió
Tantas gracias juntas,
Tened discrecion.
No fieis, pastoras,
De lo que pasó,
Que contra el rapaz
No hay reparo, no.
Su sosiego incierto
Suele dar pasion,
Su quietud mil penas,
Su gusto dolor.
Estad sobre aviso,
Pues que yo os le doy,
Que sobre el descuido
La ruina es peor:
Tu blancura hermosa
Busca con razon,

Y quando no pienses,
Verás su traycion.
De tus hebras de oro
Texerá un cordon,
Y con él al mundo
Lo pondrá en prision.
Tus ojos, morena
De claro arrebol,
Guardate no sean
Tu mismo dolor.
Que podrá en su centro
Meterte el traydor,
Y de allí encender
Fuego al corazon.

V.

Fertiliza tu vega,
Dichoso Tormes,
Porque viene mi niña
Cogiendo flores.
De la fertil vega
Y el esteril bosque
Los vecinos campos
Maticen y broten
Lirios y claveles
De varios colores,
Porque viene mi niña
Cogiendo flores.
Vierta el alba perlas
Desde sus balcones,
Que prados amenos

Maticen y broten:
Y el sol envidioso
Pare el rubio coche,
Porque viene mi niña
Cogiendo flores.
  El céfiro blando
Sus yerbas retoce,
Y en las frescas ramas
Claros ruiseñores
Saluden el dia
Con sus dulces voces,
Porque viene mi niña
Cogiendo flores.

VI.

  Mientras duerme mi niña,
Céfiro alegre,
Sopla mas quedito
No la recuerdes.
Sopla el manso viento,
Al sueño suave
Que enseña á ser grave
Con su movimiento:
Dale el dulce aliento,
Que entre perlas finas,
Á gozar caminas,
Y ufano te vuelves,
Sopla mas quedito
No la recuerdes.
  Mira no despierte
Del sueño que duerme

Que temo que el verme
Causará mi muerte;
¡Dichosa tal suerte!
¡Venturosa estrella!
Si á niña tan bella
Alentar mereces,
Sopla mas quedito
No la recuerdes.

VII.

Pensamientos me quitan
El sueño, madre,
Desvelada me dexan,
Vuelan y vanse.
Tristes pensamientos
De alegres memorias
Con escuras glorias
Y claros tormentos
Vienen por momentos
Á verme, madre,
Desvelada me dexan, &c.
Cada qual procura
Que mi lecho sea
Campo á la pelea
Y paz mal segura:
Sueños sin ventura
Me espantan, madre,
Desvelada, &c.
Mis ojos despiertos
Las noches y dias
Lloran mis porfias

Por bienes inciertos:
Ya vivos, ya muertos.
Mis males, madre,
Desvelada, &c.
  Dichoso el sentido
Que desengañado
Despierta el cuidado,
Del pecho ofendido
¡Ay que me han vencido
Desdichas, madre!
Desvelada, &c.

VIII.

  Álamos del prado,
Fuentes de Madrid,
Como estoy ausente
Murmurais de mí:
  Todos van diciendo
Mis tristes congojas,
El viento en las hojas
Las fuentes corriendo:
A todos diciendo
Lisongera os ví,
Como estoy, &c.
  Con razon me espanto
Dando al despediros
Las plantas suspiros,
Y las aguas llanto;
Que fingierais tanto
Nunca lo creí,
Como estoy, &c.

Estando en presencia
Música me hicistes,
Luego me vendistes
Que vistes mi ausencia:
Dios me dé paciencia;
Mientras peno aquí,
Como estoy, &c.

IX.

Con el viento murmuran,
Madre, las hojas,
Y al sonido me duermo
Baxo su sombra.
Sopla un manso viento
Alegre y suave
Que mueve la nave
De mi pensamiento;
Dame tal contento
Que ya me parece,
Que el cielo me ofrece
El bien á deshora,
Y al sonido me duermo
Baxo su sombra.
Si acaso recuerdo,
Me hallo entre las flores,
Y de mis dolores
Apenas me acuerdo.
De vista los pierdo
Del sueño vencida,
Y dame la vida
El son de las hojas;

Y al sonido me duermo
Baxo su sombra.

X.

Á coger el trebol, damas,
La mañana de San Juan,
Á coger el trebol damas
Que despues no habrá lugar.
Salid con la aurora
Quando el campo dora;
Y vereis bordado,
De aljofar el prado;
Cogereis las flores
De varios colores,
De que en vuestras faldas
Texereis guirnaldas,
Con que al niño ciego
Podreis coronar:
Á coger el trebol, &c.
Vereis como el alba
Hace al mundo salva,
Y cantan las aves
Con voces suaves:
Cristal transparente
Que por mil soslayos
Le hieren los rayos,
Á donde del fresco
Podreis bien gozar:
Á coger el trebol, &c.
Cogereis la rosa
La violeta hermosa,

El jazmin preciado,
Y el lirio morado,
Los roxos claveles
Con los mirabeles,
Y á vueltas de grama
Pagiza retama
Con otras mil flores
Dignas de loar:
Á coger el trebol, &c.

XI.

¡Ay ojuelos verdes,
Ay los mis ojuelos,
Ay hagan los cielos
Que de mí te acuerdes!
El ultimo dia
Quedasteis muy tristes
Y os humedecistes
En ver que partia;
Con el agonía
De tantos pesares
Quando te acostáres,
Y quando recuerdes;
¡Ay hagan los cielos
Que de mí te acuerdes!
Tengo confianza
De mis verdes ojos,
Que de mis enojos
Parte les alcanza;
Ojos de esperanza
Y de buen agüero,

Por quien amo y quiero
Los colores verdes;
¡Ay hagan los cielos
Que de mí te acuerdes!
¡Ay Dios quien supiese,
Á qué parte miras,
Y quando suspiras
La causa entendiese!
Y si te sintiese
Un cierto dolor,
De que un servidor
Verdadero pierdes:
¡Ay hagan los cielos
Que de mí te acuerdes!
Un solo momento
Jamas vivir supe
Sin que en ti se ocupe
Todo el pensamiento.
Mis ojos, si miento,
Dios me dé el castigo;
Y si verdad digo,
Mis ojuelos verdes,
¡Ay hagan los cielos
Que de mí te acuerdes!

XII.

Ventecico murmurador
Que lo gozas y andas todo,
Hazme el son con las hojas del olmo.
Mientras duerme mi lindo amor.
Hoy, ventecico suave,

Has de dar reposo á quien
Sabe desvelar mi bien,
Y dormir mi mal no sabe.
Procura tú mi favor,
Pues lo gozas y andas todo;
Hazme el son con las hojas del olmo,
Mientras duerme mi lindo amor.
Tú que entre las verdes hojas
Andas alegre, y murmuras
De mis pasadas venturas
De mis presentes congojas,
Fresco, manso y bullidor,
Que lo gozas y andas todo,
Hazme el son con las hojas del olmo,
Mientras duerme mi lindo amor.

XIII.

Ten, amor, el arco quedo,
Que soy niña, y tengo miedo.
Dicen que amor ha vencido
Á las deydades mayores,
Y que de sus pasadores,
Cielo y tierra está ofendido;
Y habiendo aquesto sabido
No es mucho temer su enredo,
Que soy niña, y tengo miedo.
Unos dicen el estrago,
Que en Piramo y Tisbe hiciste,
Otros quan tirano fuiste
Con la Reyna de Cartago;
Y viendo que das tal pago,

Atemorizada quedo,
Que soy niña, y tengo miedo.
No es, amor, mi condicion
Para sufrir tus temores,
Tus engaños, tus terrores,
Tus zelos y compasion;
Y en esta jurisdicion
No me cogerás, si puedo,
Que soy niña, y tengo miedo.

XIV.

Aunque con semblante ayrado
Me mirais, ojos serenos,
No me negareis al menos,
Ojos, que me habeis mirado.
Por mas que querais mostraros
Ayrados para ofenderme,
¿Qué ofensa podreis hacerme,
Que iguale al bien de miraros?
Que aunque de mortal cuidado
Dexeis mis sentidos llenos,
No me negareis al menos,
Ojos, que me habeis mirado.
Pensando hacerme despecho
Me mirastes con desden,
Y en vez de quitarme el bien,
Doblado bien me habeis hecho;
Que aunque los hayais mostrado
De toda clemencia agenos,
No me negareis al menos,
Ojos, que me habeis mirado.

XV.

Ojos bellos, no os fieis
Del buen tiempo que gozais;
Porque si hoy de mí os burlais,
Mañana me llorareis.
Como estais acostumbrados
A alcanzar siempre victoria,
Desterrais de la memoria
Mis dolores y cuidados.
La vida me acabareis,
Si en mi daño porfiais,
Y quando así me perdais,
De veras me llorareis.
Con tanta seguridad
Vivis de vuestra belleza
Que ese rigor y aspereza
Es igual con la beldad:
Si con estar qual me veis,
Del remedio no curais,
Advertid que os condenais,
A que muerto me lloreis.
De esta burla habrá mudanza
Al tiempo que el tiempo acierte
A descubriros mi muerte
En la qual no habrá tardanza:
Entonces vos perdereis
Ese rigor que mostrais,
Y aunque de burlas matais,
De veras me llorareis.
Al compas del disfavor

Vá creciendo mi tormento;
Mis suspiros lleva el viento,
Y mi esperanza el dolor.
¿Qué suceso pretendeis,
Pues siempre en calma os estais,
Sino que vivo querais
Enterrarme, y vos lloreis?

XVI.

El alba nos mira,
Y el dia amanece;
Antes que te sientan
Levántate y vete.
Dexa los blandos regazos
Aunque el dueño se detenga
Antes que á la tierra venga
El sol desparciendo abrazos.
No hay gusto sin embarazos,
No hay contento sin pasion,
Y á los cuerdos la ocasion
Jamás les negó el copete;
Levántate, y vete.
Si mi amor tu pecho inflama
Con honroso intento justo
Por darle á mi alma gusto
Olvida los de la cama;
Que mi fama está en tu fama,
Y mi honor está en tu honor:
Levántate que el temor
Ya que aquí estés no consiente,
Levántate, y vete.

Aunque con el sueño luchas
Es justo que fin le des,
Porque el gusto de una vez
Podamos gozarle en muchas.
Es gran razon que te acuerdes,
Que el gusto que ahora pierdes
Mayor gusto nos promete:
Antes que te sientan
Levántate, y vete.

XVII.

En la cumbre, madre,
Tal ayre me dió,
Que el amor que tenia
Ayre se volvió.
Madre, allá en la cumbre
De la gentileza
Miré una belleza
Fuera de costumbre,
Cuya nueva lumbre
Ciega me dexó,
Que el amor, &c.
Quísolo mi suerte
Fragua de mis males,
Que con ansias tales
Llegase á la muerte,
Mas un ayre fuerte
Así me trocó,
Que el amor, &c.
Dulce ausente mio,
No te alejes tanto,

Mueva ya mi llanto
Ese pecho frio,
¡Mas ay! que un desvio
Tal pena me dió,
Que el amor, &c.

XVIII.

Romped, pensamientos,
El ayre sutil,
Y á mi bella ingrata
Mi mal le decid.
De todas sus señas
Os quiero advertir,
Que es en forma humana
Bello serafin:
Y para si acaso
Se olvida de mí,
A mi bella ingrata
Mi mal le decid.
Decidla que quedo
Cerca de morir,
Y de mí muy léjos
Despues que la ví.
Y aunque se resista
Y no os quiera oir,
A mi bella ingrata
Mi mal le decid.
Hallareisla en medio
De su verde Abril,
Esparciendo rosas,
Clavel y jazmin:

Y aunque os espantase
El hallarla ansi,
A mi bella ingrata
Mi mal le decid.

XIX.

De tu vista me privas
Con tu resplandor,
¡Quién águila fuera
Que mirára al sol!
Despides tus rayos
Con tanto furor,
Que á los que te miran
Ciega tu arrebol:
Tus hermosos ojos
Dos luceros son,
Que llenan el mundo
De su resplandor.
¡Quién águila fuera
Que mirára al sol!
Bendígate el cielo,
Gloria de las que hoy
Renombre de hermosas
Las concede amor.
Qualquier criatura,
Puesta en parangon
De aquesa belleza,
Pierde su valor.
¡Quién aguila fuera, &c.
Luces mas que el oro
Puesto en el crisol,

Pues naturaleza
No hizo qual tu dos.
Los cielos te alaben,
Bendígate Dios,
Honra de este siglo,
Que por ti es mejor.
¡Quién águila fuera
Que mirára al sol!

XX.

Trúxome á la muerte,
Madre, un disfavor,
Porque siempre zelos
Engendran dolor.
De favorecida
Vine á desdeñada,
Quanto ante encumbrada
Despues abatida;
Viéndome perdída
Creció mi temor,
Porque siempre zelos
Engendran dolor.
Fué sordo á mi llanto,
Y á mis tristes quejas
Cerró las orejas
Qual sierpe al encanto.
Creció mi mal tanto
Quanto el disfavor,
Porque siempre zelos
Engendran dolor.

XXI.

Lágrimas que no pudieron
Tanta dureza ablandar,
Yo las volveré á la mar,
Pues que de la mar salieron.
Heme en lágrimas deshecho,
Que la mar de amor me ha dado,
Y habré de salir á nado,
Pues mar del amor se han hecho:
Lágrimas que así crecieron
Sin poder á vos llegar,
Yo las volveré á la mar,
Pues que de la mar salieron.
Hicieron en duras peñas
Mis lágrimas sentimiento,
Tanto que de mi tormento
Dieron unas y otras señas;
Pero pues ellas no fueron
Bastantes á os ablandar,
Yo las volveré á la mar,
Pues que de la mar salieron.

PARTE V.

ROMANCES JOCOSOS.

I.

Llegó á una venta Cupido
Á la mitad del invierno,
Las alas todas mojadas,
Roto el arco, y muerto el fuego.
Viendole tan destrozado
Dixo el bueno del Ventero:
Hermanito, no hay posada,
Pique, que cerca está el pueblo.
Bien quisiera su venganza
Ponella luego en efecto;
Mas como se vió sin armas,
Probó palabras y ruegos.
Dixole como era hijo
De la bella diosa Venus,
Á cuyo cetro y corona
Todo el mundo está sujeto.
Mas como la cortesía
Jamás cupo en baxo pecho,
Haciendo burla del niño
Responde con menosprecio:
Para ser hijo de reyna
Él trae muy bellaco pelo,
Y aquí no hacemos nada
Por amor y sin dinero.

Sepa si tuvo poder,
Que ya se pasó aquel tiempo,
Quando cantaban sus triunfos
Con discantes á lo viejo:
Quando por ver á su dama
Iba el otro majadero
Hecho pez á media noche
Nadando de Abido á Sexto;
Aunque mejor que tanta agua
Fuera una azumbre de añejo,
Y echarse en su cama á nado,
Y saliera salvo á puerto.
Aunque en medio de las ondas
Halló de su alma el remedio,
Pues bebió tal parte de ellas
Que apagó de amor el fuego.
Y tambien el otro bobo
Del Babilónico suelo,
Que porque halló roto el manto
Rompió con su espada el pecho.
Y luego la necia Tisbe
Añadiendo yerro á yerro,
Se mató, queriendo echar
La soga tras del caldero.
Y si no ve aquestas cosas,
Sepa que es porque está ciego:
Desatapese los ojos,
Verá la razon que tengo.
Cupido entre aquestas burlas
Fué las veras conociendo,
Y de aquí adelante puso
Nueva ley, y otro uso nuevo:

Y es tan discreto que tiene
Menos costa y mas provecho:
Y tambien manda á las damas
Que en su amor hagan concierto;
Y que tengan sus medidas
Conformes á cada precio,
Y que al amante que diere
No le envien descontento.
Y al que no diere le digan
Lo que le dixo el Ventero:
Hermanito, no hay posada,
Pique, que cerca está el pueblo.

II.

Mariana, Francisca y Paula,
Ines, Costanza y Elvira,
Heridas de aquella vira,
Que cuenta Amadis de Gaula,
Con pensamientos conformes
Y con deseos forzados,
Tienden sus paños lavados
Sobre el arena del Tormes.
¡Ay Tormes cómo te ensanchas,
Dixo Elvira, en ondas claras,
Solo con mi pecho avaras
Pues no le quitan las manchas!
Pero no tengo razon
En decir tal desatino,
Pues no son telas de lino
Las telas del corazon.
Volvió Juana su canasta,

Y sobre ella mal sentada
Con la ventura empeñada
Por la esperanza que gasta;
Tomó de arena un puñado
Considerando su pena,
Y dixo : como esta arena,
Es el bien de mi cuidado.
Digo que quando procuro
Apretarle dentro el alma,
No me hallo mas que la palma,
Porque no hay amor seguro.
Alzando la voz Ines,
Dixo al agua suspirando:
Agua no pases callando
Por dó está mi Portugues.
Dale cuenta de mis duelos,
Dile que lloro, y no llora,
Que le adoro, y que él adora
Á la causa de mis zelos.
Que si tus ondas no dan
Estas señas conocidas,
Irán lágrimas perdidas
Donde palabras no van.
Costanza que no tenia
Dolores de pensamiento,
Dixo : mohina me siento
De escuchar vuestra agonía.
¿Por hombres teneis enojos?
¿De veras llorais por hombres,
Traydores hasta en los nombres,
Y hasta el fin de sus antojos?
¡Qué donosa ceguedad!

Volved, amigas, la hoja;
Pues sabeis que es su congoja
Mudanza y facilidad.
Haciendo son con las palmas
Paula, que tendido habia,
Esta letrilla decia,
Que es el mote de sus almas:
Amor quien no te conoce,
Este te compre.
Con vasallos te regalas,
Maltratas Reyes y Reynas,
Villanos cabellos peynas,
Desprecias rizos y galas:
Para el mal te nacen alas,
Para el bien eres un monte,
Ese te compre.
Empeñas nuestras verdades,
Y con mentiras nos pagas,
Las voluntades estragas,
Destruyes las amistades;
Y para hacer crueldades
Traes un velo que te emboce,
Ese te compre.
Naciste en hora menguada
Y en señal de mal agüero,
Eres hijo de un herrero,
Y de una muger errada.
Haces la noche alborada,
Y alboreas á la noche
Ese te compre.
O que donayre ha tenido,
Paula, tu copla donosa

Dixo Costanza quexosa
Del lavandero Cupido.
Dime si quieres ahora
¿Cuyo es esa consonante?
¿De aquel señor estudiante
Que visita á mi señora?
Ines que está algo prendada
De amores de Don Gaspar,
Así comenzó á cantar
Muy zelosa y muy lavada:
Aquel pagecito de aquel plumage,
Aguilica seria, quien le alcanzase:
Aquel pagecito de los ayrones,
Que volando se lleva los corazones,
Aguilica seria, quien le alcanzase:
Francisca se desmayó,
Y á concierto la traian
Las amigas que sabian
De su mal el sí y el nó:
Y asida su ropa blanca,
Puesto el sol que la secó,
La esquadra en ala marchó
Camino de Salamanca,
Y mostrando que llevaban
Mas contento que truxeron
Alegres se despidieron,
Y esta letrilla cantaban:
Mas prende amor que la zarza:
Mas prende y mas mata.
Hace montes llanos
Y poblados yermos,
Sana los enfermos

Y enferma á los sanos.
Humilla los vanos,
Y humildes ensalza,
Mas prende y mas mata.
  Los finos amores
Que del sayo pasan
Los yelos abrasan
Doblan los ardores.
Son nuestros dolores
Sus perlas y plata,
Mas prende y mas mata.

III.

  Toparonse en una venta
La muerte y amor un dia,
Ya despues de puesto el sol
Al tiempo que anochecia.
Á Madrid iba la muerte
Y el ciego amor á Sevilla,
Á pie llevando en los hombros
Sus caras mercaderías.
Yo pensé, que iban huyendo
Acaso de la justicia;
Porque ganan á dar muerte
Entrambos á dos la vida.
Y estando los dos sentados,
Amor á la muerte mira;
Y como la vió tan fea,
No pudo tener la risa,
Y al fin la dixo riendo;
  Señora, no sé que os diga,

Porque tan hermosa fea
Yo no la he visto en mi vida.
Corrida la muerte de esto,
Puso en el arco una vira,
Y otra en el suyo Cupido,
Y hácia fuera se retiran.
Con un lanzon el Ventero
De por medio se metia,
Y haciendo las amistades
Cenaron en compañía.
Fuéles forzoso quedarse
Á dormir en la cocina,
Que en la venta no habia cama
Ni el Ventero la tenia.
Los arcos, flechas y aljabas
Dan á guardar á Marina,
Una moza que en la venta
Á los huespedes servia.
Aun no bien amanecido,
Quando amor se despedia:
Sus armas al huesped pide
Pagando lo que debia.
El huesped le dá por ellas
Las que la muerte traía;
Amor se las echó al hombro,
Y sin mas mirar camina.
Despertó despues la muerte
Triste, flaca y desabrida;
Tomó las armas de amor,
Y tambien hizo su guia;
Y desde entonces acá
Mata el amor con su vista

Mozos, que ninguno pasa
De los veinticinco arriba.
Á los ancianos á quien
Matar la muerte solia,
Ahora los enamora
Con las saetas que tira.
Mirad qual está ya el mundo
Vuelto lo de abaxo arriba;
Amor por dar vida, mata,
Muerte por matar, dá vida.

IV.

Dueña, si habedes honor,
Mirad bien por mi facienda,
Que ya debria ser tiempo
Que mi dolor os empezca.
Non pongais en al las mientes,
Que non es de buenas dueñas,
A quien tuerto non les face
Facer injurias derechas.
Miembreos, Señora mia,
Que face esta primer fiesta
Seis años, non dende ayuso,
Que os fastidian mis requestas.
Y en todos estos seis años
No firieron mis orejas
Razones de vuestra boca,
Que mis congojas desmientan.
En los dos años primeros
Me distedes por respuesta,
Que erades niña en cabello,

Para usar homes pequeña.
Los otros quatro, Señora,
Non remediastes mis penas,
Temiendo veros en cinta:
¡Ay Dios quien en cinta os viera!
En los dos últimos meses
Partime á las lueñes tierras,
Volví, y hallevos casada:
¡Triste de quien fia en fembras!
Distedesme por escusa,
¡Triste de quien la creyera!
Que el viejo de vuestro padre
Vos fizo casar por fuerza.
Que bien sabe el de lo alto
Quantas lágrimas os cuesta,
Porque vuestra voluntad
Non es conmigo mañera.
Si ello es vero, ó non, yo fio
Que esta vegada se vea,
Pues ya no podrá estorballo
Ser niña, ni estar doncella.
Faced como vais, Señora,
Mañana á la Madalena
A ganar la perdonanza
Con quien puridad os tenga.
Venid vos á mis palacios,
Donde tendremos la siesta,
Y folgaremos en uno
Sin que mis homes lo vean.
Que si así satisfacedes
Mi aficion y vuestra deuda,
Veré que non es falsía.

Ni mal querencia la vuestra.
  Donde no, cuidad, casada,
Que tarde ó temprano sea,
Que destos desaguisados
Tengo de tomar enmienda.
  Esto escribió Geriñeldo,
Camarero de la Reyna,
A la dueña Quintañona
Estando en celada puesta.

V.

  Cierta dama cortesana
De las de arandela y toldo,
De las de buen talle y pico,
Y pícara sobre todo,
Picóla con sus saetas
Amor de amores de un mozo,
Mas que Narciso galan,
Y mas que galan zeloso.
Gozó de ella algunos dias
Sin pechar, que no fué poco,
Porque es la primer franqueza,
Que en sus archivos conozco.
Cobróla el ninfo aficion,
Y puso en su bolsa cobro;
Porque con sola su gala
Pensó conquistallo todo.
Pidióla zelos un dia,
Y á vueltas del alboroto
Algo enojado el galan
La dió un puntapie en el rostro.

Ella que nunca habia visto
Semejantes terremotos
En el cielo de su cara,
Tocó á ñublo y conjurólos.
Y fué la conjuracion,
Que en yéndose de allí á un poco,
Le escribió aqueste papel,
De que yo doy testimonio.
Dexe zelosas sospechas,
Que vive Dios, que es un tonto,
Quien no dando todo el gusto,
No piensa pasar por todo.
Huélguese pues que le dexan,
Y juegue, pues vamos horros,
Y aunque encuentre mil encuentros,
No me baraje uno solo:
Y sepa vuesa merced,
Que calzo, que visto y como
Á costa de mis costillas,
Por ser tan flacos sus lomos:
Y entienda que es necedad
Pretender con sus adornos,
No siendo el Marques del Gasto,
Ser Conde de Puñonrostro.
Sepa que ya con las damas
Un metal que llaman oro,
Es el discreto, el galan,
El gentil hombre, el gracioso.
Por este metal que digo,
Habla el mudo, y anda el coxo,
Alcanza el que está sin brazos,
Y es de pluma el que es de plomo.

Por aqueste hábitos verdes,
Y descendientes de Godos
Dan su lado, á quien los tiene
En campo amarillo roxos:
Por este amable metal
En maridable consorcio
De bien diferentes sangres
He visto yo hacer mendongo.
Por este arbola bandera,
Quien en su vida vió Moro;
Ni sabe que es centinela
Rebellin, trinchera ó foso:
Pues si éste por quien se alcanza
Qualquiera premio dichoso,
Le falta á vuesa merced,
Y yo en el mundo no sobro,
¿Por qué se mete en honduras,
Adonde el mar es tan hondo,
Que suele anegarse en él
Un hombre aunque sea de corcho?
Con las damas de este tiempo
Es muy sabido el negocio,
Que por un Magno Alexandro
Trocáran catorce Apolos.
Pasó ya el dorado siglo,
Que Angélica con Medoro
Se gozaban en la selva,
Pagando un amor con otro.
Belerma muy afligida,
Hechos fuentes los dos ojos,
Lloraba cinco ó seis años
Sobre el corazon mohoso.

Gastaba la gran Cleopatra
Sus tesoros con Antonio,
Dábase Tisbe la muerte,
Y llevábala el demonio.
Catalina por Pascual
Andaba catorce Agostos,
Y al fin de ellos sus amores
Paraban en matrimonio.
Ya está tan mudado el tiempo,
Que aun negras de monicongo
Se van tràs el interes,
Y dan al amor de codo.
Yo por un poco fuí necia,
Mas basta la burla un poco;
Busque, si encuentra, otra boba,
Con quien él sea menos bobo:
Y con ella su merced
Sea mudo, ciego y sordo;
Que á todo aquesto se obliga,
Quien quiere mucho y da poco.
Leyó el galan el papel,
Y dixo entre risa y lloro;
Quien zelos no tiene es simple,
Y quien los pide es un loco.

VI.

Ventanazo para mí
Despues de un año de ausencia,
Mal año para mis ojos,
Si os vieren á vos, ni á ella.
Quebraránseme las manos,

Hermosa niña de á treinta,
Primero que á la ventana
Subieran á ver las vuestras.
Por nuestro Señor que estuve
Por daros con una teja,
A no saber que hay en casa
Un majadero de piedra,
Que necio y favorecido
Yo no dudo que saliera
A vengar el tuerto hecho
Á la vuestra delantera.
Mas respetando los picos
De vuestra honrada chinela,
Acogíme á San Miguel
A rezar en vuestras cuentas.
Y de todo aquel recibo
De fe falsa y obras muertas,
Hallo que os tengo alcanzada,
Y que os alcanza qualquiera.
Y si de esto estais quejosa,
Y estuvistes satisfecha,
¿Por qué se cierran ventanas
A quien se abrieron las puertas?
Hame dicho cierto amigo,
Que me hicistes harta afrenta,
Porque habeis dado en beata,
Y decis que sois doncella.
Beata con lechuguillas,
Y que á media noche reza
Amorosas devociones,
No quiera Dios que lo crea.
Que de su vida y milagros,

Los que la tratan, se quejan,
De haber llevado á hartas partes
Brazos y piernas de cera.
Respondéis que hicisteis voto,
Estando ociosa una fiesta,
De castidad incurable,
De que siempre andais enferma:
¡O voto lleno de filos,
O por ventura de mellas!
Pues ya no hay sangre que corra,
Cortad deseo y vergüenza:
Que si dan tormento á indicios,
Yo sé muchos que confiesan,
Que orillas de Guadiana
Apacentaron sus yeguas,
Y si entre tantos testigos
Se conociere mi letra,
¿Por qué se cierran ventanas,
A quien se abriéron las puertas?
No importa, hermosa beata,
Huelguese su reverencia,
Que yo sé, que dixe Prima,
Quando ella rezó Completas.
Que el zapato que desecho,
Yo me huelgo que la venga;
Pues ya ni será tan justo,
Aunque piense que le aprieta.
Ya he sabido que es bonete;
Para bien, Señora, sea,
Y tan lozano de cola,
Que en vos deshace su rueda.
Que contento quedaria,

Pues no ha sido cosa nueva,
De verme cerrar el cielo,
Donde ví vuestras estrellas.
Que como yo no soy niña,
Que de mañana soy vieja,
Al que espera vuestra gloria
No quisistes darle pena;
Colérico estoy por Dios;
Él ponga tiento en mi lengua.
Que aunque allá distes el golpe,
Dentro del alma me suena:
No quiero ser vuestro Páris,
Ni que vos seais mi Elena,
Aunque tuviera mas fuego,
Que Troya tuvo por ésta.
Ya, enemiga, me declaro
Que la sangre se me altera,
Y el son de aquellas ventanas
Me toca al arma en las venas.
Desengaños de palabras
Ó de papel buenos fueran,
Pero sabed, que son malos
Desengaños de madera;
Y pues lo estabades vos
De que yo era mal poeta,
¿Por qué se cierran ventanas
Á quien se abrieron las puertas?

VII.

Decidme, recien casada,
¿En qué vos ofendo yo,

Que sin faltar justa causa,
Ausentades vuestro sol?
Magüer non viene la noche,
Que en guisa de peleador
Erguida la mi cabeza
Contemplo vuestro balcon.
Bendigo vuestras andanças,
Para que vos logre Dios;
Y por vervos dos vegadas,
Hasta que el sol sale, estoy.
Mírovos con tierno pecho,
Y miraisme con rigor;
De que se aumentan mis males,
Y crece mas el mi amor.
Quando subides acaso
En el vueso mirador,
Non tenedes membramiento,
Como está el mi coraçon,
Para encender mas mi fuego
Vos servides de eslabon,
Con que de mis fechorías
Está agostada la flor.
Las dueñas de vuestra casa
Me preguntan, si es amor,
Ó si en alguna batalla
Arrastraron mi pendon.
Y si vades á visita,
Porque yo presente estoy,
Para ausentar vos de mí,
Tomades de esto ocasion.
Tanto desden y desdicha,
Señora, causaislo vos.

Que ya non puedo llevallos,
Magüer porque muchos son.
Atended solo á decirme,
Para quitar mi aficion,
Si vos ofendo en mirar
Los rayos de vueso sol.
Que vos faré juramento
Por Señor San Salvador,
De non causarvos pesar
Á costa de mi dolor.
Mis barraganes preguntan,
Quien es de mi mal autor;
Y porque non vos maldigan,
La respuesta non les doy.
Mal pagades mis andanzas,
Quiza que non son de pró;
Empero suple el deseo,
Donde mengua la razon.
Pasase el tiempo ligero,
Quando contemplo en los dos;
En mí la verde esperanza,
Y de ella la flor en vos.
Cerrádesme las ventanas;
Empero bien sabe Dios,
Que vos me cerrais ventanas,
Yo vos abro el corazon.
Aquesto cantaba Celio,
De Marfisa cantador,
Mirando de sus mexillas
El trasparente arrebol.

POESÍAS

DE LOPE DE VEGA.

LA CIRCE,

POEMA.

CANTO I.

Llega Ulysses á la isla y casa de Circe, donde le refiere su peregrinacion, y lo que le sucedió con los Lestrígones y Lothóphagos.

Tú que del sacro artífice del oro
Científica y hermosa procediste,
Circe, que al blanco cisne, al rubio toro,
En variedad de formas excediste,
De la excelencia del Castalio coro
La humilde musa de mis versos viste;
Harás que las corrientes del Letheo
Presuman otra vez que canta Orpheo.
Tú que pudiste dar con imperiosa
Voz, que tembló sin resistencia alguna
El sol en su corona luminosa,
Y en su argentado cóncavo la luna,
Naturaleza no, mas prodigiosa
Forma á la humana, que corrió fortuna

En el Tyrrheno mar, con nueva forma
En Platónico cisne me transforma.
Vos, unica excepcion de la fortuna,
Que no suele premiar merecimientos,
Ilustrísimo Conde *, á quien ninguna
Pudo aumentar mas altos pensamientos:
Vos ya del sol resplandeciente luna,
Que con su misma luz los elementos
Bañais de claridad y de alegría,
Entre dos mundos dividiendo el dia:
Si vuestro padre honró en Italia á España,
Y en España la sangre, que en Sevilla
Por tan alto valor, por tanta hazaña
Dió Reyes generosos á Castilla:
¿Qué pluma os sirve? ¿qué lisonja engaña?
Pues en lugar tan alto maravilla
Que hablando en vos, aunque artificio sea,
La verdad á la pluma lisonjea.
Para satisfacer á vuestro claro
Ingenio, excelso Príncipe, debiera
Daros elogios, que de marmol Paro
Y oro inmortal la eternidad vistiera.
Las letras, de quien hoy divino amparo,
Por las que vos teneis, os considera
España, á vuestra sombra de honor llenas,
Crecen, y os llaman ínclito Mecenas.
Así veneracion en la florida
Aurora de la edad vuestra dichosa
Os dió por tanto lustre agradecida
Del Tormes la Academia generosa:

* Habla con el Conde Duque de Olivares.

Y así de vuestra gloria enriquecida,
En Pimpla y Helicon Euterpe hermosa
Os dá la proteccion que tuvo solo,
Como á sacra deidad, el mismo Apolo.
  Oid pues, generoso descendiente
De aquel heroyco Pedro y claro Henrique,
Á quien Sidonia coronó la frente,
Sin que en la vuestra novedad implique,
Oid de Ulyses la virtud prudente,
Por mas que Circe venenosa aplique
La confeccion de su hermosura y gracia,
Veneno igual al Músico de Thracia.
  Ya la discordia por muger nacida
De la hermosura fácil y el deseo,
En sangre, en fuego, y en furor teñida,
Y esparcido el cabello Meduseo,
De la llama fatal de la encendida
Mísera Troya, en hombros de Apogeo,
Vestida de una nube polvorosa
Miraba la tragedia lastimosa.
  Ya caminaba fugitivo Eneas,
Incrédulo á la flecha de Laocontes,
Con los Penates y las sacras Deas,
Que trasladó por varios orizontes:
Coronado de mimbres y de neas
El Tibre levantaba á siete montes
La florida cerviz, y el orbe Hesperio,
Nido á las aves del Romano Imperio.
  Hécuba triste entre cenizas viles
Sus muertos hijos trémula buscaba:
Por otra parte la crueldad de Aquiles
Con triste voz Andrómaca lloraba:

Con puntas de marfil hebras sutiles
Casandra sobre el tálamo peynaba
De su difunto esposo, y de oro y nieve
Labraba su dolor sepulcro breve.
Páris traidor con flecha rigurosa,
A su venganza bárbaro trofeo,
Sobre las aras de la fe piadosa
Dexaba muerto al hijo de Peleo:
En el jazmin y la purpúrea rosa,
Y en la flor que nació de su deseo,
Por su amado Memnon perlas llovia
La mensagera del luciente dia.
Como de polvo tronador al vuelo
Cayó perdiz sobre la yerba, y como
Tórtola blanca desde el nido al suelo,
Herida de los átomos de plomo:
Entre los pechos de nevado yelo
Descubre apenas el dorado pomo
De la daga de Pyrrho, Polyxena
En roxas aras víctima azucena.
Arcos, teatros, cúpulas, colunas,
Palacios, templos, muros, puertas, baños,
Rebelados en prósperas fortunas
Al cetro inevitable de los años:
Fábricas á las nubes importunas,
Cubiertas de mortales desengaños
Yacen en polvo, y lo estarán de olvido:
Así dexa de ser quanto es y ha sido.
Troya desierta al fin, Troya abrasada,
Fenix que en plumas reservó la vida
Por los engaños de Sinon vengada,
La fama infame del famoso Atrida:

Prudente Ulysses con su Argiva armada,
Por el azul tridente conducida,
Surgió en la Isla Eolia derrotado
De las fortunas de Neptuno ayrado.

El Rey allí de los discordes vientos
En una piel de buey los prende y ata
A la obediencia de su imperio atentos
Con hilo sutilísimo de plata:
Furioso en la prision sus movimientos
El Aquilon Septentrional desata,
El Abrego dexando el Medio dia,
Romper la cárcel rápido porfia.

El hijo del Aurora, que valiente
La línea Equinoccial Levante llama,
Y el que purpureo el mar vuelve en su Oriente,
Aura fertil de Abril, del árbol rama:
Los rumbos deciseis con torva frente
Murmuran presos que perdieron fama,
Por no ser cárcel de Leon sangriento,
En que se ve que la soberbia es viento.

Lascivo solo con las velas juega,
De las flores anhelito amoroso,
Céfiro blando: Ulysses luego entrega
El pardo lino al soplo vagoroso:
Mas quando el mar pacífico navega,
Y olvido de sus hados perezoso
Sueño le infunde, en que sus penas venza,
Nuevas desdichas Némesis comienza.

Dormia Ulises (que quien tiene imperio
Se obliga á breve sueño) y los soldados
Hablaban de su honor en vituperio,
Por los cables y bordes arrimados;

El griego Laomedon del Reyno Iberio,
Mostrando los venenos heredados
De Colchôs, en que fué su nacimiento,
Con estas quejas dió silencio al viento.
¿Habeis visto, soldados valerosos,
La hinchada piel que Ulyses lleva ocúlta,
Sin apartar los ojos cuidadosos,
De que tan justa presuncion resulta?
¿Los que valientes siempre y animosos
Halló para trabajos, dificulta
Para guardar secretos? Mal responde
A nuestro amor, quien lo que lleva, esconde.
Sabed que ha sido tanta la riqueza
Del robo y saco del troyano incendio,
Que parece imposible su grandeza
Ser reducida á número y compendio.
Nosotros conducidos por nobleza,
Que no por tan inutil estipendio,
Para comprar el dárdano tesoro
Dimos la sangre, que ha trocado al oro.
Bastaba á un capitan la dulce gloria
De haber vencido; que á ningun soldado
Atribuyó la fama la victoria,
Aunque por él se hubiese conquistado.
Quando se escriba la Troyana historia,
Será el prudente Ulyses celebrado;
Vosotros no, si bien por tanta herida
A ver la muerte se asomó la vida.
Vosotros al rigor del yelo frio,
Ya en la campaña con la escarcha al yelo,
Ya en la embreada tabla de un navío,
Sin tierra el cuerpo, y por cubierta el cielo.

Vosotros en la fuerza del estío
Pisando vuestra sangre, mas que el suelo,
Sufriendo los Troyanos esquadrones;
Y ellos durmiendo en altos pabellones.
Creedme que esta piel toda es diamantes,
Egypcio buey con las entrañas de oro,
Abrilde y lo vereis, ó Griegos, antes
Que, si despierta, le guardeis decoro:
Rompelde, pues hay causas tan bastantes,
Aunque fuera este buey de Europa el Toro,
Que no es justo, si cumple lo que debe,
Que á Grecia el oro y el honor se lleve.
Entonces los soldados presumiendo,
Que llevaba en la piel (¡qué injusto pago,
La ambicion al respeto prefiriendo!)
El oro y joyas del Troyano estrago;
Mientras estaba el capitan durmiendo,
Rompen la piel, y por el ayre vago
Salen los vientos, porque coge vientos
Quien siembra codiciosos pensamientos.
No de otra suerte, si de noche el fuego
La materia veloz dispuesta enciende,
La gente por el humo denso y ciego
Sino la puerta, la ventana emprende:
Que aqueste arroja aquel, y el otro luego
Entre las mismas llamas le defiende,
Restalla en torno pertinaz Vulcano,
Inexôrable al elemento cano.
Pues apenas salieron, quando embisten
Con las seguras naves y soldados;
Que con lo mismo que el furor resisten,
Su injusta perdicion miran turbados.

Los que á la aguja y al timon asisten,
La vitácora dexan desmayados,
Y arrepentidos ya de sus cautelas,
Acuden á las xarcias y á las velas.

El campo undoso, como fácil boya,
Nadan entre la rota obscuradura.
Las vanderas, que ya terror de Troya
Dos lustros respetó la mar segura,
Coge en lugar de la preciosa joya
La escota el Griego, y la rompida amura:
Mas cayendo y culpando el vil tesoro
En espumosas ondas bebe el oro.

Como suele dormido en verde prado
Abrir pobre pastor á los balidos
Del esparcido tímido ganado
Primero que los ojos los oidos,
Y al intrépido lobo, que acosado
De los perros con ásperos aullidos
No sabe á quál emprenda, y mira atento
Iguales la venganza y el sustento:

Así despierta Ulyses, y esparcidas
Mira las naves del Conyntho Egeo,
Que con velas y flamulas tendidas
Despreciaban el golfo de Nereo:
Las esperanzas de volver perdidas
Al patrio suelo, fin de su deseo,
Reservadas al cielo y á las naves,
En lágrimas bañó los ojos graves.

Cerca una isla el mar Tyrrheno, al monte
Opuesta, donde en hierro y bronce duro
Estérope feroz, desnudo Bronte,
Defensas labran al celeste muro:

Aquí el ardiente padre de Phaetonte
A Circe truxo en plaustro mas seguro,
Si el agua del Eridano que inflama,
Lámpara de cristal fué de su llama.

Habia dado Circe al Rey su esposo
Veneno sin razon, en que descubre
El alma de su pecho cauteloso;
Y el sol con ser tan claro á Circe encubre;
Que la sombra de un hombre poderoso,
Claro en linage, y mil delitos cubre:
Pues muchas cosas de sufrirse duras
La misma claridad las hace escuras.

No le recibe en nitido palacio,
Dorado signo, que humillando el vuelo,
Nueva Eclyptica forma, nuevo espacio
Entre los peces de la mar y el cielo.
Temió Circe el furor del Rey Sarmacio,
Llamando al claro sol que estaba en Delo:
Temióle con razon, porque sucede
Odio al amor, quando el agravio excede.

Que habiendose con ella desposado
Por hermosura humana y luz divina,
Fué quererle matar enamorado,
Del linage del sol baxeza indina:
Un monte que Pyrámide elevado
El rostro de la luna determina,
Verde gigante al sol bañado en plata,
De sus eclypses el dragon retrata.

De mármoles y jaspes guarnecido
Ocupa de la isla tanta parte,
Que de pequeñas margenes ceñido
Darle no pudo habitacion el arte:

Circe en su centro, ya de fieras nido,
Sus palacios esplendidos reparte,
Que por la natural arquitectura
Fundó la artificiosa compostura.
Sobre mármoles blancos, que al Indiano
Marfil en lustre vencen, oro esmalta
La insigne puerta Dórica, y de plano
Perfil el claro pedestal resalta:
Quanto permite el arte en diestra mano,
En él levantan proporcion tan alta
Dos colunas de jaspe de Corynthio,
De bronce y oro el capitel y el plinto.
Aquí llegó perdido y derrotado
El Capitan de Grecia tristemente,
Su leño solo en tantos reservado,
Que poblaron el humido tridente:
Alzó los ojos al peñasco helado
Que en pardas nubes escondió la frente:
Que la sombra del mar por gran distancia
Obligaba á mirar tanta arrogancia.
Y como mas el monte al vespertino
Crepúsculo la sombra dilataba,
Por ella Ulysses á la margen vino,
Donde la puerta habitacion mostraba:
Y señalando fácil el camino
Que el arena entre céspedes formaba,
A Eurylocho mandó, sabio y valiente,
Que el verde monte penetrar intente.
Apenas con sus Griegos compañeros
Selectos de los otros desembarca,
Quando cercado de animales fieros
Temió el rigor de la vecina Parca:

Pero al sacar los fúlgidos azeros,
Viendo en las olas fluctuar la barca,
Los que temió llegar armados de ira,
Postrados á sus pies humildes mira.
Al umbral de la puerta las criadas
De Circe lisongeras los reciben,
Y á los valientes Griegos inclinadas,
Los brazos, no las almas aperciben:
De la fingida risa acreditadas
Les muestran los palacios donde viven,
Asegurando que su Reyna bella
Es Venus de aquel mar, del sol estrella.
Su gente anima Eurîlocho engañado
A ver á Circe en tanto mal dispuesto,
Que á quien grandes desdichas ha pasado,
La esperanza del bien le engaña presto.
Hallan los Griegos en un alto estrado
De alfombras ricas de Zeylan compuesto
La bella Circe con Real decoro,
Quitando como el sol la gloria al oro.
Las piedras del dosel y las figuras,
Con los vestidos varios en colores,
Suplieran en las noches mas escuras
De la corona Austral los resplandores.
Lágrimas densas del aurora en puras
Conchas del mar abiertas, como en flores,
Pendian por los hilos de oro al suelo,
Hurtando lustre al sol, cristal al yelo.
Circe de Regia púrpura vestida,
Sembrada de azucenas de diamantes,
Mostró la hermosa perfeccion unida,
Admirando los Griegos circunstantes.

La madeja bellísima esparcida
Por los hombros en ondas fulgurantes;
Preciandose de ser mayor tesoro
No permitia distincion al oro.
Eran los ojos esmeraldas vivas,
Qual no las vió jamas el Gange Indiano,
Con dos almas de fuego tan lascivas,
Que eran la esfera del deleyte humano.
No suelen á la Aurora primitivas
Mostrar apenas el dorado grano
Las hijas de los pies de Venus bella,
Como resplandeció purpura en ella.
Sucediendo al marfil tan viva ardia,
Que compitiendo en su celeste velo,
El carmin de la boca desafia,
Como si fuera de diverso cielo:
Era lo que la risa descubria
El nacar que en clavel condensa el yélo,
Sí se atreve la frígida mañana
Tal vez con perlas á bordar su grana.
Bruñida al torno la coluna hermosa
Este edificio cándido y rosado
Sustentaba con pompa generosa
De tan divinos miembros ilustrados.
Que siendo de aquel alma cautelosa,
Y de tan falso espíritu habitado,
El principio y origen de la vida,
Perdió tener la estimacion debida.
Ó quantas hermosuras han perdido
Del imperio mortal la gloria y palma,
Ó por tener el corazon fingido,
Ó por manifestar bárbara el alma!

Blandura celestial, perdon te pido,
Si alguna vez, que me tuviste en calma,
Pensé que no era el alma que tenias
Phenix de las humanas gerarquías.
Eurîloco mirando finalmente
La bella Circe, al suelo derribado,
Le dice: Ó Reyna, ó sol resplandeciente,
Deste palacio esférico dorado:
El Griego Ulyses, Capitan valiente,
Reliquia del heroyco y desdichado
Exército, por quien yace en la arena
Troya con Páris robador de Elena
Llega á tu monte en una nave solo,
Despues de mil naufragios y desvelos,
Con que ha visto del uno al otro polo
Tantos diversos mares, tantos cielos:
Así los rayos de tu padre Apolo
Adore Delphos, y respete Delos,
Que de su error, que de su mal te duelas,
Que ni armas tiene ya, jareias, ni velas.
Ampara un Rey que en Ithaca y Zaquinto
Tuvo tan alto Império, porque vuelva
Al mar de Grecia deste mar distinto,
Antes que el fiero Boreas le revuelva:
Dexó por el undoso laberinto
De Griegas naves una blanca selva;
Duelete de sus hijos y su esposa
Años ausente, poca edad, y hermosa.
Aun él no sabe que su ilustre casa
Ocupan hoy villanos pretendientes,
Cuya libre aficion su hacienda abrasa,
Que á todo están sujetos los ausentes:

Ignora como dueño lo que pasa,
Y sabe los agenos accidentes:
Que esta es la causa, porque muchos vienen
Á hablar en faltas que ellos mismos tienen.
  No porque no es Penélope tan casta
Como la fama de sus obras muestra;
Mas la porfia que los montes gasta,
Mejor podrá la resistencia nuestra:
Que para exemplo de rezelos basta
Traidor Egisto, ingrata Clytemnestra:
Que ni la nieve al sol está segura,
Ni en ausencia del dueño la hermosura.
  Diez veces nuestra Argólica milicia
Sobre Troya miró flechando á Croto,
Y otras tantas el toro de Phenicia
Pacer estrellas al celeste soto.
Finalmente venció nuestra justicia,
El alto muro de Dardania roto,
Cayendo, como tiene de costumbre
Toda gloria mortal, que vió su cumbre.
  Cobramos, Reyna, la robada Elena,
No porque ya cubriese el rojo labio
Candidas perlas, ó por ser tan buena,
Que nos moviese á deshacer su agravio:
Que nunca la muger, que ha sido agena,
Venera el amador, ni estima el sabio:
Que aun en los brazos el agravio suele
Hacer que el fuego del amor se yele.
  Venganza fué, que quando el fin alcanza,
No hay hombre que contento la posea,
Que es condicion de la mortal venganza,
Que no sin daño de los dueños sea:

Tanto, que se ha perdido la esperanza
De que ninguno de nosotros vea
Su casa, esposa y hijos, convertidos
En peces por las aguas sumergidos.
  Castigo fué tambien en parte alguna
De haber entrado los Troyanos muros
Con invencion tan alta, que la luna
Temió su sombra en sus cristales puros.
Estaban del rigor de su fortuna
Los engañados Dárdanos seguros,
Que aun el honor para el ageno daño
No quiere la venganza en el engaño.
  Fingió partirse nuestra Griega armada,
Y en unas Islas se quedó escondida,
Aumentando la selva, que enramada
Juntó la verdadera á la fingida:
Con los olmos vecinos abrazada
De suerte se miraba entretexida,
Que las naves le dieron troncos rudos,
Y ella vistió sus arboles desnudos.
  Con esto los Troyanos presumiendo
Que las ondas marítimas rompia,
Andaban por la playa discurriendo
Que aun despojos inutiles tenia.
Quantos miras aquí de aquel tremendo
Caballo para el parto de aquel dia,
Ocupamos el vientre, en que estuvimos,
Y á ser fuego de Troya á luz salimos.
  Mal defendida la ciudad, su gente
(Como salió del sueño la defensa)
Mas llora, que pelea, y tristemente
Hallar piedad entre los Dioses piensa:

De Aquiles Pirro imitacion valiente,
Perpetra entre sus aras tal ofensa,
Que solo basta á despertar la ira
Del sol que su ciudad cenizas mira.
La venerable barba revolviendo
El fiero mozo á la siniestra mano,
Sin respetar su edad, con golpe horrendo
La cabeza cortó del Rey Troyano,
Sobre la sangre mísera cayendo
Del triste hijo, que defiende en vano:
La que estaba del padre desunida,
Quiso ayudar á quien le dió la vida.
Estas crueldades y otras, que tuvieron
Entonces la disculpa en la venganza,
Por ventura despues la causa fueron
Del castigo que á todos nos alcanza.
Al mar, al viento y á la luna dieron
Los cielos la firmeza en la mudanza:
Y en nuestro error mudó naturaleza,
Sin admitir mudanza su firmeza.
Fundó por nuestro mal con Phebo ardiente
Neptuno, Rey del mar, los muros Phrygios,
Por esto navegando su tridente
Las ondas vuelve ya lagos Estygios.
Escucha tú de Ulyses eloqüente
Las iras, los portentos, los prodigios,
Dando licencia que te adore y vea,
Y sacro asilo tu presencia sea.
El te dirá como los dos Atridas
En la Isla de Ténedos surgieron:
Y como las esquadras divididas
Distintos rumbos por la mar siguieron:

Porque todas las cosas sucedidas
Los marítimos Dioses, que las vieron,
Las contaron á Palas, y ella á Ulyses,
Y aun del Troyano sucesor de Anquises.
El rojo Menelao con ser discreto,
Volvió á su casa la traidora Elena:
¡Qué necio amor, si fué de amor efeto!
Pero lloró muger, cantó sirena.
Callar un hombre el deshonor secreto,
No por todos los sabios se condena;
Pero el público agravio es tanta culpa,
Que aun no puede el amor darle disculpa.
¡Ó nunca de Nestór se dividiera
Con menos amistad, que atrevimiento!
Que ya los puertos de sus Islas viera,
Y gozára á Penélope contento.
¿Quién vió tanto blason, tanta bandera,
Tanta lengua de bronce hablando al viento,
Tantos arboles mas que Egypcias pyras,
Qué imaginára las celestes iras?
Dimos velas al viento sonoroso,
Hinchada pompa de las lonas pardas;
Las flamulas pintadas el undoso
Pielago peinan libres y gallardas:
Las naves con el zéphiro amoroso
Juegan las alas de los remos tardas,
Y como cisnes la nevada pluma,
Desatando cristal, cortan espuma.
Mas luego un uracan, y travesía,
Tan fiero, tan voraz, tan iracundo,
Las acomete al espirar del dia,
Que midieron el cielo y el profundo:

La Isla Eólia tenebrosa y fria,
Carcel del ayre, que sustenta el mundo,
Casi en el fuego y cerca de la luna,
Nos recibió para mayor fortuna.
Circe mostrando sentimiento y pena
De ver que el Griego Euríloco lloraba,
Bañó la pura rosa y azucena
Con perlas, que á dos soles destilaba:
Maldice á Troya, llama infame á Elena,
Por quien sin culpa el mar peregrinaba
Tan fuerte Capitan, casado, ausente,
Sujeto á todo facil accidente.
Fingiendo en fin el pecho enternecido,
Los manda regalar: las mesas ponen,
Veneno en los manjares esparcido,
Que de yerbas veneficas componen:
Los cuidados, las armas, y el vestido
Los soldados famelicos deponen:
Comen, hablan, blasonan, rien, brindan,
Hasta que al sueño la memoria rindan.
Euríloco discreto, como suele
El que mira pasar otro delante,
Y quando de su ciego error se duele,
Retira el pie que le afirmó constante,
Mas quiere que la hambre le desvele,
Y que el duro cansancio le quebrante,
Que no verse despues tal, que no pueda
Volver con vida donde Ulyses queda.
No bien sobre las mesas se caían
Los Griegos, ya de Baco satisfechos,
Quando de hirsutas pieles se vestian
Las cervices, las manos y los pechos:

Los unos elefantes parecian,
Los otros ya rinocerontes hechos,
Qual, tigre que engendró Scythica Hircania;
Y qual, leon de la Oriental Albania.
  Mover queria Erichtho la turbada
Lengua, quando cubrió flexîble trompa
La boca descompuesta, y con la armada
Frente Elpenór no hay arbol que no rompa:
Dulinto fué á tomar su fuerte espada,
Antes que transformandose interrompa
El racional distinto encanto fiero,
Y con las uñas derribó el azero.
  Quejarse quiso con acento humano
De tal crueldad el joven Antidoro,
De Ulyses Almirante en el mar cano,
Cuyos labios cercaban hilos de oro:
Mas con mugido fiero y inhumano
La rigida cerviz de ayrado toro
Mostró feroz, y en una clara fuente
Se vió las medias lunas de la frente.
  Del modo que bañandose Diana
Fugitivo miró las ramas nuevas
En la plata del baño mas cercana
El transformado Príncipe de Thebas:
Queriendo articular la voz humana
Peneo vió, ¡qué horror! ¡qué injustas pruebas!
Las armas de la infamia, á que se obliga
Quien por buscar muger halló enemiga.
  No menos tú, belígero Atamante,
Á quien dió nacimiento la Morea,
Crítico de las Musas arrogante,
Viste tu hermosa forma en la mas fea:

Al animal mas rudo semejante
Circe permite que tu imagen sea,
Quedandote en aplauso vil plebeyo,
No el alma, la corteza de Apuleyo.
En un dragon alado se transforma
Alcidamante, bárbaro poeta,
Sin agradarse Palas de su forma:
Que era Palas científica y discreta.
Un caballo feroz Tebandro informa
Que ni á espuela, ni á freno se sujeta;
Al extremo del monte alarga el paso;
Que quiere de sus cumbres ser Pegasso.
Por burlarse de todo (puesto en duda
De Grecia si era Heráclito) Pentheo,
En ximio, ó cercopiteco se muda,
Gracioso en gesto y en acciones feo.
Euríloco pidiendo al cielo ayuda,
Sale del monte al campo de Nereo,
Y embarcado agradece á su templanza,
Que le libró de tan crüel mudanza.
Enternecido el hijo de Anticlea,
Las manos alza á Jupiter divino:
Llora de ver que tantos años sea
De Thetis naufragante peregrino:
Que no llegue á la tierra que desea,
Y que le niegue el vasto mar camino,
Habiendo en tantos rumbos vueltas dado
Al clima adusto, al frigido y templado.
En esta confusion, en este asombro,
A la tierra bajó la noche helada,
El manto desprendiendose del hombro,
Y la cara de nubes rebozada:

Ay! dixo, ó gran Mercurio, pues te nombro,
En toda accion mirandome inclinada
De trino tu Retórica influencia,
Por quien mi patria alaba mi eloqüencia:
  Dame remedio en tanta desventura,
No permitas que deje los soldados,
Que perdonó la mar, en la figura
De animales tan fieros transformados:
Mejor será que tengan sepultura
Con los demas Argivos desdichados,
Que no qué el alma en tal fiereza oculten,
Que alzar el rostro al cielo dificulten.
  Enseña la moral Filosofía,
Que el hombre que jamas del bajo suelo
Al cielo levantó la fantasía,
Viviendo en pie para mirar al cielo,
Es fiera, que la Lybia ardiente cria
En su arena abrasada, ó en su yelo
Scytia feroz, sin que en su bien redunde
El alma racional, que Dios le infunde.
  Abriendo entonces con dorada llave
El gran nieto de Atlante, el Argicida,
La puerta celestial, tres veces ave,
En nube de oro y resplandor vestida,
Sobre la gabia esclareció la nave,
Qual suele exhalacion, quando encendida
Despues de tempestad serena el cielo,
Y retrató su luz el mar en yelo.
  Y sacudiendo con la diestra mano
El dragon duplicado al caduceo,
Con tierno afecto, con acento humano,
Así fué de la mar celeste Orpheo:

Gran hijo de Laërtes, que el Troyano
Incendio priva, que del patrio Egeo
Los puertos goces: tanto Venus llora
Su ciudad en los ojos del Aurora:

No temas el rigor de los encantos
De la hija del sol, ni el ver tus Griegos
En varias formas de animales tantos
Por los montes indómitos y ciegos:
Toma esta yerba, que los cielos santos
Penetraron tus lágrimas y ruegos,
Que con ella podrás vencer la fiera,
Diomédes de esta bárbara ribera.

Aunque á la madre del Troyano adoro,
Dulce monstruo de Amor, parto de espumas,
No es lícito al valor de mi decoro,
Que en tu favor ingratitud presumas.
Dixo, y alzando los cothurnos de oro,
Resplandecieron las talares plumas,
Y la senda de luz al movimiento
Hurtó á la vista poco á poco el viento.

Era la yerba de raiz redonda
Negra en color, de flor vistosa y blanca:
No hay veneno que della no se esconda,
Pero con gran dificultad se arranca.
Circe espera, que Ulyses le responda:
La casa ofrece liberal y franca,
Y de su amor en viendole segura
Previene en el espejo la hermosura.

Riza el cabello, y en sortijas pone
Pendientes mil diamantes, y la cara
Al fingido jazmin fácil dispone
Agua confeccionada entonces clara:

Despues de pura rosa la compone
Densa en el medio, en los extremos rara,
Y las cejas en arco á los despojos
Previene con las flechas de los ojos.
Como en hibierno suele añadir nieve
El deleyte mortal al agua fria,
Á la blancura, que á los cielos debe,
Circe añadir la artificial porfia.
Á la garganta candida se atreve,
Que los dientes lustrosos desafia
Del mas sabio animal, y de azucena,
Teniendola tan propia, viste agena.
Hacen lo mismo con igual deseo
Y ilustre adorno sus hermosas damas:
El ambar vuelve el ayre prado Hybleo
Con fàcil nube en olorosas llamas.
Prevenidas al jóven Anticleo
Las telas de oro, y las bordadas camas,
Y á vueltas el veneno, da licencia
Que venga con su gente á su presencia.
Ulyses dexa al mar las blancas velas,
Y mas fingido que de Europa el toro,
La yerba prevenida á las cautelas,
Á tierra sale con Real decoro:
Sobre dos toneletes, ó escarcelas
Cota de tela azul y escamas de oro,
Pendiente el manto desde el hombro al suelo,
Y el atado laurel revuelto al pelo.
La espada en un tahalí, que tachonaban
Ricos topacios y diamantes finos,
Que la celeste eclyptica imitaban,
Senda del sol por sus dorados signos:

Su venerable aspecto acompañaban
Los Griegos mas famosos y mas dignos,
Eurîloco, Auriflor, Polydamante,
Philemo, Palamedes y Toante.

Todos caminan de esperanzas llenos
De hallar en Circe prospera ventura,
Que no hay para sentir males agenos
Fé firme, limpio amor, lealtad segura:
Circe aumentando luces y venenos,
Y juntando al engaño la hermosura,
Sale á la puerta, y con fingidos lazos
Le recibe en los ojos y en los brazos.

Con blanca nieve, cuyo efecto es fuego,
Tierna le ciñe la robusta mano,
Por ver si facil de la vista el Griego
Le entrega el pecho que conquista en vano:
Discreto Ulyses con mayor sosiego
Defiende el alma del primer tirano.
¡Ay de quien necio por la mano bebe
Veneno ardiente en aspides de nieve!

Así le lleva por las altas salas
De oro vestidas y pinturas bellas,
Aumentando los ambares y galas
Lascivo resplandor en sus estrellas:
Tiernos Cupidos las purpureas alas
En torno mueven, y derriban dellas,
Las flechas encendidas sin efeto:
Que era la yerba defensor secreto.

Y para que moviese, como suele,
Lo imaginado mas que la hermosura,
Quiere que el sueño honesto le desvele
De los famosos quadros la pintura:

Mira la madre del amor que impele
Corriendo el ayre, y de la sangre pura
Las hojas de la rosa agradecidas,
Curando á los jazmines las heridas.
Adonis rio ya, que al mar Phenicio
De las faldas del Líbano desciende,
Diestramente pintado, al exercicio
Del campo, no á la Diosa, libre atiende:
Con blando rostro, con piadoso oficio,
Que persiga las fieras le defiende,
Tan bella, que la rosa con los zelos
Ser lirio quiso, y lo pidió á los cielos.
En otra parte el baño de Diana
Desnudas le mostró Nymphas tan bellas,
Que el Indiano marfil, la Tyria grana
No presumieron competir con ellas:
Vestido blanca pluma, riza y cana,
El que lo está de sol, luna y estrellas,
Engañaba de Leda la hermosura,
Pero con mas efecto la pintura.
Valiente quadro, abriendose los cielos
La lluvia de oro espléndida enseñaba;
Que á pesar de cuidados y desvelos
Entró donde jamas de amor la aljaba:
Enfrente Egina los nevados hielos
Al mentiroso fuego calentaba:
Todo lo mira el Griego, mas de un modo
La severa virtud lo vence todo.
Descansan en estrado, que pudiera
Ser el sitial del sol, y los soldados
Con menos gravedad hacen esfera
A los rayos que miran eclypsados:

No templa á todos rígida y severa
La virtud de Caton, que estan templados
En las leyes comunes; y estos tales
Convierte Circe en fieras y animales.
Sentado estaba el Griego, y le tenia
Circe la mano diestra; mas la hermosa
Presencia que miraba, suspendia
La fuerza de la vara venenosa:
El encanto á los ojos remitia
Arsénico mortal, flecha amorosa.
Indecisa se vió la Esphynge, ó Lamia;
Que hechizos, si hay belleza, son infamia.
Pero viendo que el hijo de Laërtes
No la miraba tierno, con la vara,
Que dió tan fiera causa á tantas muertes,
Vencerle quiso, y al tocarle pára.
El Griego entonces con las manos fuertes
El golpe venenífero repara,
Y sacando la espada, ardiente rayo,
Cubrió sus ojos de mortal desmayo.
Pero animada del temor cobarde,
(Que hay ánimo tambien que es cobardía)
Le ruega que la escuche y que la aguarde,
Y el acero con lágrimas desvia:
De sus ruegos al fin vencido tarde,
Como en la yerba mercurial confia,
Paró el rigor: que nunca fué sangriento
El hombre de sutil entendimiento.
Circe promete al cielo, y interpone
La autoridad de su Milesio hermano,
No hacerle agravio, y en la estatua pone
De Júpiter Olympico la mano.

Con esto mereció que la perdone,
Y que la mire con semblante humano:
Y luego amor en dulces amistades
Con los brazos juntó las voluntades.
  Sucede en esto con aplauso y fiesta
La artificiosa luz á la del dia,
Porque la noche tímida intempesta
Con la sombra del monte el mar cubria.
La mesa y cena espléndida se apresta,
Y entre tanto á la forma, en que vivia,
Vuelve todo soldado, y las crueles
Armas desnudan con las duras pieles.
  Qual suele el que salió de algun cuidado,
En que su loco error le tuvo asido,
Contento, libre, alegre y admirado,
Cobrar nueva razon, nuevo sentido;
Desnudo de animal todo soldado
Está con los amigos divertido:
Danse estrechos abrazos, y en la mesa
La memoria del mal trágica cesa.
  Ya Baco enciende á Venus, ya los vasos
En los aparadores altos suenan,
Ya los siervos, los platos y los pasos
De las salas los cóncavos atruenan:
Refieren los alegres tristes casos;
Unos dicen amores, y otros cenan;
Quales mirando están tantos tesoros,
Quales oyen cantar distintos coros.
  Ya mira Circe á Ulyses sin recato,
Quien tierno mira, blandamente ruega:
Ya no responde el Capitan ingrato,
Que mas concede quien de presto niega;

Y puesto fin al opulento plato,
Con altas voces á la usanza Griega
Hymnos al alto Júpiter ensalzan,
Agua previenen, y las mesas alzan.
  En rico estrado sin guardar se sientan
Lo que se debe á las honestas damas:
Ellas mirando la hermosura aumentan,
Y ellos de amor las encendidas llamas:
Con privacion los Griegos se contentan,
Y como suelen por las verdes ramas
Las tórtolas gemir arrullos tiernos,
Llaman breve esperar siglos eternos.
  La noche estaba sin temor de Apolo,
Y en el collar del Can resplandecia
La estrella mas vecina á nuestro polo,
Que ayrada entonces abrasaba el dia:
Quando el astuto, en las desdichas solo,
Vencido del amor y de la porfia
De Circe, que no hay cosa que no venza,
Así su historia trágica comienza.
  Despues de haber Agamenon vengado
La infame afrenta del tirano fiero,
No sé qual Dios con nuestra gente ayrado
Vibró de su rigor el fuerte acero.
Yo mas, que quantos fueron, desdichado,
A la conquista, aunque al honor primero,
Tales tormentas padecí, que admiro
Como en articulada voz respiro.
  Contarte por extenso mis historias
Seria loco error, Circe divina,
Y revolver ahora las memorias
Y tragedias de un alma peregrina:

Que como alegran las pasadas glorias,
A que el gusto mortal facil se inclina,
Le mueven á dolor penas presentes,
Que se han de referir, estando ausentes.
Entre otras desventuras con mis naves
Y dulces compañeros llegué un dia
A Lestrygonia, que entre peñas graves
Del mar de Italia su defensa fia.
Aquí gente cruel, si no lo sabes,
Bárbara en todo, aunque con Rey, vivia,
Gigantes de estatura y de fiereza,
Que dellos se admiró naturaleza.
Antiphátes su Príncipe, excediendo
La gran proceridad del Centimano,
Era de aspecto furibundo, horrendo,
Fuera del natural límite humano:
La hirsuta barba y el cabello haciendo
Feroz el rostro, entre bermejo y cano,
Daban temor, á quien formaban lazos
Dos ramas de laurel como dos brazos.
De marítimas conchas guarnecido
Vestia un peto y espaldar, trabadas
Con firmes puntas de metal bruñido,
De los rynocerontes imitadas:
Desnudo el brazo, á la mitad vestido,
Las piernas de cothurnos enlazadas
De correas de tigres y leones,
Tachonadas de evillas y botones.
Por arma desigual un fuerte pino
De sus menudas hojas despojado,
Que parece que el monte le previno
Por una verde linea dilatado.

Yo triste, y derrotado peregrino
Pacífico llegué como engañado:
Dos soldados prevengo á la embaxada,
Con dos paveses y una antigua espada.

Parten Cyntho y Ladon con el presente;
Pidiendole licencia un nuevo Acates,
Para que tome tierra nuestra gente
Con los primeros de la mar embates:
Pero apenas la voz del Griego siente,
Quando el gigante bárbaro Antiphates
Dexa caer el pino, en quien impreso
Quedó revuelto en sangre el craneo y seso.

Apenas le miró, que palpitando
Estaba en el arena, quando asiendo
De un brazo el cuerpo, se le fué arrancando,
Y con estruendo horrísono comiendo:
La sangre de la boca destilando,
Por la cerdosa barba discurriendo
Entre calientes limos y pedazos,
Le bañaba los pechos y los brazos.

Suenan los cartilagines, y suenan
Los huesos con horribles estallidos,
Como en el fuego la montaña atruenan
Los ramos nuevamente divididos.
Viendo Ladon que bárbaros condenan
La ley de Embaxador en los rendidos,
Antes que como á Cyntho se la quite,
La vida al vuelo de los pies remite.

Qual suele el Irlandés perro animoso,
Dividiendo las ondas que no bebe,
Formar en ellas círculo espumoso,
Mansas cristal, y removidas nieve;

Se arroja al agua el joven temeroso,
Y en el cabello y ropa las embebe:
Aborda, dale un cabo, y en la popa
Sacude antes de hablar cabeza y ropa.
  Pero apenas refiere la fortuna
Del mísero Ladon, quando feroces
Cercan la márgen sin defensa alguna
Con armas, que el furor ministra, y voces.
No suelen espantados por laguna,
Quando vimos los bárbaros atroces,
Anades por las cañas escondidas,
Del Aguila voraz librar las vidas;
  Como nosotros, viendo la fiereza,
Con que nos acometen los gigantes,
Arrojandonos peñas de grandeza
No vista de los montes circunstantes.
Levo la amarra, con igual presteza
Las alas de dos árboles volantes
Al ayre entrego, haciendo que las hayas
Azotando la mar dexen las playas.
  Mas ellos en mis Griegos compañeros,
Cercando quanto mira el orizonte,
Intentan juntos con peñascos fieros
Cubrir el mar y deshacer el monte:
Allí quedaron muertos los primeros
Lysandro, Alpheo, Pelias y Philonte,
Capitanes de naves, que diez años
Sufrieron sobre Troya eternos daños.
  Como el furioso Alcides revolviendo
El brazo, en que tenia al desdichado
Licas, al mar le echó con grito horrendo,
Sin alma por el ayre levantado:

Ó como suele, círculos haciendo
Del cáñamo texido, en verde prado
Disparar el pastor, porque se espante,
Al ganado la piedra resonante;
  Así del brazo un Lestrygon despide
A Doricleo como fácil pluma,
Que donde el agua túmida divide
Las ondas penetró con breve espuma:
Con su estatura prócera se mide
(Porque el valor en el morir presuma)
Dulintho Acayo, y quando mas anhela,
No llega con la espada á la escarcela.
  Pero arrojóle con el pie de suerte,
Que haciendole pedazos las costillas,
Iba tras él en círculos la muerte,
Y le alcanzó del agua en las orillas.
Las naves de uno y otro encuentro fuerte
Temblaban de las gabias á las quillas,
Rechinaba la jarcia, y los extremos
Mezclaban las entenas y los remos.
  Alargado á la mar, sin retirarme
Mas de lo que bastaba á no perderme,
Si bien mil veces intenté arrojarme,
A no venir Penélope á tenerme:
Mas della y de Telemaco acordarme
Aun no sé si pudiera detenerme,
Palamedes bastó, que un grande amigo
Es el mayor poder para conmigo.
  Y mas quando miré, que por las ondas
Iban algunos bárbaros gigantes,
Que hasta los centros, que no alcanzan sondas,
Sepultaban los Griegos naufragantes:

No así en los rios por las partes hondas
Dexan pasar los cuerdos elefantes
Los pequeños primero, antes que crezcan
Las aguas con los grandes, y perezcan.
Con griega sangre el vasto mar teñia
Las algas de la bárbara ribera,
Los juncos en corales convertia,
Como si el tronco de Medusa fuera:
No escupe celestial artillería
Mas balas de granizo, que la fiera
Gente peñas al mar, que á la montaña
Surtiendo el agua los extremos baña.
Así desafiada, con valiente
Brazo suele tirar piedras, ó barras
Con aplauso vulgar rústica gente,
Como ellos peñas, troncos y pizarras:
El mar sembraban lastimosamente
Jarcias, baupreses, gumenas y amarras,
Escudos, lanzas, armas y vestidos,
Tiñendo el agua cuerpos divididos.
Qual saca la cabeza medio vivo
Para cobrar aliento; pero en breve
Se la sepulta el golpe executivo,
Y propia sangre entre las ondas bebe.
Aquí de aliento ¡ay mísero! me privo,
Tanto el dolor mi sentimiento mueve:
Pues ya que de la vida los despojan,
Para comerlos, á la mar se arrojan.
Y como el fiero armado cocodrilo
Se arroja de la margen Egypciana
Al pez, ó barca del fecundo Nilo,
Al apuntar la cándida mañana;

Entre las ondas por el mismo estilo
Comen y beben carne y sangre humana,
Haciendo que la mar su freno exceda,
Como tan llena de los cuerpos queda.
  Decirte yo que lágrimas vertia,
Mirando las tragedias lastimosas,
Era llegar al término, en que el dia
Rie en jazmines, y amanece en rosas.
Dexé aquel mar, y la tristeza mia
Aumentaba sus ondas procelosas,
Sintiendo que dexába con vil guerra
Lo mejor de mi armada entre agua y tierra.
  Dos dias no comí; pero al tercero
Persuadido de Albante y Clorinardo,
Vencí con el sustento el dolor fiero,
Y el triste fin de mi fortuna aguardo:
Con la bonanza que jamas espero,
Todo el velamen de las lonas pardo
Doy al favonio occidental, y veo
Que por jardines de cristal paseo.
  Trece veces habia el sol vestido
De luz y claridad el polo opuesto,
Y tantas por las ondas sumergido
Con encendido círculo traspuesto:
Quando el piloto me llevó el oido
Con voces de la tierra descompuesto,
Cuyos celajes suspirando miro,
Y quando mas mi patria espero, espiro.
  Era parte del Africa, que tienen
Los Trópicos en medio en dos gigantes
Escollos defendida, que detienen
Por el Lybico mar los navegantes:

Los que á Cartago fluctuando vienen,
Temen su arena y olas arrogantes:
Syrtes las llaman; pero en fin perdonan
Mi nave entre las peñas que coronan.
  Hacia el mar unos profundos lagos,
Recodos de su margen, y surgimos
Por ellos con temor de los estragos,
Que ya por tantas partes padecimos:
Habitaban allí los Lotophagos,
A quien licencia para entrar pedimos:
Mas quedáronse allí Celio y Pentheo,
Ni volviendo á la nave, ni al deseo.
  Yo entonces á morir me determino,
Que ya la vida, ó Circe, me cansaba,
Desesperado á la ciudad camino,
Con arco persa y con pintada aljaba:
Luego su Rey á recibirme vino,
Su Rey que Lycophronte se llamaba:
Todos con paz y amor me abrazan, todos
Me muestran almas de diversos modos.
  Mas luego por mis tristes compañeros
Pregunto con dolor, y ellos sin pena,
Depuestos con los mantos los azeros,
Me los muestran dormidos en la arena.
No somos, dicen, Lestrygones fieros,
Que esta tierra que veis fértil y amena,
Produce la ocasion que sueño infunde,
Sin que otro daño al huesped le redunde.
  Hay un árbol somnífero nacido
En estos campos fértiles y sotos,
De bacas como el myrto revestido,
Negro de ramas, á quien llaman Lotos:

De tan süave fruto, que comido,
Quedan los estrangeros tan remotos
De su memoria, y de su patria ausente,
Que no vuelven á verla eternamente.
Ninfa dicen que fué, Ninfa Africana
Aquel árbol primero, que temiendo
De un feo amante la traicion villana,
Rústico Apolo, que la fué siguiendo,
La forma, que primero tuvo, humana
En su corteza dura convirtiendo,
Le dió su nombre: y fué de amor tributo,
Que nazca de un desden tan dulce fruto.
En fin porque mis dulces compañeros
No comiesen tambien, y se olvidasen,
Despertando con voces los primeros,
Eché un bando que todos se embarcasen:
Temí que las lisonjas, monstros fieros,
Mis Griegos detuviesen y engañasen:
Que no los puede haber de mayor daño,
Que con dulces palabras dulce engaño.
Con solo el treo salgo poco á poco,
Y en refrescando el viento doy las velas;
Mas luego vuelve enfurecido, y loco,
Si en tantos males algun bien recelas:
¿Qué cielo ofendo? ¿qué deidad provoco?
¿A quién hicieron daño mis cautelas?
Que tal persecucion solo seria
De gran poder, ó gran desdicha mia.
¿Mas quién tan brevemente imaginára,
Quando parece que mi mal se alivia,
Que el viento al mar de Italia me arrojára
Desde la margen del que baña á Lybia?

Donde el rigor de mi fortuna pára,
Donde imagino que el rigor entibia,
Hallo vida y desdichas: que mi suerte
Ya tiene por piedad darme la muerte.

Levántase un espeso torbellino,
Toldo previene al mar nube tronante,
Cerrando por las olas el camino
Con promontorios líquidos delante:
Pálido trepa hasta la gabia Alciño,
Suspenso por el cáñamo bramante:
Amayna, dice, amayna, quando mira
Que se arma el Orion de rayos de ira.

Suspende sobre el agua el vil brumete:
El cuerpo que aligéra asido á un cable:
No huelga triza, troza, ó chafaldete,
Todo trabaja en acto miserable:
Las roxas hayas, que en las ondas mete
Con firmes pies y con furor notable
El remero veloz, convierte en pluma,
Y á costa del sudor levanta espuma.

Las rocas altas huyo, aunque parezca
Error de su firmeza dividirme,
Que no hay con que el furor mas encarezca,
Que con ver que me alejo de lo firme:
Ya no hay amarra, ó cuerda que me ofrezca
Remedio ó fuerza, en que poder asirme:
Que á la furia del Euro yacen rotas
Muras, brazas, filácigas y escotas.

Dichoso aquel que al esconder turbada
La escura noche, tenebrosa y fria,
Los diamantes, que á veces descuidada
Con las manos del sol le roba el dia,

Despierta entre la cándida manada
Al eco de su rústica armonía,
Y desatando del redil la puerta,
La lleva á apacentar por senda incierta.
  Allí le ofrece el prado varias flores,
Las puras fuentes el cristal deshecho,
Y escucha de las aves los amores,
En el duro cayado puesto el pecho:
No las templadas caxas y atambores,
Ni del aliento por el bronce estrecho
El ayre transformado en voz tan viva,
Que del sosiego, ó del honor le priva.
  ¿Quanto es mejor con restallar las ondas
Recoger á la noche las ovejas,
Que ver por las murallas y las rondas
Sangrientas muertes, lastimosas quexas?
Prado es el mar, quando espumosas ondas
Retratan del ganado las guedejas:
Mas no es cabaña una velera nave
Que admite sueño, ni sosiego sabe.
  La nuestra con tan áspera tormenta
Ya no conoce rumbo por quien vaya,
Ya en el fondo del mar nos aposenta,
Ya como el alva las estrellas raya:
Con altas olas túmido rebienta,
Y solo es el morir última playa:
Todo se rompe, todo se deshace,
Y entre las jarcias la esperanza yace.
  El arrogante mar, nuevo Typhonte,
Por escalas de espuma sube al polo,
Para ser de una véz del sol Phaetonte,
De muchas que por él se esconde Apolo:

A la luna subió de monte en monte;
Pero templóle con mirarle solo
Venus su hija, que con presto vuelo
Baxó á la tierra, serenando el cielo.

CANTO II.

Prosigue Ulyses su relacion con los amores de Polyphemo y Galatea; y lo que le sucedió hasta que salió de la Isla.

Reyna del mar Mediterraneo mira
Sicilia á Italia por espacio breve,
Que de ella á viva fuerza se retira,
Y á sus montañas fértiles se atreve:
Aquí por varias partes fuego espira
Vestido un monte de perpetua nieve,
Imagen natural de la hermosura,
Alma de vivo fuego en nieve pura.
Por varias sendas, prados y caminos
Corre Arethusa hermosa y diligente
Al mar con los coturnos cristalinos,
Por belleza deidad, por rigor fuente:
Tocar parecen los celestes sinos
Tres puntas en triángulo eminente
De Pachyno, Peloro y Lilybeo,
Prisiones del intrépido Typheo.
Aquí me truxo mi contraria suerte,
Por donde mira la feroz Cartago,
A darme mas desdicha y menos muerte,
Que pudo el Lestrygon y el Lotophago:
Venus entonces del rigor me advierte,

Si puede ser, de mi fatal estrago,
Y con sus rayos fúlgidos me guia,
Hasta la aurora del siguiente dia.
Veo una Isla de Sicilia enfrente
De solos animales habitada,
Y de algunos Pastores pobre gente,
Que hay de Calabria allí breve jornada:
Tiene facil el puerto, y una fuente
De laureles y myrtos coronada,
Que dividida en diferentes venas,
Á donde coge flores dexa arenas.
Sin aferrar las áncoras surgimos,
Y por la verde y libre selva entramos,
Revestida de yedras y racimos,
Que formaban doseles de los ramos:
Á los silvos y voces que le dimos
Correspondientes ecos escuchamos,
Que la repercusion de nuestro acento
Al mar pudo dar alma y voz al viento.
Quando pobre pastor se nos presenta:
Á quien pieles de cabras montesinas
El negro cuerpo adornan, que alimenta
El fruto de las rústicas encinas:
La Griega gente á su consuelo atenta
Conduce por los bosques y marinas,
Donde los arcos y persianas flechas
Quedaron de los tiros satisfechas.
Los ciervos traen acuestas los soldados,
Abren, desuellan, parten, cortan, hienden
Los verdes ramos, que en el fuego echados
Con el humor que lloran, se defienden:
La carne enclavan en los mas delgados

Que medio asada, envuelta en sangre emprenden,
Y Phebo á ser antorcha del convite
Sale por las espaldas de Amphitrite.
Allí sobre la yerba parecia
Que era lotos la caza que comieron,
Quando igualando el sol la sombra al dia,
Estas palabras sin rigor me oyeron:
No perdamos, ó dulce compañia,
La memoria del mal, que nos truxeron
Tristes hados aquí, ni descuidados
Nos halle en ocio y sueño sepultados.
Sepamos á que tierra nos conduce
La fortuna cruel, si bien entiendo,
Que un breve bien tan facil os induce
Á que olvideis el mal que estais sufriendo:
Agua y sustento este lugar produce,
Mas no para que en él vivais muriendo.
Tan lejos de la patria, en que tenemos
Las dulces prendas que perdido habemos.
Entonces Triptolemo, que tenia
Menos de Baco, y mas de entendimiento,
Rogó al pastor, que nos sirvió de guia,
Satisfaciese mi forzoso intento:
Él que la lengua Dórica sabia,
Por el silencio dió la voz al viento,
De suerte que aun suspensa en su corriente
Dexó tambien de murmurar la fuente.
No soy como pensais, famosos Griegos,
Pobre pastor, que soy tambien soldado,
Yo ví la guerra y los Troyanos fuegos,
Á Hector muerto, á Menelao vengado:
De Polycena los humildes ruegos,

Y á Pyrro en sangre y en dolor bañado,
De su valor y edad hazañas feas,
Y fugitivo con su padre á Eneas.
Aquí me truxo vuestra misma estrella
Arrojado del mar y de un navio,
Digo á Calabria, porque vivo en ella,
Siendo Coryntho nacimiento mio:
Mas ha de un lustro, ó Griegos, que por ella
Llevo al invierno helado, al seco estio,
El ganado que veis: mirad si puedo
Con lo que de ella sé poneros miedo.
Esa vecina Isla es Syracusa,
Habitacion de Cyclopes gigantes,
Gente sin ley, República confusa,
Á los fieros Brachmanes semejantes:
De las tyrrenas ondas circunfusa
Parece que la cierran tres Atlantes:
Si bien nadie se atreve á su conquista,
Que causa espanto, desde lejos vista.
Estos son los ministros de Vulcano,
Que á Júpiter forjaban en su monte
Los rayos, por quien hoy Bryareo tirano
Yace en las negras aguas de Achêronte:
De la tierra y del cielo soberano,
Dicen, que fueron hijos Harpes, Bronte,
Estérope, y Pyracmon el desnudo,
Autor de la celada y del escudo.
Pero de todos estos apartado
Vive en un alto monte Polyphemo,
Que mirandole no he determinado
Qual es el monte, y de mirarle temo;
Que puesto que se vé proporcionado,

La frente mide con su verde extremo,
Tanto que el monte de arboles se vale
Sobre las peñas, porque no le iguale.
Pero por mas que crezca, al fin le espele,
Y es tal la pesadumbre de su excéso,
Que se queja la mar de que no puede
Dos montes sustentar de tanto peso:
No hay yedra que paréd de muro enrede,
Como la barba y el cabello espeso
El rostro y frente, en quien un ojo solo
Imita al cielo, mientras duerme Apolo.
Un peine tiene, que de juntas cañas
Hizo para igualarse las guedejas,
Que á una Nympha cruel de estas montañas
Le dice enamorado tiernas quejas:
Tanto que entre unos lirios y espadañas,
Escuchandole solas sus ovejas,
Dicen, que al son de su zampoña un dia
Estos rústicos versos le decia.
Ó mas hermosa y dulce Galatea,
Que entre las mimbres de la encella helada
Cándida leche pura de Amalthea,
Que en el cielo formó senda sagrada:
Mas blanca me parèces, aunque sea
De tus hermosas manos apretada:
Que si quieren entrar en competencia,
De tu parte será la diferencia.
Ó Nympha mas hermosa, que á mis ojos
Las verdes cañas de alcacer que nace,
Pasados del invierno los enojos,
Quando esta pura nieve el sol deshace:
Blanco jazmin entre claveles rojos

Menos á quien te mira, satisface,
Que tu boca amorosa, quando iguales
Muestra la risa perlas y corales.
El mas temprano almendro, el mas florido,
Preludio de la dulce primavera,
Entre candido y nacar dividido
No iguala, imita tu beldad primera:
Yo he visto de mastranzos guarnecido
Este arroyuelo, que la mar espera;
Mas no tienen olor, aunque pisados,
Como tus miembros de correr cansados.
Si miro alguna candida azucena,
Se me acuerdan tus pies, quando desnudos
Con breve estampa al campo y á la arena
No dexan senda de sus pasos mudos:
Sale una fuente en esta orilla amena,
Jamas tocada de animales rudos,
Y aquellos golpes, con que vuelve arriba,
Me parecen tu risa fugitiva.
Calle la flor azul del verde lino,
Calle este monte, quando vuelve Apolo
Su nieve en plata en el ardiente signo,
Que fué del Griego Alcides triunfo solo:
Murmure este arroyuelo cristalino
Del marfil de tus pies lydio Pactolo:
Pues que bañando en él mayor tesoro
Engendras perlas por arenas de oro.
El vuelo vences de la limpia garza,
Quando baxa el azor, rayo de pluma,
En el olor la flor de espino y zarza,
Aunque de Venus el rosal presuma:
El palido vallizo y la gamarza

En vista por Abril, aunque consuma
Tal vez el trigo, y desde lejos solas
En sangriento esquadron las amapolas.
Mirto pareces, quando estás sentada,
Ó Galatea, en estos verdes llanos,
Un cedro, ó cinamomo levantada,
Y rayos de cristal tus blancas manos:
Abierta en el Otoño la granada
Descubre aquel exército de granos;
Así mostrar á tornasoles sueles
En tu rostro jazmines y claveles.
Ó mas sabrosa Nimpha, aunque eres fiera,
Que dulce miel del líquido rocio,
Que de los vasos de la blanda cera
Se destila al calor del seco estio:
Mas bella vienes tú de la ribera,
(Quan varia de color, firme de brio)
Que el pintado esquadron, quando al Aurora
Desnuda el campo y los panales dora.
¿Qué becerrilla tierna mas lozana
Retoza en verde prado, y hace amores
Á la yerba, saltando tan liviana,
Que apenas puede lastimar las flores:
Como te ví pasar una mañana
Entre aquestos laureles vencedores,
Cogiendo aquí y allí de estas orillas,
O ellas á ti, las blancas maravillas?
Durmiendo estabas una siesta ardiente
Al fresco de esta fuente sonorosa,
Y en tus mexillas rojas y en tu frente
Me pareció el sudor rocío en rosa:
Mas todo aqueste bien turbar consienta

Tu condicion conmigo rigurosa
Amando un hombre indigno, amando un mozo,
Que apenas tiene la señal del bozo.
  Yo sí que tengo crespa, barba y yerta,
Como ha de ser en hombres belicosos,
De la color del sol, quando despierta
Entre rayos apenas luminosos:
Pero la boca en ella descubierta,
Cuyos labios tan gruesos, como hermosos
Descubren, si te ven, con blanda risa
Mas blancos dientes, que el marfil de Orisa.
  Mas tú, cruel, que por matarme tienes
Gusto de amar un joven delicado,
Con poco honor de tu hermosura, vienes
Á verle por el monte, selva ó prado:
Con él desde el Aurora te entretienes,
Pues luego que la mira el sol dorado,
Dexas el mar, y por decirle amores,
Desprecias el coral, y pisas flores.
  Si yo te quiero hablar, así te enojas,
Que apenas llego á verte, quando ayrada
Desde la blanca playa al mar te arrojas,
De círculos de plata coronada:
Pero con ser tan fieras mis congojas,
Al cortar de las aguas, Nimpha amada,
Templan la furia á mis zelosas iras
Las perlas que, arrojándote, me tiras.
  Si canta ese rapaz, sutil parece
Su voz de grillo negro en verde trigo:
La lira que le adorna y desvanece,
Sierra en nogal tan desigual conmigo:
Mi voz los altos montes estremece,

Y asombra el mar de mi dolor testigo,
Donde me escuchan con sus Nimphas bellas
Los peces igualmente y las estrellas.
  Querer con mi grandeza y hermosura
Sus partes competir afeminadas,
Era igualar al sol la sombra escura,
Supuesto que de mí jamas te agradas:
Diga el cristal de aquesta fuente pura,
Quando estaban las ondas sosegadas,
Si pudiera ser yo con poco aviso
Mas disculpado, que lo fué Narciso.
  Compite en igualdad conmigo en vano
El mas alto ciprès, el mayor pino:
Puedo alcanzar estrellas con la mano,
Y sacarte del mar, si al mar la inclino:
Que quando viene el sol del orbe Indiano,
Primero que á este monte convecino,
Me toca á mí, y al irse al Occidente
Se parte con la sombra de mi frente.
  Si me estimáras tú, si me quisieras,
Hermosa Galatea, quanto ingrata,
¡Qué regalos de mí, qué amor tuvieras!
Que vale mas amor que el oro y plata:
¡Qué huertas tengo yo, si tú las vieras!
Y en ellas un manzano, que retrata
Tus pechos en su fruto, y en sus flores
De tu divina cara las colores.
  No léjos de mi cueva se levanta
Un pomposo nogal, á cuya sombra
Mil ovejas sestean, porque es tanta
Que hasta la márgen de la mar asombra:
Tengo la fruta de una verde planta

Que sabe amar, alfóxigo se nombra,
Sin hembra no produce, y triste muere,
Que sin sentir su semejante quiere.
  Guardado tengo un limpio canastillo
De conservados nísperos y servas,
Y antes que llueva, el pálido membrillo,
Para que dure entre olorosas yerbas:
Mánchase en oro un cándido novillo,
Que si por estos montes le reservas,
Tendrás un toro, que les dé codicia
Á las damas de Creta y de Phenicia.
  Cogidos en los ásperos hibiernos
Dentro en su cueva tenebrosa y fria
Dos osos tengo que retozan tiernos,
Atados á la puerta de la mia:
Pero mis males, que ya juzgo eternos,
Mis regalos, mis ansias y porfía,
¿Cómo podrán vencer tantos desdenes,
Quando otro amor entre los brazos tienes?
  Mas conforme parece mi deseo
Con tu valor, que el de pastor ninguno,
Si eres hija de Thetis y Nereo,
Y yo del Rey del mar, del gran Neptuno:
Mas pues tan firme y áspera te veo,
Que no me queda ya remedio alguno,
Yo mataré tu gusto, Galatea,
Aunque te pierda, aunque jamas te vea,
  Mordiéndose los picos una siesta
Prevenian sus hijos dos torcaces,
Y dixe yo: ¡qué dulce vida es esta,
Quando zelos y amor confirman paces!
Mas pardo gavilan el vuelo apresta,

Abre las puntas corvas y voraces,
Mata el esposo arrullador: y digo:
Lo mismo haré con Acis y contigo.
No fué vana amenaza, pues un dia
Que este pastor en su regazo estaba,
Al tiempo que el Aurora se reia,
Y pensaban las flores que lloraba:
Polyphemo, que al valle descendia,
Alzó una peña que la mar bañaba:
Acis corrió, mas eran, ¡ triste caso!
Cien pasos suyos del gigante un paso.
Rompióse por el ayre la gran peña,
Y alcanzóle de tantas una parte,
Aunque á sus manos y furor pequeña,
Tal que las sienes le penetra y parte:
Cayó como la blanca flor de alheña
Al sol ardiente, ó al furor de Marte
Opuesta vida, y espiró en el viento:
Así fué el golpe rígido y violento.
Volvióse luego en líquido rocío,
Y poco á poco fueron sus despojos
Formando arroyos, que el lugar sombrío
Cubrieron de cristales y de enojos:
Porque si no se trasformára en rio,
Le hiciera Galatea de sus ojos:
Puesto que fué despues su llanto ausente
Del rio aumento, y de sus aguas fuente.
Acis, decia la Nayáda hermosa,
Puesto que lloro tu infelice suerte,
Mas siento, que por mí la rigurosa
Mano de un monstruo vengativo y fuerte:
Como derriba el sol la fresca rosa,

Te marchitase en brazos de la muerte,
Quitándote la vida, que en la mia
Por forma y por primera accion vivia.

¡Ó fiero monstruo! si lo son los zelos,
Tú lo debes de ser contra mi olvido,
Tú lo debes de ser; tú, que los cielos
Ningun monstruo mayor han producido:
¡Ó quieran que jamás sus puros velos
Tus verdes prados en Abril florido
Cubran de yerba, ni sus mansas lluvias
Tus blancas eras con espigas rubias!

Envidioso pastor de ponzoñosas
Yerbas siembre el arroyo y la corriente,
Que beben tus ovejas; y de rosas
De adelfa, para ti, la mejor fuente:
Las que tú quieres mas, y las mas hermosas
Rabioso lobo emprenda y ensangriente:
Y quando mas esta montaña asombres
Te mate el mas astuto de los hombres.

Acis, contigo se acabó mi vida,
Aunque soy inmortal, pues con tu muerte
El alma, que en los dos estaba unida,
Se divide, se parte y se divierte:
Mas no porque la tuya se divida,
Dexará mi memoria de quererte;
Que imprime amor la tuya con mis quejas
En la mitad del alma que me dexas.

Ya no saldré del mar, como solia
Al regalado son de tus amores,
Ni estos prados verán estampa mia
De ramos de coral, fingiendo flores:
Ni yo la margen desta fuente fria,

Que en vez de sus cristales y colores
Viviré las arenas mas escuras,
En soledad de tus estrellas puras.
En tanto que estas cosas referia
El perdido soldado, ó Circe hermosa,
Retrataba mi libre fantasía
Del gigante la imagen portentosa:
Deseos tan ardientes me encendia,
Que apenas de Titan la amada esposa
Salió otra vez, y descansó mi gente,
Quando me fuerzan que buscarle intente.
Parto á la Isla con favor del viento,
Y sin amayna, vira, ni zaborda,
Con silencio, valor y atrevimiento
Mi nave con sus árboles aborda:
Entre laureles, que de ciento en ciento
Formaban una selva muda y sorda,
Me ofrece su espantoso frontispicio
Un natural y rústico edificio.
Entonces yo, que siempre por lo astuto
De notables peligros me he librado,
Hago cargar un cuero del tributo
Al Dios de los racimos dedicado:
Era tan fuerte y parecido fruto
Á Ismaro fertil en que fué criado,
Que derribára al hombre mas valiente
Con solo que le asiera de la frente.
Entramos poco á poco por la cueva,
De donde el fiero dueño ausente estaba,
Donde hallamos tambien por órden nueva
La hacienda do pastor en que trataba:
En tablas, que con alta cuerda eleva,

De diez en diez los quesos que guardaba,
Con mas labores de tegidas mimbres
Que tienen los follages de los timbres.
Los vasos que corriendo estaban suero,
Los barreños labrados y los tarros,
Donde la leche se ordenó primero,
Las esteras, encellas y los jarros:
No se pudiera el aparato entero
Mudar con mulas en sonantes carros:
Que no vió á Polifemo, ni oyó el nombre
El que llamó pequeño mundo al hombre.
Tenia los corderos divididos,
Los tiernos cabritillos apartados,
Y en mas abrigo los recien nacidos,
Como de mas calor necesitados:
Mis compañeros menos atrevidos,
Aunque en igual fortuna exercitados,
Me rogaron que luego me partiese,
Robándole de allí quanto pudiese.
Mas yo que tantas cosas visto habia,
No queriendo perder la mas famosa,
Hago que enciendan fuego, porque el dia
Bañó el Ocaso de color de rosa:
Sentados á cenar con osadía,
Estremeció la cueva tenebrosa
Con silvos el pastor, y habiendo entrado
En nosotros el miedo, entró el ganado.
Derriba un haz de mal partidos ramos
De la dura cerviz, y luego cierra
Con peña tan inmensa, que temblamos,
Y se espantó pariendola la tierra:
Hácia la escuridad nos retiramos;

Pero él nos siente, y prevenido á guerra:
¿Quién sois, ladrones, dice, qué fortuna
Os truxo aquí, si hay en mi daño alguna?
Griegos, respondo yo, gran Semideo,
Desde Troya perdidos y arrojados
Por alta mar, que Agamenon Atreo
A su venganza nos llevó soldados.
Ver vuestra nave, respondió, deseo,
Y los despojos de que vais honrados,
Mas yo que le entendí, le digo: ¡ay triste!
La que lienzo vistió, nácares viste.
Que por haber á Troya destruido
Sinon con el caballo Durateo,
Arrastrado al gran Hector, y teñido
A Andrómaca de humor sangriento y feo;
Los Dioses, Polyphemo, han permitido,
Que al pie del Siciliano Lilybeo
Se rompiese la nave, y sus riberas
Sepultasen de Troya las vanderas.
Mas tú temiendo á Júpiter, que ampara
Los huéspedes, y dió muerte á Diomedes,
Honra de algun presente á quien tu cara
Merece ver, porque en su gracia quedes.
Él dixo entonces: ignorante, pára,
Pára y estima, que mirarme puedes:
Yo no temo los Dioses, que á ninguno
Respeto debe el hijo de Neptuno.
Diciendo así, frenético arrebata
Dos tristes compañeros, y de suerte
El golpe con la tierra los maltrata,
Que nuestras caras salpicó su muerte:
Con ellos el estómago dilata,

Cruje el hueso mas sólido y mas fuerte,
Y hartándose de leche, no pequeño
Lugar ocupa, y se remite al sueño.
Yo entonces que le ví sacar del pecho
El ayre en los pulmones detenido,
Saqué la espada en lágrimas deshecho,
Mas fuí de Orontes Délfico advertido:
Pues era hacer sepulcro mas estrecho
Matarle entonces, ú dexarle herido,
Teniendo un esquadron fuerza pequeña
Para poder aligerar la peña.
Pasó la escura noche, detenida
En este miedo mas que en su tardanza,
Quando el aurora entró de luz vestida;
Mas no vino con ella la esperanza:
Que levantado el bárbaro homicida
Dió principio á su rústica labranza,
Ordenó sus ovejas, y vacias
Puso á las madres las balantes crias.
Luego otros dos soldados rinde al suelo
Con tremendo estallido, y almorzando
Voraz la carne, sale al claro cielo
El ganado solícito guiando:
Y de que no me huyese con rezelo
El peñasco á la cueva acomodando,
Como si fuera facil puerta en quicio,
Por verdes selvas prosiguió su oficio.
Yo triste la venganza imaginando
Halléme cerca un gran baston de oliva,
De que una braza, ó poco mas cortando,
Hice una aguda punta en lo de arriba:
Tostéle bien al fuego, y ocultando

La muerte que esperaba executiva,
Hice eleccion de quatro compañeros,
Que me ayudasen á los golpes fieros.
El sol de su carrera desmayado
Cayóse en el cristal del mar Tyrreno,
Y el Héspero planeta levantado,
El ayre puro esclareció sereno;
Quando á la cueva entró con su ganado
Las ubres llenas del herbage ameno:
Cerró la puerta, y alargó la mano
Al Tracio Floro, y al Arcadio Albano.
Yo entonces de aquel vino colmo un vaso,
Y le digo atrevido desta suerte:
¿Quál hombre, ni de estancia, ni de paso
Querrá venir desde su tierra á verte?
Los Dioses mueva tan horrendo caso,
Como ofrecer á la violenta muerte
Los inocentes huéspedes, y tomen
Venganza de hombres que los hombres comen.
Mas como suele perro que otro mira,
Quando la presa entre los dientes tiene,
Que con envidia del ladra y suspira,
Cruxiendo un hueso para mí se viene:
Alzo la taza por templar su ira,
Y la color del vino le detiene
Con el olor que al gusto le fué grato,
Ó ya fuese la vista, ó el olfato.
Bebió, y alzando la robusta frente
Dió muestras del contento que sentia,
Y me pidió otra vez, que diligente
Le dí con humildad y cortesía:
Y díxome: licor tan excelente

Parece dulce nectar y ambrosía;
El vino de Sicilia, aunque es süave,
Es inferior, ó Griego, al de tu nave.
Un don te quiero dar por este gusto,
Dime tu nombre, que por bien tan grande
Te mataré el postrero, que es injusto
Que á la razon el apetito mande.
Yo dixe: Si es honor de un varon justo
Que liberal con peregrinos ande,
Baucis y Philemon te dan exemplo,
Que de los Dioses huéspedes contemplo.
Mira con la piedad que les lavaron
Los pies, y aquel panal sabroso dieron,
Con que tanto á los Dioses obligaron,
Que sacerdotes de su templo fueron:
Inmortales en árboles quedaron,
Que de la muerte el tránsito no vieron;
Pero quien trata mal á un noble amigo,
Presto verá de su maldad castigo.
Esto decia yo, quando turbados
Los ojos, y la boca retorcida,
Al suelo dió los miembros dilatados,
La cabeza fantástica dormida:
Ninguno, dixe, soy, destos soldados
Ya Capitan en Troya destruida,
Ninguno me llamó mi padre en Grecia;
Si no eres tú, ninguno me desprecia.
Ninguno, replicó, casi trabada
La lengua, ¡qué placer! ¡qué bien me has hecho!
Mucho, ó Ninguno, este licor me agrada,
En mi vida me ví tan satisfecho.
Aquí perdió la voz, aquí turbada

Volvia el ayre ambiente al ronco pecho:
Y así quando otra vez le despedia,
El vino por la barba difundia.

Entonces puse el leño al mismo fuego,
Porque se calentase, y avisando
Mis quatro compañeros, parto luego,
Si te digo verdad, todos temblando:
Las túnicas le paso, y dexo ciego,
A la dura membrana penetrando,
Que toma su principio del celebro,
Y los nervios y músculos le quiebro.

Las manos echa al leño dando voces,
Y de los huesos con furor le saca,
Crece el rigor con ansias tan atroces,
Que le vimos morder la fiera estaca:
Acudieron los Cyclopes feroces,
Porque en toda la noche no se aplaca:
Y todos á la puerta en que se juntan,
La causa de las voces le preguntan.

¿Quién te ha herido? le dicen, ¿quién ha sido
La causa de tus voces, Polyphemo,
Que por toda la mar no se ha sentido
Ligera vela, ni pintado remo?
Ninguno me mató, Ninguno (herido
Responde á su querido Tepolemo)
Ninguno fué, porque ninguno hubiera,
Que mas astuto que Ninguno fuera.

Duerme, responden, si te hirió Ninguno,
Que ninguno pudiera hacerte ofensa:
Todos se parten, sin que entienda alguno
Que fuí el Ninguno que el gigante piensa.
Con esto el hijo del feroz Neptuno

De la puerta quitó la peña inmensa,
Porque atentando las paredes iba,
Y á un lado de la cueva se derriba.
Sentóse en medio y el ganado llama,
Porque atentando los que van saliendo,
Cogiese aquel Ninguno que desama,
Los oidos y el tacto previniendo:
Pensé yo el hecho entonces de mas fama
Que han referido historias, eligiendo
Los mayores carneros, y que hacian
Escobas de la lana que vestian.
De tres en tres los ato, y pongo en medio
Un compañero atado, de tal suerte
Que no pueda atentarlos; y remedió
El peligro forzoso de la muerte.
¿Quándo se vió ciudad en duro asedio
Con enemigo tan ayrado y fuerte?
Pues salir, ó morir era preciso,
Antes que á los demas les diese aviso.
Coronada de flores la mañana
Asomó por un monte la cabeza,
Teñido el puro rostro en nieve y grana,
Aunque esperada con igual tristeza:
Salió el ganado, y en la crespa lana
Las manos ocultaba su fiereza,
Exâminando á todos pelo á pelo;
Mas nadie ofende á quien defiende el cielo.
Yo que escogido un gran carnero habia,
Y en su grandeza y lana vida espero,
Que un toro de seis años parecia,
Salir quise de todos el postrero:
Asióle y conocióle en que tenia

El vellon y grandeza que refiero:
Y llorando sin ojos, con prolixo
Razonamiento estas palabras dixo:
Querido manso mio, que criado
Fuistes á blanca sal de vuestro dueño,
¿Cómo el postrero sois de mi ganado,
Qual suele el que es mas débil y pequeño?
¿Sentis por dicha el miserable estado,
En que el griego furor, rendido al sueño
Puso quien os crió, y amaba tanto?
Troquemos mi razon á vuestro llanto.
Agua me falta, ya lo veis, pues vierto
En vez de tiernas lágrimas un rio
De humor sangriento, y que abrazar no acierto
Vuestro cuerpo, que fué regalo mio:
Pareceme que estais mas crespo y yerto,
Y que al campo salis con menos brio,
La esquila y el collar os han quitado
De piel de tigre y de metal dorado.
¡Qué lozano os ví yo por esta puerta
De mi ganado capitan famoso,
El alba apenas cándida despierta,
Barriendo flores por el valle umbroso!
Ahora con el sol purpúreo abierta
Desmayado salís y perezoso:
Que como no escuchais mi voz sonora,
En la noche en que estoy, no veis aurora.
¿Quién primero que vos por las orillas
Destos arroyos los dexó afeytados
De blancas y doradas manzanillas
Con el hocico y dientes afilados?
¿Quién primero que vos las campanillas

Roxas y azules de los verdes prados?
¿Quién los tomillos, retozando á saltos,
Por los repechos de los montes altos?
¿Sentis el verme aquí morir rendido
Por la maldad de aquel traidor Ninguno?
Ay! si para mostrarmele escondido
Hubiera en vos entendimiento alguno.
Quitóme con engaños el sentido,
Rindióse á Baco el hijo de Neptuno:
Eran contrarios, y se hicieron guerra,
Bebí mi muerte, y abracé la tierra.
Dixo, y dexó salir el manso, y luego
Que yo me ví apartar, lo que bastaba,
Del arrogante monstro, ayrado y ciego,
Dexé el lugar, donde escondido estaba:
Con mis soldados á la nave llego,
Que escondida en las peñas me esperaba,
Llevando por delante del ganado
Lo mas lucido, que embarqué forzado.
Lloraron mis soldados de alegría,
Y luego por los muertos de tristeza,
Que engendra en tanto mal la compañía
Mas tierno amor, mas ansia y mas firmeza.
Ya se esforzaba al sol dorando el dia,
Y sacando del agua la cabeza,
Quando vuelan los remos como plumas,
Y del ceruleo mar surten espumas.
En viendo yo por alta mar la nave,
Quanto bastó para escuchar mis voces,
O Polyphemo, digo: ó huesped grave,
Mi voz escucha, si mi voz conoces:
Mira si castigar Jupiter sabe

Los pecados de bárbaros atróces,
Pues por comer la noble gente amiga,
Con tan horrible pena te castiga.
¿Eras el que sus rayos no temias?
¿Eras el que arrogante blasonábas?
¿Á un hombre como yo matar querias,
Y de los altos Dioses blasfemabas?
Mira si fueron necias tus porfias,
Mira con el poder que te burlabas,
Que por hacerla en tu soberbia fiera,
Te ha muerto con un rayo de madera.
Para Encélados fuertes y Typhontes
Toma Jupiter rayos de Vulcano,
Para el fuerte valor de Oromedontes
Toma la llama trífida en la mano:
Para ti, que eres fiera de estos montes,
Rayo de oliva fué mostrarse humano:
De roble se le dieran las montañas,
Tan duro como fueron tus entrañas.
Oyendo aquesto, ayrado se levanta,
Y con hórridas voces al mar viene,
Los animales de la selva espanta,
Y los arroyos líquidos detiene:
Pone en la playa la disforme planta,
De una mina de marmoles previene
Un gran peñasco, y tan feroz le arroja,
Que la cara del sol retira y mója
Tan cerca dió la peña de la nave,
Que creciendo las aguas, vino á tierra,
Las ondas abre, y con el peso grave
En las arenas faciles se entierra.
Turbado pido un remo: el cielo sabe,

Que en quanto la fortuna me destierra,
Peligro no temí, como el que digo:
En fin la aparto, y en hablar prosigo.
Detienenme mis fuertes compañeros,
Mas no aprovecha el ruego á la venganza,
Vuelvo á decir: Si alguno de los fieros
Cyclopes ántes de morir te alcanza;
Ó por ventura llegan estrangeros
Por fortuna de mar, ó por bonanza,
Y quisieren sabér, quien fué el valiente,
Cuyo valor te penetró la frente,
Ulyses soy, aquel varon famóso,
El Hijo de Laërtes y Anticlea,
De Itachâ señor, y dulce esposo
De Penélope, casta Semidea:
En las Troyanas guerras animoso
Coronado me vió la luz Phebea
Dos lustros por hazañas inauditas,
Que en la inmortalidad quedan escritas.
Tan eloqüente soy, y tan sutiles
Mis argumentos dulces y razones,
Que de estas armas del divino Achîles
Me adorno entre magnánimos varones:
No he castigado tus hazañas viles
Con armados y fuertes esquadrones,
Con solâ industria fué: que tu fiereza
Excede la comun naturaleza.
Ay triste! con la voz trémula dixo,
Que esta desdicha muchos años antes
Tepolemo mi amigo me predixo:
¿Mas quién pensára engaños semejantes?
Alguna Parca ayrada me maldixo,

Por humillar mis fuerzas arrogantes,
Pues ese Ulyses no pensé que fuera
Hombre tan vil, ni que á tracion viniera.
¿Quién pensára que fuera tu estatura
Tan desigual, y que por tal camino
Me vinieras á dar muerte tan dura
Vencido de la fuerza de aquel vino?
Morir á manos yo fuera ventura
De un hombre fuerte de mi muerte dino,
Que no viniera de traiciones lleno
Con aquel aromático veneno.
Mas vuelve Ulyses, vuelve, vuelve, amigo,
Tu industria alabo y tu valor venero,
Nueva amistad y paz haré contigo,
Darte por huesped un presente quiero:
No pienso yo, que hicieras tú conmigo
Esta crueldad, si habláramos primero:
Que la vida tambien de quien la ofende
Por natural derecho se defiende.
Mi padre el gran Neptuno tiene imperio
En todo el mar, que vienes navegando,
Desde que Menelao el adulterio
Vengó de Páris, su ciudad postrando:
Para que salgas del distrito Hesperio,
Y te pueda llevar céfiro blando
Á Grecia libre y á tus dulces Griegos,
Le venceré con amorosos ruegos.
Admírame, respondo, tu ignorancia,
Fiero devorador de humana gente,
Que ya no son engaños de importancia,
Por mas que tu grosero ingenio intente:
Aqui pienso que estoy breve distancia

De tu furor y espíritu impaciente:
Quisiera haberte muerto, y que tu grave
Cabeza fuera lastre de mi nave.
  Desatinado entonces, dixo, alzando
Las manos: Ó Neptuno, ó padre mio,
Ó gran muro del mundo, que cercando
Siempre te estás con tu elemento frio,
Si soy tu sangre, y si te acuerdas, quando
(Que suele amor pasar de Lethe el rio)
La amabas tiernamente, oye mi ruego
Por el incendio de tu dulce fuego.
  No llegue, si es posible, á salvamento
Este Griego traidor, ni goce y vea
Á su casta Penélope, y el viento
Contrario siempre á sus intentos sea.
Luego arrancó de su nativo asiento,
Ayudando á la fuerza gigantea
La ira, un gran peñasco, y con furioso
Golpe rompió otra vez el mar undoso.
  Nosotros casi muertos, y de espuma
Y agua las xarcias, que baña, cubiertas,
La nave hicimos con los remos pluma,
Y escribimos al mar letras inciertas,
Temiendo la cruel frígida bruma,
Á donde son las tempestades ciertas,
Porque si al Capricornio el sol llegaba,
El solsticio vernal amenazaba.
  Dimos priesa á los remos, y llegamos
Á la Isla del Rey Eolo Hippota,
Donde los vientos en prision hallamos,
Que quando quiere, esparce y alborota:
Allí todas las xarcias renovamos

De la menor filáciga á la escota:
Tal nos dexó la nave Polyphemo
De la popa al bauprés, y del lienzo al remo.

CANTO III.

Pide Ulyses á Circe licencia: parte á la Isla Cimmeria: baxa al infierno con Palomedes, donde Tiresias le cuenta lo que le ha de suceder hasta que llegue á su casa.

Ya llamaba el Aurora en los cristales
Del palacio de Circe, y los herian
Los rayos de su padre transversales,
Con cuya nueva luz resplandecian:
Quando acabó sus lástimas fatales,
Que los ojos á lágrimas movian,
Sin que pudiese hallar lugar el sueño,
Con ser de quanto vive entonces dueño.
Así nos mueve á admiracion y espanto
Un caso estraño y triste la memoria,
Así provoca á compasion y llanto
Una nueva y cruel trágica historia:
Lasciva Circe presumió entre tanto
Tan larga pena reducir á gloria,
Del Capitan prudente enamorada,
Mas atenta á su ingenio, que á su espada.
Miraba su persona honesta y grave,
De su cuerpo la ilustre compostura,
La dulce lengua, y el mirar suave,
Del ánimo interior firme hermosura:
La valentía de dexar su nave

Entre escollos del mar á la ventura,
La industria, de vencer peligros tales,
Tal vez contra las iras celestiales.
Era Ulyses un hombre bien formado,
De cuerpo no muy alto, aunque fornido
De musculos y nervios relevado,
Copioso de cabello y esparcido:
Moreno de color algo tostado,
Pero no le salió del patrio nido,
Que en los trabajos no hay color segura,
Que harán mudanza en una piedra dura.
Los ojos eran negros, y las cejas
Gruesas y en arco, largas las pestañas,
La voz sonora y grave, dulce en quejas,
Que moviera las asperas montañas:
La lengua y las entrañas tan parejas,
Que en la lengua se vieran las entrañas;
Pero tambien astuto en ocasiones,
Que no es defecto en ínclitos varones.
Sufrido en los trabajos y fortunas,
Eloqüente, sagaz, determinado,
Y tan dichoso y próspero en algunas,
Como en ponerse en ellas desdichado:
Corrido habian ya dos nuevas lunas
Su rapido, veloz curso, argentado,
Y él firme honestamente defendia
La lealtad, que á Penélope debia.
Circe solicitaba el mal nacido
Fuego de su lascivo pensamiento,
Diligencias que hubieran divertido
El mas firme de amor conocimiento;
Mas puestas á la vista y al oido

Contra el combate de su loco intento
Las guardas del respeto y del recato,
Ni ella fué victoriosa, ni él ingrato.
Amaba Circe á Ulyses, no tenia
Correspondencia amor, faltaba Antheros,
Sin quien poco se aumenta, aunque se cria,
Sin pasar de los terminos primeros:
¡Con quánta diferencia sucedia
En sus ya descansados compañeros!
Todos amaron, y por varios modos
Sugeto de su amor halláron todos.
Amó á Dórida Antimacho, mancebo
En el extremo de su edad florida,
Quando se suele ver con poco cebo
Á todo amor la voluntad rendida;
Á Casandra bellísima Corebo,
Natural de Mycenas, y á Deifrida
El valiente Philemo, hijo de Antandro,
Á Lysis Timo, á Nísida Alexandro.
Los verdes ojos de Neophile hermosa
Enlazaron el alma de Thoante,
Capitan de la nave mas famosa,
Que vió el tridente en todo el mar de Atlante;
Rindió toda su fuerza belicosa
Á la bella Antiflor Polydamante:
Que donde estaba Circe; Ulyses solo
Se pudiera librar de polo á polo.
Dilataba las hebras del cabello,
Que fué del sol envidia y competencia,
Por el marfil del mas hermoso cuello,
Que tuvo con la nieve diferencia,
Phylida al viento; cuyo rostro bello

Pudiera mas con menos diligencia,
Y fueron dulces y amorosas redes
Del Achàtes de Ulyses, Palamedes.

Aunque con poca edad, con alto ingenio,
Y no menos donayre y hermosura,
Rindió la hermosa Andrómeda á Parthenio,
Mozo de honesta y grave compostura:
Y aunque en edad mayor, Lysandro Armenio
Á la suave voz, á la dulzura,
Á la belleza de Amaryllis bella,
Sirena de aquel mar, del cielo estrella.

Á los campos Elyseos parecian
Los palacios de Circe semejantes,
De dos en dos la soledad vivian,
Que dió la antigüedad á los amantes:
Ya por las fuentes, que cristal corrian,
Penetrando los montes circunstantes,
Ya ribera del mar, donde la nave
Ni teme el viento, ni del dueño sabe.

Solos Circe y Ulyses monte y prado
Habitaban con gusto diferente;
Ella le sigue triste, él huye ayrado,
Ella zelosa llora, él muere ausente:
Ella siente el desprecio, y él turbado
La desengaña astuto y eloqüente;
Mas que no bastan las palabras creo,
Remitido á las obras el deseo.

Salia Circe al mar tan cuidadosa,
Que cerca de las aguas parecia,
Tocándole la espuma bulliciosa,
Venus, que de ellas cándida nacia:
Como se suele abrir pimpollo en rosa,

Primera risa del luciente dia,
Quando en las hojas sus cristales bebe:
Así mezclaba el nacar en la nieve.

Tal vez en una barca, defendida
Del rayo de su padre, que bajaba
Mas presto al mar por verla, y guarnecida
De tapetes, que el agua codiciaba:
Los desdenes de Ulyses atrevida
Con lascivo mirar solicitaba,
Por ver si hallaba su amorosa guerra
Mas dicha por el agua, que en la tierra.

Severo el Griego á Circe entretenia,
Tan cortés y galan, como discreto,
¡Ay del amor pagado en cortesía!
Que no quiere el amor tanto respeto:
Los infernales dioses maldecia
Desesperada Circe, en lo secreto
Del alma; viendo su poder burlado
De un hombre vivo en hielo retratado.

Si en la caza tal vez, última prueba,
Quedaban de sus damas divididos,
Nunca de Eneas codició la cueva,
Ni á Venus le pidió rayos fingidos:
Resistencia al amor única y nueva,
Que enfrena la virtud á los sentidos.
En tan dulce pasion, es un exemplo
Digno de eterno bronce, fama y templo.

No quedó yerba ni conjuro alguno,
Que los fieros espíritus llamase,
Ni cerco sobre el campo de Neptuno,
Ó que la luna en él retrogradase;
Que con apremio fiero y importuno

No hiciese, no buscase, no intentase:
Y así decia al mar, al monte, al viento,
Vencida deste loco pensamiento.

Dulce pasion de amor, dulce homicida
De un tierno corazon, ¿por qué me matas?
Si á quien me obligas que remedio pida,
Aun las palabras ha tenido ingratas.
Si no puedes con yerbas ser vencida,
¿Para qué por las venas te dilatas?
Que para tan helada resistencia
Ni bastan la hermosura, ni la ciencia.

¿Qué peregrino hubiera regalado
Muger como yo soy, que ingrato fuera
Llegando con su nave destrozado
Sin velas al favor de mi ribera?
¿Soy Lotophágo, ó Lestrygon ayrado?
¿Devoré por ventura, aunque pudiera,
Como el hijo del mar, sus compañeros?
¿Fuí alguno yo de los Troyanos fieros?

¿Maté á Protesilao? ¿quité la vida
Como Hector á Patroclo generoso?
¿Ó cómo Páris, que habitaba en Ida,
Quité el honor á Menelao famoso?
¿Fuí como Elena incasta y fementida
Al lecho conyugal del noble esposo?
¿Soy Clytemnestra yo? ¿quándo me ha visto
Matando á Agamenon, y amando á Egisto?

Era ya la sazon, en que se via
El arco Austral de la corona hermoso,
Que con sus quatro estrellas difundia
Los rayos de su imperio luminoso,
Quando Philemo Abhayo, que tenia

Zelos de Palamedes belicoso,
Por no atreverse á desnudar la espada,
Á Ulyses dixo con la lengua ayrada.
¿ Hasta quándo presumes, fuerte Griego,
De la patria vivir tan olvidado?
Años ha ya desde el Troyano fuego,
Que vives por los mares desterrado.
¿ Es posible que tienes por sosiego
Tan triste, injusto y miserable estado,
Vencido de una hermosa encantadora,
Que te lleva á la muerte de hora en hora?
Conozco tu virtud y resistencia,
Pero no lo dirá despues la fama,
Que la conformidad y la asistencia,
Aunque sin obras, la opinion disfama.
¿ Qué puede prometer tan larga ausencia
De tu querida esposa, que te llama?
Mira que la memoria con los años
Se rinde facilmente á los engaños.
No digo yo que no eres tú dichoso
Entre quantos ausentes no lo han sido;
Mas para la inquietud de ser zeloso
Basta el temor, sino es agravio olvido:
Repara en que Telémaco amoroso
Apenas puede haberte conocido:
Dexale, Ulyses, que te llame padre,
Como esposo Penélope, su madre.
El peligro tambien, si alguno intenta
Decir, que ya eres muerto, con engaño,
Y la fama del mal, que siempre aumenta
Las nuevas, que han de ser para mas daño,
Quando no surta en deshonor y afrenta,

Alegando la fama al desengaño,
Podrá casarse, y ocupar tu cama
Varon de mas presencia, y menos fama.
¿Qué quieres de nosotros desdichados,
Por tanta tierra y tanto mar perdidos?
Ya muertos de Antiphates anegados,
Ya de un gigante bárbaro comidos:
No todos hallaremos bien casados
Los lechos despreciados defendidos
Quando dichoso tú la patria pises:
No son todas Penélopes, Ulyses.
Vuelve á la patria, y dexa el ocio infame
De esta hechicera vil y sus conjuros,
Aunque presa de amor provoque y llame
Contra ti los espíritus impuros:
No quieras que otro hibierno ayrado brame
El cierzo aquilonal entre sus muros,
Que bien podrás vencer con tu prudencia
Su amor, si no es fatal su resistencia.
Ulyses conociendo que Philemo
Le aconsejaba bien, aunque ignoraba
Que eran zelos de Lysis, que en extremo
Desde el instante que la vió, la amaba;
De Antiphates crüel y Polyphemo
El peligro menor imaginaba,
Que estar de Circe en la prision cautivo
Muerto á la fama, y á la infamia vivo.
Entró luego en la quadra, en que dormia,
Que no la resistieron las criadas,
Que aunque era novedad, no era osadía,
Así todas estaban enseñadas.
Abrió los ojos Circe, tuvo el dia

Mas sol, mas oro, y vieronse adornadas
Las cortinas de luz resplandeciente,
Como al nacer del sol el rojo Oriente.
  Circe tenia en el marfil un velo
Transparente y sutil, que descubria
Nieve animada, como muestra el suelo
Con arena de plata fuente fria:
Tal suele puro arroyo á medio hielo,
Que por nevados mármoles corria:
Las anchas mangas descubrian los brazos,
Todo prision de amor, redes y lazos.
  La garganta bellísima coronan
Los tesoros del Sur, que afrenta fueran
De los que tanto de Cleopatra abonan
La hazaña, que otras plumas vituperan:
Los cabellos undívagos perdonan
(Como eran rizos, como soles eran)
El adorno al diamante, que distinta
Los prende junto al cuello breve cinta.
  ¿Qué quieres, dixo, dulce ingrato mio?
¿Por dicha tu desden mudó semblante?
¿Rindióse ya tu desdeñoso brio?
¿Labró mi sangre tu feroz diamante?
Si ya cesó el rigor de tu desvío,
No desconfie despreciado amante:
Pues yo te tengo, quando tal estuve,
Que ni aun señales de esperanza tuve.
  Diciendo así, los blancos brazos luego
Extiende al cuello de su amado ingrato;
Mas detenidos, suspendióse al ruego
De Ulyses, retirada á mas recato:
No vengo, dixo, de amoroso fuego

Vencido, ó Circe, ni por largo trato,
Ni por obligacion á tu hermosura,
Donde no hubiera libertad segura.
Yo te amo con aquel conocimiento,
Que debo á tu belleza soberana,
Y á tu divino y claro entendimiento,
Indigno de admitir pasion humana.
Eres hija del sol, que vive esento
De toda mancha y opresion tirana:
En ti sus limpios rayos acrisola,
Que por hija del sol te llaman sola.
Piedad me trae de mis tristes Griegos,
Que lloran por la patria desterrados,
Desde que vieron en los Teucros fuegos
De Troya los Penates abrasados:
Pidiéronme con lágrimas y ruegos,
De sus hijos y esposas obligados,
Que te pidiese esta licencia justa,
Circe, si tu Deidad no se disgusta.
Ya sabes mis trabajos, ya mis penas;
Ya mis destierros te conté, Señora,
Por puertos de tan bárbaras arenas,
Que ni las peyna el mar, ni el sol las dora:
Quando rompió de Troya las almenas
La máquina de Palas vencedora,
Debiera yo morir: que aborrecida
Es larga muerte dilatar la vida.
Quando en el vientre horrísono estuvimos
Del preñado caballo cien soldados,
Como suelen estar en los racimos
Los granos ya maduros apretados:
La fiera lanza de Laocoon sentimos,

Y sonando los árboles dorados
Dió tan cerca de mí, que si pasára,
La vida que desprecio, me quitára.
Faltárale sugeto á la fortuna,
Para lucir sin mí, si allí muriera,
Yo descansára sin ofensa alguna,
Y ella la fama, que le dí, perdiera:
Hallára yo de tantas muertes una,
Que dulce fin á mis trabajos diera:
Pues no hay rigor, Señora, mas ayrado,
Que hacer vivir por fuerza un desdichado.
¿Qué penas faltan ya para matarme?
¿Qué agravios, qué rigor para ofenderme?
¿Qué enemigo ha dexado de probarme?
¿Qué amigo se ha olvidado de venderme?
Penélope cansada de aguardarme,
Con esperanza de mis brazos duerme;
Pero quando es tan larga la esperanza,
Sucede á gran firmeza gran mudanza.
Sábeslo tú, divina esposa mia,
Sábeslo tú, que nunca te hice ofensa.
¡O quien pudiera aquel tan dulce dia
Llevarte para hablar en mi defensa!
Que si tu gran valor no me desvia
Desta firmeza y voluntad inmensa,
¿Adonde hallára yo mejor testigo,
Pues con tan casto amor viví contigo?
Si tu hermosura, Circe, si tus ojos
Rayos de amor, gastando tantas flechas,
Solo tienen del alma los despojos,
Donde tal vez sin cuerpo me sospechas:
Si tus regalos ya, si tus enojos,

Y obligaciones de las mercedes hechas
No han podido mudar mi pensamiento;
Serán para Penélope argumento.
  Permíteme que vea el hijo mio,
De cuya ausencia nace mi tristeza,
Que en tu piedad, sino en tu amor confio,
Efecto que nació de tu nobleza;
Tu ciencia no ha forzado mi albedrío,
Lo que mejor pudiera tu belleza;
¿Pues qué aguardas de mí, que ausente muero,
Y no me quieres, Circe, porque quiero?
  Ó clara hija del mayor planeta,
Dá lugar á mi gente, que en la playa
Aderece la nave que sujeta
Al facil viento por las ondas vaya;
En pocas horas quedará perfeta
De blancas velas y de remos de haya,
Y saldrá con tus armas y tu nombre,
Que espante el mar, y que la tierra asombre.
  Mi partida es forzosa, que bien sabes,
Que si pudiera yo, no me partiera;
Trabajos, dicen, que me esperan graves,
Quien te llega á perder ninguno espera.
De Ténedos salí con siete naves,
Y apenas una truxe á tu ribera;
Si me dexas partir amante ingrato,
No por lo menos huésped de mal trato.
  Ó cruel, le responde (que el semblante
Mudó con el enojo la hermosura)
Astuto en ser traidor, no en ser amante,
¡Qué bien has castigado mi locura!
Alma tienes de indómito diamante,

No forma substancial, ni materia dura:
Pues mientras mas te labra mi paciencia,
Menos puede limar tu resistencia.
Ventura fué, que no me le hayas dado;
Porque es diamante, y diérame veneno
Aunque en el pecho hubieras acabado
Este amor inmortal de engaños lleno.
Vete, y primero que Neptuno ayrado
Muestre á tu nave su zaphyro sereno,
En duro escollo se te rompa, y sea
Donde aunque muera, yo morir te vea.
Si amaron las Deidades, las pasiones
De amor padece amor, si amor alcanza
Donde no peregrinas impresiones,
Á todas ruego que me den venganza:
Mira, crüel, que en ocasion me pones,
Perdida de tus brazos la esperanza,
De desear, por verme aborrecida,
Estar sin alma, porque estes sin vida.
¿Es posible, crüel, que no respondas
Á tanta fé, si quiera con engaño,
Que el cuerpo en piedra, el alma en hielo escondas
A mi abrasado amor despues de un año?
Veniste aquí, desprecio de las ondas,
Proprio traidor, y peregrino estraño,
Arrojado del agua, y en mi zelo
Hallaste mas piedad que en tierra y cielo.
Truxiste el alma que esta deuda niega
Apenas en el pecho, que resuelves
A tal crueldad, y con tu gente Griega
Cargado de almas á tu patria vuelves.
¿Qué estrella, qué deidad, qué amor te ciega,

Que tantos lazos de amistad disuelves?
¿De qué contrariedad, de qué aspereza
Nacieron tu crueldad y mi firmeza?
Esto decia Circe, y como hacia
Afectos de muger desesperada,
La nieve de los brazos descubria,
Artificiosamente descuidada:
El Griego, no mirando lo que via,
Entre las olas fluctuando nada,
Quien nó se ha visto en tán confuso abismo
No sabe que es guardarse de sí mismo.
Decis (prosigue con mayor locura)
Si amais alguna vez, que os hechizamos;
Ahora el desengaño os asegura,
Pues veis que de vosotros lo quedamos:
El trato puede mas que la hermosura,
Con él quando lo estais, os obligamos,
No á ti, que entre los hombres peregrino
Eres mortal con proceder divino.
Que ninguna muger servir se vea,
Que se queje de amor, ni indigno trato,
Y que yo sola desdichada sea;
¿De qué tienes el alma, Griego ingrato?
Ó padre, ó sol, ¿quién ha de haber que crea,
Que soy tu hija yo, ni tu retrato?
Pero si dí veneno al Rey mi esposo,
Venganzas son del cielo riguroso.
Diciendo asi, con míseros efetos
Dexó caer el rostro entre las manos
Del Griego Capitan, que los afetos
En la patria del alma siente humanos,
Las lágrimas prision de los discretos,

Y á los que no lo son, lazos tiranos,
Imprimieron en él tanta clemencia,
Que casi se turbó la resistencia.
Descomponerse quiso la armonía
De las potencias con piadoso intento,
Mas á la voluntad, que se rendia,
Le dió la mano el cuerdo entendimiento:
Y díxole mas tierno que solia,
Con mas vivo dolor y sentimiento;
No permitas, Señora, que al partirme
Tú dexes de ser sol, yo ausente firme.
Ni yo partiera bien, ni tú quedáras,
Si amor á lo que puede nos rindiera,
Mas de verme partir te lastimáras,
Mas de verte quedar morir me vieras:
Donde no tiene amor prendas tan caras,
Ni el alma teme, ni el temor espera:
Que, donde quedan libres las memorias,
Ni sienten penas, ni imaginan glorias.
Mucho quisiera yo, si yo pudiera,
Ser tuyo, ó sol, del sol efecto hermoso;
Tu esposo fuera yo, si libre fuera,
Y fuera digno, como fuí dichoso.
Bien sabes que Penélope me espera
Con fe de amante y lealtad de esposo:
Pluguiera á Dios que el alma dividida
Se pudiera partir como la vida.
¡Ay! le replica Circe lastimada
De tantas arrogancias y desprecios,
Amar un alma donde no es amada,
Mas es de desdichados, que de necios!
No harás, ingrato Ulyses, tu jornada,

Si estiman dioses los humanos precios,
Que yo con inauditos sacrificios,
Para tenerte, los tendré propicios.
Dexarte, dixo Ulyses, despreciada
Fuera, habiendo engañado tu hermosura,
Yo siempre te serví desengañada
De aquesta voluntad honesta y pura:
Ingrata has sido tú, pues siendo amada
Con esta noble y grave compostura,
Dando lugar al exterior sentido,
Quieres amor que esté sujeto á olvido.
El que yo con el alma te prometo
Es amor inmortal, amor tan casto,
Que tiene al mismo cielo por objeto,
Como la tierra el que es amor incasto:
Es un amor tan cándido y perfeto,
Que en su virtud á defenderme basto
De tu hermosura humana, con que ha sido
Este divino amor encarecido.
Ya te conozco yo, Circe, responde,
Y conozco tambien vuestras verdades:
Todo es facil, si amais, todo se esconde,
Todo, si no quereis, dificultades.
Esto, replica Ulyses, corresponde
A las debidas del amor lealtades:
No puedo mas, permíteme, Señora,
Ver en el agua la primera aurora.
Por tu querido padre, así le veas
Medir los tiempos infinitos años,
Antes de ver las margenes leteas,
Sin sentir los efectos de sus daños:
Por los silvestres Dioses, por las Deas,

Que habitan selvas, y refrescan baños,
Que nos dexes partir tras tanta guerra
De tierra y mar á nuestra amada tierra.
Lloraba el Griego venerable, y tanto
Movió de Circe el pecho, que le dixo:
No quiera, ó Capitan, Júpiter santo,
Que dure mas destierro tan prolixo:
Parte, y consuela de tu gente el llanto,
Advirtiendo primero que predixo
Mayor desdicha el hado á tus fortunas,
Porque aun te faltan de sufrir algunas.
Para saberlas, y saber que estado
Tienen tus cosas, baxarás primero
Al Reyno de Pluton, dexando atado,
Hércules nuevo, el rígido Cerbero.
Tiresias finalmente consultado,
Dando licencia Radamanto fiero,
Te dirá los sucesos que te esperan,
Que yo quisiera que felices fueran.
Lloraba Ulyses, viendo que faltaban,
Mas penas que sufrir, mayores males,
Que ya mortales hombros no bastaban
Para oponerse á desventuras tales.
En fin le preguntó, que pues baxaban
Á tal lugar sin muerte los mortales,
Le dixese, por dónde, ú de qué modo;
Y ella amorosa le informó de todo.
Vistióse de oro y nacar, y un vestido
Dió á Ulyses sobre azul de tersa plata;
Ella á la hermosa madre de Cupido,
Y él á Marte belígero retrata.
Ya suena la partida, ya el olvido

Los fuertes lazos del amor desata
Á los alegres Griegos de los cuellos,
Y ellas mirando el mar, lloran por ellos.

Cubre de aljofar cándido rocío
Los claveles de Dórida llorando,
Como al primero albor líquido y frio
Se mira entre las hojas relumbrando.
¿En fin te vas, ingrato dueño mio?
Á Antímaco le dice suspirando:
Y él responde sin lengua á sus enojos,
Poniendose las manos en los ojos.

Phylida hermosa tiernamente asida
Del fuerte Palamedes, tambien llora;
Pero él tiene los ojos en Delfrida,
Que por Filemo de secreto adora.
Filemo que dió causa á la partida,
De zelos en ausencia se mejora:
Que donde para zelos no hay paciencia,
De los dos males es menor la ausencia.

Andrómeda, que ya parece tanto
A la que atada al mar en alta roca
Dió principio á sus perlas con su llanto,
Las de la playa á lágrimas provoca:
Neophile de Thoante asiendo el manto,
Esmalta los corales de la boca
De los tiernos diamantes que corrian,
Por ver si el llanto y voz le detenian.

Con blancas manos cuello y pecho enlaza
De Alexandro tambien Nísida bella,
Y si jamás la olvida, le amenaza
Con que Circe sabrá volver por ella:
Lysis á Timo dulcemente abraza;

Porque quedaba retratado en ellas:
Que como temen, que volver no puedan,
Algunos que se van, tambien se quedan.

Llora Antiflor, Polydamante siente
Con mas rigor la fuerza en la partida,
Y Amarylis discreta tiernamente,
No quiere que Partenio se despida.
La Isla queda sola, Amor ausente
Donde no ha de volver, dicen, que olvida:
No soy testigo yo, que no se atreve
Su fuego á penetrar mi helada nieve.

Tendida sobre el agua, entre alga y lea,
Calafetean la olvidada nave,
A los árboles dan nueva librea,
Y ya la estrena el céfiro suave:
Ya grita la zaloma, ya vocea,
Ya siente el cano mar el peso grave,
Ya suena mal conforme á las estrellas
En ellos la alegría, el llanto en ellas.

Ara líquida sal la fuerte quilla
Con los pinos y abetos de Tesalia,
Ocupa con la aguja la alta silla
Lauro ya diestro en todo el mar de Italia.
No estaban una legua de la orilla,
Quando apenas tocando la sandalia
De Circe el agua, por la blanca espuma
Qual cisne pasa, sin mover la pluma.

Ata un cordero negro y una oveja
A la mesana, y entre dientes habla;
Temblando Ulyses proseguir la dexa,
Y ella sus rumbos mágicos entabla:
Vuelvese al mar, y quanto mas se aleja,

Mas vivos, se descubrièn en la tabla
Los caractéres roxos que escribia,
Turbando esta tristeza su alegría.
Mas trabajos nos faltan, compañeros,
Ulyses dice, no penseis que vamos
Con velas y con remos tan ligeros
A la querida patria, que esperamos:
Los Reynos de Pluton, los Reynos fieros
De Radamanto y Minos conquistamos,
Que consultar me manda mi destino
El alma de Tiresias adivino.
Aquí todo placer prorrumpe en llanto,
Y como van contentos y seguros
De los trabajos que sufrieron tanto,
Por los pasados lloran los futuros.
Cerca una Isla con horrible espanto
Helado el mar, entre peñascos duros,
De los fieros Cimmerios habitada,
Digna de tales hombres tal morada.
Siempre cubierta de tiniebla escura,
En negro horror caliginoso yace,
Donde ni fuente cristalina y pura,
Ni flor de buen olor produce y nace:
Ni Filomena canta en su espesura,
Ni brama toro, ni cordero pace:
Húyela el sol, y apenas amanece,
Quando se cubre el rostro y anochece.
A la diestra del Ponto está sentada,
No léjos de su Bósforo, en la nieve,
De quien eternamente coronada
Frias el sol exâlaciones bebe.
Aquí llegó la nave descansada,

Que con soplo velos céfiro mueve,
Y de cipreses lúgubres cubierto
Halló entre peñas por la costa el puerto.
  Saltan en tierra Ulyses el prudente,
Y el belicoso Palamedes, quando
Desde las puertas del rosado Oriente
Estaba el sol á Daphne contemplando.
Ulyses á la Mágica obediente,
Con la espada belígera cavando
La madre universal, al sacrificio
Previene el agua, y el piadoso oficio.
  Hecho á las sombras de los Manes frios,
Al rededor oyó tristes clamores,
Que daban en los cóncavos vacios,
Viendose de la luz habitadores:
Luego buscó los infernales rios,
En cuya margen vió sierpes por flores,
Por árboles tambien espinos secos,
Y le dieron terror los tristes ecos.
  Aquí donde lloró cantando Orpheo,
A quien las liras trágicas imitan,
Y templaron su pena en su deseo
Las almas, que en eterna noche habitan:
Privado ya del resplandor Phebeo,
Sin que lugar las sombras le permitan,
Llegó el astuto Ulyses por un monte,
Que se mira, sin verse, en Aqueronte.
  Desotra parte en una parda peña,
Que de cárdeno moho le servia,
El tostado y nervioso cuerpo enseña
Fiero Caronte, que á dormir yacia:
De sucio lienzo túnica pequeña

Parte adornaba, y parte descubria,
La cana barba casi azul pendiente,
Con mil arrugas por la negra frente.
  Culebra parda, quando al sol se enrosca,
Parece el fiero monstro, que al ruido
De humana planta tímida se embosca,
Así era el cuerpo infame, así el vestido:
Y así tambien por la corteza tosca
Á círculos estaba dividido,
Mostrando tal fiereza el pardo vulto,
Como suele cadaver insepulto.
  Intrépido le llama, y él desata
La horrible barca, á una cadena asida
De un seco tronco, y á los polos ata
Dos viejos remos de haya carcomida.
No dividen cristal, ni azotan plata,
Que la turbia corriente removida
En negras ondas encrespó las aguas,
Que templa el hierro á las ardientes fraguas.
  Apenas en la margen contrapuesta
Aborda y mira los valientes Griegos,
Quando les dice (y la partida apresta,
Brotando llamas de los ojos ciegos)
¿Qué presuncion? ¿qué libertad es esta,
Dónde las amenazas, ni los ruegos
Tienen lugar? Volved, volved, humanos,
Á la luz de los cielos soberanos.
  Detente, le responde el eloqüente
Duque de Grecia, ó gran Caronte, y mira,
Que la hija del Sol resplandeciente,
Circe, cuya hermosura y ciencia admira,
No con soberbia y ánimo impaciente,

Como el esposo entró de Deyanira,
Nos envia á saber futuros casos
Del gran Tiresias con humildes pasos:
Acosta el barco sin temor, que llevas
A Ulyses y al valiente Palamedes,
No al gran Theseo, al Hércules de Thebas,
De quien ahora rezelarte puedes.
Ya tengo, dixo, de vosotros nuevas:
Pues ¿por qué, replicó, no me concedes
El paso libre al Tártaro profundo,
Si por desdichas peregrino el mundo?
Tengo, replica, en la memoria vivo
El duro estrago del Thebano fiero:
Rompió este muro eterno, y vengativo
Ató las tres gargantas del Cerbero,
Quiso robar á Proserpina altivo,
Y volverla otra vez al hemisfero
Que baña el sol, huyendo sus injurias
Las Euménides, Górgonas y Furias.
Valióse el Griego allí de su eloqüencia,
Y tanto pudo, que acostó la barca,
Y despues de prolixa resistencia,
Donde almas embarcó, cuerpos embarca.
El peso siente el barco, y la licencia
Que no les dió la inexôrable Parca,
Parte el viejo feroz, haciendo extremos:
Y mueve en los escálamos los remos.
Salta en la tierra Ulyses, llega al muro
De rígido diamante, y al Cerbero,
Dió sueño con el rombo de un conjuro,
Que Circe sábia le enseñó primero:
Por negras sendas sobre hierro duro

Llegó al palacio del horrible y fiero
Amante de la bella Proserpina,
Y con humilde paz la frente inclina.
Era todo el palacio de un escuro
Diamante ; que no claro , fabricado
Dentro de un fuerte inexpugnable muro,
De jaspe y negro pórfido labrado:
En un roxo sitial de bronce duro
Estaba el Rey flamígero sentado,
Con el hórrido cetro que gobierna
Sin tiempo y luz la confusion eterna.
Cercáronle los Manes infernales,
Por ver un cuerpo , y admirarle mudos,
Donde jamás tocaron pies mortales,
Sino solos espíritus desnudos:
Y vinieron las sombras desleales,
Que en vida fueron animales rudos,
A ver por novedad un casto ausente,
Que nuestra humana condicion desmiente.
Entre ellos mira el Griego á Clytemnestra,
Y así le dice en lágrimas bañado:
¡ Qué fortuna tan mísera y siniestra,
O Reyna , te ha traido á tal estado!
Que si el castigo los delitos muestra,
Graves deben de ser , pues no has pasado
Al campo Elysio , en que descánso tiene
Quien á los Reynos de la noche viene.
Ausente Agamenon , responde , ¡ ay triste!
La sombra en sangre y en dolor bañada,
Con quien á Troya por Elena fuiste,
Mi hermana , mas dichosa y mas culpada:
La ausencia que muger tan mal resiste,

Me dió ocasion de amar, de Egysto amada:
Volvió mi esposo de la guerra, y luego
La privacion de amor aumentó el fuego.
Matámosle los dos con esperanza
De gozarnos mejor; pero creciendo
Mi hijo Orestes, que de Electra alcanza
La vida, que yo andaba persiguiendo,
Executó de suerte la venganza
De Agamenon su padre, que volviendo
Ya con adulta edad, nos dió la muerte:
Dixo, y de sombra en ayre se convierte.
Ulyses admirado del suceso
Tembló el peligro de su ausente esposa,
Que se debe temer qualquier suceso
De ausencia larga, y de muger hermosa.
Con este miedo en la memoria impreso
Pasó temblando la ciudad fogosa,
Hasta llegar al fiero Radamanto
Jüez del Reyno del eterno llanto.
Allí tuvo licencia, y libremente
Fué mirando las almas inmortales,
Que en privacion del sol eternamente
Padecen penas á su culpa iguales.
Vió la Soberbia de ánimo impaciente
Cercada de gigantes desiguales,
Que haciendo al hombro de los montes alas
Pusieron al celeste globo escalas.
No léjos vió tendido un nuevo Atlante,
Y conociendo á Polyphemo huyera,
Si no viera ponersele delante
El fuerte vencedor de la Chimera:
En pie se puso el barbaro gigante,

Diciendo: Espera, Ulyses, Griego, espera,
Venganza de la traicion que me ha traido
Desde el Reyno del sol al del olvido.
No me matáras tú, si no truxeras
El vino, que ya fué muerte de tantos,
Para veneno de mis fuerzas fieras,
Decreto oculto de los cielos santos.
Polyphemo, responde, si tuvieras
En tu cueva piedad de nuestros llantos,
Si fueras noble huesped, hoy gozáras
De los rayos del sol las luces claras.
Tú tienes el castigo que merece
Tu villano rigor inhospitable:
Diciendo así, se aparta y desvanece
Con un suspiro horrendo y miserable.
La Ira luego en forma se aparece
De un tirano feroz inexôrable,
Y cerca la Ambicion y la Codicia,
La injusta Deslealtad y la Malicia.
La Desvergüenza vió con rostro infame,
Y la Lisonja y Amistad fingida,
Tan digna de que el mundo la desame
Por perjura, engañosa y fementida.
No hay aspid de la Lybia que derrame
Mayor veneno, ni la humana vida
Tiene de que guardarse mas castigo,
Que del engaño vil de un falso amigo.
El Amor deshonestò, el Odio injusto
Estaban juntos, siendo tan contrarios;
La dormida Pereza de robusto
Cuerpo entre topos y animales varios;
Los fieros Zelos con mortal disgusto,

De la cobarde ausencia tributarios,
Que en vano el nombre imitan á los cielos,
Si en el infierno han de vivir los zelos.
 La Ingratitud, que al mismo cielo asombra,
La Ignorancia preciada de discreta,
Lo que Servir ¡qué estraño mal! se nombra,
Y la Crueldad á la traicion sujeta;
La fiera Envidia de los buenos sombra
En figura de barbaro Poeta,
La Confianza, el Ocio y el Desprecio,
La Gravedad de un poderoso necio.
 Allí la melancólica Tristeza,
Á quien la muerte de su engaño avisa,
Y la Necesidad con la Baxeza,
Que á cozes el honor deshace y pisa:
Allí la Necedad con la Simpleza,
Naturales del Reyno de la Risa,
La Vanagloria vil, Pompa y Locura,
Y el Juego, indigno de honra, en carcel dura.
 Con miserable voz y compasiva
Entre uno y otro anhélito y singulto
Un espíritu vió, que se derriba
De un pardo risco, donde estaba oculto.
Detúvose la sombra fugitiva,
Formando un blanco, aunque sangriento vulto,
Y el corazon de Ulyses, vivo apenas,
Previno á horror el alma de las venas.
 Qualquiera, ó fiero espíritu, que fuiste
En el orbe luciente que habitaste,
Ulyses dixo, ¿á qué ocasion veniste,
Que con tu propia sangre me bañaste?
Palamedes, responde con voz triste,

Que á tan horrible muerte condenaste;
Palamedes soy yo, mas no el amigo
Que al Reyno de Pluton viene contigo.
Quando por no dexar moza y hermosa
Tu querida Penélope en Zacyntho,
Fingiste la locura cautelosa,
Efecto vil de tu valor distinto:
Viendo que Agamenon con imperiosa
Mano te daba término sucinto
Para partir, yo descubrí tu engaño,
Y á Troya te llevaron por mi daño.
Ayrado tú despues, que me escribia
Con Priamo dixiste, y afirmabas
Que á Agamenon y á Menalao vendia,
Con la fingida carta que mostrabas:
Con esto y tu eloqüencia, que podia
Persuadir quantas cosas intentabas,
Con piedras me dan muerte, y me sepultan,
Mi error publican, y tu infamia ocultan.
Mas yo pienso que estoy de ti vengado
En los grandes trabajos que has sufrido,
Sin los que esperas de Neptuno ayrado,
Por la muerte del Cyclope ofendido.
Tú, Palamedes, menos desdichado,
Y á mi solo en el nombre parecido,
Huye de su amistad, que en muchos años
Tendrás por grande amor grandes engaños.
Por ti, responde Ulyses, Palamedes,
Por ti me veo en tanta desventura,
Si no lo estás de mí, vengarte puedes
En que tiene Penélope hermosura:
Pero en quejarte la razon excedes,

Pues contra la amistad sincera y pura
Descubriste el secreto que sabias,
Causa fatal de las desdichas mias.
En estos monstruos ocupado estaba
El astuto eloqüente peregrino,
Quando sabiendo ya que le buscaba
El alma sabia de Tiresias, vino:
Ó tú, le dixo, sin Herculea clava,
Sin escudo de Marte diamantino,
Transgresor de las leyes infernales,
¿Cómo pisas los Tártaros umbrales?
¿Qué me quieres á mí, que no tenia
De hablar con hombre vivo pensamiento?
¿Qué privilegios tienes? ¿quién te envia,
Exceso del mortal atrevimiento?
Ó Tiresias, le dixe, ¿quién podia
Venir á tal lugar sin fundamento?
Deidad me envia, que movió mis pasos
Para saber de ti futuros casos.
Yo soy Ulyses, hijo de Anticlea
Y del viejo Laërtes, que el estrago
De Troya me conduce, donde vea
Las negras sombras del Estygio lago:
Entre Italia y el golfo de Malea,
Entre el Cimmerio Bósphoro y Carthago
Pasé grandes fortunas: ¿mas qué digo
Tan olvidado de que estoy contigo?
Circe me envia, Circe, aquella hermosa
Hija del sol, responde al ruego suyo,
Movida de mi mal, alma piadosa,
Que estoy pendiente del remedio tuyo.
La mar, le respondió, la mar quejosa,

Á quien tus desventuras atribuyo,
Contraria al fin de tu esperanza temo,
Porque diste la muerte á Polyphemo.

Mataste, Griego, al hijo de Neptuno,
Sagrado Emperador del Oceano,
¿Cómo te puede dar favor alguno,
Mientras habitas por su imperio cano?
Con sacrificios á la Diosa Juno
Pide favor que no serán en vano:
Ella te llevará, mas tarde creo,
Al término que tiene tu deseo.

Zelosa Circe de la hermosa Scyla
Vertió veneno en una pura fuente,
Que el Lylibeo Siculo destila,
Y bañóse una siesta en su corriente:
De suerte entre las aguas se aniquila,
Que solo desde el pecho hasta la frente
Quedó muger, que lo demás es fama,
Que en pez ligero se vistió de escama.

Por ésta has de pasar, teniendo enfrente
De la voraz Charybdis el veneno,
Á quien con el ignífero tridente
Júpiter hizo escollo al mar Tyrrheno.
Primero que vengado se contente
El fundador de Troya de ira lleno,
Para gozar la patria que deseas,
Las Sirenas verás Parthenópeas.

La Isla Ogygia entre los mares yace
Phenicio y Syrio, allí Calypso vive,
Allí sus rhombos y conjuros hace,
Y en la hermana del sol letras escribe.
Siete veces verás que en Aries nace,

Y que la blanca plata le recibe
De los peces del Euphrates, en tanto
Que te detiene con su dulce canto.
  Isthmos, Islas, Peninsulas y rocas
Varias verás entre las ondas fieras;
Monstros marinos, cetos, altas phocas,
Antes de ver las Ithacas riberas;
Pero todas serán desdichas pocas,
Quando llegues á ver el bien que esperas,
Y tu muger con alma compasiva
Entre sns castos brazos te reciba.
  Ella te aguarda aunque deshecha y triste
De tu ausencia, y de ver tantos amantes,
Que dos años despues que á Troya fuiste
La sirven y pretenden arrogantes:
Con ingeniosa castidad resiste,
Con esperanzas firmes y constantes,
Su loco amor: que es alta resistencia
En pecho de muger, y en tanta ausencia.
  De rendir su constancia á su porfia
Para el fin de una tela dió palabra;
Mas deshace de noche, quanto el dia
De oro y varias colores texe y labra.
Al hermoso Telemaco, que cria,
Le obliga siempre á que los ojos abra,
Para ver tu valor, y con recato
Le provoca y enseña tu retrato.
  El joven como el águila le mira,
Sin perturbarle el sol, y á la venganza,
Si tardas tú, con arrogancia aspira,
Que ya sabe empuñar espada y lanza:
En el fuerte bridon, el vulgo admira,

De tus vasallos única esperanza,
Que en tantas desventuras quiere el cielo,
Que estas nuevas te sirvan de consuelo.
Este amor debes á tu casta esposa;
No vence su firmeza la distancia;
Mira que has de volver á Circe hermosa,
Guardate de ofender tanta constancia.
Con esto queda en paz, que la forzosa
Ley deste centro á mi perpetua estancia
Volver me manda, tú la lumbre pura
Goza del sol, y yo la noche escura.
Dixo, y volviendo Ulyses á la barca,
Si bien en tiernas lágrimas bañado,
Del vil Chârontе, que á los dos embarca
De verlos tan pacíficos contemplado
En la opuesta ribera los desembarca;
Y ausente del puerto, como ya turbado
Lloraba su esquadron su larga ausencia:
Que no sabe el amor tener paciencia.
Con esto al mar el Capitan se alarga;
Vira dice el piloto, y todos vira,
Donde con mano impetuosa y larga
El blando viento los trinquetes gira:
Ya siente el mar undísono la carga,
Y del peso parece que suspira;
Ya llegan donde Circe los recibe,
Que sin tí en amor, y en esperanzas vive.
Vos honor de las letras, vos Mecenas.
Aliento de las Musas que espiraban,
Por quien están de aplauso y gloria llenas,
Quando sin voz, quando sin alma estaban;

En tanto que la sangre de mis venas,
Los elementos de mi vida acaban,
Sereis mi sol, sin que otra luz alguna
Respete en sus tinieblas mi fortuna.

CANCION I.

Ó libertad preciosa,
No comparada al oro,
Ni al bien mayor de la espaciosa tierra,
Mas rica y mas gozosa
Que el precioso tesoro
Que el mar del Sur entre su nacar cierra,
Con armas, sangre y guerra,
Con las vidas y famas,
Conquistado en el mundo,
Paz dulce, amor profundo,
Que el mal apartas y á tu bien nos llamas:
En ti solo se anida
Oro, tesoro, paz, bien, gloria y vida.
Quando de las humanas
Tinieblas ví del cielo
La luz, principio de mis dulces dias,
Aquellas tres hermanas,

Que nuestro humano velo
Texiendo llevan por inciertas vias,
Las duras penas mias
Trocaron en la gloria,
Que en libertad poseo
Con siempre igual deseo;
Donde verá por mi dichosa historia,
Quien mas leyere en ella,
Que es dulce libertad lo menos della.

Yo pues, señor exênto
De esta montaña y prado,
Gozo la gloria y libertad que tengo;
Soberbio pensamiento
Jamas ha derribado
La vida humilde y pobre que entretengo.
Quando á las manos vengo
Con el muchacho ciego,
Haciendo rostro embisto,
Venzo, triunfo y resisto
La flecha, el arco, la ponzoña y el fuego,
Y con libre albedrío
Lloro el ageno mal, y espanto el mio.

Quando la aurora baña
Con helado rocío
De aljofar celestial el monte y prado,
Salgo de mi cabaña
Riberas deste rio
Á dar el nuevo pasto á mi ganado:
Y quando el sol dorado
Muestra sus fuerzas graves,
Al sueño el pecho inclino
Debaxo un alto pino,

Oyendo el son de las parleras aves,
Ó ya gozando el aura,
Donde el perdido aliento se restaura.
Quando la noche obscura
Con su estrellado manto
El claro dia en su tiniebla encierra,
Y suena en la espesura
El tenebroso canto
De los nocturnos hijos de la tierra,
Al pie de aquesta sierra
Con rústicas palabras
Mi ganadillo cuento;
Y el corazon contento
Del gobierno de ovejas y de cabras,
La temerosa cuenta
Del cuidadoso Rey me representa.
Aquí la verde pera
Con la manzana hermosa
De gualda y roxa sangre matizada,
Y de color de cera
La cermeña olorosa
Tengo, y la endrina de color morada;
Aquí de la enramada
Parra que el olmo enlaza
Melosas uvas cojo,
Y en cantidad recojo,
Al tiempo que las ramas desenlaza
El caluroso estío,
Membrillos que coronan este rio.
No me da descontento
El hábito costoso
Que de lascivo el pecho noble infama;

Es mi dulce sustento
Del campo generoso
Estas silvestres frutas que derrama;
Mi regalada cama
De blandas pieles y hojas,
Que algun Rey la envidiára,
Y de ti, fuente clara,
Que bullendo el arena y agua arrojas,
Estos cristales puros,
Sustentos pobres, pero bien seguros.
Estése el cortesano
Procurando á su gusto
La blanda cama y el mejor sustento,
Bese la ingrata mano
Del poderoso injusto,
Formando torres de esperanza al viento,
Viva y muera sediento
Por [illegible] oficio,
Y goze yo del suelo
Al ayre, al sol, al hielo
Ocupado en mi rústico exercicio;
Que mas vale pobreza
En paz, que en guerra incierta riqueza.
Ni temo al poderoso,
Ni al rico lisongeo,
Ni soy camaleon del que gobierna;
Ni me tiene envidioso
La ambicion y deseo
De agena gloria, ni de fama eterna;
Carne sabrosa y tierna,
Vino aromatizado,
Pan blanco de aquel dia,

En prado, en fuente fria,
Halla un pastor con hambre fatigado;
Que el grande y el pequeño
Somos iguales lo que dura el sueño.

CANCION II.

Por la florida orilla
De un claro y manso rio
De salvia y de verbena coronado,
Al tiempo que se humilla
Al planeta mas frio
Con templado calor el sol dorado,
Libre, solo y armado
De acero olvido y nieve,
Pasaba peregrino
Ya fuera del camino
Del juvenil ardor que el pecho mueve,
Quando al salir Apolo
Un niño ví venir desnudo y solo.
Rubio el cabello de oro
Con una cinta preso,
Que los hermosos ojos le cubria,
Y como Alarbe ó Moro,
De innumerable peso
Un carcax que del cuello le pendia,
Y como quien vivia
De saltear los hombres
Un arco puesto á punto:
Mas quando le pregunto
Que me diga sus títulos y nombres,
Respóndeme arrogante:

Niño en la vista, y en la voz gigante:
Yo soy aquel que suelo
Con apacible guerra,
Con alegre dolor y dulces males,
Desde el supremo cielo
Hasta la baxa tierra,
Herir los dioses, hombres y animales:
Transformaciones tales
Jamas Circe las supo,
Porque un hechizo formo
Con que mudo y transformo
Qualquiera ser que de mi fuego ocupo;
Y al alma que condeno
La hago yo vivir en cuerpo ageno.
Fácil tengo la entrada,
Dificil la salida,
Ablándame el desprecio y cansa el ruego;
Ni hay alma tan helada,
Ó en piedra convertida,
Que no enternezca mi amoroso fuego.
Por eso rinde luego
Las armas arrogantes
De que vas victorioso:
Que el rayo mas furioso
Se templa con mis flechas penetrantes,
Y lloran mis agravios
Igualmente los fuertes y los sabios.
Yo respondíle entonces:
Mal me conoces, niño,
Mira que soy un Capitan valiente
Que en mármoles y bronces,
Con ésta que me ciño,

Hago escribir mis hechos á la gente:
¿Cómo tu fuego ardiente,
O tus blandos suspiros
Pueden temer los brazos
Que han visto en mil pedazos
Burlar tanto esquadron entre los tiros
De la polvora fiera,
Que vence el fuego de su misma esfera?
  Yo al duro helado invierno,
Y al verano abrasado
De iguales armas y valor vestido,
Llevando á mi gobierno
El esquadron formado,
Tanta varia nacion he combatido,
Que tengo convertido
En duro acero el pecho:
Por eso en paz te torna,
Que mi espada no adorna
Las puertas de tu templo sin provecho,
Ni pueden tales ojos
Humillarse á tus lágrimas y enojos.
  Así le replicaba,
Quando de entre unas yedras
Una hermosura celestial salia,
Que, no lo que miraba,
Pero las mismas piedras
En ceniza amorosa convertia:
Amor que ya me via
Con pensamientos vanos
Apercibir defensa,
Á la primera ofensa,
Me derribó la espada de las manos,

Y en viendome tan ciego.
Lloré, rendíme y abraséme luego.
En esto al verde llano
Un carro victorioso
Dos tigres ya domésticos traxeron:
Asió el amor la mano
De aquel rostro amoroso,
Y juntos á su trono se subieron:
Y los que allí me vieron,
Entre sus piés me ataron,
Y al fin sus ruedas fieras
Mis armas y banderas
Por despojos vencidos adornaron,
Llevandome cautivo
Adonde agora lloro, muero y vivo.
Mas todo vencimiento es mas victoria:
Y aquesta pena es gloria,
Con solo que me mire Isbella un dia,
Y entre sus ojos arda el alma mia.

CANCION III.

Ya mis ruegos oyeron,
Lidia, los cielos, y mis votos justos
Alegre fin tuvieron,
Pues truecas en disgustos
Tus verdes años y tus verdes gustos.
En fin envejecistes,
En fin llegó el estio de tus años:
La fama que tuvistes
En propios y en estraños
Creció nuestras venganzas y tus daños.

Amanecia en tu cara
Un sol, que el mundo en vivo fuego ardia,
Corrió la edad avara,
Pasó ligero el dia,
Y vino en su lugar la noche fria.
Cerróse el lirio ufano
Con la tiniebla del oscuro cielo,
Y el almendro temprano
Marchito con el yelo
Sembró de flores el desierto suelo.
Esfuérzaste lozana
Á parecer muchacha á los que miras,
Mas ya tu frente cana
Nos dice que suspiras
Quando al espejo miras, y te admiras.
Ha hecho diferentes
La edad, que sola el alma inmortaliza,
Tu bella boca y dientes,
Y el ver atemoriza
Carbon las perlas, y el coral ceniza.
¿Adonde huyó la nieve
Que derretia el fuego de tus ojos?
Mas ¡ay! que el tiempo breve
Sellando tus despojos
Pasó la nieve á los cabellos rojos.
La grana en Tiro sola
Vencieron tus mexillas, ya no vences
La inutil amapola,
Para que te avergüences
De tus engaños, y á llorar comiences.
La cándida azucena,
La tersa plata y el marfil bruñido,

La limpia y blanca arena,
Al cuerpo que has tenido
Comparadas, dejaron ofendido.
Mas ya todo lo pierdes,
Y allí tus esperanzas se perdieron,
Porque si de hojas verdes
Las plantas se vistieron,
Los hombres nunca son lo que antes fueron.
Podrás, hermosa Lidia,
Que de tus gustos es remedio en parte,
De Cirĉe, y de Canidia
Si quieres enseñarte,
Cobrar la fama, y aprender el arte.
Y ya que la hermosura
No tiene aquí poder, cuya violencia
Volvió de piedra dura
Tanta mortal presencia,
Lo que hizo la hermosura hará la ciencia.
Que ya los que penamos
Por esos ojos que ninguno crea,
Con risa nos vengamos
De la sierpe Lernea,
Que Hercules mató, y el tiempo afea.

CANCIÓN IV.

La verde primavera
De mis floridos años
Pasé cautivo, amor, en tus prisiones,
Y en la cadena fiera
Cantando mis engaños,
Lloré con mi razon tus sinrazones;

Amargas confusiones
Del tiempo que ha tenido
Ciega mi alma, y loco mi sentido.
Mas ya que el fiero yugo
Que la cerviz domaba
Desata el desengaño con tu afrenta;
Y al mismo sol enjugo
Que un tiempo me abrasaba,
La ropa que saqué de la tormenta;
Con voz libre y exênta
Al desengaño santo
Consagro altares y alabanzas canto.
Quanto contento encierra,
Contar su herida el sano,
Y en la patria su cárcel el cautivo,
Entre la paz la guerra,
Y el libre del tirano,
Tanto en cantar mi libertad recibo.
¡O mar! ¡ó fuego vivo!
Que fuiste al alma mia
Herida, cárcel, guerra y tiranía.
Quédate, falso amigo,
Para engañar aquellos
Que siempre estan contentos y quexosos;
Que desde aquí maldigo
Los mismos ojos bellos,
Y aquellos lazos dulces y amorosos,
Que un tiempo tan hermosos
Tuvieron, y aunque injusto,
Asida el alma y engañado el gusto.

HIMNO

Al Amor.

Amor poderoso en el cielo y tierra,
Dulcísima guerra de aquestos sentidos,
¡Ó quántos perdidos con vida inqïeta
Tu ímperio sujeta!
Con vanos deleytes y locos empleos,
Ardientes deseos y helados temores,
Alegres dolores y dulces engaños
Usurpas los años.
Tirano violento de tiernas edades,
El bien persuades y al mal precipitas,
El fin solicitas del mismo á quien quieres:
¡Tan bárbaro eres!
Huid sus engaños, haced resistencia
Á tanta violencia, ó locos amantes,
Que son semejantes al aspid en flores
Sus vanos favores.
Templa las flechas en agua de olvido,
Amor bien nacido, de iguales extremos,
Porque cantemos tus loores divinos
En sáficos himnos.

ESTANCIAS.

Riberas del humilde Manzanares
Apacentaba una Pastora hermosa,
Que trasladada del famoso Henares

Honraba su corriente sonorosa:
Donde con voces tiernas y dispares
Se quexa Filomena lastimosa,
Hay una fuente cristalina y fria
En cuyo espejo el sol comienza el dia.
Tirano de su gusto y hermosura
Un rústico Pastor era su dueño,
Que toda la aspereza y espesura
Del bosque inculto retrató en su ceño:
Al rayo de su luz hermosa y pura
Desvelado Lisardo pierde el sueño,
Celebrando su nombre en versos graves
Como al salir del sol cantan las aves.
Ó mas hermosa Pastorcilla mia,
Que entre claveles cándida azuzena
Abre las hojas al nacer el dia,
De granos de oro, y de cristales llena:
¿Qué fuerza, qué rigor, qué tiranía
Á tanta desventura te condena?
¿Mas quándo á tantas gracias importuna
No fué madrastra la cruel fortuna?
¿Visteis por dicha, Ninfas, la belleza
En este valle de sus verdes cielos,
Si aquel alma de roble, y su aspereza
Esta licencia permitió á sus zelos?
Aquí vimos, responden, su tristeza
Murmurada de tantos arroyuelos,
Que á las aguas, las plantas y las flores
Dió vida, dió esperanzas, dió colores.
En esta fuente, cuya márgen pisa
Tal vez con breve estampa el pie de nieve,
En la del agua retrató su risa

Y con sus rosas su hermosura bebe:
Tuviera el valle nueva flor Narcisa,
Pues á mirarse Filida se atreve,
Pero turbó el cristal llorando enojos
El claro aljofar de sus verdes ojos.

No pudiendo Lisardo resistirse
A tanto amor, y por ventura amado,
Con dulces ansias intentó morirse
Sobre las yerbas del florido prado:
Que imaginando un Angel consumirse,
Que debiera vivir bien empleado
Por lo menos gozandola un discreto,
Su desesperacion puso en efeto.

Las Ninfas y Pastores que le oyeron,
Viendo que su Pastor se les moria,
Baxaron á llorarle, y le cubrieron
De quantas flores en el prado habia;
Y en el papel de un álamo escribieron
Para memoria de aquel triste dia,
Ninfas de Manzanares, y Pastores,
Ya no hay Amor, que aquí murió de amores.

Oyó las quexas la Serrana hermosa,
Y llegando al lugar adonde estaba,
Al frio labio le aplicó la rosa,
Que los divinos suyos animaba;
Y fué aquella virtud tan poderosa,
Qne le dió vida al tiempo que espiraba,
Y desde entonces Ninfas y Pastores
Á desmayos de amor aplican flores.

ROMANCES.

I.

Enfrente de la cabaña
De la divina Amarilis,
Pastora de tiernos años,
Y de pensamientos libres:
Mas gallarda y mas hermosa
Que el alba quando se rie,
Y que las perlas que llora
Sobre rosas y jazmines:
Mas que el sol recien nacido
Entre dorados matices,
Mas que la diosa á quien llevan
Las palomas, ó los cisnes:
Estaba Fabio, un pastor
Que por ella muere y vive,
Generoso para todos,
Para Amarilis humilde.
Altivo de pensamientos,
Que le fuerzan que al sol mire,
Y encogido de esperanzas
Que las alas le derriten.
Adorando está las rejas
De aquellos rayos eclipse,
Que como estan entre yerbas,
No la luz, la fuerza impiden.
No hay pintada mariposa
Que mas á la luz se incline
Dando tornos á su fuego

Que Fabio á su cielo asiste.
Vase perdido el ganado
Entre las zarzas y mimbres,
Porque él piensa que lo está,
Como la contemple y mire.
No sabe quando anochece,
Aunque el sol se ponga y quite,
Que solo tiene por dia
Quando amanece Amarilis.
Allí los pasa elevado,
Que como en ella imagine,
No hay interes que le mueva,
Ni cuidados que le obliguen.
No le sirven sus pastores,
Despues que á Amarilis sirve,
Que no piensan que aquel cuerpo
Alma tiene que le anime.
Mira los álamos blancos
Abrazados de las vides,
Porque la desconfianza
No hay estado que no envidie;
Y dando entre tierno llanto
Suspiros del alma, dice:
¡Ay! ¡Que así está mi pastora
Entre los brazos de Tirse!
Torna á llorar con mas fuerza,
Y la ribera repite,
Tirse, Amarilis y Fabio;
Tirse alegre, Fabio triste.
Humilde soy para ti,
El tierno pastor prosigue:
Pero si es riqueza el alma,

Pastora, el alma me pide.
Tú eres perlas, tú eres oro,
Tú diamantes, tú rubies,
Quien no te sirve con alma,
Mas te ofende que te sirve.
Yo mientras rijo este cuerpo,
Si no eres tú quien le rige,
Alma te doy, si eres Cielo,
Razon es que el alma estimes.
Dixo, y en un olmo verde
Estas palabas escribe:
Quanto es Amarilis bella,
Es Fabio en amarla firme.

II.

En una peña sentado,
Que el mar con soberbia furia
Convertir pensaba en agua
Y la descubrió mas dura,
Fabio miraba en las olas
Como la playa les hurta
Á las que vienen la plata,
Y las que se van la espuma.
Contemplando está las penas
De amor y de olvido juntas,
El olvido en las que mueren,
Y el amor en las que duran.
Verdades de largo amor
No hay olvido que las cubra,
Ni diligencias humanas
Á desdeñosas injurias.

En vano ruegos humildes
Las deidades importunan,
Porque se rien los cielos
De los amantes que juran.
Desea amor olvidar,
Y no quiere que se cumpla,
Porque nunca está mas firme,
Que pensando que se muda.
Naturaleza se alabe
De discretas hermosuras,
Pero quando son tiranas,
No se alabe de ninguna.
Tomó Fabio su instrumento,
Y dixo á las peñas mudas
Sus locuras en sus cuerdas,
Porque pareciesen suyas.

III.

Á mis soledades voy,
De mis soledades vengo,
Porque para andar conmigo
Me bastan mis pensamientos.
No sé que tiene el Aldea,
Donde vivo y donde muero,
Que con venir de mí mismo
No puedo venir mas lejos.
Ni estoy bien, ni mal conmigo;
Mas dice mi entendimiento,
Que un hombre que todo es alma
Está cautivo en su cuerpo.
Entiendo lo que me basta,

Y solamente no entiendo
Como se sufre á sí mismo
Un ignorante soberbio.
De quantas cosas me cansan,
Facilmente me defiendo;
Pero no puedo guardarme
De los peligros de un necio.
El dirá que yo lo soy,
Pero con falso argumento,
Que humildad y necedad
No caben en un sugeto.
La diferencia conozco
Porque en él y en mí contemplo,
Su locura en su arrogancia,
Mi humildad en su desprecio.
Ó sabe naturaleza
Mas que supo en este tiempo;
Ó tantos que nacen sabios,
Es porque lo dicen ellos.
Solo sé que no sé nada,
Dixo un Filósofo, haciendo
La cuenta con su humildad,
Adonde lo mas es menos.
No me precio de entendido,
De desdichado me precio,
Que los que no son dichosos,
¿Cómo pueden ser discretos?
No puede durar el mundo,
Porque dicen, y lo creo,
Que suena á vidrio quebrado
Y que ha de romperse presto.
Señales son del juicio

Ver, que todos le perdemos,
Unos por carta de mas,
Otros por carta de menos.
Dixeron, que antiguamente
Se fué la verdad al Cielo:
Tal la pusieron los hombres,
Que desde entonces no ha vuelto.
En dos edades vivimos
Los propios y los agenos,
La de plata los estraños,
Y la de cobre los nuestros.
¿A quién no dará cuidado,
Si es Español verdadero,
Ver los hombres á lo antiguo
Y el valor á lo moderno?
Dixo Dios, que comeria
Su pan el hombre primero
Con el sudor de su cara
Por quebrar su mandamiento:
Y algunos inobedientes
A la vergüenza y al miedo,
Con las prendas de su honor
Han trocado los efectos.
Virtud y Filosofia
Peregrinan como ciegos:
El uno se lleva al otro,
Llorando van y pidiendo.
Dos Polos tiene la tierra,
Universal movimiento,
La mejor vida el favor,
La mejor sangre el dinero.
Oygo tañer las campanas,

Y no me espanto, aunque puedo,
Que en lugar de tantas cruces,
Haya tantos hombres muertos:
Mirando estoy los sepulcros,
Cuyos mármoles eternos
Estan diciendo sin lengua
Que no lo fueron sus dueños.
¡Ó bien haya quien los hizo!
Porque solamente en ellos
De los poderosos grandes
Se vengaron los pequeños.
Fea pintan á la envidia:
Yo confieso que la tengo
De unos hombres que no saben
Quien vive pared en medio.
Sin libros y sin papeles,
Sin tratos, cuentas ni cuentos,
Quando quieren escribir,
Piden prestado el tintero.
Sin ser pobres, ni ser ricos,
Tienen chimenea y huerto:
No los despiertan cuidados,
Ni pretensiones, ni pleytos.
Ni murmuraron del grande
Ni ofendieron al pequeño,
Nunca como yo firmaron
Parabien, ni Pascuas dieron.
Con esta envidia que digo,
Y lo que paso en silencio,
Á mis soledades voy,
De mis soledades vengo.

ODAS

A la Barquilla.

I.

Pobre Barquilla mia,
Entre peñascos rota,
Sin velas desvelada,
Y entre las olas sola.
¿Adonde vas perdida?
¿Adonde, di, te engolfas?
Que no hay deseos cuerdos
Con esperanzas locas.
Como las altas naves
Te apartas animosa
De la vecina tierra,
Y al fiero mar te arrojas.
Igual en las fortunas,
Mayor en las congojas,
Pequeño en las defensas
Incitas á las ondas.
Advierte que te llevan
Á dar entre las rocas,
De la soberbia envidia,
Naufragio de las honras.
Quando por las riberas
Andabas costa á [illegible],
Nunca del mar [illegible]iste
Las iras procelosas,
Segura navegabas:

Que por la tierra propia
Nunca el peligro es mucho
Adonde el agua es poca.
Verdad es, que en la patria
No es la virtud dichosa;
Ni se estimó la perla,
Hasta dexar la concha.
Dirás, que muchas barcas,
Con el favor en popa,
Saliendo desdichadas
Volvieron venturosas.
No mires los exemplos
De las que van y tornan,
Que á muchas ha perdido
La dicha de las otras.
Para los altos mares
No llevas cautelosa,
Ni velas de mentiras,
Ni remos de lisonjas.
¿Quién te engañó, Barquilla?
Vuelve, vuelve la proa,
Que presumir de nave
Fortunas ocasiona.
¿Qué jarcias te entretejen?
Que ricas vanderolas
Azote son del viento,
Y de las aguas sombra?
¿En qué gabia descubres,
Del árbol alta [illegible],
La tierra en perspectiva
Del mar incultas orlas?
¿En qué celages fundas,

Que es bien echar la sonda,
Quando perdido el rumbo
Erraste la derrota?
Si te sepulta arena,
¿Qué sirve fama heroyca?
Que nunca desdichados
Sus pensamientos logran.
¿Qué importa que te ciñan
Ramas verdes ó roxas,
Que en selvas de corales
Salado cesped brota?
Laureles de la orilla
Solamente coronan
Navíos de alto bordo,
Que jarcias de oro adornan.
No quieras que yo sea,
Por tu soberbia pompa,
Faetonte de barqueros,
Que los laureles lloran.
Pasaron ya los tiempos,
Quando lamiendo rosas
El Zéfiro bullia
Y suspiraba aromas.
Ya fieros uracanes
Tan arrogantes soplan,
Que salpicando estrellas,
Del sol la frente mojan.
Ya los valientes rayos
De la vulcana forja,
En vez de torres altas,
Abrasan pobres chozas.
Contenta con tus redes

Á la playa arenosa
Mojado me sacabas;
Pero vivo, ¿qué importa?
Quando de roxo nacar
Se afeitaba la Aurora,
Mas peces te llenaban,
Que ella lloraba aljofar.
Al bello Sol, que adoro,
Enjuta ya la ropa
Nos daba una cabaña
La cama de sus hojas.
Esposo me llamaba,
Yo la llamaba Esposa,
Parándose de envidia
La celestial antorcha.
Sin pleyto, sin disgusto,
La muerte nos divorcia:
¡Ay de la pobre barca,
Que en lágrimas se ahoga!
Quedad sobre el arena,
Inútiles escotas,
Que no ha menester velas
Quien á su bien no torna.
Si con eternas plantas
Las fixas luces doras,
¡Ó dueño de mi barca!
Y en dulce paz reposas:
Merezca que le pidas
Al bien que eterno gozas,
Que adonde estás me lleve
Mas pura, y mas hermosa.
Mi honesto amor te obligue,

Que no es digna victoria
Para quejas humanas
Ser las deidades sordas.
¡Mas ay que no me escuchas!
Pero la vida es corta,
Viviendo todo falta,
Muriendo todo sobra.

II.

Para que no te vayas,
Pobre Barquilla, á pique,
Lastremos de desdichas
Tu fundamento triste.
¿Pero tan grave peso
Cómo podrás sufrirle?
Si fuera de esperanzas,
No fuera tan difícil.
De viento fueron todas,
Para que no te fies
De grandes Oceános,
Que las bonanzas fingen.
Halagan las orillas
Con ondas apacibles,
Peynando las arenas
Con círculos sutiles.
Serenas de semblante
Engañan los esquifes,
Jugando con los remos,
Porque no los avisen.
Pero en llegando al golfo,
No hay monte que se empine

Al Cielo mas gigante,
Adonde tantos gimen.
Traydoras son las aguas:
Ninguna se confíe
De condicion tan fácil,
Que á todos vientos sirve.
Tan presto ver el cielo
A las gavias permite,
Como que los abismos
Las rotas quillas pisen.
Ya, pobre leño mio,
Que tantos años fuiste
Desprecio de las ondas,
Por Scilas, y Caribdis;
Es justo que descanses,
Y en este tronco firme
Atado como loco
Del agua te retires.
No intentes nuevas tablas,
Ni al viento desafies,
Que ruinas del tiempo
Ninguna enmienda admiten.
Mientras te cuelgo al templo,
Victorioso apercibe
Para injustos agravios
Paciencias invencibles.
En la deshecha popa
Desengañado escribe:
Ninguna fuerza humana
Al tiempo se resiste.
No te anuncien las aves
Tempestades terribles;

Ni el ver que entre las ramas
Ayrado el viento silve.
No admires los que salen,
Ni barco nuevo envidies
Porque le adornen járcias,
Y velas le entapizen.
Á climas diferentes
La herrada proa inclinen
Las poderosas naves
De Césares Felipes.
Antarticos tesoros
Alegres soliciten,
Diamantes orientales,
Zafiros y amatistes.
Las armas de las popas
Con generosos timbres
Los montes de agua espanten,
La tierra opuesta admiren.
Y tú de solo el cielo
Cubierta, no porfies
A volver á las ondas,
De quien saliste libre.
Huye abrasadas Troyas,
Siendo al furor de Aquiles
Eneas el silencio,
Y la virtud Anquises.
Quando tu dueño y mio
En esta orilla viste,
Saliendo de las aguas,
Salir á recibirme,
Aun no mostraba el Alba
Sus candidos perfiles

Riendo en azucenas,
Llorando en alelíes.
Quando á buscar regalos,
Eras pomposo cisne
Por las ocultas sendas
Del Reyno de Anfitrite;
Ni temias tormentas,
Ni encantadoras Circes,
Que ya para Sirenas
Era mi amor Ulyses.
Y aun me vieron á veces
Sus cristalinas sirtes
Búzano de las perlas,
Y de los peces lince.
¿Qué pesca no le truge,
Quando la noche viste
De sombras estos montes,
Que con mi amor compiten?
Y no en luciente plata,
Sino en texidas mimbres,
Que donde vienen almas
Son las riquezas viles.
No hay cosa entre dos pechos
Que mas el alma estime,
Que verdades discretas
En apariencias simples.
Ya la temida parca,
Que con igual pie mide
Los edificios altos,
Y las chozas humildes,
Se la robó la tierra,
Y con eterno eclipse

Cubrió sus verdes ojos,
Ya de los cielos Iris.
Aquellas esmeraldas,
Que con el sol dividen
La luz y la hermosura,
En otro cielo asisten.
Aquellos que tuvieron,
Riéndose apacibles,
La honestidad por alma,
Que no el despejo libre:
Ya de su voz no tienen,
Que propiamente imiten
Dulcísimos pasages,
Los ruyseñores tiples.
No sé qual fué de entrambos,
Bellísima Amarilis,
Ni quién murió primero,
Ni quien agora vive.
Presumo, que trocamos
Las almas al partirte:
Que pienso que es la tuya
Esta que en mi reside.
Tendido en esta arena
Con lágrimas repite
Mi voz tu dulce nombre,
Porque mi pena alivie.
Las ondas me acompañan,
Que en los opuestos fines
Con tristes ecos suenan,
Y lo que digo dicen.
No hay roca tan soberbia
Que de verme y oirme,

No se deshaga en agua,
Se rompa y se lastime.
Levantan las cabezas
Las Focas y Delfines
A las amargas voces
De mis acentos tristes.
No os admireis, les digo,
Que llore y que suspire
Aquel barquero pobre,
Que alegre conocisteis.
Aquel, que coronaban
Laureles por insigne,
Si no miente la fama,
Que á los estudios sigue,
Ya por desdichas tantas
Que le humillan y oprimen,
De lúgubres cipreses
La humilde frente ciñe.
Ya todo el bien que tuve
De verle me despide:
Su muerte es esta vida
Que me gobierna y rige.
Ya mi amado instrumento,
Que hazañas invencibles
Cantó por admirables,
Lloró por infelices,
En estos verdes sauces
Ayer pedazos hice;
Supieronlo Barqueros,
Enojados me riñen.
Qual toma los fragmentos
Y á unirlos se apercibe;

Pero difunto el dueño,
¿Las cuerdas de qué sirven?
Qual le compone versos:
Qual porque no le pisen
Le cuelga de las ramas,
Transformacion de Tisbe.
Mas yo, que no hallo engaño
Que tu hermosura olvide,
Á quanto me dixeron
Llorando satisfice.
Primero que me alegre
Será posible unirse
Este mar al de Italia,
Y el Tajo con el Tibre.
Con los corderos mansos
Retozarán los tigres,
Y faltará á la ciencia
La envidia, que la sigue.
Que quiero yo que el alma
Llorando se destile,
Hasta que con la suya
Esta unidad duplique.
Que puesto que mi llanto
Hasta morir porfie,
Tan dulces pensamientos
Serán despues Fenices.
En bronce sus memorias,
Con eternos buriles,
Amor, que no con plomo,
Blando papel imprime.
¡Ó luz, que me dexaste,
Quando será posible

Que vuelva á verte el alma,
Y que esta vida animes!
Mis soledades siente;
¡Mas ay! que donde vives
De mis deseos locos
En dulce paz te ries.

III.

¡Ay soledades tristes
De mi querida prenda,
Donde me escuchan solas
Las ondas y las fieras!
Las unas que espumosas
Nieve en las peñas siembran,
Porque parezcan blandas
Con mi dolor las peñas.
Las otras, que bramando
Ya tiemblan la fiereza,
Y en sus entrañas hallan
El eco de mis quejas.
¿Cómo sin alma vivo
En esta seca arena?
¿O cómo espero el dia
Si está mi Aurora muerta?
¿O pediré llorando
La noche de su ausencia,
Que pues ya viven juntas,
Entrambas amanezcan?
Pero saldrán las suyas,
Y no saldrá mi estrella:
Que aunque de noche salen,

Padece noche eterna.
Alma Venus divina,
Que dia y noche muestras
La senda del aurora,
Y del mayor planeta,
Por esta noche sola
Le dá la presidencia;
Pues sabes que te iguala
Su luz, y su pureza.
Cubra funesto luto,
Barquilla pobre y yerma,
De la proa á la popa
Tus járcias y tus velas.
No ya zendal te vista,
Ni te coronen fiestas
Marítimos hinojos,
Mas venenosa adelfa.
Las juncias y espadañas,
Que de aquestas riberas
Con sus dorados lirios
Texidas orlas eran,
Y los laureles verdes
Secos tarayes sean:
Lo inútil de sus hojas
Mis esperanzas tengan.
Y rómpaste de suerte,
Que parezcas deshecha
Cabaña despreciada,
Que los Pastores dexan.
No ya por la mesana
Tus flámulas parezcan
Sierpes de seda el viento,

De tafetan cometas,
No de alegres colores,
Sino de sombras negras,
Las palas de tus remos
Las ondas encanezcan.
No las desnudas Ninfas,
Quando la vela tiendas,
Á la embreada quilla
Arrimen las cabezas,
Deshechos uracanes
Te saquen y te vuelvan;
Pues ya la mar de España
Les concedió licencia.
Vosotros, ó barqueros,
Que en aquestas aldeas
Dexais vuestras esposas
Hermosas y discretas,
Si obligan amistades
A mis tristes endechas,
En tanto que las olas
Por estas rocas trepan;
Pues viven retiradas
Las barcas y las pescas,
Ayudad con suspiros
Mis lastimosas quejas.
El que á la mar saliere,
Para que presto vuelva,
Embárquese en mis ojos,
Y le tendrá mas cerca.
El que estuviere alegre,
Ni venga, ni me vea,
Que volverá de verme

Con inmortal tristeza.
Cortad ciprés funesto,
Y acompañad mi pena
Con versos infelices
De míseras elégias.
Y el que mejores rimas
Hiciere á las exêquias
De mi querida esposa,
Tal premio se prometa.
Aquí tengo dos vasos,
Donde esculpidas tenga
La desdeñosa Dafne,
Y la amorosa Leda.
Aquella verde lauro,
Y con las plumas ésta
Del cisne, por quien Troya
Llamó su fuego á Elena.
Y dos redes tan juntas,
Que si sus nudos cuenta,
Podrá suspiros mios,
Y yo del mar la arena.
Sacarán las Nayades,
Las Driadas y Oreas,
Aquellas de las ondas,
Las otras de las selvas,
Las frentes que coronan
Corales y verbenas,
Para que doble el llanto
Tan mísera tragedia.
Ya es muerta, decid todos,
Ya cubre poca tierra
La divina Amarilis,

Honor y gloria nuestra.
Aquella, cuyos ojos
Verdes, de amor centellas,
Músicos celestiales
Orfeos de almas eran:
Cuyas hermosas niñas
Tenian, como Reynas,
Doseles de su frente,
Con armas de sus cejas.
Aquella cuya boca
Daba leccion risueña
Al mar de hacer corales,
Al alba de hacer perlas.
Aquella, que no dixo
Palabras estrangeras
De la virtud humilde
Y la verdad honesta.
Aquella, cuyas manos,
De vivo azar compuestas,
Eran nieve en blancura
Cristal en trasparencia.
Cuyos pies parecian
Dos ramos de azucenas,
Si para ser mas lindas
Nacieran tan pequeñas.
La que en la voz divina
Desafió Sirenas,
Para quien nunca Ulyses
Pudiera hallar cautela.
La que añadió al Parnaso
La Musa mas perfecta,
La virtud y el ingenio,

La gracia y la belleza.
Matóla su hermosura,
Porque ya no pudiera
La envidia oir su fama,
Ni ver su gentileza.
Venid á consolarme,
Si puede ser que sea;
Mas no vengais, barqueros,
Que no quiero perderla.
Que si mi vida dura,
Es solo porque sienta
Mas muerte con la vida,
Mas vida, que sin ella.
Ya roto el instrumento,
Los lazos y las cuerdas,
Lo que la voz solia,
Las lágrimas celebran.
Su dulce nombre llamo;
Mas poco me aprovecha,
Que el eco que me burla,
Con mis acentos suena.
Mi propia voz me engaña,
Y como voy tras ella,
Quanto la sigo y llamo,
Tanto de mí se aleja.
En este dulce engaño,
Pensando que me espera,
Salen del alma sombras
Á fabricar ideas.
Delante se me ponen,
Y yo con ansia extrema
Lo que imagino abrazo,

Por ver si efecto engendra.
Pero en desdicha tanta,
Y en tanta diferencia,
Los brazos que engañaba
Desengañados quedan.
¡Qué alegre respondia
Dividiendo risueña
Aquel clavel honesto
En dos esferas medias!
Y yo, su esposo triste,
Al desatar la lengua,
Cogia de sus hojas
La risa con las perlas.
Mas ya no me responde
Mi dulce amada prenda,
Que en el silencio eterno
Á nadie dan respuesta.
De suerte sus memorias
En soledad me dexan,
Que busco sus estampas
Por esta arena seca.
Y donde tantas miro,
(¡Qué locura tan nueva!)
Escojo las menores,
Y digo que son ellas.
No hay árbol donde tuvo
Alguna vez la siesta,
Que no le abrace, y pida
La sombra que me niega:
Y entre estas soledades,
Con ansias tan estrechas,
No miro su retrato,

Y muérome por verla.
Que no pueden los ojos
Sufrir, que muerta sea
La que tan lindo talle
Pintada representa.
Lo que deseo huyo,
Porque de ver me pesa,
Que dure mas el arte
Que la naturaleza.
Sin esto, porque creo,
(Como me mira atenta)
Que pues que no me habla
No debe de ser ella.
Pintóla Francelise:
De las paredes cuelga
De mi cabaña pobre:
¡Mas qué mayor riqueza!
Si alguna vez acaso
Levanto el rostro á verla,
Las lágrimas la miran,
Porque los ojos ciegan.
Mas no podrá quejarse
De que otra cosa vean,
Aunque mirase flores,
Sin parecerme feas.
Tan triste vida paso,
Que todo me atormenta:
La muerte porque huye,
La vida porque espera.
Quando barqueros miro,
Cuyas esposas muertas,
Que tanto amaron vivas,

Olvidan y se alegran,
Huyo de hablar con ellos,
Por no pensar que puedan
Hacer en mí los tiempos
Á su memoria ofensa.
Porque si alguna cosa,
Aun suya, me consuela,
Ya pienso que la agravio,
Y dexo de tenerla.
Así lloraba Fabio
Del mar en las riberas
La vida de Amarilis,
La muerte de su ausencia,
Quando atajaron juntas
Con desmayada fuerza
El corazon las ansias,
Las lágrimas la lengua.
Amor que le escuchaba,
Dixo: la edad es esta
De Píramo y Leandro,
De Porcia, Julia y Fedra:
Que no son de estos siglos
Amores tan de veras,
Que ni el morir los cura,
Ni el tiempo los remedia.

SONETOS.

I.

Ardese Troya, y sube el humo escuro
Al enemigo cielo, y entretanto
Alegre Juno mira el fuego y llanto;
¡Venganza de muger, castigo duro!
El vulgo aun en los templos mal seguro,
Huye cubierto de amarillo espanto,
Corre cuajada sangre el turbio Xanto
Y viene á tierra el levantado muro.
Crece el incendio propio al fuego extraño,
Las empinadas máquinas cayendo,
De que se ven ruinas y pedazos:
Y la dura ocasion de tanto daño,
Mientras vencido Páris muere ardiendo,
Del Griego vencedor duerme en los brazos.

II.

Tened piedad de mí que muero ausente,
Hermosas Ninfas de este blando rio,
Que bien os lo merece el llanto mio
Con que suelo aumentar vuestra corriente.
Saca la coronada y blanca frente,
Tormes famoso, á ver mi desvarío;
Así jamas te mengüe el seco estío,
Y esta montaña tu cristal aumente.
¿Mas qué importa que el llanto me recibas
Si no vas á morir al Tajo, donde

Mis penas pueda ver la causa dellas?
  Tus Ninfas en tus ondas fugitivas,
Y tu cabeza coronada esconde,
Que basta que me escuchen las estrellas.

III.

Judit.

  Cuelga sangriento de la cama al suelo
El hombro diestro del feroz tirano,
Que opuesto al muro de Betulia en vano
Despidió contra sí rayos al cielo.
  Revuelto con el ansia el roxo velo
Del pabellon á la siniestra mano,
Descubre el espectáculo inhumano
Del tronco horrible convertido en hielo.
  Vertido Baco el fuerte arnes afea,
Los vasos y la mesa derribada,
Duermen las guardas que tan mal emplea;
  Y sobre la muralla coronada
Del pueblo de Israel, la casta Hebrea
Con la cabeza resplandece armada.

IV.

  Con nuevos lazos como el mismo Apolo
Hallé en cabello á mi Lucinda un dia,
Tan hermosa que al cielo parecia
En la risa del alba abriendo el polo.
  Vino un ayre sutil y desatólo
Con blando golpe por la frente mia,

Y dixe á amor, que para que tenia
Mil cuerdas juntas para un arco solo.
Pero él responde; fugitivo mio,
Que burlaste mis brazos, hoy aguardo
De nuevo echar prision á tu albedrío.
Yo triste que por ella muero y ardo
La red quise romper; ¡qué desvarío!
Pues mas me enredo quanto mas me guardo.

V.

A la pérdida del Rey D. Sebastian.

¡Ó nunca fueras, Africa desierta,
En medio de los trópicos fundada,
Ni por el fertil Nilo coronada
Te viera el Alba quando el sol despierta!
¡Nunca tú arena inculta descubierta
Se viera de christiana planta honrada,
Ni abriera en ti la portuguesa espada
Á tantos males tan sangrienta puerta!
Perdióse en ti de la mayor nobleza
De Lusitania una florida parte,
Perdióse su corona y su riqueza:
Pues tú que no mirabas su estandarte,
Sobre él los pies, levantas la cabeza
Ceñida en torno del laurel de Marte.

VI.

Quando pensé que mi tormento esquivo
Hiciera fin, comienza mi tormento,

Y allí donde pensé tener contento,
Allí sin él desesperado vivo.
Donde enviaba por el verde olivo
Me truxo sangre el triste pensamiento;
Los bienes que pensé gozar de asiento
Huyeron mas que el ayre fugitivo.
¡ Cuitado yo ! què la enemiga mia
Ya de tibieza en yelo se deshace;
Ya de mi fuego se consume y arde.
Yo he de morir, y ya se acerca el dia;
Que el mal en mi salud su curso hace,
Y quando llega el bien es poco y tarde.

VII.

Guzman el Bueno.

Al tierno niño, al nuevo Isac Christiano
En el arena de Tarifa mira
El mejor padre con piadosa ira,
La lealtad y el amor luchando en vano.
Alta la daga en la temida mano,
Glorioso vence, intrépido la tira,
Ciega el sol, nace Roma, amor suspira,
Triunfa España, enmudece el Africano.
Baxó la frente Italia, y de la suya
Quitó á Torcato el lauro en oro y bronces,
Porque ninguno ser Guzman presuma:
Y la fama principió de la tuya,
Guzman el Bueno escribe, siendo entonces
La tinta sangre, y el cuchillo pluma.

VIII.

Antes que el cierzo de la edad ligera
Seque la rosa, que en tus labios crece,
Y el blanco de ese rostro que parece
Cándidos grumos de lavada cera;
Estima la esmaltada primavera,
Laura gentil, que en tu beldad florece,
Que con el tiempo se ama y se aborrece,
Y huirá de ti quien á tu puerta espera.
No te detengas en pensar, que vives,
O Laura, que en tocarte y componerte
Se entrará la vejez sin que la llames.
Estima un medio honesto, y no te esquives:
Que no ha de amarte quien viniere á verte,
Laura, quando á ti misma te desames.

IX.

Qual engañado niño, que contento
Pintado paxarillo tiene atado,
Y le dexa en la cuerda confiado,
Tender las alas por el manso viento;
Y quanto mas en esta gloria atento,
Quebrandose el cordel quedó burlado,
Siguiendole en sus lágrimas bañado
Con los ojos y el triste pensamiento;
Contigo he sido amor, que mi memoria
Dexé llevar de pensamientos vanos
Colgados de la fuerza de un cabello:
Llevóse el viento el páxaro y mi gloria;
Y dexóme el cordel entre las manos
Que habrá por fuerza de servirme al cuello.

X.

Daba sustento á un paxarillo un dia
Lucinda, y por los hierros del portillo
Fuésele de la jaula el paxarillo
Al libre viento en que vivir solia.
Con un suspiro á la ocasion tardía
Tendió la mano, y no pudiendo asillo,
Dixo, y de sus mexillas amarillo
Volvió el clavel que entre su nieve ardia.
¿Adónde vas por despreciar el nido
Al peligro de ligas y de balas,
Y el dueño huyes que tu pico adora?
Oyóla el paxarillo enternecido,
Y á la antigua prision volvió las alas,
Que tanto puede una muger que llora.

X.I.

Suelta mi manso, mayoral estraño,
Pues otro tienes tú de igual decoro,
Suelta la prenda que en el alma adoro
Perdida por tu bien y por mi daño.
Ponle su esquila de labrado estaño,
Y no le engañen tus collares de oro,
Toma en albricias este blanco toro
Que á las primeras yerbas cumple un año.
Si pides señas, tiene el vellocino
Pardo, encrespado, y los ojuelos tiene
Como durmiendo en regalado sueño.
Si piensas, que no soy dueño, Alcino,

Suelta y verásle si á mi choza viene,
Que aun tienen sal las manos de su dueño.

XII.

Canta páxaro amante en la enramada
Selva á su amor, que por el verde suelo
No ha visto el cazador, que con desvelo
Le está acechando la ballesta armada.
Tírale, yerra, vuela, y la turbada
Voz en el pico convertida en yelo;
Vuelve, y de ramo en ramo acorta el vuelo
Por no alejarse de la prenda amada.
Desta suerte el amor canta en el nido:
Mas luego que los zelos que rezela
Le tiran flechas de temor, de olvido:
Huye, teme, sospecha, inquiere, zela,
Y hasta que ve que el cazador es ido,
De pensamiento en pensamiento vuela.

XIII.

Esparcido el cabello por la espalda,
Que fué del sol desprecio á maravilla,
Silvia cogia por la verde orilla
Del mar de Cadiz conchas en su falda.
El agua entre el hinojo de esmeralda
Para que entrase mas su curso humilla,
Texió de mimbre una alta canastilla,
Y púsola en su frente por guirnalda.
Mas quando ya desamparó la playa,
Mal haya, dixo, el agua, que tan poca

Con su sal me abrasó pies y vestidos.
Yo estaba cerca y respondí : mal haya
La sal que tiene tu graciosa boca,
Que así tiene abrasados mis sentidos.

XIV.

Merezca yo de tus graciosos ojos,
Que de los mios, dulce Tirsi, creas
Aquestas puras lágrimas, y seas
Templado en el rigor de tus enojos.
La arena y yerba en aspides y abrojos
Se me conviertan quando tú me veas
Mis plantas ocupar en obras feas,
O por necesidad, ó por antojos.
Fálteme el bien y el mal me venga junto,
Si en el mudar mi firme pensamiento
Engaño contra ti mi pecho fragua.
Esto juraba Alcida, Tirsi al punto
Hizo de aquella fé testigo al viento,
Y escribió las palabras en el agua.

XV.

Un soneto me manda hacer Violante,
Que en mi vida me he visto en tal aprieto,
Catorce versos dicen que es soneto,
Burla burlando van los tres delante.
Yo pensé que no hallára consonante,
Y estoy á la mitad de otro quarteto,
Mas si me veo en el primer terceto
No hay cosa en los quartetos que me espante.

Por el primer terceto voy entrando,
Y aun parece que entré con pie derecho,
Pues fin con este verso le voy dando.
  Ya estoy en el segundo, y aun sospecho,
Que estoy los trece versos acabando:
Contad si son catorce, y está hecho.

XVI.

Así en las olas de la mar feroces,
Betis, mil siglos tu cristal escondas;
Y otra tanta ciudad sobre tus ondas
De mil navales edificios goces;
  Así tus cuevas no interrumpan voces
Ni quillas toquen, ni permitan sondas,
Y en tu campo tan fertil correspondas,
Que rompa el trigo las agudas hoces;
  Así en tu arena el Indio margen rinda,
Y al avariento corazon descubras,
Mas barras que en ti mira el cielo estrellas;
  Que si pusiere en ti sus pies, Lucinda,
No, por besallos, sus estampas cubras,
Que estoy zeloso y voy leyendo en ellas.

EPISTOLA.

Serrana hermosa, que de nieve helada
Fueras, como parece en el efecto,
Si amor no hallára en tú rigor posada;
  Del sol y de mi vista claro objeto,

Centro del alma que á tu gloria aspira,
Y de mi verso altísimo sugeto,
Alva dichosa en que mi noche espira,
Divino basilisco y lince hermoso,
Nube de amor por quien sus nubes tira;
Salteadora gentil, monstruo amoroso,
Salamandra de nieve, y no de fuego,
Para que viva con mayor reposo;
Hoy que á estos montes y á la muerte llego
Donde vive sin ti, sin alma y vida,
Te escribo, de llorar cansado y ciego.
Pero dirás que es pena merecida
De quien pudo sufrir mirar tus ojos
Con lágrimas de amor en la partida.
Advierte que eres alma en los despojos
Desta parte mortal, que á ser la mia,
Faltára en tantas lágrimas y enojos.
Que no viviera quien de ti partia,
Ni ausente ahora, á no esforzarle tanto
Las esperanzas de un alegre dia.
Aquella noche en su mayor espanto
Consideré la pena del perderte,
La dura soledad creciendo el llanto;
Y llamando mil veces á la muerte,
Otras tantas miré que me quitaba
La dulce gloria de volver á verte.
Á la ciudad famosa que dexaba
La cabeza volví que desde léjos
Sus muros con sus fuegos me enseñaba:
Y dándome en los ojos los reflexos,
Gran tiempo hácia la parte en que vivias,
Los tuvo amor suspensos y perplexos.

Y como imaginaba que tendrias
De lágrimas los bellos ojos llenos,
Pensándolas juntar crecí las mias.
Mas como los amigos de esto agenos
Reparasen en ver que me paraba,
En el mayor dolor fué el llanto menos.
Ya pues que el alma y la ciudad dexaba,
Y no se oia del famoso rio
El claro son con que sus muros lava;
Á Dios, dixe mil veces, dueño mio,
Hasta que á verme en tu ribera vuelva,
De quien tan tiernamente me desvío.
No suele el ruiseñor en verde selva
Llorar el nido de uno en otro ramo
De florido arrayan y madreselva,
Con mas doliente voz que yo te llamo,
Ausente de mis dulces paxarillos
Por quien en llanto el corazon derramo.
Ni brama, si le quitan sus novillos,
Con mas dolor la vaca, atravesando
Los campos de agostados amarillos:
Ni con arrullo mas lloroso y blando,
La tórtola se queja, prenda mia,
Que yo me estoy de mi dolor quejando.
Lucinda, sin tu dulce compañía,
Y sin las prendas de tu hermoso pecho,
Todo es llorar desde la noche al dia:
Que con solo pensar que está deshecho
Mi nido ausente, me atraviesa el alma,
Dando mil ñudos á mi cuello estrecho.
Que con dolor de que le dexo en calma,
Y el fruto de mi amor goza otro dueño,

Parece que he sembrado ingrata palma.
Llegué Lucinda, al fin, sin verme el sueño
En tres veces que el sol me vió tan triste,
Á la aspereza de un lugar pequeño:
Á quien de montas, y peñascos viste
Sierra Morena, que se pone en medio
Del dichoso lugar en que naciste.
Allí me pareció que sin remedio
Llegaba el fin de mi mortal camino,
Habiendo apenas caminado el medio.
Y quando ya mi pensamiento vino,
Dexando atras la sierra, á imaginarte
Creció con el dolor el desatino:
Que con pensar que estás de la otra parte,
Me pareció que me quitó la sierra
La dulce gloria de poder mirarte.
Baxé á los llanos de esta humilde tierra
A donde me prendiste y cautivaste,
Y yo fuí esclavo de tu dulce guerra.
No estaba el Tajo con el verde engaste
De su florida margen, qual solia
Quando con esos pies su orilla honraste:
Ni el agua clara á su pesar subia
Por las sonoras ruedas, ni baxaba,
Y en pedazos de plata se rompia.
Ni Filomena su dolor cantaba,
Ni se enlazaba parra con espino,
Ni yedra por los árboles trepaba:
Ni pastor estrangero, ni vecino
Se coronaba del laurel ingrato,
Que algunos tienen por laurel divino.
Era su valle imagen y retrato

Del lugar, que la corte desampara
Del alma de su explendido aparato.
  Yo, como aquel que á contemplar se para
Rüinas tristes de pasadas glorias,
En agua de dolor bañé mi cara.
  De tropel acudieron las memorias,
Los asientos, los gustos, los favores,
Que á veces los lugares son historias.
  Y en mas de dos que yo te dixe amores,
Parece que escuchaba tus respuestas,
Y que estaban allí las mismas flores.
  Mas como en desventuras manifiestas
Suele ser tan costoso el desengaño,
Y sus veloces alas son tan prestas:
  Vencido de la fuerza de mi daño
Caí desde mí mismo medio muerto,
Y conmigo tambien mi dulce engaño.
  Teniendo pues mi duro fin por cierto,
Las ninfas de las aguas, los pastores
Del soto, y los vaqueros del desierto,
  Cubriendome de yerbas y de flores
Me lloraban diciendo: aquí fenece
El hombre que mejor trató de amores:
  Y puesto que Lucinda le merece,
Que su vida consiste en su presencia,
El tambien con su muerte la engrandece.
  Entonces yo, que haciendo resistencia
Estaba con tu luz al dolor mio,
Abrí los ojos que cerró tu ausencia.
  Luego desamparando el valle frio
Las ninfas bellas, con sus rubias frentes
Rompieron el cristal del manso rio:

Y en círculos de vidrio transparentes
Las divididas aguas resonaron,
Y en las peñas los ecos diferentes.
Los pastores tambien desampararon
El muerto vivo, y en la tibia arena
Por sombra de quien era me dexaron.
Yo sólo acompañado de mi pena
Volvime el alma, en el dolor quejoso,
Que de pensar en ti la tuvo agena.
Así ha llegado aquel pastor dichoso,
Lucinda, que llamabas dueño tuyo,
Del Betis rico al Tajo caudaloso.
Este que miras es retrato suyo,
Que así el esclavo que llorando pierdes
A tus divinos ojos restituyo.
Ó ya me olvides, ó de mí te acuerdes,
Si te olvidáre mientras tengo vida,
Marchite amor mis esperanzas verdes.
Cosa que al cielo por mi bien le pida
Jamas me cumpla, si otra cosa fuere
De aquestos ojos donde estás querida:
En tanto que mi espíritu rigiere
El cuerpo que tus brazos estimaron,
Nadie los mios ocupar espere.
La memoria que en ellos me dexaron
Es alcayde de aquella fortaleza
Que tus hermosos ojos conquistaron.
Tú conoces, Lucinda, mi firmeza,
Y que es de azero el pensamiento mio
Con las pastoras de mayor belleza.
Ya sabes el rigor de mi desvio
Con Flora, que te tuvo tan zelosa,

A cuyo fuego respondí tan frio.
Pues bien conoces tú que es Flora hermosa,
Y que con serlo sin remedio vive.
Envidiosa de ti, de mí quejosa.
Bien sabes que habla bien, que bien escribe,
Y que me solicita, y me regala
Por mas desprecios que de mí recibe.
Mas yo que de tu pie donaire y gala
Estimo mas la cinta que desechas;
Que todo el oro con que á Creso iguala;
Solo estimo tenerte sin sospechas;
Que no ha nacido ahora quien desate
De tanto amor lazadas tan estrechas;
Quando de yerbas de Tesalia trate,
Y discurriendo el monte de la Luna
Los espíritus ínfimos maltrate.
No hay fuerza en yerba, ni en palabra alguna
Contra mi voluntad, que hizo el cielo
Libre en adversa y próspera fortuna.
Tú sola mereciste mi desvelo,
Y yo tambien despues de larga historia
Con mi fuego de amor vencer tu hielo.
Viva con esto alegre tu memoria,
Que como amar con zelos es infierno,
Amar sin ellos es descanso y gloria.
Que yo sin atender á mi gobierno,
No he de apartarme de adorarte ausente,
Si de ti lo estuviese un siglo eterno.
El sol mil veces discurriendo cuente
Del cielo los dorados paralelos,
Y de su blanca hermana el rostro aumente;
Que los diamantes de sus puros velos,

Que vienen fixos en su octava esfera,
No han de igualarme aunque me maten zelos.
  No habrá cosa jamás en la ribera
En que no te contemplen estos ojos,
Mientras ausente de los tuyos muera.
  En el jazmin tus cándidos despojos,
En la rosa encarnada tus mexillas,
Tu bella boca en los claveles roxos:
  Tu olor en las retamas amarillas,
Y en maravillas, que mis cabras pacen,
Contemplaré tambien tus maravillas.
  Y quando aquellos arroyuelos que hacen
Templados á sus quejas consonancia
Desde la tierra donde juntos nacen,
  Dejando el sol la furia y arrogancia
De dos tan encendidos animales,
Volviese el año á su primera estancia;
  A pesar de sus fuentes naturales
Del hielo arrebatadas sus corrientes
Cuelgan por estas peñas sus cristales;
  Contemplaré tus concertados dientes,
Y á veces en carámbanos mayores
Los dedos de tus manos transparentes.
  Tu voz me acordarán los ruiseñores
Y de estas yedras, y olmos los abrazos
Nuestros hermafrodíticos amores.
  Aquestos nidos de diversos lazos
Donde ahora se besan dos palomas,
Por ver mis prendas burlarán mis brazos.
  Tú si mejor tus pensamientos domas,
En tanto que yo quedo sin sentido,
Dime el remedio de vivir que tomas.

Que aunque todas las aguas del olvido
Bebiese yo, por imposible tengo
Que me escapase de tu lazo asido,
  Donde la vida á mas dolor prevengo,
¡Triste de aquel que por estrellas ama,
Sino soy yo porque á tus brazos vengo!
  Donde si espero de mis versos fama,
Á ti lo debo, que tú sola puedes
Dar á mi frente de laurel la rama,
Donde muriendo vencedora quedes.

SILVA MORAL.

El siglo de oro.

Fábrica fué de inmensa arquitectura
Este mundo inferior que el hombre imita;
Pues como punto indivisible encierra
De su circunferencia la hermosura.

. . . .

Y copiosa la tierra
De quanto en ella habita
Con tantos peregrinos ornamentos,
Llenos los tres primeros elementos
De peces, fieras y aves, que vivian
De toda ley esentos,
Si bien al hombre en paz reconocian.
  Aun no pálido el oro,
Porque nadie buscaba su tesoro,
Y el diamante tan bruto aunque brillante,
Que mas era peñasco que diamante.

Los árboles sembrados de colores,
Y los prados de flores,
Buscando los arroyos sonorosos
En arenosas calles,
Por las oblicuas señas de los valles,
Los rios caudalosos.
Y los soberbios rios,
Entre bosques sombríos,
Vestidos de cristales transparentes,
Sin volver la cabeza á ver sus fuentes,
Anhelando á Océanos,
Perdiendo en él sus pensamientos vanos.
Y sin temor alguno
De verse el tridentífero Neptuno,
Oprimido del peso de las naves;
Abriendo sendas por sus ondas graves,
Los hijos de los montes,
Excelsos pinos y labradas hayas,
Para pasar por varios orizontes
Á las remotas playas
De climas abrasados,
Frigidos ó templados.
Ni el caballo animoso relinchaba
Al son de la trompeta:
Ni la cerviz sujeta
Al yugo el tardo buey el campo araba:
Que sin romper la cara de la tierra,
Con natural impulso producia
Quanto su pecho generoso encierra.
Que como la primera edad vivia
Con desorden florida y balbuciente,
Daba prodigamente,

Con fértil abundancia,
Al mundo su riqueza,
Porque como muger naturaleza
Es mas hermosa en la primera infancia.
No haciendo distincion de tiempo alguno,
Daba flores Vertuno,
Con diferentes frutas primitivas:
Las parras y pacíficas olivas,
Y la Dodónea encina por la rubia
Ceres, que no tenia
Necesidad de lluvia,
Y de su misma caña renacia;
Matizando los prados de violetas,
De rosas y de cándidas mosquetas.
No de otra suerte que la alfombra pinta
El Tracio con la seda de colores,
En cada rueda de labor distinta
Caracteres arábigos, y flores:
Que la naturaleza aun no pensaba
Que el arte su pincel perfeccionaba.
A la parte Oriental Euro tendia
Las alas vagarosas,
El Austro y Mediodia,
Y Boreas fiero á las distantes Osas
Por el Septentrion temor ponia.
El sol por sus dorados paralelos
Comenzaba el camino de los cielos:
Cuya eclyptica de oro no sabia,
El nombre de los signos que tenia,
Ni en su campo pensó que espigas de oro
Paciera el Aries, y rumiara el Toro.
La casta luna en su argentado plaustro,

No se mostraba al Austro
Lluviosa, alternativas las dos puntas,
Una á la tierra y otra al claro cielo,
Sino pidiendo con las manos juntas
Calor al sol para su eterno hielo.
Los hombres por las selvas discurrian
Amando solo el dueño que tenian
Sin interes, sin zelos:
¡O dulces tiempos! ¡ó piadosos cielos!
Allí no adulteraba la hermosura
El marfil de su candida figura,
Ni la fingida nieve
Y el bastardo carmin daban al arte
Lo que naturaleza no se atreve;
Ni á Venus bella en conjuncion de Marte
Al cielo el sol zeloso descubria;
Ni en Chipre se vendia,
Amor artificial. ¡Ó siglo de oro,
De nuestra humana vida desengaño,
Si vieras tanto engaño,
Tan poca fé, tan bárbaro decoro!
Todo era amor suave, honesto y puro,
Todo limpio y seguro,
Tanto que parecia
Una misma armonia
La del cielo y el suelo,
Que aspiraba á juntarse con el suelo.
En este tiempo de los altos coros
Hermosa vírgen con Real ornato,
Baxó á la tierra, que adoró el retrato
De Júpiter divino, y por los poros
De sus fertiles venas

Vertió blancos racimos de azucenas;
Y las fuentes sonoras
Provocaban los aves
Á canciones suaves
En las del verde abril frescas auroras,
Que del son de las aguas aprendieron,
Quantos despues erómáticos supieron.
Venia la castísima doncella
Vestida de una túnica esplendente,
Sembrada de otras muchas siendo estrella,
Y una corona en la espaciosa frente,
Cuya labor y auríferos espacios
Ocupaban jacintos y topacios:
Los coturnos con lazos carmesíes
Forjában esmeraldas y rubíes,
Que descubria el céfiro suave,
De la fimbria talar con pompa grave,
Y un ardiente crisólito la planta,
Para estamparla en tierra pura y santa.
No sale de otra suerte por el cielo,
Con frente de marfil y pies de hielo,
La cándida mañana
Guarnecida de plata sobre grana
La capa de zafiros,
De las sombras somníferos retiros.
Los hombres admirados
De ver tanta hermosura,
Preguntaron quien era:
No habiendo visto por los tres estados
Del ayre exálacion tan viva y pura,
Ni páxaro tan raro que pudiera
Ceñir la frente de tan rica esfera,

Ni dar tales asombros;
Resplandecer sus hombros
Con alas de oro, y plumas de diamantes,
No conocidos antes;
Y aun presumir la admiracion pudiera,
Que el sol baxaba de su ardiente esfera
A vivir con los hombres como Apolo
Viéndose arriba, como sol, tan solo.
Entonces de sí misma esclarecida
La hermosa Reyna á su piadoso ruego,
Por una rosa de rubí partida
En el jardin Angélico nacida,
Yo soy, les dixo, *la Verdad*, y luego
Como dormida en celestial sosiego
Quedó la tierra en paz, que alegre tuvo
Mientras con ella la Verdad estuvo,
Que quanto en ella vive
Su misma luz y claridad recibe.
Pero felicidad tan soberana
Poco duró por la soberbia humana,
Porque en payses de diversos nombres,
Por quanto el mar abraza,
En esta universal del mundo plaza,
El número creciendo de los hombres,
Desvanecido el suelo,
Presumió desquiciar la puerta al cielo.
Y haciendo ya ciudades,
Y fábricas de inmensos edificios
Con armas en los altos frontispicios,
Comenzaron con bárbaras crueldades,
Intereses, envidias, injusticias,
Los adulterios, logros y codicias,

Los robos, homicidios, y desgracias;
Y no contentos ya de Aristocracias,
Emprendieron llegar á Monarquías.
La púrpura engendró las tiranías:
Nació la guerra en manos de la muerte,
Los campos dividieron fuerza, ó suerte:
Dispuso la traycion el blanco azero
Para verter su propia sangre humana;
Y fué la envidia el agresor primero,
Y procedió la ingratitud villana
Del mismo bien á tantos vicios madre,
Infame hija de tan noble padre.
Bañó la ley la pluma
En pura sangre para tanta suma,
Que excede su papel todas las ciencias:
¡Tales son las humanas diferencias!
Pero por ser los párrafos primeros,
Y ser los hombres, como libres, fieros,
No siendo obedecidas,
Quitaron las haciendas y las vidas
Á sus propios hermanos y vecinos,
Y hicieron las venganzas desatinos;
Porque dormidos los jueces sabios
Castiga el ofendido sus agravios.
Robaban las doncellas generosas
Para amigas á título de esposas,
Traydores á su amigo,
Y todo se quedaba sin castigo:
Que muchos que temieron,
Por no perder las varas, las torcieron;
Y muchos que tomaron,
Pensando enderezallas, las quebraron.

¡Ó favor de los reyes!
Del sol reciben rayos las estrellas:
Telas de araña llaman á las leyes,
El pequeño animal se queda en ellas,
Y el fuerte las quebranta.
¡Ay del Señor, que sus vasallos dexa
Al cielo remitir la justa queja!
Viendo pues la divina Verdad santa,
La tierra en tal estado,
El rico idolatrado,
El pobre miserable,
Á quien ni aun el morir es favorable,
Mientras mas voces dá menos oido,
El sabio aborrecido,
Vencedor el dinero,
Escuchado y premiado el lisongero,
Joseph vendido por el propio hermano,
Lástima y burla del estado humano,
Y entre la confusion de tanto estruendo
Demócrito riendo,
Eráclito llorando,
La muerte no temida,
Y para el sueño de tan breve vida
El hombre edificando,
Ignorando la ley de la partida,
Con presuroso vuelo,
Subióse en hombros de sí misma al cielo.

LA GATOMACHIA.

POEMA BURLESCO.

SILVA I.

Yo aquel que en los pasados
Tiempos canté las selvas y los prados,
Estos vestidos de árboles mayores,
Y aquellos de ganados y de flores;
Las armas y las leyes
Que conservan los Reynos y los Reyes;
Ahora en instrumento menos grave
Canto de amor suave
Las iras y desdenes,
Los males y los bienes,
No del todo olvidado
El fiero taratántara templado
Con el silvo de pífano sonoro.
Vosotras musas del Castalio Coro,
Dadme favor en tanto
Que con el genio que me disteis canto
La guerra, los amores y accidentes
De dos gatos valientes:
Que como otros están dados á perros,
O por agenos, ó por propios yerros,
Tambien hay hombres que se dan á gatos
Por olvidos de Príncipes ingratos,
O porque les persigue la fortuna
Desde el columpio de la tierna cuna.
Tú, Don Lope, si acaso

Te dexa divertir por el Parnaso
El Holandes pirata,
Gato de nuestra plata,
Que infesta las marinas,
Por donde con la armada peregrinas,
Suspende un rato aquel valiente acero,
Con que al asalto llegas el primero,
Y escucha mi famosa *Gatomachia*;
Así desde las Indias á Valachia
Corra tu nombre y fama,
Que ya por nuestra patria se derrama;
Desde que viste la morisca puerta
De Tunez y Biserta
Armado y niño en forma de Cupido,
Con el Marques famoso
Del mejor apellido,
Como su padre por la mar dichoso.
No siempre has de atender á Marte ayrado
Desde su tierna edad exercitado,
Vestido de diamante,
Coronado de plumas arrogante:
Que alguna vez el ocio
Es de las armas cordial socrocio,
Y Venus en la paz como Santelmo,
Con manos de marfil le quita el yelmo.

Estaba sobre un alto caballete
De un tejado sentada
La bella Zapaquilda al fresco viento,
Lamiéndose la cola y el copete,
Tan fruncida y mirlada,
Como si fuera gata de convento:

Su mesmo pensamiento
De espejo la servia,
Puesto que un roto casco le trahia
Cierta urraca burlona,
Que no dexaba toca ni valona,
Que no escondia por aquel texado,
Confin del corredor de un Licenciado.
Ya que lavada estuvo,
Y con las manos que lamidas tuvo,
De su ropa de martas aliñada,
Cantó un soneto en voz medio formada
En la arteria vocal, con tanta gracia
Como pudiera el músico de Tracia:
De suerte que qualquiera que la oyera
Que era solfa gatuna conociera,
Con algunos cromáticos disones,
Que se daban al diablo los ratones.
Asomábase ya la primavera
Por un balcon de rosas y alelíes,
Y Flora con dorados borceguies
Alegraba risueña la ribera:
Tiestos de Talavera
Prevenia el verano,
Quando Marramaquiz, gato Romano,
Aviso tuvo cierto de Maulero,
Un gato de la Mancha su escudero,
Que al sol salia Zapaquilda hermosa
Qual suele amanecer purpúrea rosa
Entre las hojas de la verde cama,
Rubí tan vivo que parece llama,
Y que con una dulce cantinela
En el arte mayor de Juan de Mena

Enamoraba el viento.

Marramaquiz atento
Á las nuevas del page,
(Que la fama enamora desde lejos)
Que fuera de las naguas de pellejos
Del campanudo trage,
Introducion de sastres y roperos,
Doctos maestros de sacar dineros,
Alababa su gracia y hermosura,
Con tanta melindrífera mesura;
Pidió caballo, y luego fué traida
Una mona vestida
Al uso de su tierra,
Cautiva en una guerra,
Que tuvieron las monas y los gatos;
Púsose borceguies y zapatos
De dos dediles de segar abiertos,
Que con pena calzó por estar tuertos;
Una cuchar de plata por espada,
La capa colorada
A la Francesa, de una calza vieja,
Tan igual, tan lucida y tan pareja
Que no será lisonja
Decir que Adonis en limpieza y gala,
Aunque perdone Venus, no le iguala:
Por gorra de Milan media toronja,
Con un penacho roxo, verde y vayo,
De un muerto por sus uñas papagayo,
Que diciendo: ¿quién pasa?, cierto dia,
Pensó que el Rey venia,
Y era Marramaquiz que andaba á caza,
Y halló para romper la xaula traza.

Por cuera dos mitades, que de un gigante
Le ataron por detras y por delante,
Y un puño de una niña por valona.
Era el gatazo de gentil persona,
Y no menos galan que enamorado,
Vigote blanco y rostro despejado,
Ojos alegres, niñas mesuradas,
De color de esmeraldas diamantadas:
Y á caballo en la mona parecia
El Paladin Orlando, que venia
A visitar á Angélica la bella.
  La recatada ninfa, la doncella,
En viendo el gato se mirló de forma
Que en una grave dama se trasforma;
Lamiéndose á manera de manteca
La superficie de los labios seca,
Y con temor de alguna carambola
Tapó las indecencias con la cola:
Y baxando los ojos hasta el suelo
Su mirlo propio le sirvió de velo,
Que ha de ser la doncella virtuosa
Mas recatada, mientras mas hermosa.
Marramaquiz entónces con ligeras
Plantas batiendo el tetuan caballo,
Que no era Pie de hierro, ó Pie de gallo,
Le dió quatro carreras,
Con otras gentilezas y escarceos,
Alta demostracion de sus deseos,
Y la gorra en la mano,
Acercóse galan y cortesano,
Donde la dixo amores.
Ella con los colores

Que imprime la vergüenza
Le dió de sus guedexas una trenza.
Y al tiempo que los dos marramizaban,
Y con tiernos singultos relamidos
Alternaban, sentidos
Desde unas claraboyas que adornaban
La azotea de un Clerigo vecino,
Un bodocazo vino
Disparado de súbita ballesta,
Mas que la vista de los ojos presta,
Que dándole á la mona en la almohada,
Por dedentro morada,
Por defuera pelosa,
Dexó caer la carga, y presurosa
Corrió por los texados,
Sin poder los lacayos y criados
Detener el furor con que corria.
No de otra suerte que en sereno dia
Balas de nieve escupe, y de los senos
De las nubes relámpagos y truenos,
Súbita tempestad en monte ó prado,
Obligando que el tímido ganado
Atónito se esparza,
Ya dexando en la zarza,
De sus pungentes laberintos vana,
La blanca ó negra lana,
(Que alguna vez la lana ha de ser negra)
Y hasta que el sol en arco verde alegra
Los campos que reduce á sus colores,
No vuelven á los prados, ni á las flores;
Así los gatos iban alterados
Por corredores, puertas y terrados.

Con trágicos maullos,
No dando como tórtolas arrullos,
Y la mona la mano en la almohada,
La parte occidental descalabrada,
Y los húmidos polos circunstantes
Bañados de medio ámbar como guantes.
En tanto que pasaban estas cosas,
Y el gato en sus amores discurria,
Con ansias amorosas,
(Porque no hay alma tan helada y fria
Que amor no agarre, prenda y engarrafe)
Y el mas alto texado enternecia,
Aunque fuesen las texas de Xetafe,
Y ella con fifi, fafe
Se defendia con semblante ayrado;
Aquel de cielo y tierra monstro alado,
Que vestido de lenguas y de ojos,
Ya decrépito viejo con antójos,
Ya lince penetrante,
Por los tres elementos se pasea
Sin que nadie le vea,
Con la forma elegante
De Zapaquilda discurrió ligero
Uno y otro hemisphero,
Aunque con las verdades lisongera,
Y en quanto baña en la terrestre esfera,
Sin excepcion de promontorio alguno,
El cerúleo Neptuno,
Plasmante universal de toda fuente,
Desde Bootes á la austral corona,
Y de la Zona frígida á la ardiente.
Esto dixo la fama que pregona

El bien y el mal, y en viendo su retrato
Se erizó todo gato,
Y dispuso venir con esperanza
Del galardon que un fino amor alcanza.
  Los que vinieron por la tierra en postas,
Trugeron por llegar á la ligera
Solo plumas y vanda, calza y cuera:
Los que habitaban de la mar las costas,
(Tanto pueden de amor dulces empresas)
Vinieron en artesas,
Mas no por eso menos
Hasta la cola de riquezas llenos;
Y otros por bizarria,
Para mostrar despues la gallardia
En cofres y baules,
Sulcando las azules
Montañas de Amfitrite,
Y alguno que á disfraces se remite,
Por no ser conocido,
En una caxa de orinál metido.
Con esto en muchos siglos no fué vista,
Como en esta conquista,
Tanta de gatos multitud famosa
Por Zapaquilda hermosa.
Apenas hubo texa, ó chimenea
Sin gato enamorado,
De bodoque tal vez precipitado,
Como Calisto fué por Melibea;
Ni raton parecia,
Ni el balbuciente hocico permitia
Que del nido saliese,
Ni queso, ni papel se agujereaba

Por costumbre, ó por hambre que tuviese;
Ni poeta por todo el universo
Se lamentó que le royesen verso;
Ni gorrion saltaba,
Ni verde lagartija
Salia de la cóncava rendija.
Por otra parte el daño compensaba,
Que de tanto gatazo resultaba,
Pues no estaba segura
En sábado morcilla, ni asadura,
Ni panza, ni quajar, ni aún en lo sumo
De la alta chimenea
La longaniza al humo,
Por imposible que alcanzarla sea,
Exênto en la porfia á la esperanza,
Que todo quanto mira, tanto alcanza.

Entre esta generosa ilustre gente
Vino un gato valiente;
De hocico agudo, y de narices romo,
Blanco de pecho y pies, negro de lomo,
Que Mizifuf tenia
Por nombre; en gala, cola, y gallardia,
Célebre en toda parte
Por un Zapinarciso y Gatimarte.
Este luego que vió la bella gata
Mas reluciente que fregada plata,
Tan perdido quedó, que noche y dia
Paseaba el texado en que vivia,
Con pages y lacayos de librea,
Que nunca sirve mal quien bien desea:
Y sucedióle bien pues luego quiso,
¡O gata ingrata! á Misifuf narciso,

Dando á Marramaquiz zelos y enojos;
No sé por qual razon puso los ojos
En Mizifuf, quitándole al primero
Con súbita mudanza,
El antiguo favor y la esperanza.
¡Ó quánto puede un gato forastero,
Y mas siendo galan y bien hablado,
De pelo rizo y garvo ensortijado!
Siempre las novedades son gustosas,
No hay que fiar de gatas melindrosas.
¿Quién pensára que fuera tan mudable
Zapaquilda cruel é inexôrable,
Y que al galan Marramaquiz dexára
Por un gato que vió de buena cara,
Despues de haberle dado
Un pie de puerco hurtado,
Pedazos de tocino y de salchichas?
¡Ó quán poco en las dichas
Está firme el amor y la fortuna!
¿En qué muger habrá firmeza alguna?
¿Quién tendrá confianza,
Si quien dixo muger, dixo mudanza?
Marramaquiz con ansias y desvelos
Vino á enfermar de zelos,
Porque ninguna cosa le alegraba.
Finalmente Merlin que le curaba,
Gato de cuyas canas nombre y ciencia
Era notoria á todos la experiencia,
Mandó que se sangrase;
Y como no bastase,
Vino á verle su dama,
Aunque tenia en un desvan la cama,

A donde la carroza no podia
Subir por alta y por estrecha via;
Pero ella sin apeada,
Entró de su escudero acompañada.
Mirándose los dos severamente,
Despues de sosegado el accidente,
Él con maúllo habló, y ella con mirlo,
Que fuera harto mejor pegarla un chirlo.
Pero por alegrarle la sangria,
Le trajo su criada Bufalía
Una pata de ganso y dos hostiones.
Él se quejó con tímidas razones
En su lenguage mizo,
A que ella con vergüenza satisfizo.
Quejas, que traducidas de él y de ella
Así decian: „¿Zapaquilda bella,
¿Por qué me dexas tan injustamente?
¿Es Mizifuf mas sábio, mas valiente,
Tiene mas ligereza, mejor cola?
¿No sabes que te quise elegir sola
Entre quantas se precian de mirladas,
De bien vestidas y de bien tocadas?
¿Esto merece que un invierno helado,
De texado en texado
Me hallase el alva al madrugar el dia,
Con espada, broquel y bizarría,
Mas cubierto de escarcha,
Que soldado español que en Flandes marcha
Con arçabuz y frascos?
Si no te he dado telas y damascos,
Es porque tú no quieres vestir galas
Sobre las naturales martingalas,

Por no ofender, ingrata, á tu belleza
Las naguas que te dió naturaleza.
Pero en lo que es regalos, ¿quién ha sido
Mas cuidadoso, como tú lo sabes?
En quanto en las cocinas atrevido
Pude garrafiñar de peces y aves?
¿Qué pastel no te truxe, qué salchicha?
¡Ó terrible desdicha!
Pues no soy yo tan feo,
Que ayer me ví, mas no como me veo,
En un caldero de agua, que de un pozo
Sacó para regar mi casa un mozo,
Y dixe: ¿Esto desprecia Zapaquilda?
¡Ó zelos, ó impiedad, ó amor refilda!»
No suele desmayarse al sol ardiente
La flor del mismo nombre, la arrogante
Cerviz baxar humilde, que la gente
Por la loca altitud llamó gigante;
Ni queda el tierno infante
Mas cansado despues de haber llorado
De su madre en el pecho regalado,
Que el amante quedó sin alma. ¡Ó cielos,
Qué dulce cosa amor, que amarga zelos!
Ella como le vió que ya exhalaba
Blandamente el espíritu en suspiros,
Y que piramidaba
Entre dulces de amor fingidos tiros,
Para que no se rompa vena ó fibra,
El mosqueador de las ausencias vibra,
Pasándole dos veces por su cara.
Volvióle en sí, que aquel favor bastára
Para libralle de la muerte dura,

Y luego con melífera blandura
Le dixo en lengua culta:
„Si tu amor dificulta
El que me debes, en tu agravio piensas
Tan injustas ofensas,
Que aunque es verdad que Micifuf me quiere,
Y dice á todos que por mí se muere,
Yo te guardo la fé como tu esposa."
Cesó con esto Zapaquilda hermosa,
Sellando honesta las dos rosas bellas,
Que siempre hablaron poco las doncellas,
Que como las viudas y casadas
No están en el amor exercitadas.
Baxaba ya la noche,
Y las ruedas del coche
Tachonadas de estrellas,
Brilladores diamantes y centellas
Detras de las montañas resonaban:
Los páxaros callaban,
Dexando el campo yermo,
Quando los pages del galan enfermo
En el alto desvan hachas metian,
Que á alumbrar la carroza prevenian.
Entónces los amantes,
(Que son los cumplimientos importantes)
Ella por irse, y él quedarse á solas,
Se hicieron reverencia con las colas.

SILVA II.

Convaleciente ya de las heridas
De los crueles zelos
De Mizifuf Marramaquiz valiente,
Aquellos que han cortado tantas vidas,
Y que en los mismos cielos
Á Júpiter, señor del rayo ardiente,
Con disfraz indecente,
Fugitivo de Juno,
Su rigor importuno
Tantas veces mostraron,
Que en fuego, en cisne, en buey le transformaron
Por Europa, por Leda y por Egina;
Con pálida color y vanda verde,
Para que la sangria se le acuerde,
Que amor enfermo á condoler se inclina,
Paseaba el texado y la buharda
De aquella ingrata quanto hermosa fiera.
¿Quién ama fieras qué firmeza espera,
Qué fin, qué premio aguarda?
Zapaquilda gallarda
Estaba en su balcon, que no atendia
Mas de á saber si Mizifuf venia,
Qnando Garraf su page,
Si bien de su linage,
Llegó con un papel y una bandeja:
Ella la cola y el confin despeja,
Y la bandeja toma
Sobre negro color labrada de oro
Por el Indio Oriental, y con decoro

Mira si hay algo que primero coma:
Ofensa del cristal de la belleza,
Propia naturaleza
De gatas ser golosas;
Aunque al tomar se finjan melindrosas
Y ántes de oir al page
Vé las alhajas que el galan envia,
Qué joya, qué invencion, qué nuevo trage:
En fin vió que traía
Un pedazo de queso
De razonable peso,
Y un relleno de huevos y tocino,
Atys en fruta que produce el pino
Entre menuda rama
En la falda del alto Guadarrama,
Por donde ván al bosque de Segovia;
Y luego en fé de que ha de ser su novia
Dos cintas que le sirvan de arracadas,
Gala que solo á gatas regaladas,
Quando pequeñas, las mugeres ponen,
Que de rosas de nácar las componen.
Tomó luego el papel y con sereno
Rostro, apartando el queso y el relleno,
Vió que el papel decia:
„Dulce Señora, dulce prenda mia,
Sabrosa, (aunque perdone Garcilaso,
Si el consonante mismo sale al paso)
Mas que la fruta del cercado ageno,
Ese queso, mi bien, ese relleno,
Y estas cintas de nacar os envio,
Señas de la verdad del amor mio."

Aquí llegaba Zapaquilda, quando

Marramaquis zeloso, que mirando
Estaba desde un alto caballete
Tan gran traicion, colérico arremete,
Y echa veloz de ardiente furia lleno
Una mano al papel y otra al relleno:
Garraf se pasma y queda sin sentido,
Como el que oyó del arcabuz el trueno
Estando divertido,
Á quien él ofendido
Tiró una manotada con las fieras
Uñas, de suerte que formando esferas
Por la region del ayre vagaroso,
Le arrojó tan furioso,
Que en el claro cristal de sus espejos
Pudo cazar vencejos.
Menos apasionado y mas ocioso,
No de otra suerte el jugador ligero
Le vuelve la pelota al que la saca,
Herida de la pala resonante,
Quéjase el ayre que del golpe fiero
Tiembla, hasta tanto que el furor se aplaca,
Y chaza el que interviene el pie delante;
El gatazo arrogante,
Sin soltar el relleno despedaza
El papel que en los dientes
Con la espuma zelosa vuelve estraza,
Y á Zapaquilda atónita amenaza.
Como se suele ver en las corrientes
De los undosos rios quien se ahoga,
Que asiéndose de rama, yerba ó soga,
La tiene firme de sentido ageno;
Así Marramaquiz tiene el relleno,

Que ahogándose en congojas y desvelos,
No soltaba la causa de los zelos.
¡O quánto amor un alma desespera,
Pues quando ya se ve sin esperanza,
En un relleno tomará venganza!
¿Mas quién imaginára que pudiera
Dar zelos el amor en ocasiones
Con rellenos de huevos y piñones?
¡Mas ay de quien le habia
Hecho para la cena de aquel dia!
Huyóse en fin la gata, y con el miedo
Tocó las texas con el pie tan quedo,
Que la Amazona bella parecia,
Que por los trigos pálidos corria
Sin doblar las espigas de las cañas,
Que de tierras extrañas
Tales gazapas las historias cuentan.
Los miedos que á la gata desalientan,
La hicieron prometer, si la libraba,
Al niño amor un arco y una aljaba,
De aquel zeloso Rodamonte fiero,
Hasta pasar las ferias del enero,
El qual juró olvidarla, y en su vida,
Desnuda, ni vestida
Volver á verla, ni tener memoria
De la pasada historia,
Y buscar algun sábio
Para satisfaccion de tanto agravio:
Pero fueron en vano sus desvelos,
Que amor no cumple lo que juran zelos,
Y tanto puede una muger que llora,
Que vienen á reñirla y enamora,

Creyendo el que ama, en sus zelosas iras,
Por una lagrimilla mil mentiras.
Y como Ovidio escribe en su Epistolio,
Que no me acuerdo el folio,
Estas heridas del amor protervas
No se curan con yerbas,
Que no hay para olvidar á amor remedio
Como otro nuevo amor, ó tierra en medio.
Garraf en tanto que esto se trataba,
Estropeado á Mizifuf llegaba,
Maullando tristemente
En acento hipocóndrico y doliente,
Como suelen andar los gallofaros
Para sacar dineros,
Manqueando de un brazo
Colgado de un retazo,
Y débiles las piernas;
Una cerrando de las dos linternas,
Por mirar á lo vizco,
Luego en el corazon le dió un pellizco
La mala nueva que adelanta el daño,
Haciendo el aposento al desengaño,
Y dixole: ¿qué tienes,
Garraf amigo, que tan triste vienes?
Entónces él moviendo tremolante
Blanda cola detras, lengua delante,
Le refirió el suceso,
Y que Marramaquiz papel y queso,
Y relleno tambien le habia tomado,
Como zeloso ayrado,
Como agraviado necio,
Con infame desprecio,

Con descortés porfía,
Y que de tan extraña gallardía
Zapaquilda admirada,
Huyó por el desvan la saya alzada,
Que lo que en las mugeres son las bragas,
De raso, tela, ó chamelote de aguas,
Es en las gatas la flexîble cola,
Que *ad libitum* se enrosca y enarbola.
Contóle que de aquella manotada,
Con su cuerpo afligida,
De miedo helado y de dolor teñido
Descalabró los ayres,
Y con otros agravios y desayres,
Que prometió vengarse por la espada
De haberle enamorado á Zapaquilda,
Y hablarla en el texado de Casilda,
Una tendera que en la esquina estaba:
Y dixo que pensaba
En desprecio y afrenta de sus dones,
Hacer de los listones
Cintas á sus zapatos.
¡Ó zelos! si entre gatos
De burlas y de veras
Formais tales chimeras,
¿Qué hareis entre los hombres
De hidalgo proceder y honrados nombres?
No estuvo mas ayrado
Agamenon en Troya,
Al tiempo que metiendo la tramoya
Del gran Paladión de armas preñado,
Echaron fuego á la Ciudad de Eneas
De ardientes hachas y encendidas teas,

Causa fatal del miserable estrago
De Dido y de Cartago,
Por quien dixo Virgilio,
Que llorando decia
Destituida de mortal auxilio:
¡Ay dulces prendas quando Dios queria!
Ni Barbarroxa en Tunez,
Ni el fuerte Pirro, ni Simon Antunez,
Este bravo Español, y el Griego el otro,
Que Mizifuf como si fuera potro
Relinchando de cólera en oyendo
El fiero y estupendo
Furor de su enemigo:
Mas prometiendo darle igual castigo
Se fué á trazar el modo
De vengarse de todo,
Que á un pecho noble, á un inclito sugeto,
Mayor obligacion mas zelo alcanza
De poner en efeto
Desempeñar su honor con la venganza.

Marramaquiz en tanto
Desesperado por las selvas iba,
Para buscar el sábio Garfiñanto,
Al tiempo que el aurora fugitiva
De su cansado esposo
Arrojaba la luz á los mortales,
Y el sol infante en líquidos pañales
De celages azules
Mandaba recoger en sus baules,
Para poder abrir los de oro y rosa,
El manto de la noche temerosa,
Aunque era todo el manto de diamantes,

En el zafiro nítido brillantes,
Ojos del sueño, el hurto y el espanto,
Este gatazo y sábio Garfiñanto,
Cano de barba y de mostachos yerto,
De un ojo tresmeliado, y de otro tuerto,
Bien que de ilustre cola venerable,
Y que sabia con rigor notable
Natural y moral filosofía,
Por los montes vivia,
En una cueva oculta,
Cuya entrada á las fieras dificulta,
Como el de Polifemo un alto risco.
No se le daba un prisco
De riquezas del mundo, que estimaba
Solo el sol que Alexandro le quitaba,
Á aquel que de los hombres puesto en fuga
Metido en un tonel era tortuga.
Bien haya quien desprecia
Esta fábula necia
De honores, pretensiones y lugares,
Por estudios ó acciones militares.
Sabia Garfiñanto Astrología,
Mas no pronosticaba,
Que decia que el cielo gobernaba
Una sola virtud que le movia,
Á cuya voluntad está sujeto
Quanto crió, que todo fué perfecto:
No sacaba Almanaques,
Ni decia que en Troya y los Alfaques
Verian abundancia
De pepinos y brevas,
Muchas lentejas en París y en Tebas,

Y que cierta cabeza de importancia,
Sin decirnos á donde faltaria;
Que por mugeres Venus prometia
Pendencias y disgustos;
Como si por sus zelos, ó sus gustos
Fuese el mundo nuevo.
Pero volviendo á nuestro sábio Febo,
Despues de consultado
Dixo á Marramaquiz, que su cuidado
En vano á Zapaquilda pretendia,
Y que solo seria
Remedio, que pusiese en otra parte,
Vengándose con arte,
Los ojos, divirtiendo el pensamiento:
Que amar era cruel desabrimiento
Mas que traer un áspid en las palmas
En no reciprocándose las almas,
Que Amor se corresponde con Anteros,
Y mas si lo negocian los dineros.
Destituido el gato
Ya de mortal socorro,
Se fué calando el morro,
Y dióle una salchicha
Por no mostrarse á Garfiñanto ingrato,
Que no pagar la ciencia
Es cargo de conciencia,
Mas dicen que de sábios es desdicha.
Pensando en quien pusiese finalmente
De toda la gatesca bizarria
La dulce enamorada fantasía
Para verse de amor convaleciente,
Se le acordó que enfrente

De su casa vivia un boticario,
De cuyo ocimante estuario
Una gata salia
Que la bella Micilda se decia,
Y sentada tal vez en su texado
Miraba como dama en el estrado
Los nidos de los sabios gorriones
Dexando pulular los embriones,
Y en viendo abiertos los maternos huevos
Comerse algunos de los ya mancebos.
Admitiendo este nuevo pensamiento,
Mas que su voluntad, su entendimiento,
Que amor en las venganzas se resfria,
Emprende mucho y executa poco;
Por entónces templó la fantasia,
Que aquello es cuerdo lo que duerme un loco.
Estaba el sol ardiente
Una siesta de mayo calurosa,
Aunque amorosamente,
Plegando el nacar de la fresca rosa,
Que producen los niños abrazados,
Huevos de cisne, y huevos estrellados,
Pues que los hizo estrellas;
Quando Micilda con las manos bellas
La cara se lavaba y componia
No lejos del texado en que vivia
Marramaquiz, que ya con mas cuidado
La miraba y servia,
En fé del Garfiñanto consultado.
Quando al mismo texado
Zapaquilda llegó por accidente:
El gato viendo la ocasion presente,

Para que su deseo
La diese zelos con el nuevo empleo,
Llegándose mas tierno y relamido
Á Micilda, que ya de vergonzosa
Estaba mas hermosa,
Y equívoco fingiendo,
Falso desprecio, y descuido, olvido,
En su venganza misma padeciendo
Amorosos deseos,
(Tales son del amor los devaneos)
Requebrando á Micilda á quien pensaba
Ofrecer los despojos
De aquella guerra paz de sus enojos.
Y á Zapaquilda á lo traidor miraba
En las intercadencias de los ojos.
Tan extraño sentido
Que es menos entendido
Mientras que mas parece que se entiende,
Pues siendo con engaños se defiende:
Que si las luces de los ojos miras
Basta ser niñas para ser mentiras.
Micilda, á quien tocaba en lo mas vivo
El amor primitivo,
Porque como doncella facilmente
Á lo que entónces siente
La tierna edad se rinden y avasallan,
Hablando con los ojos quando callan,
De buena gana dió fácil oido
Á los requiebros del galan fingido,
Con que ya andaban de los dos las colas
Mas turbulentas que del mar las olas.
Zapaquilda sentida,

De aquella libertad (que es propio efecto
De la que fué querida
Sentir desprecio donde vió respeto)
Murmurando entre dientes
Amenazaba casos indecentes
Entre personas tales,
En calidad y en nacimiento iguales.
Como se ve gruñir perros de casa
Mirando al que se entró de fuera enfrente,
Estando enmedio de los dos el hueso,
Que ninguno por él de miedo pasa,
Parando finalmente
Las iras del canículo suceso
En que ninguno de los dos lo come,
Obligando á que tome
Un palo algun criado
Que los desparte ayrado,
Y dexa divididos
Quedando el hueso en paz y ellos mordidos;
Así feroz gruñia
Zapaquilda envidiosa,
Efectos de zelosa,
Aunque al gallardo Mizifuf queria:
Que hay mugeres de modo
Que aunque no han de querer lo quieren todo
Por que otras no lo quieran;
Y luego que rindieron lo que esperan
Vuelven á estar mas tibias y olvidadas.
Finalmente las gatas encontradas,
Siendo Marramaquiz el hueso enmedio,
(Tal suele ser de zelos el remedio)
Á pocos lances de mirarse ayradas

Vinieron á las manos, dando al viento
Los cabellos y faldas,
Y en tanto arañamiento,
Turbadas de color las esmeraldas,
Maullando en tiple y el gatazo en baxo,
Cayeron juntas del texado abaxo
Con ligereza tanta,
Aunque decirlo espanta,
Porque como era el salto
Cinco suelos en alto,
Hasta el alero, del texado fines,
Que no perdió ninguna los chapines:
Quedando el negro amante
Despues de tan extraños desconsuelos
Muerto de risa en acto semejante:
Tan dulce es la venganza de los zelos.

SILVA III.

Distaba de los polos igualmente
La máscara del Sol y Cynosura,
Primera quadrilátera figura,
Con la estrella luciente
Que mira el navegante,
Bordaba la celeste arquitectura:
Velaba todo amante
Por el silencio de la noche obscura,
Y en el Indiano clima el sol ardia,
En dos mitades dividido el dia,
Quando gallardo Mizifuf valiente
Paseaba el texado de su dama,
Que sangrada en la cama

La tuvo el accidente
Dos dias, que faltó sol al texado
Y estuvo la cocina sin cuidado,
No por la altura de los siete suelos,
Mas por el sobresalto de los zelos.
Iba galan y bravo,
Un cucharon sin cabo
Destos de hierro de sacar buñuelos
Por casco en la cabeza,
Que en ella tienen la mayor flaqueza:
Pues no suelen morir de siete heridas
Por quien dicen que tienen siete vidas,
Y un golpe en la cabeza los atonta,
Así la tienen á desmayos pronta.
Broquel de cobertera,
Espada de acaballo, que antes era
Cuchillo viejo de limpiar zapatos,
Que él solia llamar *timebunt* gatos:
Y por las manchas de los pies y el anca
Natural media blanca,
Y capa de un bonete colorado,
Abierto por un lado,
Plumas de un pardo gorrion cogido
Por ligereza, pero no por arte.
  Así rondaba el nuevo Durandarte,
Galan favorecido,
Porque son los favores de la dama
Guarnicion de las galas de quien ama.
Dos músicos traian instrumentos
Á cuyo son y acentos
Cantaban dulcemente,
Y así llegando del balcon enfrente

De Zapaquilda bella,
Cantaron un romance que por ella
Compuso Mizifuf, poeta al uso,
Que él tampoco entendió lo que compuso.
Mas puesta á la ventana
Con serenero de su propia lana,
Hasta que Bufalía
Le traxo un rocadero
Que por mas gravedad y fantásia
Sirvió de capirote y serenero,
Y en medio de lo grave
Del romance suave
Les dixo con despejo,
Pareciéndole versos á lo viejo,
Que xácara cantasen picaresca:
Y así cantaron la mas nueva y fresca,
Que para que lo heróyco y grave olviden,
Hasta las gatas xácaras les piden;
¡Tanto el mundo decrépito delira!
Aquí se resolvió la dulce Lira,
En dos lascivos ayes,
Andólas, guirigayes,
Y otras tantas baxezas.
Cantaron pues las bárbaras proezas
Y hazañas de rufianes,
Que estos son los valientes capitanes
Que celebran poetas,
De aquellos que en extremas
Necesidades viven, arrojados
Al vulgo como perros á leones,
Que la virtud y estudios mal premiados
Mueren por hospitales y mesones,

Verdes laureles de Virgilios y Ennios
Perecer la virtud y los ingenios.
Mas ¿quién le mete á un hombre Licenciado
Mas que en hablar de solo su texado?
Que no le dió la escuela mas licencia,
Y es todo lo demas impertinencia.
Quando aquesto pasaba
Marramaquiz estaba
Inquieto y acostado,
Treguas pidiendo á su mortal cuidado;
Pero como el amor le desvelaba
Dió, de sentido falto,
Desde la cama un salto,
Compuesta de pellejos,
Otro tiempo conejos
Que en el Pardo vivian,
Y en la cola sus cédulas traian
Para seguridad de sus personas.
Mas ¡ay muerte cruel! ¡á quien perdonas!
Saltó en efecto como el Conde Claros,
Y armándose de ofensas y reparos,
Vino de ronda al puesto por la posta
Por ver si habia moros en la costa,
Y no siendo ilusion el pensamiento,
Que del alma el primero movimiento
Pocas veces engaña.
No suele débil caña
En las espadas verdes esparcida
Del ayre sacudida
Hacer manso ruido
Con mas veloz sonido,
Como rugió los dientes:

Ni entre los accidentes
Del erizado frio
Al enfermo sucede
Aquel ardor contrario;
Como de ver tan loco desvario,
Que apenas le concede
Entre uno y otro pensamiento vario
Respiracion y aliento,
De la vida instrumento:
Helado y abrasado,
Entre ardores y hielos,
Que al frio de los zelos
Frigido fuego sucedió mezclado,
Que con distinto efeto
En un mismo sugeto
Viven, siendo contrarios:
La causa es una, y los efectos varios.
Miraba á Zapaquilda en la ventana
Hablando con su amante,
Sin miedo de la luz de la mañana
Que coronaba el último diamante
Del manto de la noche que iba huyendo,
Y cantando y tañendo
Los músicos con tanto desenfado
Como si fuera su texado el prado:
Que nunca los amantes
Previnieron peligros semejantes.
Así los embeleca
Amor de ceca en meca,
Como olvidado Antonio con Cleopatra,
La Gitana de Memfis que idolatra,
Que ciego de su gusto no temia

Al Cesar que siguiéndole venia:
Porque si fué Romano Octaviano,
Tambien Marramaquiz era Romano;
Y si valiente Cesar y prudente
No menos fué él prudente que valiente,
Que en su tanto, los méritos mirados,
Cesar pudiera ser de los texados.
Como detras del árbol escondido
Mira y advierte con atento oido
El cazador de pájaros el ramo
Donde tiene la liga y el reclamo,
Para en viendo caer el inocente
Gilguero, que los dulces silvos siente
Del amigo traidor que le convida
Á dura cárcel con la voz fingida,
Y apenas vé las plumas revolando
Entre la liga, quando
Arremete y le quita, no piadoso,
Sino fiero y cruel; así el zeloso
Marramaquiz atento
Esperaba el primero movimiento
Del venturoso amante, que decia
Con dulce mirlamiento:
„Dulce señora mia,
¿Quándo será de nuestra boda el dia?
¿Quándo querrá mi suerte que yo pueda
Llamaros dulce esposa,
Que entónces para mí será dichosa?
¡Ay, tanto bien el cielo me conceda!
Mas fué nuestra fortuna
Que Júpiter jamas por Ninfa alguna,
Aunque se transformaba

En buey que el mar pasaba,
En sátiro, y en aguila, y en pato,
Nunca le vieron transformarse en gato,
Porque si alguna vez gatiquisiera
De los amantes gatos se doliera.„
Con voz enamorada
Doliente y desmayada
La gata respondia:
„Mañana fuera el dia
De nuestra alegre boda,
Pero todo, mi bien, desacomoda
Aquel infame gato fementido,
Marramaquiz zeloso de mi olvido,
Que en llegando á saber mi casamiento,
Hubiera temerario arañamiento,
Y estimar vuestra vida
Me tiene temerosa y encogida,
Que es robusto y valiente,
Y en materia de zelos impaciente:
Mejor será matalle con veneno.„
Aquí de furia lleno
Respondió Mizifuf: „¿Por un villano
Pierdo el favor de vuestra hermosa mano?
¿Él, señora, lo estorba?
¿Es por ventura mas que yo valiente?
¿Tiene la uña corba
Mas dura que la mia,
Ó mas agudo ó penetrante el diente
Entre la mostachosa artillería?
¿Qué hueso de la pierna ó espinazo,
Se me resiste á mí, qué fuerte brazo?
¿Yo no soy Mizifuf, yo no desciendo

Por línea recta, que probar pretendo,
De Zapiron el gato blanco y rubio.
Que despues de las aguas del diluvio
Fué padre universal de todo gato?
¿Pues cómo ahora con desden ingrato
Teneis temor de un maullador gallina,
Valiente en la cocina,
Cobarde en la campaña:
Y referir por invencible hazáña,
Dar á Garraf, un gato mi escudero,
Que fuera de ser gato forastero
Es ahora tan mozo
Que apenas tiene bozo,
Una guantada con las uñas cinco,
Si de repente dió sobre él un brinco?
¿Qué Scipïon del Africano estrago?
¿Qué Anibal de Cartago?
¿Que fuerte Pero Vàzquez Escamilla,
El bravo de Sevilla?
Por esos ojos, que á la verde falda
De las selvas hurtaron la esmeralda;
Que si entonces me hallara en el texado,
Que no llevára, como se ha llevado
El queso y el relleno,
¿Y quereis que le mate con veneno?
Esa es muerte de Príncipes y Reyes,
Con quien no valen las humanas leyes,
No para un gato bárbaro cobarde,
Cuyas orejas os traeré esta tarde,
Y de cuyo pellejo,
Si no me huye con mejor consejo,
Haré para comer con mas gobierno

Una ropa de martas este invierno.„
Aquí Marramaquiz desatinado,
Qual suele arremeter el xarameño
Toro feroz de media luna armado
Al caballero con ayrado ceño,
Andaluz, ó estremeño,
Que la patria jamas pregunta el toro,
Y por la franja del bordado de oro
Caparazon meterle en la barriga
Dos palmos de madera de tinteros,
Acudiendo al socorro caballeros,
Á quien la sangre, ó la razon obliga,
Al caballo inocente que pensaba
Quando le vió venir que se burlaba:
„Galliña Micifuf, dixo furioso,
El hocico limpiándose espumoso;
Blasonar en ausencia
No tiene de mogeres diferencia.
Yo soy Marramaquiz, yo noble al doble
De todo gato de ascendiente noble:
Si tú de Zapiron, yo de Malandro,
Gato del Macedon Magno Alexandro,
Desciendo, como tengo en pergamino
Pintado de colores y oro fino,
Por armas un morcon y un pie de puerco
De Zamora ganados en el cerco,
Todo en campo de golas
Sangriento mas que roxas amapolas,
Con un quartel de quesos asaderos,
Roeles en Castilla los primeros.
No fueron en cocinas mis hazañas,
Sino en galeras, naves y campañas;

No con Garraf tu page,
Con gatos moros, las mejores lanzas.
Que yo maté en Granada á Tragapanzas
Gatazo abencerraje,
Y cuerpo á cuerpo en Córdoba á Murcifo,
Gato que fué del Regidor Rengifo,
Y de dos uñaradas
Deshice á Golosillo las quixadas
Por gusto de una Miza, mi respeto,
Y le quité una oreja á Boquifleto,
Gato de un albañil de Salobreña:
La cola en Fuentiduefia
Quité de un estiron á Lameplatos
Mesonero de Gatos,
Sin otras cuchilladas que he tenido,
Y la que dí á Garrido,
Que del corral de los naranjos era
Por la espada primera
Unico gaticida.
Pero es hablar en cosa tan sabida
Decir que el tiempo vuela y no se para,
Que no hay cara mas fea que la cara
De la necesidad; y la mas bella
Aquella del nacer con buena estrella,
Que alumbra el sol, y que la nieve enfria,
Que es escura la noche y claro el dia.
Esa gata cruel, que me ha dexado
Por tu poco valor, verá muy presto,
Siendo aqueste texado
El teatro funesto,
Como te doy la muerte que mereces,
Porque mi vida á Zapaquilda ofreces,

Llevando tu cabeza presentada
A Micilda, que es ya mi prenda amada:
Micilda que es mas bella
Que al vespertino sol candilla estrella
Venus, que rutilante
Es de su anillo espléndido diamante.
Esta si que merece la fé mia,
Mi constancia, mi amor, mi bizarria,
Que no gatas mudables,
Que si por su hermosura son amables,
Son por su condicion aborrecibles,
Amigas de mudanzas y imposibles.„
Aquí sacó la espada ruginosa
De la vaina mohosa,
Y á los golpes primeros
Se llamaron fulleros,
Si bien no hay deshonor desembainada,
Y Zapaquilda huyendo,
Dè súbito temor la sangre helada
Dexóse el serenero en el texado.
Los músicos en viendo
El belicoso duelo comenzado,
Huyeron como suelen,
Que no hay garzas que vuelen
Tan altas por los vientos;
Dicen que por guardar los instrumentos,
Y mil razones tienen,
Pues que solo á cantar con ellos vienen.
Que mal cantára un hombre si supiera
Que habia luego de sacar la espada
Que tanto el pecho altera;
Ni pudiera formar la voz turbada:

Que hay mucha diferencia, si se mira,
De dar en los broqueles ó en las cuerdas,
Pasar la espada el pecho, ó por la Lira,
El arco hiriendo las pegadas cerdas.
Andaba entonces Guruguz de ronda
Con una esquadra vil de sus esbirros,
Cuyo abuelo nacido en Trapisonda
Curaba hipocondríacos y cirros,
Y viéndolos andar á la redonda,
Como si fuesen Césares ó Pirros,
Los dos valientes gatos,
Con fuerte anhelo descansando á ratos,
Llegaron á ponerse de por medio,
Que fué dificil, pero fué remedio.
Mas como respetar á la justicia
De gente principal respeto sea,
Y lo contrario bárbara malicia,
Luego Marramaquiz rindió la espada:
¿Quién habrá que lo crea?
Mas viendo Guruguz que no queria
Que el amistad quedase confirmada,
Sino permanecer en su porfia,
Llevólos á la cárcel enojado,
Quando Febo dorado
Asomaba la frente
Por las ventanas del rosado oriente
Como si azucar fuera, y de colores
En campo verde iluminó las flores.

SILVA IV.

Quien dice que el amor no puede tanto,
Que nuestro entendimiento
No puede sujetarle, es imposible
Que sepa que es amor, què reyna en quanto
Compone alguna parte de elemento
En el mundo visible.
¡Ó fuerza natural incomprehensible,
Que en todo quanto tiene,
Una de las tres almas
Á ser el alma de sus almas viene!
¿Quién no se admira de mirar las palmas
En la region del Africa desnuda,
Quando su fruto en orò el color muda
Con solo aquel ardor vegetativo,
Amarse dulcemente?
Que en lo demas que siente
No es mucho que de amor el fuego vivo
Imprima sentimiento,
Y natural deseo
Con lazos de pacífico himeneo.
La fiera, el ave, el pez en su elemento,
Todos aman y quieren
Por la razon de bien lo que es amable:
Pues ama lo que solo es vegetable,
Si de ningun sentido el bien infieren.
Entre las cosas que por él adquieren
Algun conocimiento,
Perdonen quantas aves y animales
De su distinto gozan elemento,

Ningunas son iguales:
En amor á los gatos,
Exceptuando las monas,
Que hasta en esto se precian de personas,
Y ya que no en esencia, en ser retratos.
Porque acontece con el hijo al pecho
Abrazalle con lazo tan estrecho,
Que le hacen exhalar la sensitiva
Alma vital; así el amor les priva
Que fué en la estimativa conocido
Del natural sentido;
Y si por opinion crítico alguno
Tiene que amor tan loco
No puede haber en animal ninguno,
Vayase poco á poco
Al africano Tetuan á donde
Verá como los árboles trepando
Esta del hombre semejanza propia,
De que hay allí gran copia,
Ya sale con el hijo, ya se esconde,
Y á los que van ó vienen caminando
Con risa, de monesco regocijo
Muestra el peloso hijo.
Mas fuera disparate,
Si no es que de ellas trate,
Ir por ver una mona
Hasta el Africa un hombre:
Que si de Tito Livio llevó el nombre
Muchos hombres á Roma, fué corona
De los historiadores,
Que solo quellas cosas superiores
Dignas por fama de admirable espanto

Es bien que cuesten tanto,
Como ver á Venecia,
Perche chi non la vede non la prezia,
Que al cielo desde el agua se avecina,
Y en gondolas por coches se camina.
Los gatos en efeto
Son del amor un índice perfeto,
Que á lo demas prefiere,
Y quien no lo creyere
Asómese á un texado
En frias noches de un invierno helado,
Quando miren las Hélices nocturnas
Las estrelladas urnas
Del frigido Aquario;
Verá de gatos el concurso vario
Por los melindres de la amada gata,
Que sobre texas de escarchada plata
Su estrado tiene puesto,
Y con mirlado gesto
Responde á los maullos amorosos
De los competidores,
No de otra suerte oyendo sus amores,
Que Angélica la bella
De Ferragut y Orlando,
Amantes belicosos,
Quando andaban por ella
Sin comer, ni dormir, acuchillando
Franceses y Españoles,
De que no se le dió dos caracoles.
¿Qué cosa puede haber con que se iguale
La paciencia de un gato enamorado,
En la canal metido de un texado

Hasta que el alba sale,
Que en vez de rayos coronó al oriente
De carambanos frígidos la frente?
Pues sin gaban, abrigo, ni sombrero
Febo oriental le mirará primero,
Que él dexe de obligar con tristes quejas
Las de su gata rígidas orejas,
Por mas que el cielo llueva
Mariposas de plata quando nieva.
Mas dexando cansadas digresiones,
Que el Retórico tiene por viciosas,
Aunque en breves paréntesis gustosas,
Presos los dos gatíferos campeones
Por no querer hacer las amistades,
Y responder soberbias libertades;
Dicen que Zapaquilda
Y la bella Micilda
Tapadas de medio ojo,
Con sus mantos de humo;
Que es llegar á lo sumo
De un amoroso antojo,
Fueron á ver sus presos,
Que en tanta autoridad tales excesos
Parecen desatino.
En fin Micilda enamorada vino,
Con que á toda objecion amor responde:
Así la Infanta Doña Sancha al Conde
Garci-Fernandez preso visitaba
En la oscura prision del Rey su padre,
Dicen que con deseos de ser madre,
Que habia dias que sin él estaba:
Cada qual de las dos imaginaba

Que la otra venia
Por el que ella queria,
Y con este engañado pensamiento,
Que nunca tienen mucho fundamento
Los zelos, comenzaron á mirarse,
En manifestacion de sus enojos,
Tirándose relámpagos los ojos.
¡Ó quién las viera entonces levantarse
Sobre les pies derechas
Á ver si eran verdades las sospechas,
Y de ser descubiertas recatarse:
Condicion de los zelos esconderse,
Quererse declarar y no atreverse!
Que como son desprecio del paciente
Huyen de que se entienda lo que siente,
Que amor siempre se tuvo por nobleza,
Y los zelos por acto de baxeza.
Como si amor pudiese estar sin zelos,
Que mas pueden estar sin sol los cielos,
Testigos Juno y Pocris á quien llora
Céfalo por los zelos de la aurora.
En fin despues de sufrimiento tanto
Quitó Micilda de la cara el manto
Á la siempre zelosa Zapaquilda,
Y ella echando las uñas á Micilda
Con el rebozo el moño.
No suele por los fines del otoño
Quedar la vid ñudosa en los sarmientos
De los marchitos pámpanos robada,
Sin resistencia á los primeros vientos;
Que con nevado soplo y boca helada
Cierzo dexó cadaver con la fiera

Mano que floreció la primavera;
Como las dos quedaron en la rifa;
Ni Fatima y Xarifa
Por el Abencerrage Abindarraez:
Ni por Martin Pelaez
Que del Cid heredó la valentía,
Doña Urraca y María de Meneses,
Aquella á quien pedia
Con palabras corteses
Las nueces su galan, si no baylaba;
Así zeloso amor las provocaba.
En fin á puros tajos y reveses
De las rapantes uñas aguileñas,
Desmoñadas las greñas.
Y el soliman raido,
Quedaron desmayadas sin sentido
Haciendo cada qual la gata-morta.
No fué con esto la prision mas corta.
Pero salieron de ella finalmente,
Que el tiempo con los bienes ó los males,
Dexando siempre atras todo accidente,
Que fué final accion de los mortales,
Vuela sin detenerse
Dexándose llevar para perderse:
Así pasó la gloria de Numancia
Y la brava arrogancia
De la fuerte Sagunto,
Porque la tierra toda es solo un punto
De la circunferencia de los cielos.
¿Pero qué desatino de las Musas
Me lleva á tan extrañas garatusas?
Las iras del amor y de los zelos

Pasaron adelante
En uno y otro amante.
Pero Marramaquiz aconsejado
De sus amigos, remitió el cuidado
Al amor de Micilda:
Mas como el que tenia á Zapaquilda
Era del alma verdadero afeto,
Aunque disimulaba á lo discreto
Andaba triste y de congojas lleno.
¡Mísero del que vive en cuerpo ageno,
Y por un amoroso desvarío
Pierde la libertad del albedrío,
Que no la compra el oro,
Porque es de todos el mayor tesoro!
Tenia las mandibulas de suerte
Que era un retrato de la muerte fiera,
Aunque es yerro pintarla calavera,
Porque aquella es el muerto, no la muerte.
La muerte ha de pintarse una figura
Robusta, de cruel semblante airado,
Los fuertes pies en una piedra dura,
Fino sepulcro en pórfido labrado,
Con Reyes y Monarcas
Hasta el que calza rústicas abarcas,
Damas que sujetaron capitanes,
Y en ásperas naciones
Por bárbaras regiones
De fieros Mamelucos y Soldanes,
Y pintadas al uno y otro lado
La Enfermedad, la Guerra y la Desgracia,
Parcas que tantas muertes han causado
Por tantos desconciertos;

Que huesos ya no es muerte, sino muertos.
No aprovechaba la hermosura y gracia
De Micilda á quitar al pobre amante
La memoria tenaz, que amor escribe
Con la flecha cruel en el diamante
Del alma donde vive,
Y compitiendo con el tiempo quiere
Que viva en ella quando el cuerpo muere.
En estos medios Micifuf intenta,
Á su competidor viendo remoto,
Por medio de Garrullo su compadre,
Que habia sido gato en una venta,
Pedirla por muger á Ferramoto
De Zapaquilda padre.
Propúsole Garrullo
Con prudente maullo
Las partes de su amigo,
Como de ellas testigo,
Sin otras conseqüencias
Que atajaban zelosas diferencias.
Ferramoto era un gato
De buen entendimiento y de buen trato,
Cano de barba y negro de pellejo,
Persona que en la verde primavera
De sus años jamas en la ribera
De Manzanares se le fué conejo;
Porque sirvió de galgo
Á cierto pobre y miserable hidalgo
Que con él se alumbraba:
Y de suerte de noche relumbraba,
Que pensando una moza que eran lumbre
Las niñas de los ojos que brillantes

En la ceniza estaban relumbrantes
Yendo al hogar, como era su costumbre,
Sin pensar darle en ojos,
Le metió la pajuela por los ojos.
Nunca sin esto gato marquesote
Oposicion le hizo:
Oyó de buena gana lo propuesto,
Y del novio galan se satisfizo,
Aunque llegando á concertar el dote,
De seca mimbre un cesto
Dixo que le daria,
Que de cama de campo le servia,
Seis sábanas de lienzo de narices,
Con algunos fragmentos por tapices
De viejos reposteros,
Quatro quesos añejos casi enteros,
Y una mona cautiva que tenia,
Qne hablaba en lengua culta y la entendia,
Sin otras menudencias.
Còn estas conveniencias
Las capitulaciones se firmaron,
Y el dia de la boda concertaron.
  Marramaquiz estaba
En ocasion tan triste,
Como por burla y chiste,
Jugando á la pelota
Con un raton á quien pescó de paso;
Que de un baul de versos del Parnaso
Á una maleta rota,
Aunque llena de pleytos y escrituras,
Pasaba haciendo gestos y figuras.
Tal suele acontecer un triste caso

En medio de la vida,
Que no hay seguridad en cosa humana.
Ya con veloz corrida
Daba esperanza vana
Al mísero animal, ya le volvia,
Ya le arrojaba en alto
Mojado de temor, de aliento falto,
Y en medio del camino le cogia
Como quien tira al vuelo,
Diciendo; tente como al agua el hielo;
Ya con las manos mizas
Le daba por los lados
Algunos bofetones regalados,
Quando llegó Tomizas;
Tomizas su escudero; y sin aliento
Le dixo el casamiento concertado
De Mizifuf y Zapaquilda ingrata.
Y sintiendo perder su dulce gata,
Dexó al pobre animal que desmayado
Apenas acertaba con la vida;
Mas puesto en fuga la libró perdida,
Que quien no ha de morir, si la fortuna
Revoca la sentencia
Nunca le falta diversion alguna
En aquella dichosa intercadencia.
Á Tomizas en fin la diligencia
Valió una manotada con la zurda,
Que quando no le aturda
No es poco para zurda manotada
Que le dexó la cara desgatada.
Esto gana traer del mal albricias,
¡ Ó quanto, Amor, de la razon desquicias

Un noble caballero!
Por eso ningun page, ni escudero
Se fie en la privanza
Que es fácil én señores la mudanza,
Y el Sol es grân señor y nunca para
En rueda mas mudable; á la fortuna
Se parece la dama Doña Luna,
Que nunca vemos de una misma cara.
Dexando la pelota el triste amante,
De zelos y de amor perdido y loco,
Que la vida y la honra tiene en poco,
Vino á su casa con tristeza tanta
Que se metió debaxo de una manta,
Y luego provocado á mayor furia
De una carreta se subió al texado.
Así desnudo Orlando provocado
De no menor injuria
Quando leyó los rótulos del Moro
Que decian: "Àmor, que sin decoro
En la buena fortuna te gobiernas,
Aquí gozó de Angélica Medoro,"
En el papel de las cortezas tiernas
De aquellos olmos de su bien testigos,
Para el Frances Orlando cabra-higos.
Baxó Marramaquiz desesperado,
Y entrando en la cocina,
Sin respeto de Paula y de Marina
Esclavas del ausente Licenciado,
Como laureles y álamos los mira
Donde Climene por Faeton suspira.
Los pucheros y cántaros quebraba,
Vertió la olla en la sazon que hervia;

Y llamando á Borbon borbor decia.
Y á tanto mal llegó su desatino
Que sacó media libra de tocino
Que andaba como nave en las espumas,
Y si no se lo quitan se lo mama,
Tanto pueden los zelos de quien ama.
Una perdiz con plumas
Quiso tragarse, y no dexaba cosa
Que no la deshiciese
Por alta que estuviese;
Trepaba la lustrosa
Reluciente espetera,
Derribando sartenes y asadores:
Y con estas demencias y furores
En una de fregar cayó caldera,
(Trasposicion se llama esta figura)
De agua acabada de quitar del fuego,
De que salió pelado.
Pero viniendo luego
El señor Licenciado,
Dixo: que era veneno que tendria
Algun vecino que matar queria
Ratones de su casa,
Hecha de rejalgar traydora masa,
Y á su servicio ingrato
Por matar los ratones mató el gato.
Y dixo bien segun los aforismos
De Nicandro, que son los zelos mismos
Un veneno tan súbito, que apenas
Toca la lengua, quando ya las venas
Y el corazon abrasan:
Tan presto al centro de la vida pasan,

Que no hay frias cicutas, ni anapelos
Como solo un escrúpulo de zelos.
En fin de ver el gato lastimado,
Que le habia criado,
Envió por triaca,
Que todo venenoso ardor aplaca,
De la magna que hacen en Valencia,
De que tenia una redoma sola
Cierto Farmacopola:
El gato con paciencia,
Respeto de su dueño,
Tomó dos onzas y rindióse al sueño.

SILVA V.

Ó tú, *Don Lope*; si por dicha ahora
Por los mares antárticos navegas,
Ó surto en tierra quando al puerto llegas
Preguntas á la aurora
Que nuevas trae de la bella España
Donde tus prendas amorosas dexas,
Y por regiones bárbaras te alejas;
O miras en los golfos
De la naval campaña
Por donde vino Júpiter á Europa
Encima de la popa
Sin velas de Mauricios, ni Rodolfos,
Mas traydores que fué Vellido de Olfos,
Sereno el rostro en la dormida Tetis
De la ayrada Amfitrite,
Mas que en Sevilla corre humilde el Betis,
Quando á la mar permite

La luna Varquerola,
No por las nubes de color de Angola,
Una punta á la tierra y la otra al cielo,
De pocas luces salpicando el velo;
Escucha en voz mas clara que confusa
Mi gatifera Musa,
Y no permitas, *Lope*, que te espante
Que tal sugeto un Licenciado cante
De mi opinion y nombre,
Pudiendo celebrar mi Lira un hombre
De los que honraron el valor hispano,
Para que al resonar la trompa asombre
Arma virumque cano.
Que como no se usa
El premio, se acobarda toda Musa;
Porque si premio hubiera
Del Tajo la ribera
Oyera en trompa belica sonora
Divinos versos hijos del aurora.
Por esto quiere mas que ver ingratos
Cantar batallas de amorosos gatos,
Fuera de que escribieron muchos sabios,
De los que dice Persio que los labios
Pusieron en la fuente caballina,
En materias humildes grandes versos.
Mira si de Virgilio fueron tersos,
Cuya princesa pluma fué divina,
Quando escribió el *Moreto* que en la lengua
De Castilla decimos *Almodrote*,
Sin que por él le resultase mengua,
Ni por pintar el picador *Mosquito*.
¿Y quién habrá que note,

Aunque fuese satírico Aristarco,
De Ulyses el Diálogo á Plutarco?
La calva en versos alabó Sinesio,
Gran defecto Tartesio,
Quiere decir que hay calvos en España
En grande cantidad, que es cosa extraña,
Ó porque nacen de celebro ardiente.
Y tambien escribió del transparente
Camaleon Demócrito,
Y las cabañas rústicas Theocrito,
Y tanta filosófica fatiga
Diocles puso en alabar el *Nabo*,
Materia apenas para un vil esclavo,
El *Ravano* Marcion, Fanias la *Ortiga*,
Y la *Pulga* Don Diego de Mendoza,
Que tanta fama justamente goza.
Y si el divino Homero
Cantó con plectro á nadie lisongero
La *Batrachomyomachia*,
¿Por qué no cantaré la Gatomachia?
Fuera de que Virgilio conocia
Que á cada qual su genio le movia.
  Ya todo prevenido
Para el tálamo estaba,
Y el dia estatuido
La posesion llamaba
Á la esperanza de los dos amantes:
Mas muchas veces con peligro toca
El vidrio lleno de licor la boca.
Alegres los vecinos circunstantes,
Convidados los deudos y parientes,
Y escrito á los ausentes,

Que en tales ocasiones mas atentos
Están á la verdad los cumplimientos.
Solo Marramaquiz gato furioso
Lamentaba zeloso
Sus penas y cuidados
Por altos caballetes de texados
En que su voz resuena,
Qual suele por las selvas Filomena
Que ha perdido su dulce compañía,
Con triste melodía
Esparcir los acentos de su pena,
Trinando la dulcísima garganta
Que á un tiempo llora y canta;
Ó como perro braco
Que ha perdido su dueño,
Ó Flamenco, ó Polaco,
Que ni se rinde al sueño,
Ni el natural sustento solicita,
Aunque en cantar no imita
Al ruiseñor suave,
Que una cosa es el perro, y otra el ave,
Y á cada qual su propio oficio quadra,
Porque si canta el ave, el perro ladra.
Tenia ya Ferrato
En un zaquizamí curiosamente
La sala aderezada
De uno y otro retrato
De belicosa, quanto ilustre gente,
Que las efigies son de los mayores
El mas heroyco exemplo,
De la perpetuidad glorioso templo;
Como se ven del Taborlan y Eneas

Y en Calvo el de las fuerzas gigantea,
En Juan de Espera en Dios, y en Transilvano,
En Pirro Griego, y Scévola Romano.
Allí estaba Gafurio
Que ganó la batalla de las monas,
De grave gesto y de nacion Ligurio,
Y otros gatos con cívicas coronas,
Navales y murales,
Y al laurel de los Césares iguales.
No faltaban el Túmire y el Mocho,
Ni con el descolado Hociquimocho,
Que asistia en las salas del cabildo,
Y el armado Mufildo,
Mas de valor que acero,
Ni Garavillos gato perulero.
Estaba el rico estrado,
De dos pedazos de una vieja estera
Hecha la barandilla,
De ricas almohadas adornado
En tarimas de corcho, y por defuera
El grave adorno de una y otra silla,
Con tanta maravilla,
Que si un culto le viera
Es cierto que dixera
Por únicos retóricos pleonasmos:
Pestañeando asombros, guiñó pasmos.

Ya las sombras cayendo
De los mayores montes
Á los humildes valles
Enlutaban los claros horizontes,
Y el mecánico estruendo
En las vulgares calles

Cesaba á los oficios,
Tráfagos y bullicios,
Encerraba el silencio en mudos pasos;
Y á diferentes casos
La ronda y los amantes prevenian
Las armas que tenian,
Quando á la luz huyendo la tiniebla
De alegres deudos el salon se puebla.
Vino Calvillo de fustan vestido
De patas de conejo guarnecido,
Gregüesco y saltambarca,
Mas amante de Laura que el trarca,
Por una gata de este nombre propio,
Aunque parezca en gatos nombre impropio:
Pero si llaman á una perra Linda,
Diana, Rosa, Fatima y Celinda,
Bien se pudo llamar Laura una gata,
De pie bruñido como tersa plata.
Maús de bocací truxo gregüesco,
Cuera de cordovan, gorron tudesco:
Y de negro con mucha bizarria,
Zurron, gato mirlado,
De medias y de estómago colchado:
Ranillos que baxó de Andalucia
De conejo en conejo
Por la Sierra Morena
Á ver del Tajo la ribera amena,
Con el cano Alcubil su padre viejo:
Gruñillos y Cacharro
La nata y flor del esquadron bizarro:
Marrullos y Malvillo
Uno de raso azul, y otro amarillo;

Garron, Cerote y Burro,
Gatos de un zapatero.
¿Mas para qué discurro
Con verso torpe y proceder grosero,
Quando lo menos de lo mas refiero,
Si me aguardan las damas que aquel dia
Mostraron cuidadosa bizarria?
Vino Miturria bella,
Motrilla y Palomilla,
La flor de la canela y de la villa,
Y cada qual en la opinion doncella,
Cosa dificultosa:
Por eso es bien que la muger hermosa
Quando honesta se llama
Tenga por obras el perder la fama:
Y entre todas fué rara la hermosura
De la bella y discreta Gatifura,
Y vestida de nacar Zarandilla
La gata mas golosa de Castilla.
Ocupadas las sillas y el estrado,
Salió Trevejos gato remendado,
Y sacando á la bella Gatiparda
Comenzaron los dos una gallarda
Como en París pudiera Melisendra;
Y luego con dos cáscaras de almendra
Atadas en los dedos, resonando
El eco dulce y blando,
Baylaron la chacona
Trapillos y Maimona
Cogiendo el delantal con las dos manos,
Si bien murmuracion de gatos canos.
Mas ya, Musas, es justo

Que me deis vuestro aliento y vuestro gusto
Canoro si, mas claro,
Que parezca de un nuevo Sanazaro:
Denme vuestros cristales en los labios,
Que de ignorantes me los vuelvan sabios,
Que Zapaquilda de la mano sale
De Doña Golosilla su madrina.
Saya entera de tela columbina,
De perlas arracadas
En listones de nacar enlazadas,
La cabeza de rosas primavera
Mas estrellada que se ve la esfera,
El blanco pelo rubio á pura gualda
Y un alma en cada niña de esmeralda,
De cuyos garavatos
Colgar pudieran las de muchos gatos.
Chapines de tabí con sus virillas,
Entre una y otra descubriendo espacios
De la roxa color de los topacios,
De nuestra edad y siglo maravillas,
Que lo que ser solía
Un medio celemin con atauxia
Un piramide es hoy de tela de oro,
Y cuestan sus adornos un tesoro,
Que ponen miedo de casarse á un hombre,
Subiendo el dote á un número sin nombre
Si piensa sustentar trage tan rico.
Sentose al fin mirlándose de hocico,
Y prosiguió la fiesta de la danza
Contra la posesion de la esperanza.
¡Mas quién dixera que saliera incierta!
Marramaquiz entrando por la puerta

Vencido de un frenético erotismo,
Enfermedad de amor, ó el amor mismo,
Suspenso y como atónito el senado
De ver de acero y de furor armado
Un gato en una boda
Donde es propia la gala y no el acero,
Alborotóse todo:
Y Zapaquilda viéndole tan fiero
Humedeció el estrado, y con mesura
Comunicó su miedo á Gatifura,
Si bien consideraba,
Que entónces Mizifuf ausente estaba,
Porque solo esperaban que viniese,
Y que la mano práctica le diese,
De que ya la teórica sabía,
Que confirmase tan alegre dia.
En esta suspension todos turbados
Marramaquiz abrió los encendidos
Ojos, vertiendo de furor centellas,
Los dexó temerosos y admirados,
Imprimiendo esta voz en sus oidos
Al aliento feroz de sus querellas:
„Villanos descorteses,
Mas falsos y traidores
Que Moros y Holandeses,
Porque siendo fautores
No sois en las maldades inferiores:
Esquadron de gallinas,
Junta de gatos viles,
Que no de bien nacidos,
Baxos habitadores de cocinas
Entre asadores, ollas y candiles,

Donde como á cobardes y abatidos
La mas humilde esclava os apalea:
No trocando jamas la chimenea
Por la guerra marcial y sus rebatos,
Lamiendo lo que sobra de los platos,
Y durmiendo el invierno quando eriza
Los cabellos el hielo
Revueltos en la cálida ceniza,
Hasta que ardiente el sol corona el cielo:
Yo soy Marramaquiz, yo soy, villanos,
El asombro del orbe,
Que come vidas y amenazas sorbe;
Aquel de cuyos garfios inhumanos
Leon en el valor, tigre en las manos
Hoy tiemblan justamente
Las repúblicas todas,
Que desde el Norte al Sur por varios mares
Miran de Febo la dorada frente,
Y el que ha de hacer que tan infames bodas
Y con tantos azares
Sean las de Hipodamia,
Esta en vosotros resultando infamia.„
¡O Musas! este gato habia leido
Á Ovidio, y por ventura
De la fábula de Hércules queria
El exemplo tomar, pues atrevido
Hércules se figura,
Y los gatos Centauros que aquel dia
Murieron á sus manos,
Porque no fueron pensamientos vanos
Lós de sus zelos locos,
Pues de sus manos se escaparon pocos,

Llamándolos traidores Mauregatos:
Y levantando una cuchar de hierro
Á eterno condenándolos destierro,
Fué Tamborlan de gatos,
Haciendo mas estrago su arrogancia,
Que en Cartago y Numancia
El Romàno famoso.
A un gato que llamaban el Raposo,
Mas que por el color, por el oficio,
La cara que no tuvo reparada
Quitó de una valiente cuchillada,
Imposible quedando al beneficio:
Y de un reves que sacudió á Garrullo
Dió el último maúllo,
Cortó una pierna al mísero Trevejos,
Gran cazador de gansos y conejos.
Desbarató el estrado
Que pensaron guardar gatos bisoños
Con cuchares de palo por espadas,
Que de galas quedó todo sembrado,
Naguas, xaulillas, guantes, ligas, moños,
Rosetas, gargantillas y arracadas,
Chapines, orejeras y zarcillos:
Y porque defendió llegar Malvillos
A robar á la novia, dió dos caves,
Como Hércules á Licas,
Y quebrando con él á dos boticas
Desde una claravoya
Quanto componen purgas y jaraves.
Ni á vista de sus naves
Fué mas furioso Achîles quando en Troya
Le dixeron la muerte de Patroclo;

Ni con mazo ni escoplo
Tantas astillas quita el carpintero,
Como vidas quitó zeloso y fiero;
Ni mas sangriento Nero
La mísera plebeya
Gente miró quemar desde Tarpeya.

En fin llegando donde ya tenia
Zapaquilda la vida por segura
Le dixo: „tente, ¿dónde vas perjura?„
Ella temblando respondió turbada:
„Huyendo el filo de tu injusta espada
Que se quiere vengar de mí inocencia
Con tan fiera insolencia,
Quitándome mi esposo:
Pero yo me sabré quitar la vida,
Polifemo de gatos.„
„Ojos hermosos siempre, y siempre ingratos,
(Le respondió furioso)
¿De esa manera hablais en mi presencia?
¡O gata la mas loca y atrevida!
Yo soy solo tu esposo, fementida.
Y al villano que piensa así sacarte
Con este casamiento, será parte
De estas enamoradas uñas mias,
Que vencen las Harpias;
Verás, si no me huye,
Y el bien que me quitó me restituye,
Como le mato, y desollando el cuero
Le vendo para gato de dinero.„
„Si tú (le respondió) mi dulce esposo,
Me matares tirano,
Yo con mi propia mano

Me quitaré la vida.„
Furioso entónces sobre estar zeloso
De donde estaba ¡ay mísera! escondida,
Trasladóla á sus brazos inhumano,
Qual suele yedra á los del olmo asida
Trepar lasciva á la pomposa copa
Vistiendo el tronco de su verde ropa
De tiernos lazos y corimbos llena.
Así Páris robó la bella Helena,
Las naves aguardando en la marina;
Y así fiero Pluton á Proserpina.
Ella entónces llamaba
Á Mizifuf á voces,
Que no la oía porque ausente estaba.
Al fin tirando coces
Se le cayó un zapato,
Mas ni por eso se dolió el ingrato,
Viendo correr las lágrimas por ella;
Y él corriendo con ella
Que ni deudo ni amigo la socorre,
La puso de su casa en una torre,
Como tuvo Galvan á Moriana:
Tal es del mundo la esperanza vana,
Porque quien mas en los principios fia,
No sabe á donde ha de acabar el dia.

SILVA VI.

Quando el soberbio bárbaro gallardo
Llamado Rodamonte,
Porque rodó de un monte,
Supo que le llevaba Mandricardo
La bella Doralice,
Como Arïosto dice,
Á diez y seis de Agosto,
Que fué muy puntüal el Arïosto,
Cuenta que dixo cosas tan extrañas
Que movieran de un bronce las entrañas,
Prometiendo arrogante
No ver toros jamas, ni jugar cañas,
Aunque se lo mandasen Agramante,
Rugero y Sacripante,
Ni comer á manteles,
Ni correr sin pretal de cascabeles,
Ni pagar, ni escuchar á quien debiese,
Porque mas el enojo encareciese,
Ni dar á censo, ni tomar mohatra;
Ni pintar con el aspid á Cleopatra.
Y lo mismo decia quando el rapto
De Helena fementida
El Griego Rey Atrida
Contra el pastor para traiciones apto,
Que dió en el monte Ida
En favor de Acidalia la sentencia;
Que hay muchas en la Vera de Plasencia,
Que vienen mas tempranas,
Si las hacen los ojos

De juveniles bárbaros antojos,
Que aún no repara en canas
Esto que todos llaman apetito,
Y mas donde no tienen por delito,
Que la santa verdad corrompa el premio.
  Mas todo esté proemio
Quiere decir en suma,
Aunque era campo de extender la pluma,
Lo que el valiente Mizifuf, oyendo
El suceso estupendo
Del robo de su esposa,
Helena de las gatas,
Dixo con voz furiosa,
Quando galan venia á desposarse,
Tan imposible ya de remediarse:
De las tremantes ratas
Fugitivo esquadron con pies ligeros
Temeroso ocupó los agugeros,
Y arrojando la gorra,
Que fué de un Ministril de Calahorra,
Hizo temblar la tierra,
Á fuego y sangre prometiendo guerra.
Ferrato, ya perdida la esperanza,
Mesándose las barbas y cabellos
Blancos, que nunca blancos fueron bellos,
Culpaba su tardanza,
Porque las dilaciones
Pierden las ocasiones,
Porque en la calva tienen un copete,
Que solo se le coge el que acomete,
Porque aguardar á que la espalda vuelva
Es seguir un venado por la selva,

Que alcanzarle no fuera maravilla
Quien le fuera siguiendo por la villa.
Mizifuf la tardanza disculpaba
Con que lejos vivia
El zapatero que esperando estaba:
¡O quántos males causa un zapatero!
Y que despues calzarle no podia,
Aunque los dientes remitiese al cuero,
Las botas justas que con calza larga
Era la gala entónces, que por fresco
Dicen autores que mató el gregüesco,
Por quitar la opresion de tanta carga.
¡O quién para olvidar melancolías,
De las que no se acaban con los dias,
Un gato entónces viera
Con bota y calza entera!
¿Pero dónde me llevan niñerías
Que en Italia se llaman vagatelas;
Ingiriendo novelas
En tan funestos casos,
Mas dignos de Marinos y de Tasos,
Que de Helicona son solos y soles,
Que de mis versos rudos españoles?
  Lloraba Mizifuf, lloraba fuego,
Que fuego lloran siempre los amantes,
Arrojando los guantes,
A quien los cultos llaman chirotecas,
(¡O bien hayan Illescas y Ballecas!)
Sin admitir un punto de sosiego,
Como en París el Moro, en Troya el Griego.
No suele de otra suerte pasearse
Quien tiene algun extraño desconcierto,

Sin que pueda apartarse
Del negoció que trata,
Pálido el rostro, de sudor cubierto,
Como ya por su honor, ya por su gata
Inquieto Mizifuf se condolia
Por dilatar de su venganza el dia.
En tanto pues que amigos y parientes
Consultaban el modo,
Como acabar del todo
Agravios tan infames é insolentes;
Marramaquiz estaba
Solicitando el pecho
De Zapaquilda de diamantes hecho,
Que en la dura prision perlas lloraba
A guisa de la Aurora
Que parece mas bella quando llora;
Que la muger hermosa
Quando baña la rosa
De las mexillas con el tierno llanto,
Aumenta la hermosura,
Si no da voces y en el llanto dura.
Marramaquiz en tanto
Produciendo concetos
De su locura efetos,
Ya en prosa ya en poesia,
Desvelado la noche, y triste el dia,
Se alambicaba el mísero celebro.
No dexaba requiebro
Que no imitase tierno á los orates,
Que el mundo amantes llama,
Y de la tierna dama
Amores y cariños,

Hasta los disparates
Que les dicen las amas á los niños
Quando les dan el pecho las mañanas
Con intrínseco amor diciendo ufanas:
Mi Rey, mi amor, mi Duque, mi regalo,
Mi Gonzalo; mas esto solamente
Si se llama Gonzalo,
Porque fuera requiebro impertinente
Si se llamára Pedro, Juan ó Hernando,
Que convienen las flores con los frutos,
Y á las cosas tambien sus atributos.
Estaba el sol apenas matizando
Las plumas de las alas de los vientos,
Dando á los dos primeros elementos,
Esmeraldas al uno, al otro plata,
Quando salia por su amada gata
Al soto de Luzon el triste amante,
Sin respetar el arcabuz tronante
Á buscar el gazapo entre las venas
De la tierra, que apenas
Salir al campo osaba,
Y de una manotada le pescaba.
No habia pez, ni pieza
De vaca en la cocina
Que en volviendo Marina
Á buscar otra cosa la cabeza,
No caminase ya por los texados
Para el dueño cruel de sus cuidados,
Tan ligero, veloz, tan atrevido,
Que no paraba sin hacer ruido
Hasta sacar la carne de la olla,
Del asador la polla,

Aunque sacase por estar ardiendo,
Ó pelada la mano ó con ampolla,
Fufú, fufú diciendo:
¡O amor! y quántas veces
De la misma sarten sacó los peces
Sin cuchares de hierro, ni de plata,
Y la cruel á mas amor, mas gata!
¿Es posible (decia
Con lastimosas quejas)
O mas dura que mármol á mis quejas,
(Porque el gato las Eglogas sabia)
Y al amoroso fuego que me enciende
Mas helada que nieve, Galatea,
Que de mi fuego el hielo te defiende
De ese pecho cruel, que me desea
La muerte, que antes sea
La de tu Adonis Micifuf cobarde,
Que gozarás, cruel, ó nunca ó tarde,
Que no te duelen tantas penas mias,
Ni el verte tantos dias
Cautiva en esta torre,
Que ni te viene á ver ni te socorre,
Que para aborrecerle te bastaba?
Micilda me buscaba,
Micilda me queria,
Por tí la aborrecia
Siendo gata de bien, siendo estimada
Por honesta doncella, y retirada
De amigas, de papeles y paseos,
Que clandestinos trazan himeneos.
¿Qué no dexé por ti, que te has casado
Con un gato afrentado, que si fuera

Afrenta entre los hombres el ser gato,
Que la costumbre toda la ley altera,
Solo éste fuera gato por ingrato?,,
,,No te canses (la gata respondia
Con ojos zurdos de Neron Romano)
Marramaquiz tirano,
Que siendo como es justa mi porfia,
Ni he de temer tus daños,
Ni me podrás vencer con tus engaños.,,
¿Qué obstinacion, qué furia
Te obliga, Zapaquilda, á tanta injuria?
Mira que la nobleza
De tu zeloso amante,
Siendo tan arrogante
A su misma cruel naturaleza
Se rebela teniéndote respeto,
Añadiendo al ser noble el ser discreto.
Este apóstrofe ha sido
Justamente advertido
A la gata cruel desamorada,
Por lo que á los retóricos agrada
Que adornan la oracion con voces puras,
Y sacan un retablo de figuras,
Que quanto á mí, jamas me atravesára
Con gente de uñas y de mala cara.
Ya Mizifuf en casa de Ferrato
Juntaba deudos, procuraba amigos,
De su dolor testigos,
Acusando el cruel bárbaro trato
Del comun enemigo, que este nombre
Como al Turco le daba:
Y porque mas de su maldad se asombre

El robo de su esposa exâgeraba,
Que cada qual en su dolor y pena
Hasta una gata puede hacer Helena.
Estando pues sentados en secreto
En el zaquizamí de su posada,
Dixo á la noble junta lastimada
Con triste voz de su desdicha efeto:
,,Aquel justo conceto
Que de vüestro valor tengo formado,
Me excusa de retóricos ambages,
Amigos y pacientes,
Si estuvisteis presentes
A la dura ocasion de mi cuidado,
De que tan tarde me avisaron pages,
Que siempre llegan tarde los avisos
A los que son para su bien remisos.
¿Con qué podré moveros?
¿Con qué podré obligaros?
¿O qué podré deciros
Que pueda enterneceros,
Que pueda provocaros,
Si no son los suspiros
Medias voces del alma,
Quando con el dolor la lengua calma?
Este, que aquí no explico,
Está diciendo el pálido semblante
Lo que con muda lengua significo,
Pues quando mas la encumbre y adelante
Mas corto he de quedar: que los enojos
Remiten la retórica á los ojos,
Que la muda tristeza muchas veces
El Demóstenes fué de la eloqüencia,

Y mas donde son sabios los jüeces,
Que excusan de captar benevolencia,
Pues no pudiera Grecia en su Liceo
Ver mas doctrina que en vosotros veo.
Todos Platones sois; todos Catones:
Mas podrá la razon que las razones.
Yo vine provocado de la fama
Á ver de Zapaquilda la hermosura
Por alta mar del hado conducido,
Donde mis ojos encendió mi llama
Fuego de Fenix que á los siglos dura
Opuestos á la muerte y al olvido.
Si fuí favorecido,
Si agradeció mi amor y pensamiento,
Bien lo dice el tratado casamiento,
Pues que nos veis con la ocasion perdida,
Ella sin libertad, y yo sin vida:
Cortés la quise sin violencia alguna,
Que nunca fué violenta la fortuna.
Quando pagó mi amor yo no sabia,
Como quien era gato forastero,
Que este tirano á Zapaquilda amaba.
Con esto la primera luz del dia,
Y con ella su cándido lucero
En mis ojos brillaba
Primero que en las flores,
Á su ventana repitiendo amores.
Alli tambien en su primera estrella
La noche me buscaba divertido
Adorando las texas,
De sus balcones rexas,
Y dulce elevacion de mi sentido,

Hasta que hablar con ella
Envidioso traydor y fementido
Me vió en su celosía,
Donde probó mi amor su valentía.
Resultó la prision, y es tan villano,
Que ha engañado á Micilda,
Y dandola su fé, palabra y mano
De que será su esposo,
Siendo cumplirla el acto mas honroso.
Quando me vió casar con Zapaquilda,
En afrenta de todos sus parientes
Y amigos que presentes
Estuvieron atónitos al caso,
Echando los mas graves por la tierra
Como estaban de boda y no de guerra,
Padeciendo mi sol tan triste ocaso,
Se la llevó con atrevido paso;
Zeloso el corazon, la vista ayrada,
Hiriendo á quien delante se le puso,
Tanto que con Garraf de una guantada
Los botes y redomas descompuso
De un boticario que vivia enfrente;
Y como de repente
En un perol cayese desde un banco,
Todo lo revistió de unguento blanco;
Vertió una melecina,
Y paró medio muerto en la cocina,
En ocasion tan dura,
En ocasion tan triste,
Que es mármol quien las lágrimas resiste.
Mas quiero epitomar mi desventura:
Mi esposa me han robado,

Sin honra estoy::„ Aquí si no fué mengua
Fué el silenció la voz, los ojos lengua,
Porque la grave pena
Cortando la razon dexóle mudo.
  Enternecióse el ínclito senado
Haciendo propia la desdicha agena,
Luego que vió que proseguir no pudo.
Y respondió Panzudo,
Un gato venerable de persona,
Aunque pelado de cabeza estaba,
Cosa que á muchos buenos acontece;
Si bien esto no fué lo que parece,
Quando á un amante viene la pelona;
Mas golpe que le dió cierta fregona
Que de un menudo que lavar pensaba
Quando menos atenta la miraba
Asido del principio de una tripa,
Que á la vista las manos anticipa,
Le fué desenvolviendo hasta el texado
Como cordel de un cabo y otro atado,
Del ovillo de sebo el laberinto,
Y cada qual de todos participa
De este dolor como si propio fuera,
Dixo con el semblante mensurado
En prudentes palabras desatado:
„Con justa causa Mizifuf espera
Verse favorecido,
Y vengado tambien del atrevido
Que le robó su esposa
Fatal desdicha de muger hermosa.„
Y respondió Tomillo
Propia razon de gato mozalvillo:

„Por mí ya lo estuviera,
Porque con estas uñas se la diera.„
Pero Zurron que le miraba enfrente,
Le dixo: „Con un gato el mas valiente
Que han visto los texados de esta villa
Mejor es á la usanza de Castilla
Escribirle un papel de desafío.„
„No es ese el voto mio,
(Garrullo replicó) ni que se intente
Venganza de victoria contingente,
Que siempre ha estado en varias opiniones
Si ha de haber desafío en las traiciones.
Soy de voto que tome el agraviado
Un arcabuz, y aguarde
Al gato mas valiente, ó mas cobarde,
Castigo del que vive descuidado
Sin miedo del que agravia,
Y propio efecto de la noche oscura.„
„Si se pudiera executar segura,
Fuera venganza sabia,
(Dixo Chapuz valiente
Gato de buenas partes)
Mas son tantas las artes
De ese Marramaquiz, gato insolente,
Que no dará ocasion que se execute
Por mucho que la noche el rostro enlute;
Y de mi parecer mejor seria
Querellarse del robo y castigalle
Por términos jurídicos, y dalle
Muerte que corresponda á la osadía.„
„Dirán que es cobardía
(Trevejos replicó) ni esa querella

Está bien al honor de una doncella,
Que es poner su defensa en opiniones,
Que se averigua mal con las razones
Aquello que la causa pone en duda:
Y no hay para mugeres lengua muda;
Que ha dado el mundo en bárbaras querellas
No pudiendo excusar el nacer de ellas.
Pleytos aun no son buenos para gatos,
Porque es gastar la vida y la paciencia:
No hay que tratar de tratos ni contratos,
Ni andar en pruebas ni esperar sentencia;
Si aquesta injuria ha de quedar vengada
Remitase á la polvora ó la espada.„
„ Bien dice (respondió Raposo, haciendo
Debido acatamiento al gran Senado)
Trevejos, y no es justo,
Aunque se apruebe lo que estais diciendo,
Y quede á vuestro gusto sentenciado,
Que deis al pueblo gusto
Al teatro sacando neciamente
Un gato con capuz y caperuza:
Y no menor locura que se intente,
No siendo Mizifuf el Moro Muza,
Tratar de desafios
Con quien sabeis que tiene tantos brios.
Perdoneme Zurron, Chapuz perdone,
Y aunque la edad le abone
Me perdone Panzudo
Si de su parecer mi intento mudo:
Que el mio es juntar gente,
Para tan grave empresa conveniente,

Y formando esquadrones
De caballos, y armada infantería
De toda la parienta gateria
Hacer guerra al traydor, cercar la tierra
Y asestándole tiros y cañones
Batirle la muralla noche y dia;
Hasta saber que gente le socorre:
Porque si el campo Mizifuf le corre
Y el sustento le quita,
El que dexe la plaza necesita;
O en forma de batalla
Asalta la muralla,
Él se dará á partido,
O le castigareis siendo vencido.
Sacad banderas, pues, toquense caxas
Haciendo las baquetas
Los pergaminos rajas,
Terciad las picas, disparad cometas,
Que así cobró su esposa en Troya el Griego
Publicando la guerra á sangre y fuego.,,
Calló Raposo y luego del Senado
El voto conferido,
En la guerra quedó determinado
Por ser de todos el mejor partido,
Mas justo y mas honroso.
Y dando Mizifuf, como era justo,
Los brazos y las gracias á Raposo,
Brotando humor adusto
Á hacer la leva de la gente parte.
Perdona, amor, que aquí comienza Marte,
Y sale Tesifonte

A salpicar de fuego el horisonte,
Suspende entre las armas los concetos,
Pues das la causa, y escucha los efetos.

SILVA VII.

Al arma toca el campo Mizigriego,
Contra Marramaquiz gato troyano,
Violento sube, aunque oprimido en vano,
A la region elementar el fuego:
Inquietan de los ayres el sosiego,
Con firme agarro de la uñosa mano,
Banderas que con una y otra lista
Trémulas se defienden á la vista;
No permitiendo, pues no dexan verse,
Que las colores puedan conocerse;
Respondiéndose á coros
Las caxas y los pífanos sonoros;
Y al paso que se alternan,
Siguiendo el son marcial los que gobiernan:
Y luego los soldados
De acero, y de ante, y de valor armados,
Agujas del cabello por espadas,
Y solo descubriendo las celadas,
Por delante mostachos,
Y por detras plumíferos penachos,
Marchando con tal órden que la planta
Donde el que va delante la levanta
Estampa el que le sigue,
Sin que el baston del Capitan le obligue.
Y al son de las trompetas resonantes
Las picas á los hombros los Infantes;

En quien la variedad y los colores
Formaban un jardin de varias flores,
Á la manera que el Abril le pinta
En cultivada quinta.
Las picas de los bravos marquesotes
De varas de medir y de virotes,
Y ya de los plebeyos
Baquetas de Babiecas y Apuleyos,
Sin esquadras gallardas
Que llevaban en forma de alabardas
Aquellos cucharones
Con que suelen sacar alcaparrones,
Y con las palas como medias lunas
Las sabrosas de Córdoba aceytunas:
Córdoba, donde nacen Andaluces
Góngoras y Lucanos;
Y encendidas las cuerdas en las manos,
No de Milan dorados arcabuces
Llevaba la lucida infantería,
Mas de huesos de piernas de carnero,
Que gatos de uno y otro pastelero
Truxeron á porfia,
Que no fueron de gato de ventero
Sospechosos en tales ocasiones,
Y de huesos de vaca los cañones
Para batir la torre.
Con esto Mizifuf el campo corre,
Y pone cerco al muro
Armado de un arnes cóncavo y duro
De un galápago fuerte,
Que sin salir de sí le halló la muerte.
La cabeza adornada

De un sombrero de falda levantada,
De un trencellin ceñido,
El pasador y ebilla guarnecido
Con pluma verde oscura,
Señales de esperanza con tristeza,
Aunque la justa causa la asegura:
Con tanta gentileza
Al caballo arrimaba
La estrella de la espuela,
Y con la negra rienda le animaba
Á la obediencia del dorado freno
De espuma y sangre lleno,
Que sin tocar los céspedes volaba.
No es nuevo el ver que vuela,
Pues que pintan con alas al Pegaso
Volando por las cumbres del Parnaso,
Y vemos en Orlando el Hipogrifo
Monstruo compuesto de caballo y grifo.
Mas si dudáre alguno de que hubiese
Caballos tan pequeños,
Pareciéndole sueños,
Y á la naturaleza le quisiese
Quitar de milagrosa el atributo,
Aunque sea sin fruto,
La tácita objecion quedará llana
Con irse de aquí á Tracia una mañana,
Que esté desocupado
De los negocios de mayor cuidado.
Y verá los Pigmeos
Que en la Region de Trogloditas feos
Tambien los pone Plinio,
Que hizo de estos montes escrutinio,

Y en las lagunas del egipcio Nilo
Otros autores por el mismo estilo,
Que escriben que trayendo de Etiopia,
Donde hay bastante copia,
Dos Pigmeos á Roma (gente grave)
Se murieron de cólera en la nave.
Homero les da patria al mediodia,
Con su intérprete Eustacio;
Mela de Arabia en el ardiente espacio
Que el Sol Fenix mayores monstruos cria,
Puesto que aunque confiesa tales nombres,
Aristóteles niega que son hombres.
Ni en su Ciudad de Dios pasó en olvido
El divino Africano los Pigmeos,
Y Juvenal *Umbripides* los llama,
Sin otros que han negado y defendido
Esta opinion que divulgó la fama.
Pero pues pintan monstruos Semideos,
Que por los montes van de rama en rama,
Las Poéticas Trullas,
Diciendo que batallan con las grullas,
No será mucho que haya semihombres.
Estos con cierta patria y ciertos nombres
En la misma region caballos tienen
De donde nuestros gatos se previenen:
Que á hacer de solo un codo
Hombres naturaleza,
Como pintor que muestra la destreza
Á un naype todo un cuerpo reducido,
Y los caballos no del propio modo,
Mayor monstruosidad hubiera sido
De su instrumento ilustre y poderoso,

Que mal pudiera andar hombre muñeca
En el lomo espacioso,
De un gigante babieca;
Así que la objecion no es de provecho
Pues queda el argumento satisfecho.
Demas que el lector puede si quisiere
Creer lo que mejor le pareciere;
Porque si se perdiese la mentira
Se hallaria en poéticos papeles,
Como se vé en Homero describiendo
Á la casta Penélope, que admira,
Por los amantes necios y crueles
Texiendo y destexiendo,
Sin dexarla dormir de puro casta:
Y lo contrario para exemplo basta,
Haciendo deshonesta
Virgilio á Dido Elisa por Eneas,
Como le riñe Ausonio;
Aunque logró tan falso testimonio,
Menos las aguas que pasó Leteas,
Donde escribió Merlin con quales iras
Castigan al poeta sus mentiras.
Mas vuelve, ó Musa tú, para que pueda
Ayudarme el favor de tu Gimnasio,
Que para lo que queda,
Aunque parece poco,
Al Señor Anastasio
Pantaleon de la Parrilla invoco,
Porque de su tabaco
Me dé siquiera quanto cubra un taco.
Marramaquiz aunque lo supo tarde
Habia hecho alarde

De sus gatos amigos,
Y halló que para tantos enemigos
Era su gente poca;
Mas como la defensa le provoca,
Las armas al asalto prevenia,
Supuesto que tenia
Poco sustento para cerco largo.
Y cuidadoso de su nuevo cargo,
Mas triste y desabrido
Que poeta afligido,
Que ha parecido mal comedia suya,
O bien la de su cómico enemigo,
Andaba por la torre,
Y viendo que su esposo la socorre,
Zapaquilda mas llena de aleluya,
Mas alegre, contenta y mas quieta
Que aquel mismo poeta,
Si ha parecido mal siendo él testigo
La del mayor amigo.
Prevenido en efeto
De toda defension y parapeto
Sacó sus gatos animoso al muro,
Por todas las almenas y troneras
Vestido de banderas;
Que en alto de diversos tornasoles
Erán entre las nubes arreboles;
Y coronado de diversos tiros,
Soldados de valor y archimargiros
Opuestos á la furia del contrario.
Como se mira altivo campanario
De aldea donde hay viñas,
Para baxar despues á las campiñas,

Cubierto por el tiempo de las ubas
Del esquadron de tordos,
Que en aquella sazon estan mas gordos
Quando los labradores
Limpian lagares y apercibenn cubas:
Asi la negra cúpula tenia
De soldados de tiros y atambores
No menos valerosa gateria.
Quien viera el pie que el esquadron ceñia
De Mizifuf, y el chapitel armado
De uno y otro gatífero soldado,
Dixera, que tal vista no fué vista
De Dario, ni de Xerxes,
Ni tanto perdigon haciendo asperges
En ninguna conquista,
Ni la vió Scipïon, ni el Rey Ordoño,
Como en Cartago aquel, éste en Logroño;
Y aunque entre la de Ostende,
Pero sin *nobis domine* se entiende.
Ver tanto gato negro, blanco y pardo
En concurso gallardo
De dos colores y de mil remiendos
Dando juntos maullos estupendos,
¿A quién no diera gusto,
Por triste que estuviera,
Aunque perdidó injustamente hubiera
Un pleyto, que es disgusto
Despues de muchos pasos y dineros
Para leones fieros?
Prevenidos en fin para el asalto,
Mueven á sobresalto
Los animos valientes

Las retumbantes caxas,
Previenen uñas y acicalan dientes,
Calando juntas las celadas baxas,
Que en las frentes visoñas
Mas eran de sarten que de Borgoñas.
Pero en silencio los clarines roncos,
Que sonaban á modo de zampoñas,
Puesto á la márgen de unos verdes troncos,
Que no importa saber de lo que fueron,
De pies en uno Mizifuf bizarro,
Quando del sol el carro,
Que Ethontes y Phlegon amanecieron,
Atras iba dexando el medio dia,
Dixo á su belicosa infantería,
Que atenta le escuchaba,
Que aunque era gato Ciceron hablaba:
„ Generosos amigos
De mis afrentas y dolor testigos,
La honra que los animos produce
A tan ilustre empresa me conduce,
Esta sola me anima:
Quien no sabe que es honra no la estima.
Miente el que dixo y miente el que lo estampa,
Que *un bel fugir tutta la vita scampa*;
Pues mejor viene ahora
Que *un bel morir tutta la vita honora*.
Es la virtud del hombre
La que le inclina á los ilustres hechos,
Digna es la fama de valientes pechos,
Hoy habeis de ganar glorioso nombre,
Ninguna fuerza, ni amenaza asombre
El que teneis de gatos bien nacidos,

Que estos viles alardes,
(Porque en siendo traydores son cobardes),
Ya estan medio vencidos
Con solo haber llegado á sus oidos
Que yo soy quien os guia.
A Anibal preguntó Scipion un dia,
Que quál era del mundo el mas valiente;
Y él respondió feroz con torva frente:
Alexandro el primero,
El segundo fué Pirro, y yo el tercero:
Si entónces yo viviera
Quarto lugar me diera.
Al arma, acometed, yo voy delante,
Y el no tener escalas no os espante,
Que no son necesarias las escalas,
Si en vuestra ligereza teneis alas.,,
Dixo: y vibrando un fresno en la ñudosa
Mano, al muro arremete,
Y con él mata siete,
Maús, Zurron, Maufrido, Garrafosa,
Hoziquimocho, Zambo y Colituerto,
Gatazo que de roxa piel cubierto,
Crió la mondonguífera Garrida,
Aunque toda su vida
Mas enseñado á manos y quaxares
Que á nobles exercicios militares.
Mas son tan eficaces las razones
Formadas de los ínclitos varones,
Como Alciato escribe, quando asidos
Llevaba de una cuerda de los labios
El Amphitrioníades Alcides,
Quantos hombres prestaban los oidos

Á la eloqüencia de los hombres sábios.
Pero ya los agravios
De Mizifuf la guerra comenzaban,
Ya los gatos trepaban
La torre por escalas de sus uñas,
Mas fuertes garavatos,
Que los de tundidores y garduñas.
Ya por la piedra entre la cal metidas,
Sin estimar las vidas,
Subian gatos y baxaban gatos,
Los unos como bueyes agarrados,
Que clavan en las cuestas las pezuñas,
Los otros como baxan despeñados
Fragmentos de edificio que derriban,
Que de su mismo asiento se derrumba.
Á qual sirven de tumba,
Despues que del vital aliento privan,
Las losas que le arrojan;
A qual de vida y alma le despojan
En medio del camino.
No despide en oscuro remolino
Mas balas tempestad de puro hielo,
Que baxan plomos de la torre al suelo.
Allí murió Galvan, allí Trevejos,
Que le acertó la muerte desde lejos,
Dándole con un cántaro en los cascos,
Y otros con ollas, búcaros y frascos.
Así suelen correr por varias partes
En casa que se quema los vecinos
Confusos sin saber á dónde acudan:
No valen los remedios ni las artes:
Arden las tablas, y los fuertes pinos

De la tea interior el humor sudan:
Los bienes muebles mudan
En medio de las llamas:
Estos llevan las arcas y las camas,
Y aquellos con el agua los encuentran,
Estos salen del fuego, aquellos entran:
Crece la confusion y mas si el viento
Favorece al flamígero elemento.
Mas como el alto Júpiter mirase
Desde su Olimpo y estrellado asiento
La batalla cruel de sangre llena,
Temiendo que quedase
En competencia tan feroz y ayrada
La máquina terrestre desgatada,
Justo remedio á tanto mal ordena:
„ Dioses, no es justo (dixo) que la espada
Sangrienta de la guerra
Se muestre aquí tan fiera y rigurosa,
Aunque es la misma de la Griega hermosa;
Y que muertos los gatos, esta tierra
Se coma de ratones.
Porque se volverán tan arrogantes,
Que ya considerándose gigantes,
No teniendo enemigos de quien huyan,
Y el número infinito disminuyan,
Serán nuevos Titanes,
Y querrán habitar nuestros desbanes. „
Con esto luego envia
De oscuras nieblas una selva espesa,
Y la batalla cesa
Revuelto en sombras de la noche el dia.
Y desde aquel con inmortal porfia

Los unos y los otros prosiguieron,
Aquellos en la ofensa,
Y estos en la defensa:
Pero durando el cerco no tuvieron
Remedio, ni sustento los cercados,
Tanto que á Zapaquilda desfigura
La hambre la hermosura.
Vueltas las rosas nieve,
Por onzas come, por adarmes bebe:
Marramaquiz, que ya morir la via
Con amante osadía,
Pero sin que le viesen los soldados,
Salió por un resquicio á los texados
De una tronera que en la torre habia,
Para coger algunos paxarillos.
Iba con él Malvillos,
Que á este solo fió su atrevimiento,
Y por partir la caza y el sustento:
Y estando ¡ó dura suerte!
Acechando á la punta de un alero
Un tordo que cantaba,
La inexôrable muerte
Flechando el arco fiero
Traidora le acechaba.
¿Qué prevenciones, qué armas, qué soldados
Resistirán la fuerza de los hados?
Un Príncipe que andaba
Tirando á los vencejos,
¡Nunca hubieran nacido,
Ni el ayre tales aves sostenido!
Le dió un arcabuzazo desde lejos:
Cayó para las guerras y consejos,

Cayó subitamente
El gato mas discreto y mas valiente,
Quedando aquel feroz aspecto y bulto
Entre las duras texas insepulto,
Pero muerto tambien como era justo
A' las manos de un Cesar siempre augusto.
Llevó Malvillos pálido la nueva,
Que de su fe y amor llorado en prueba
Se mesaban las barbas á porfia,
Como Tudescos muerto el que los guia;
Mas deseando verse satisfechos
Del sustento forzoso,
Rindieron las almenas y los pechos
Al héroe sin victoria victorioso:
Y Mizifuf con todos amoroso,
Porque le prometieron vasallage,
Hizo luego traer de su vagage
Con mano liberal peces y queso.
Alegre Zapaquilda del suceso
Mudó el pálido luto en rico trage,
Dióle sus brazos y á su padre amado,
Y el viejo á ella en lágrimas bañado,
Y para celebrar el casamiento
Llamaron un autor de los famosos,
Que estando todos en debido asiento,
En versos numerosos
Con esta accion dispuso el argumento,
Dexando alegre en el postrero acento
Los ministriles, y de quatro en quatro,
Adornado de luces el teatro.

SONETOS BURLESCOS.

I.

Caen de un monte á un valle entre pizarras
Guarnecidas de frágiles elechos
A su margen carámbanos deshechos,
Que cercan olmos y silvestres parras.
Nadan en su cristal Ninfas bizarras
Compitiendo con él cándidos pechos,
Dulces naves de amor, en mas estrechos
Que las que salen de españolas barras.
Tiene este monte por vasallo á un prado,
Que para tantas flores le importuna
Sangre á las venas de su pecho helado.
Y en este monte y líquida laguna,
Para decir verdad como hombre honrado,
Jamas me sucedió cosa ninguna.

II.

Si entré, si vi, si hablé, señora mia,
Ni tuve pensamiento de mudarme,
Máteme un necio á puro visitarme,
Y escuche malos versos todo un dia:
Quando de hacerlos tenga fantasia
Dispuesto el genio para no faltarme,
Cerca de donde suelo retirarme
Un ministril se enseñe á chirimia.
Cerquen los ojos que os están mirando
Legiones de poéticos mochuelos,

De aquellos que murmuran imitando.
¡O si os mudasen de rigor los cielos!
Porque no puede ser, (é fué burlando)
Que quien no tiene amor, pidiese zelos.

Como si fuera cándida escultura
En lustroso marfil del Bonarrota
A Páris pide Venus en pelota
La debida manzana á su hermosura.
En perspectiva Palas su figura
Muestra por mas honesta mas remota,
Juno sus altos méritos acota
En parte de la selva mas oscura.
Pero el pastor á Venus la manzana
De oro le rinde mas galan que honesto,
Aunque saliera su esperanza vana.
Pues quarta Diosa en el discorde puesto
No solo á ti te diera, hermosa Juana,
Una manzana, pero todo un cesto.

¿Que estrella saturnal, tirana hermosa,
Se opuso en vez de Venus á la Luna,
Qué me respondes grave é importuna,
Siendo con todos fácil y amorosa?
Cerrásteme la puerta rigurosa
Donde me viste sin piedad alguna,
Hasta que á Febo en su dorada cuna
Llamó la aurora en la primera rosa.

¿Qué fuerza imaginó tu desatino,
Aunque fueras de vidrio de Venecia
Tan facil delicado y cristalino?
O me tienes por loco, ó eres necia;
Que ni soberbio soy para Tarquino,
Ni tú Romana para ser Lucrecia.

V.

Como suele correr desnudo Atleta
En la arena marcial al palio opuesto
Con la imaginacion tocando el puesto,
Tal sigue á Daphne el fúlgido planeta:
Quitósele al coturno la soleta,
Y viéndose alcanzar, turbó el incesto,
Vuelto en laurel su hermoso cuerpo honesto,
Corona al capitan, premio al poeta.
Si corres como Daphne, y mis fortunas
Corren tambien á su esperanza vana
En seguirte anhelantes é importunas:
¿Quándo serás laurel, dulce tirana?
Que no te quiero yo para azeytunas,
Sino para mi frente, hermosa Juana.

VI.

Juana, mi amor me tiene en tal estado,
Que no os puedo mirar quando no os veo,
Ni escribo, ni manduco, ni paseo
Entretanto que duermo sin cuidado.
Por no tener dineros no he comprado
(¡O amor cruel!) ni manta, ni manteo,

Tan vivo me derrienga mi deseo
En la concha de Venus amarrado.
De Garcilaso es este verso, Juana,
Todos hurtan; paciencia, yo os le ofrezco:
Mas volviendo á mi amor, dulce tirana,
Tanto en morir y en esperar merezco,
Que siento mas el verme sin sotana,
Que quanto fiero mal por vos padezco.

VII.

Lazos de plata y de esmeralda rizos
Con la yerba y el agua forma un charco
Haciéndole moldura y verde marco
Lirios morados, blancos y pajizos;
Donde tambien los ánades castizos
Pardos, y azules con la pompa en arco,
Y palas de los pies parecen barco,
En una selva, habitacion de erizos.
Hace en el agua el zéfiro inquïeto
Esponja de cristal la blanca espuma,
Como que está diciendo algun secreto;
En esta selva, en este charco en suma...
Pero por Dios que se acabó el soneto,
Perdona, Fabio, que probé la pluma.

VIII.

Soberbias torres, altos edificios,
Que ya cubristes siete excelsos montes,
Y agora en descubiertos orisontes
Apenas de haber sido dais indicios:

Griegos Liceos, célebres hospicios
De Plutarcos, Platones, Xenofontes,
Teatro que lidió Rinocerontes,
Olimpias, lustros, baños, sacrificios;

¿Qué fuerzas deshicieron peregrinas
La mayor pompa de la gloria humana,
Imperios, triunfos, armas y doctrinas?

¡O gran consuelo á mi esperanza vana,
Que el tiempo que os volvió breves rüinas,
No es mucho que acabase mi sotana!

IX.

Egloga.

Al pie del jaspe de un feroz peñasco
Pelado por la fuerza del estío,
Dosel de un verde campo, tan sombrío
Que contra Febo le sirvió de casco:

Damon con su rabel, y al lado el frasco,
Para cantar mejor en desafío,
Y Tirsi claro honor de nuestro rio
Con un violin de cedro de damasco.

Juez Eliso, que de un verde pobo
A falta de laurel premios texía,
Céfiro haciendo de los ecos robo;

Mas quando Tirsi comenzar queria,
Ladró Melampo, y dixó Antandro, al lobo;
Y el canto se quedó para otro dia.

X.

Aura suave y mansa que respiras
En el clavel de Juana, y los lucientes

Hebras de sus mexillas transparentes
Con blando soplo esparces y retiras:
¿Por qué á la rosa y al jazmin aspiras
Desde el coró de perlas de sus dientes,
Pudiendo reparar mis accidentes,
Quando en su dulce anhélito suspiras?
El humor de sus labios purpurantes
Para criar aromas bebe Apolo
Del alba ministrado en los diamantes:
Porque respira tan fragante Eolo,
Que ganára un millon tratando en guantes,
Pues fueran de ámbar con el soplo solo.

X I.

¡Tanto mañana y nunca ser mañana!
Amor se ha vuelto cuento, ó se me antoja:
¿En qué region el sol su carro aloja
Desta imposible aurora tramontana?
Sigueme inutil la esperanza vana,
Como ave zorrera, ó mula coxa,
Porque no me tratára Barbarroja
De la manera que me tratas, Juana.
Juntos amor, y yo buscando vamos
Esta mañana ¡ó dulces desvaríos!
Siempre mañana, y nunca mañanamos:
Pues si vencer no puedo tus desvios,
Sáquente cuervos destos verdes ramos
Los ojos . . . pero no, que son los mios.

X I I.

Luciente estrella, con que nace el dia,
Que el oscuro crepúsculo interpreta,

Alma venus gentil, luz que sujeta
Quanto mortal naturaleza cria:
Dulce dispara á la enemiga mia
Flecha sutil en forma de cometa,
Asi de trino estés con el planeta,
Que parece español en la osadía.
Si sales á la tarde en el safiro,
Purpureo ya, si al alba en oro y grana,
Siempre me ves en un mortal suspiro:
¡O dulce hasta del cielo envidia humana!
Pues siempre al lado de tu sol te miro,
Tú á mí jamas al de mi hermosa Juana.

XXII.

Picó atrevido un átomo viviente
Los blancos pechos de Leonor hermosa;
Granate en perlas, arador en rosa,
Breve lunar del invisible diente.
Ella dos puntas de marfil luciente
Con súbita inquietud bañó quejosa,
Y torciendo su vida bulliciosa,
En un castigo dos venganzas siente.
Al espirar la pulga, dixó ¡ay triste!
¿Por tan pequeño mal dolor tan fuerte?
¡Ó pulga, dixe yo, dichosa fuiste!
Deten el alma, y á Leonor advierte,
Que me dexe picar donde estuviste,
Y trocaré mi vida con tu muerte.

Nació en Madrid en 25 de Noviembre de 1562. Desde sus primeros años dió indicios del feraz ingenio que debió á la naturaleza; y niño componia versos que trocaba por juguetes de sus condiscípulos. A los doce años habia ya estudiado las Humanidades, y era diestro en todos los adornos de una educacion liberal como la danza, la música y la esgrima. Viendose huerfano y desvalido, entró primeramente en la familia de Don Geronimo Manrique, Obispo de Avila; y despues sirvió de Secretario al Duque de Alba. Fue casado dos veces, y á la muerte de su segunda muger se hizo Presbítero, y entró en la Congregacion de Sacerdotes naturales de Madrid. Su vida hasta entonces atenida á lo que le producian sus comedias y sus demas escritos, y agitada con las vicisitudes de su fortuna inquieta, tomó una situacion mas sosegada, y su reputacion y su gloria llegaron á la mayor altura á que puede aspirar un escritor. La fertilidad singular de su ingenio, y la muchedumbre inmensa de sus obras ocupaba y espantaba la imaginacion de sus contemporaneos que le miraban como un prodigio. Tenido por un oráculo, las gentes se paraban á verle y señalarle por las calles; venian muchos á Madrid por sólo conocerle, y para calificar una cosa de buena se adoptó generalmente el modo antonomástico de decir que *era de Lope*. El Papa Urbano VIII le escribió una carta de su puño confiriéndole el grado de Doctor en Teología, y dándole el hábito de San Juan en agradecimiento del Poema *La corona trágica* que le habia dedicado. Sus riquezas no fueron menores que su fama; y él vivia con opulencia en la misma calle en que Cervantes casi desconocido pasaba una vida ociosa y pobre. Vivió hasta el año de 1635 en que murió á la violencia de una enfermedad aguda de 73 de edad: y su entierro se hizo con la mayor solemnidad y pompa á costa del Duque de Sesa su testamentario. Sus obras,

sin contar las dramáticas que á juicio de sus contemporaneos llegaron á cerca de dos mil; componen diez y nueve tomos en quarto de la edicion que Sancha ha publicado en nuestros dias.

ERRATAS.

PAG.	LIN.	DICE	LEASE.
18	8	christianos	*christianos*
[illegible]	15	cautiva	*cautiva*
[illegible]	1	fieros golpes	*flacas fuerzas*
[illegible]	17	alegranme	*alegrame*
Id.	3	para	*parar*
[illegible]	8	des	*del*
128	[illegible]	una	*otra*
182	4	la	*al*
202	8	brumetes	*grumetes*
278	[illegible]	y	*yá*
[illegible]	18	pequeño	*pequeña*
308	[illegible]	[illegible]	*su dueño*
[illegible]	[illegible]	suelo	*cielo*
329	[illegible]	cantinela	*cantilena*
[illegible]	26	pirangidaba	[illegible]
369	14	greñas	*greñas*
[illegible]	2	toda la ley	*todo la ley*
[illegible]	[illegible]	[illegible]	[illegible]

INDICE